

PENÍNSULA ODISEAS

# Oriente Medio, Oriente roto

## Mikel Ayestaran

Tras las huellas de una herida abierta



## Índice

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

MAPA

PRÓLOGO

1. IRÁN

2. LÍBANO

3. IRAK

4. GEORGIA

5. AFGANISTÁN

6. TÚNEZ

7. EGIPTO

8. YEMEN

9. PAKISTÁN

10. LIBIA

11. SIRIA

12. REFUGIADOS

13. EL CALIFATO: IRAK Y SIRIA

14. JERUSALÉN

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Cuando Mikel Ayestaran decidió convertirse en reportero de guerra, dejando atrás un apacible trabajo de redacción, no tuvo demasiadas dudas sobre hacia donde iba a dirigir sus pasos. Oriente Medio no es la única zona caliente del planeta, pero sí la que no falta ningún día en las secciones de internacional de los medios de todo el mundo. Marcada por profundas divisiones étnicas, políticas y religiosas, en la región las potencias mundiales y los regímenes locales dirimen sus diferencias a través de terceros países y orecen grupos terroristas que han llegado a erigirse en amenaza global, como Al Qaeda o Estado Islámico.

Tras su bautismo de fuego en Irán, en el terremoto de Van, y desde su campamento base en Jerusalén, Ayestaran ha viajado a Líbano, Georgia, Irak, Afganistán, Pakistán, Egipto, Túnez y Libia. También, como no, a Siria. Vivirlo, sufrirlo, tratar de entender y contar lo que allí ocurre se ha convertido en la forma de vida de Mikel Ayestaran desde que llegó a Oriente Medio hace ya más de una década. Es el propósito que persigue también este libro, hecho de pedazos imprescindibles de una vida de nómada guiada por la brújula de la actualidad, a través de una región que se desangra como una enorme herida abierta.

A mi *amona*, a mi *ama*, a Eu, a Alo y a Ane





## PRÓLOGO

*Saqba, enero de 2012 – Jerusalén, noviembre de 2016*

El Mercedes 300 de color negro aparca en medio de lo que en su día fue una plaza. Los sacos terreros impiden el avance. Llueve y hace frío, mucho frío. Cuando ponemos un pie fuera del coche suena el primer disparo. Lejano. «*Yala, yala*» («Vamos, vamos» en árabe), nos pide el veterano conductor sin perder la compostura, invitándonos a salir lo antes posible. Sigo a Richard y a Tom. No quiero ni mirar. Un año después del comienzo de las protestas contra el presidente Bashar al Asad la violencia ha estallado en la periferia de Damasco, pero nadie sabe muy bien lo que ocurre y queremos verlo. Los opositores denuncian masacres. Edificios altos carcomidos por las balas, destrozados por la artillería, pasto de las llamas se abren ante nosotros, y nos perdemos por callejuelas guiados por vecinos que salen de la nada y nos piden que les acompañemos. Los disparos suenan cada vez más cerca. No se puede parar. Vamos en fila de a uno y volamos de portal en portal. La gente nos suplica que entremos y miremos. No quiero verlo, no quiero verlo. Están allí, cuerpos y más cuerpos metidos bajo las escaleras... Los portales son morgues en las que los vecinos de Saqba, a las afueras de Damasco, entierran a sus muertos provisionalmente hasta que puedan hacerlo en el cementerio. El ejército ha prohibido los funerales públicos porque todos terminan en protestas contra el Gobierno, nos cuentan. Los francotiradores hacen imposible que volvamos a la calle, así que ahora avanzamos de edificio en edificio por los butrones abiertos como protección de las balas. Pasamos por el interior de viviendas, y los niños nos miran sin tener muy claro qué pintan unos extranjeros allí. Richard quiere parar, tiene que tomar notas. Lo hace en un minuto. Un minuto eterno. Al final se ve la luz y corremos hasta el último gran boquete, en una pared que desemboca en una escuela. Allí nos espera lo

peor. Una fosa común con siete cuerpos de milicianos del Ejército Libre Sirio con evidentes signos de tortura. No sé cómo enfrentarme a esa escena con la cámara. Cómo hacerlo con dignidad. Tengo ganas de vomitar, pero me contengo. «No hay heridos, solo muertos.» En los últimos cuatro días la situación está siendo de guerra abierta, nos dice Mohamed, el guía improvisado que ha salido de una de las casas y nos ha llevado hasta este lugar. Nos muestra uno de los cuerpos, maniatado y sin ojos, y otro con la cara quemada y una gran herida en el cuello. «No ha habido piedad», dice antes de volver a cubrir los cadáveres. Asegura que hay fosas comunes como esta por toda la localidad. Los vecinos entierran a los caídos en patios traseros, sótanos, huertos... Tan solo en este patio de colegio afirma que hay más de una veintena de muertos. Tim se acerca a la fosa y se fija en las manos moradas de uno de los muertos. Esa es su fotografía de la escena. Ni una más. Un joven subido al muro de la escuela nos grita que nos demos prisa.

Durante el camino de regreso a la plaza ha corrido la voz sobre la presencia de prensa en la zona. Mohamed desaparece entre las calles mientras nosotros tratamos de seguir el mismo camino que nos ha llevado a la escuela. Un joven llamado Karim nos sigue y nos pide que paremos un segundo. Quiere hablar, pero a solas. Lleva el rostro tapado por una capucha. Está muy confuso. Maldice y agradece a la vez la existencia del Ejército Libre Sirio porque «todo esto es culpa de ellos. El precio por la libertad es muy alto, pero dijeron que nos protegerían y ahora han desaparecido. Apenas tenían armas. ¿Qué creían? El ejército y la seguridad del régimen vuelven a estar en Saqba. ¿Qué será de nosotros?», se pregunta en voz alta, aterrorizado. Dos ojos llorosos sobresalen bajo el capuchón negro. No teme dar su nombre, pero pide hablar a solas «porque aquí tampoco hay libertad para decir que no estás de acuerdo con la oposición». Atrapado entre dos fuegos, como la silenciosa mayoría de Siria desde el inicio de la revuelta contra el Gobierno, Karim repasa con la mirada el estado de un barrio devastado por los combates. Nos despide con un fuerte abrazo.

Ya somos conscientes de que en la Siria actual se pasa de un sofisticado restaurante en el centro de Damasco a una zona de guerra en apenas unos minutos de taxi. Tras recorrer los mismos portales llegamos a la plaza y

vemos nuestro coche al fondo, detrás de una barricada formada por sacos terreros. Frente a la mezquita las pintadas contra el régimen han sido tachadas; la pintura negra sobre las letras rojas que se perciben debajo está aún fresca. Como las operaciones militares, el borrado de los grafitis sirve para apagar de manera temporal los incendios revolucionarios. Para llegar al coche hay que abandonar la protección de los edificios y correr.

Richard va el primero y vuela. Yo cierro el trío. Cuando estamos en mitad de la plaza suena el primer mortero. El conductor permanece impasible en el interior del Mercedes. Podría haberse largado de este lugar, pero no lo ha hecho, y gesticula con las manos para que nos demos prisa. ¿Más prisa? El segundo mortero retumba cuando ya hemos alcanzado el coche, y le siguen varias ráfagas de ametralladora. Richard y Tim van directos al maletero y sacan sus chalecos y sus cascos. El tiroteo ya es serio. «Si la oyes, no es para ti», recuerdo que me dijeron los rangers la primera vez que trabajé junto a las tropas estadounidenses al sur de Afganistán. Que así sea. El conductor arranca el motor y Tim, bien pertrechado, se sienta en el asiento delantero con la cámara. Richard se percata de que yo no tengo protección y sin dudarle un segundo se quita el chaleco y el casco y me los da. «No me van a servir de mucho, me quedan unos meses, pero si me pasa algo esta mañana no se lo cuentas a mi mujer —me dice al oído con su voz grave, que se impone a los tiros, mientras me ajusta el velcro del chaleco—; no se lo cuentas a mi mujer nunca.» Subimos al coche y enfilamos la calle principal, convertida en una especie de tierra de nadie entre las fuerzas del régimen y los grupos de la oposición, que intercambian disparos y cohetes.

El conductor no pierde los papeles y sabe cómo sacarnos de allí. Recorremos calles muertas, desiertas, bajo el sonido permanente de explosiones y balas. Tiene la sangre fría de reducir la velocidad cuando hay que hacerlo, ya que nos aproximamos a un puesto de control del ejército. Es la única salida de Saqba. Los soldados que custodian la zona registran todos los vehículos. Les extraña ver extranjeros, pero están tan ocupados con las operaciones que no nos ponen problemas, ni nos piden permisos del Ministerio de Información. «La culpa de todo es de Catar y Arabia Saudí; quieren destrozar Siria, pero no podrán con nosotros. Por favor, contad la verdad, lo que veis con vuestros ojos, no lo que dictan nuestros enemigos»,

nos dice a voces un militar antes de permitirnos seguir nuestro camino de regreso a Damasco. Asentimos con la cabeza. Una vez en la autopista, volvemos a respirar, y yo abrazo a Richard, un gigantón al que la enfermedad ha dejado calvo, pero también ha dado una tregua para poder ser testigo de la guerra en Siria. Una tregua que aprovecha al límite.

Las palabras de Richard Beeston mientras me ajustaba el chaleco siguen resonándome en el oído. Su nombre, su cara y su calma me vinieron a la cabeza cuando me puse a preparar este libro, un recorrido en primera persona, vital y periodístico, por los conflictos que he tenido el privilegio de cubrir desde que en 2005 decidí subirme a este bote con destino a lugares y a experiencias inimaginables para la «gente normal». Privilegio doble por ser un testigo directo que ejerce un oficio que es más que un oficio, y por saber que una vez terminada la cobertura puedo volver a la seguridad de mi hogar. En mi casa no había tradición alguna en el mundo de las letras, ni siquiera en el del viaje, un paso previo que para mí supuso una auténtica universidad y al que aspiro volver algún día. Esa forma de viajar con tiempo, sin las prisas de los cierres que imponen los medios o la inmediatez de las redes sociales. También el viaje en zonas tranquilas, donde uno no tiene que estar constantemente preocupado por los puestos de control y los permisos, y sobre todo en lugares con los que la familia pueda quedarse tranquila. Mi madre nunca me ha dicho que no vaya a una guerra, pero su silencio lo dice todo.

Mis primeros viajes fueron de la mano de Astérix, Obélix y Tintín, compañeros todas las noches antes de dormir. Imposible saber las veces que he leído esas historias. Sus brújulas no apuntaban especialmente a Oriente Medio, pero ellos no paraban de viajar, y mi cabeza tampoco. Yo buscaba cubrir situaciones complicadas, guerras, revoluciones..., coberturas cuyo escenario actual es Oriente Medio. Por eso mi brújula apunta a esa región, porque es una zona con problemas que aparecen a diario en las noticias. No es la única zona caliente del planeta, ni mucho menos, pero sí la que no falta en las secciones de Internacional. Una parte del mundo étnica, política y religiosamente dividida, donde potencias mundiales y regionales dirimen sus diferencias a través de terceros países y en la que florecen grupos que llegan a erigirse en «amenaza global», como Al Qaeda o Dáesh (Al-Dawla al-Islāmīya fī al-‘Irāq wa-al-Šām). Vivirlo, sufrirlo, tratar de entenderlo y

contarlo se ha convertido en mi forma de vida. Esos países y esa gente llenan nuestros informativos, pero más allá de las noticias las personas que viven allí van a la escuela, se casan, sufren desastres naturales, hacen la compra, van al médico... Hay vida más allá de las malas noticias. No solo muerte.

Salimos vivos de Saqba y es lo primero que cuento en este libro, seguro de que la esposa de Richard no tiene nada que reprocharle. Tenía cincuenta años cuando le conocí, y vivió tres décadas de periodismo de trinchera desde que dio sus primeros pasos como periodista en *The Daily Star*, el diario libanés en lengua inglesa, durante la guerra civil del país del cedro. Allí empezó su idilio con la región, que culminó con su fichaje por *The Times*, para el que cubrió el bombardeo de la ciudad kurda de Halabja en 1988 a manos del régimen de Sadam Husein, informó de las dos guerras del Golfo, de Chechenia..., y desde 2008 era jefe de Internacional del diario londinense, pero un jefe que se manchaba los zapatos. Repaso los correos que nos cruzamos desde esa mañana del 30 de enero de 2012 en Saqba hasta que un año más tarde el cáncer le sacó para siempre de la trinchera y pienso en lo importante que es tener referentes en esta profesión. Siria es el conflicto más complicado y peligroso al que me he enfrentado, una guerra en la que es imposible hacer pronósticos y en la que hemos tenido una sorpresa tras otra. Me lo creo todo y no me creo nada, por eso trato de ceñirme a lo que veo y a lo que ven otros colegas de cuyos ojos me fío. Si los propios sirios no saben lo que está pasando en su país, ¿cómo vamos a saberlo nosotros? Siria ocupa una parte importante de este libro porque es un país que se ha cruzado en mi camino desde que eché a andar en esta ruta por los conflictos de Oriente y porque se ha convertido en mi universidad particular para analizar un conflicto irregular, en su máxima expresión. Pero este viaje tiene más paradas, como Irán, Líbano, Georgia, Irak, Afganistán, Pakistán, Egipto, Túnez, Libia..., pedazos imprescindibles de una vida de nómada guiada por la brújula de la actualidad por una región que se desangra como una enorme herida abierta.

## IRÁN

### UN TERREMOTO PARA CAMBIAR DE VIDA

*Teherán – Bam, enero de 2004*

El despertador del Casio suena a las siete de la mañana. A las once sale mi vuelo a Bam desde el aeropuerto de Mehrabad. No hay un minuto que perder. Apenas he podido pegar ojo. Estoy nervioso y no paro de preguntarme cosas, de intentar atar cabos. Pero si yo solo estoy de vacaciones, ¿por qué tendría que ir a una ciudad recién arrasada por un terremoto? ¿Volverá a temblar la tierra? ¿Qué es lo necesario para sobrevivir a un terremoto? No sé qué lista de la compra puedo hacer para este tipo de viaje, así que salgo en busca de una tienda de alimentación y allí decidiré qué adquirir. No muy lejos del hotel localizo un pequeño ultramarinos, uno de los miles que se encuentran repartidos por Teherán con los expositores a rebosar. Me hago con doce latas de atún, unas cuantas de alubias con tomate, cinco tabletas de chocolate Tak Tak (el equivalente local al Kit Kat), pastelitos variados, chicles, caramelos y globos en abundancia pensando en los niños que uno siempre encuentra por el camino, frutos secos, un cepillo de dientes y una botella de agua.

Paso por un quiosco y compro los diarios que se editan en inglés en la república islámica. Todos llevan el tema de Bam en portada. El 26 de diciembre, hace tan solo una semana, un terremoto de 6,3 grados en la escala de Richter asoló la provincia de Kermán, en el sureste del país. El epicentro se registró en Bam, histórica ciudad de la ruta de la seda conocida mundialmente por albergar la mayor fortaleza de barro del mundo. Construida en el año 500 a. C., la ciudadela permaneció habitada hasta 1850.

Pero los terremotos no entienden de vidas humanas y menos de historia. Durante treinta segundos la tierra botó, literalmente, bajo los pies de los ciento veinte mil habitantes de la zona, y al final del temblor no se veía nada. La mayoría de las casas eran de adobe y al derrumbarse se formó una nube de polvo inmensa. ¿Un bombardeo? ¿Una prueba con armas nucleares en mitad del desierto de Dasht-e-Lut? No, un terremoto. Más de cuarenta y una mil personas murieron, según los datos oficiales, y el 90 por ciento de la ciudad moderna y la propia fortaleza sufrieron graves daños.

Vuelvo al hotel a recoger mis cosas, reviso el cuarto para no dejarme nada, pago la cuenta y salgo a la calle con la mochila a la espalda, la bolsa de víveres en una mano y los periódicos en la otra. Estoy incómodo porque me gusta llevar siempre las manos libres. Las calles de Teherán son interminables y es mejor no ponerse a caminar porque sí; tampoco es buena idea apostar por los taxis compartidos o el transporte público si uno no sabe moverse en esta enorme ciudad de diecisiete millones de habitantes. Así que paro el primer taxi que pasa y le pido que me lleve directo a la terminal nacional de Mehrabad.

—*Darvasht?* —pregunta el taxista alargando la *t* final de esa forma que solo saben los iraníes.

La complicada situación económica obliga a los iraníes a tener dos o tres trabajos y uno se puede encontrar con abuelos como este, que conduce un Paykan de color blanco con una raya naranja en el capó delantero, el vehículo nacional iraní y el auténtico rey del asfalto persa entre 1969 y mediados de los noventa.

—¡Mehrabad, Mehrabad! —respondo apresurado sin entender que lo que quiere preguntarme es si estaba dispuesto a alquilar todo el vehículo para mí.

Abro la puerta trasera para meter mis bultos y me siento en el asiento del copiloto, que no tiene reposacabezas. Siempre que estoy en Irán intento disfrutar de todas las carreras en Paykan porque soy consciente de que en breve pasará a formar parte de la historia del parque móvil nacional, como ocurrió con los Trabant en la RDA.

El leve manto blanco de nieve caído la víspera ha desaparecido y un cielo azul imponente cubre una ciudad presidida por el monte Damavand, ese sí, bien blanco. Un buen día para volar, pienso, mientras la caja de cambios del Paykan cruje en los semáforos.

El aeropuerto está abarrotado. El precio de los billetes es tan bajo y las distancias son tan largas que la mayoría de los iraníes optan por el avión para viajar dentro del país. No tengo ni billete, pero el amigo de un iraní al que conocí en un viaje anterior me ha citado en el mostrador de facturación número uno a las diez en punto. Esos amigos de conocidos que aparecen y desaparecen en los viajes y que desempeñan un papel clave en tantas historias... ¿Y si esta vez no aparece? Pero aparece; normalmente aparecen siempre, como magos salidos de una lámpara. Allí está esperándome un hombre alto, joven, trajeado pero sin corbata, y con la cabeza cuadrada. Soy el único extranjero a la vista, así que viene directo y, en un correcto inglés, me saluda por mi nombre, me pide el pasaporte y desaparece entre la marabunta.

Todos los destinos están escritos en farsi, así que no puedo distinguir el nombre de Bam por ninguna parte. Aunque en España se considera «moros» a todos los musulmanes que viven desde Marruecos hasta Afganistán, los iraníes son persas, descendientes de los arios, y hablan farsi, no árabe. A la diferencia étnica y lingüística hay que añadir la religiosa, porque en Irán más del 90 por ciento de la población pertenece a la secta chií del islam y no a la suní, que es la rama mayoritaria en el mundo. El cisma se remonta a la muerte del Profeta, y la elección del chiismo como religión de Estado la adoptaron los safávidas, que llegaron al poder en 1501 y comenzaron a fusionar las identidades persa y chií en contraposición a las árabe y suní mayoritarias en el islam, un episodio tan lejano en el tiempo como decisivo en el equilibrio de poderes del actual Oriente Medio. «En la entronización iraní de la doctrina chií discernía yo una protesta muda contra la conquista de Irán por los árabes [...]. Su culto representaba un acto simbólico de venganza contra el islam árabe (que tan inflexiblemente se oponía a la deificación de cualquier personalidad humana, incluida la de Mahoma)», recoge en *El camino a Meca* el periodista de origen austriaco Muhammad Asad.

La comunidad musulmana suní se mantiene firme en su apoyo al principio de sucesión electiva al califato, mientras que los chiíes sostienen que el Profeta designó a su yerno Alí su legítimo heredero y sucesor, y por ello sustituyen la concepción republicana del original Estado Islámico por una especie de monarquía hereditaria. Y estas historias de hace trece siglos siguen teniendo un impacto directo en el día a día de los fieles chiíes que siguen llorando con fervor las muertes de Alí y sus hijos, Hasán y Husein.

Me acomodo en uno de los asientos de plástico de color amarillo de la sala de facturación y espero. A las diez y media aparece mi hombre y me devuelve el pasaporte con una tarjeta de embarque escrita a mano. Sonríe, pero su mirada es triste. Parte de su familia es de Bam y me cuenta que desea con toda el alma que vayan periodistas extranjeros para que sigan manteniendo la historia viva en los medios porque aún hay muchos cuerpos desaparecidos entre los escombros. Cree que las autoridades iraníes se olvidarán pronto de ese lugar perdido en el desierto y que las víctimas no recibirán ayudas. No se lo digo, pero veo que es una persona realista y que sabe perfectamente lo que ocurre después de un desastre natural: se apagan los focos de los medios, se olvidan las promesas y los supervivientes deben hacer milagros para sobrevivir.

—No sé cuál es la puerta definitiva. Entre usted y esté atento, por favor, a la megafonía —habla y señala hacia la única entrada a la zona de embarque donde dos miembros de la Guardia Revolucionaria, ambos con barba cerrada y bien marcada, inspeccionan el equipaje de mano.

Es tarde y no tengo ya tiempo para facturar; todo el equipaje vendrá conmigo.

—¿Cuánto es? —pregunto llevándome la mano a la cartera.

—¡Que Alá le acompañe! —responde al tiempo que me coge la mano y se la lleva al pecho—. Suerte.

Tras pasar el control de seguridad, me encuentro en una sala enorme con más gente aún que en la anterior. No hay pantallas con las puertas de embarque en ninguna parte y apenas se oyen los mensajes de la megafonía sobre el murmullo de la gente. Unos están sentados, pero la mayoría esperan de pie su turno en el único lugar que hay para tomar un té. A codazos llego hasta un policía y le pregunto por el vuelo a Bam. No tiene ni idea o no me

entiende. Voy hasta otro y le muestro la tarjeta de embarque; este sí me indica que la puerta es la número dos. Allí me planto hasta que un azafato de la compañía Iran Aseman Airlines abre la puerta y nos desea feliz viaje a Bam a todos los que allí esperamos. Son las once en punto y comienza el embarque. Puntualidad inusual en estas latitudes.

En el autobús que me lleva al avión, un Fokker antiguo y descolorido que en sus buenos tiempos debió de ser blanquiazul, se sienta a mi lado un hombre de rasgos hindúes, que viste un jersey de algodón azul marino con el emblema de Unicef estampado en la pechera. Lleva una maleta de plástico duro pegada al cuerpo en la que se lee «Shezar Noorani». Me siento a su lado y me presento sin saber muy bien qué decirle. Me cuenta que le ha contratado la ONU para que documente la crisis humanitaria en Bam, que ha llegado de madrugada a Teherán desde Nueva York y que quiere ponerse a trabajar sobre el terreno cuanto antes.

Sin haberlo preparado, tengo a mi lado la mejor llave para entrar en Bam y superar los controles de seguridad, que para periodistas son farragosos en la república islámica, sobre todo si uno no tiene la acreditación del Ershad, el Ministerio de Cultura y Orientación Islámica. Yo no la tengo; por segunda vez en mi vida he entrado en Irán como turista, de la misma forma que lo hice seis meses antes. En aquella ocasión llegué desde Estambul en autobús en un viaje interminable de tres días y recorrí el país en transporte público, desde Teherán a Shiraz, pasando por Isfahán y Bam. Un viaje iniciático, sin prisas, sin ordenadores ni cámaras, un viaje para conocer y disfrutar. Un viaje que espero repetir algún día.

Pensándolo bien, si hubiera esperado la acreditación no habría podido regresar tan pronto a Bam debido a la burocracia y a los precios exorbitantes que cuesta el trabajo en Irán, fuera del alcance de periodistas independientes sin el respaldo de un medio que cubra sus gastos. Exfuncionarios del Ministerio cuentan con una serie de agencias paralelas de «ayuda al periodista» por las que hay que pasar de manera obligatoria para obtener un permiso de trabajo temporal. Ese permiso sirve normalmente para Teherán, pero si se quiere salir de la capital se necesitan nuevas autorizaciones y hay que viajar siempre acompañado de una persona de la agencia de turno..., trámites que aprendería con el paso de los años en el país donde uno

interioriza de manera más rápida la importancia de la autocensura. «Lo que cuenta usted en sus artículos no es mentira, pero no es la imagen de Irán que un periodista acreditado debe mostrar al mundo», me diría años más tarde la responsable del Ershad antes de incluirme en una especie de lista negra a causa de un reportaje detallado sobre la doble vida de los más jóvenes en Teherán. Tardaría dos años en volver a tener un visado por contar una verdad tan islámicamente incorrecta como lapidaria.

El fotógrafo y yo nos deseamos buen vuelo y ocupamos nuestros asientos. Apenas hemos hablado, pero nos hemos entendido gracias al sexto sentido de un perro viejo que tiene ante sus ojos a un novato perdido. No queda ni un asiento libre. Ha sido un milagro conseguir un billete. A mi lado se sienta un religioso muy gordo que ocupa parte de mi asiento y tapa la salida del aire acondicionado con el turbante. Con el mayor de los cuidados aparto el papel del periódico asabanado que lee y me siento. Shezar lo hace cuatro filas más atrás. Aquello ruge de una forma que no rugen los aviones en los que uno vuela en Europa.

No tardo en dormirme, pero al cabo de una hora y media me despierto con la sensación de que el avión inicia la maniobra de aterrizaje. Me habían avisado de que el vuelo solía tener una última parte movidita a causa de las tormentas de arena, pero esta vez el descenso en esta especie de cafetera volante es limpio, tranquilo y muy aplaudido por el pasaje cuando los motores se detienen.

El asfalto de la pista está en perfecto estado y el aeropuerto tampoco parece haber sufrido daños. Un iraní grandullón con una gorra de Unicef espera a Shezar. No lo habíamos acordado, pero el fotógrafo se presenta y le dice que yo soy parte del equipo, así que uno tras otro los policías del aeropuerto nos dejan pasar sin problemas y sin preguntas. Fuera espera un Toyota todoterreno, grande y blanco, con el emblema de la organización. Ahora tengo que lograr cuanto antes la tarjeta de extranjero que expide el Foreign Nationals Committee, imprescindible para moverse en la zona devastada. Sin ella lo pueden echar a uno del país en cuestión de horas.

Bam es una zona controlada por el ejército y a los extranjeros nos vigilan con lupa, sobre todo tras la llegada de ayuda humanitaria estadounidense. Se cumplen catorce años del terremoto de Rudbar, que mató

a cuarenta mil personas, pero aquello sucedió en el norte, una zona más próspera que el pobre y olvidado sur de Irán. En 1990 incluso se permitieron el lujo de rechazar la ayuda internacional, pero ahora no, y los primeros en dar un paso al frente han sido los estadounidenses. Un avión C-130 aterrizó tras el temblor en suelo persa después de veintitrés años sin relaciones diplomáticas entre ambas naciones. Este gesto, aplaudido por la comunidad internacional, se completó con el levantamiento por tres meses de las sanciones contra la república islámica. Esto quería decir que en ese tiempo se permitiría realizar donaciones para ayuda humanitaria y también viajar a los empleados de organizaciones humanitarias al país persa y gastar allí el dinero recibido sin solicitar el permiso previo de las autoridades federales de Washington. De la misma forma, estas organizaciones obtenían el «ok» para la exportación de artículos prohibidos hasta el momento por miedo al terrorismo, como teléfonos vía satélite, equipos de transporte, radios, ordenadores... A cambio, Irán aceptaba la presencia temporal de inspectores para la supervisión de sus instalaciones nucleares. Este idilio, sin embargo, acabaría al cabo de pocas semanas con un discurso del líder supremo, Alí Jamenei, que señaló en el informativo más seguido en el país: «Los yanquis son peor que un terremoto. Por cada médico que ha llegado, hay tres espías de la CIA». Punto final. Rápido y directo. Jamenei acabaría en unos minutos con las esperanzas de los que veían en la llegada de ayuda humanitaria el inicio de una apertura para el país.

Cuando uno llega por primera vez a Irán, le sorprende la cantidad de retratos de Jamenei y Jomeini (que parece siempre malhumorado) que hay en los edificios oficiales. Ruhola Jomeini fue la pieza clave de la revolución de 1979 que derrocó a la monarquía encabezada por el sah, el auténtico guía espiritual y político de un movimiento que dio un giro a la historia reciente del país. Irán pasó de ser un aliado regional de Estados Unidos, con una élite que vivía mirando a Occidente, a aprobar una república islámica que pronto etiquetó de «gran Satán» a su antiguo aliado. El país se echó a las calles para protestar por la complicada situación económica y las fuertes desigualdades; fue un movimiento heterogéneo formado por grupos de diferentes tendencias, pero los religiosos eran los que mejor organizados estaban y contaban con el carisma de un Jomeini que acabó por monopolizar la revuelta. Hijo y nieto de

clérigos, Jomeini obtuvo el título religioso de ayatolá en 1950, y desde mediados de los sesenta vivió exiliado en Irak y Francia debido a sus críticas a un sah a quien la fuerza de la calle obligó a escapar del país. Con el sah fuera de juego, Jomeini regresó y fue recibido como un ídolo en una jornada en la que millones de iraníes acudieron a recibirle. En pocos días logró organizar un referéndum y obtuvo el apoyo masivo de la población al sistema islámico que hoy sigue vigente, un sistema en el que quien manda de verdad es el Guía o Vali-ye Faqi, el jefe supremo de la comunidad, y cuyos decretos se consideran divinos y, por tanto, infalibles. La recién nacida república islámica no tardó en convertirse en una bestia negra para Occidente, ya que pocos meses después un grupo de estudiantes ocupó la embajada de Estados Unidos, en el centro de Teherán, y protagonizó un secuestro de cuatrocientos cuarenta y cuatro días. Durante ese tiempo, cincuenta y dos funcionarios estadounidenses permanecieron retenidos a manos de los que con el paso de los años se han convertido en la élite del régimen. A esto hay que sumar que el vecino Irak, liderado por Sadam Husein, quiso pescar en río revuelto y un año después de la instauración del sistema islámico en Irán lanzó una ofensiva militar para hacerse con una serie de pozos de petróleo cercanos a la frontera, una operación a la que Jomeini respondió movilizándolo a los suyos para la guerra. El conflicto se prolongó ocho años, durante los cuales, a fuerza de sangre, la república islámica asentó sus pilares.

Jamenei se erigió en líder supremo en 1989, tras la muerte del ayatolá Ruhola Jomeini, pero nunca ha tenido el carisma de su antecesor. Con el paso de los años, además, las restricciones sociales y políticas han generado un nivel importante de descontento en parte de la población, sobre todo entre los más jóvenes, que no conocieron los años de la guerra con Irak. El sistema sobrevive, aunque con escollos como la Revuelta Verde que tuvo lugar tras las elecciones de 2009, en las que el sector reformista se echó a las calles pidiendo apertura, pero en muchos momentos da sensación de agotamiento.

El coche se detiene a medio camino entre el aeropuerto y la ciudad, en el hotel Arg-E-Jadid, un edificio de ladrillo color crema, de tres alturas y en perfecto estado. Entramos en el vestíbulo y enseguida me doy cuenta de que no puedo permitírmelo. Cien dólares por noche en una habitación doble es el precio para extranjeros. Parece que hay que aprovechar el tirón: al cabo de

unos días Bam no sería noticia y gran parte del contingente de foráneos volverían a sus casas. El recepcionista no tiene compasión y responde como un autómeta.

—*Hundred dollar, mister. Hundred dollar per room* —son las únicas palabras que pronuncia en inglés, y tiene lista de espera.

Papeles y papeles se acumulan en el mostrador y no tiene tiempo ni de mirarnos a la cara, ni mucho menos de negociar. Shezar se vuelve a dar cuenta de la situación y me invita a pasar la noche con él si no encuentro nada mejor a lo largo del día...

Tras dejar las bolsas, salimos hacia el campamento internacional donde están las distintas ONG que se han desplazado a la zona de la catástrofe. En los diez kilómetros de carretera que nos separan de Bam nadie abre la boca. Es el silencio del desastre, el dolor y la barbaridad en la que estábamos entrando de lleno. Una sensación de ahogo que nubla la mirada y paraliza la voz. El estómago se retuerce y uno comienza a hacerse preguntas sin respuestas, como por qué les ha tocado a ellos, qué pasaría si la tierra temblara así en la ciudad de uno... Según nos vamos acercando, vemos más y más gente sentada en el suelo junto a tiendas de campaña de lona blanca. Detrás de estas tiendas, montañas de tierra y piedras. Apenas se distingue la forma de un edificio entero. La carretera, eso sí, está en perfecto estado, como los miles de palmeras de este oasis célebre por sus dátiles, pero las casas..., no hay una sola en pie.

El campo internacional se encuentra dentro de un recinto militar, y cuando llegamos se están recogiendo todas las tiendas para trasladarlas a un nuevo emplazamiento, que será el campo de fútbol, según nos informan. Está prevista la llegada de un nuevo contingente de militares y es preciso recuperar la totalidad de las instalaciones para poder ubicarles allí.

Shezar se desespera porque se le escapa la mejor luz del día y va a quedarse sin fotos, idea que no le gusta nada, pero esto es Irán y la burocracia es la burocracia. Quiere estar en la calle en ese momento en el que el sol alarga las sombras y los colores son más cálidos que nunca. El conductor nos lleva hasta la oficina para extranjeros y, como en el aeropuerto, Shezar me presenta como parte del equipo. Hay que esperar al responsable, que está

rezando. Pasado un buen rato, aparece un funcionario con barba de varios días y camisa sin cuello, la camisa «oficial» de los funcionarios del régimen islámico.

—*Welcome to Bam! Welcome to Bam!* —dice en inglés con tono amistoso y llevándose la mano derecha al corazón en señal de agradecimiento.

Me extiende un papel y lo relleno sobre una mesa de plástico blanco que baila cada vez que escribo una palabra. No hay preguntas y yo no abro la boca. En pocos minutos salgo de la tienda de campaña con mi tarjeta personal colgada de la camisa con un imperdible. Ya estoy registrado. Salimos a dar nuestro primer paseo por Bam, o, mejor dicho, por lo que queda de Bam. Shezar dispara con rapidez y murmura. No se le ve cómodo. Cuando tiene la oportunidad no duda en parar y preguntar, pero desde el vehículo oficial de Unicef le piden que se dé prisa porque está a punto de oscurecer.

—Una foto sin historia no me sirve. Necesito saber quiénes son los protagonistas de mis fotos —me repite como un profesor que habla a su alumno mientras anota los nombres y edades que le va diciendo un traductor desganado mientras se mira el reloj una y otra vez.

Tenemos la suerte de hablar con dos hermanos que buscan entre las ruinas algo que rescatar de su casa familiar. En los últimos días han enterrado a ocho familiares y cavan de forma automática, con los ojos perdidos, en busca de no saben bien qué porque la tierra se ha llevado ya lo más importante que tenían. Bam es una zona donde el consumo de opio es tradición y se utiliza como analgésico desde edades tempranas. Como puedo comprobar desde el primer momento, en los días posteriores al temblor el consumo de opio se ha disparado y la gente está colocada para intentar olvidar.

Por desgracia, el paseo es muy breve. Se ha impuesto una especie de toque de queda y no se puede andar por la calle tras la caída del sol. No llegamos siquiera a acercarnos a la fortaleza. La temperatura baja muchos grados y empiezo a sentir frío. El mes de enero en el desierto puede ser helador. Shezar insiste en que le acompañe al hotel, y se lo agradezco.

Esa noche hablamos horas y horas sobre catástrofes naturales, el comportamiento humano tras las mismas y el trabajo de las ONG en las situaciones de emergencia. Todo es nuevo para mí, una especie de máster acelerado. Estaba en Bam, en la Bam recién asolada por un terremoto, bebiendo Zamzam Cola —el refresco nacional llamado así en recuerdo del sagrado pozo de Zamzam, situado cerca de Meca, donde la tradición dice que Agar proporcionaba agua a su hijo Ismael— en una habitación de cien dólares la noche que no puedo permitirme y con un conductor en la puerta. Esto no es lo que buscaba. Así se lo digo a Shezar y me comprende. Al día siguiente por la mañana me buscaré la vida. Necesito estar en el meollo; para eso había hecho un viaje tan largo. Esa primera noche, por si las moscas, ponemos las camas cerca de la ventana por si hay que saltar al jardín.

—Si notas cualquier temblor, sal rápido del cuarto, salta por la ventana y aléjate del edificio —me advierte mi compañero de cuarto mientras se quita las gafas. Duerme sin gafas, pero con la cámara a mano. Y pronto se pone a roncar.

La tierra tiembla, pero no me entero de las réplicas, ni de los ronquidos. Por la mañana temprano cojo mis cosas y me despido de Shezar, el hotel y los lujos. Me planto en la carretera y paro la primera camioneta que pasa. Pongo mis trastos en la parte trasera y le pido como puedo que me deje en la entrada de Bam. Así lo hace, y como no acepta dinero le pago con uno de los chocolates Tak Tak. En pocos minutos se abre ante mí una carretera de cuatro carriles con una mediana de arbustos secos, la gran avenida que desemboca en la plaza Imam Jomeini y por la que camino sin rumbo fijo. No hay un alma.

Me duele la cabeza; siempre que empiezo una cobertura me duele la cabeza. Me detengo ante lo que me parece que debía de ser el antiguo hospital. En su lugar hay unas casetas prefabricadas, de las que se instalan en las obras para los trabajadores, y unas tiendas de campaña. Me llama la atención una de ellas, muy al fondo, de color amarillo chillón. Me esfuerzo en leer lo que pone en el lateral: «DYA Gipuzkoa – Bide Laguntza Elkartea – Asociación de Ayuda en Carretera». Nunca me había alegrado tanto de leer unas palabras en euskera y español estando de viaje. Sin dudarlo, cruzo los

cuatro carriles y salto las vallas de plástico que cercan la tienda de campaña. Me doy de bruces con una enfermera en cuyo brazo distingo un logo con la bandera catalana y la palabra «Bombers».

—Buenos días. ¿Mucho trabajo? —pregunto sin saber muy bien qué decir.

—A tope. ¿Y tú quién eres? ¡Qué alegría oír a alguien hablar en español en mitad de Bam!

—Soy periodista. He visto lo de DYA Gipuzkoa y por eso me he acercado —respondo con cierta torpeza.

—Pasa, pasa. Aquí estamos gente de toda España.

Hay varias tiendas juntas. Al lado de la amarilla hay otra más grande de color blanco coronada por el logotipo rojo de SERCAM, el cuerpo de emergencias de Madrid. Allí me presento ante el jefe de la misión, don Juan Bartolomé, médico burgalés de la entonces AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional), luego renombrada como AECID, con d final de «Desarrollo». Alto, enjuto y de barba canosa, habla con tono grave; sus sesenta y muchos le convierten en la voz de la experiencia. Me presento, y al verme con todos los bártulos encima capta enseguida que estoy colgado y me ofrece la posibilidad de compartir tienda con ellos.

—Estás en un trozo de suelo español en Irán, y aquí puedes sentirte como en casa. Solo te pido que no entorpezcas la labor del equipo sanitario. Por mi parte, no hay problema en que te quedes, periodista. Me gusta dar oportunidades a la gente —me suelta de buenas a primeras, con tono solemne, esta especie de don Quijote de la ayuda humanitaria.

—Gracias —respondo estrechándole la mano sin nada más que decir.

Tras ese intercambio de palabras empieza el verdadero terremoto para mí, y recordando esos instantes me doy cuenta de que es el inicio de mi carrera como periodista en la región.

Busco acomodo en la que llaman «tienda de vida» del campamento, que en la parte trasera hace también las veces de almacén. Coloco mis pertenencias donde creo que molestan menos y me voy presentando a los miembros del grupo, que forman una auténtica familia. AECI ha plantado su puesto médico avanzado (PMA) sobre las mismísimas ruinas del antiguo

edificio del hospital. Allí trabajan, duermen y hacen toda su vida médicos, enfermeras y logistas. Trabajan día y noche, sin horarios. La vida y la muerte pasa por sus manos.

Desde el primer momento me dedico a tomar notas y a observar. Impresiona el dolor que se ve en los ojos de cada paciente. Son miradas que no tienen nada en qué fijarse porque han visto frente a frente la muerte; ¿qué visión puede ser más impactante? Ha pasado más de una semana desde el temblor y ya hay pocas posibilidades de recuperar cuerpos con vida de entre los escombros. Los supervivientes empiezan a darse cuenta de lo ocurrido y lo que más les duele ahora es el alma. Un dolor que no hay medicina en el mundo que pueda curar, pero que los profesionales españoles tratan con un amor y una profesionalidad conmovedores.

Mi rutina siempre es la misma. A las seis y media de la mañana comienza la actividad. Entre el trino de los pájaros y los ronquidos de los más cansados, el jefe del equipo abandona su saco de dormir. Es el primero que empieza la dura jornada. Juan Bartolomé sale de la tienda, comprueba si por casualidad hay agua fría (caliente es una quimera) y se pone en marcha. Una hora más tarde, uno de los técnicos del equipo se levanta y prepara el desayuno. El propósito de todas las noches, antes de que el equipo se acueste, es que parte de él se despierte a las seis para poder dar una vuelta por la ciudad y evaluar la situación, pero el cansancio puede con cualquier plan que se haga sobre el papel. La mesa de reuniones, comidas y tertulias descansa en un piso de cemento. Está junto a la pared del laboratorio, tan pegada a ella que si uno mira hacia arriba, la cornisa del edificio, visiblemente torcida por el temblor, le invita a no sentarse, pues amenaza con desplomarse. Desayunos, comidas y cenas tienen lugar bajo la parte del tejado que sigue en pie en el hospital Jomeini. Junto con el técnico, uno de los traductores, Mohamed Amin, quita el polvo que se almacena en la mesa. Más que polvo, arena, para que médicos y enfermeras puedan empezar a desayunar a las ocho de la mañana. Todos los días toca ración individual de combate de las fuerzas armadas. Cada caja contiene dos sobres de café soluble, un tubo de leche condensada azucarada, una tarrina de confitura, un paquete de galletas dulces y una chocolatina con leche. Es el momento de planificar la jornada de

trabajo. Si es posible, tres personas descansarán por la mañana y otras tres por la tarde. Todo dependerá del volumen de pacientes. La cola ya comienza a poblarse detrás del PMA.

La consulta abre a las nueve en punto. Miguel Ángel Dólera, técnico de emergencias, espera a los pacientes en la entrada y, con la ayuda de su chuleta en farsi, les pregunta si tienen dolor («*Dard darí?*»), dónde («*Konja?*») y si tienen fiebre («*Tab darí?*») en un farsi con acento de Brunete. Toma nota y les sienta a la espera de que una de las cuatro camillas esté libre. Tiene una gran bolsa de caramelos que va repartiendo a los niños que se acercan. Hay pacientes que van todos los días. Urgencias es el lugar al que acuden para verse las caras, para ver quiénes están aún vivos. Las mañanas son sobre todo de mujeres y niños; los hombres van más por la tarde.

Médicos y enfermeros, ayudados por los intérpretes, se meten de lleno en su papel y atienden sin descanso a los pacientes hasta las dos de la tarde, momento de la comida. La dieta básica se compone de arroz blanco con pan, que suministra Media Luna Roja, y ración individual de combate para cada uno: atún, paté, ensalada de primavera, macedonia y hasta cocidito madrileño, según el menú. El tema de los horarios no está muy claro, y los pacientes que llegan se acercan a la mesa mientras el equipo sanitario come. Dado que el trabajo de urgencias es de veinticuatro horas, si el caso es grave no se descansa ni para comer. Algún chorizo escondido entre la ropa de la maleta sale a pasear con respeto, como *delicatessen* en un país en el que no está permitido comer carne de cerdo.

Una hora después se reanudan las consultas de la tarde. Más hombres que mujeres. A las cinco se pone el sol y hay que empezar a trabajar con la ayuda de luz artificial y el rugido del grupo electrógeno de fondo. Colas y más colas. De vez en cuando se acerca hasta algún religioso, que no tiene reparo en ser atendido por una enfermera y se levanta la túnica para recibir un pinchazo. Si la situación se tranquiliza, parte del equipo sale a tomar el aire hasta la hora de la cena, las nueve, para la que siempre hay algo caliente como sopas instantáneas o latas de fabada. Cuando se va el sol, la temperatura baja en Bam y no es lugar para largas tertulias.

A las diez y media todo el mundo se acuesta dentro de sus sacos, bien cubiertos con mantas para combatir el frío. Mantas no faltan, ya que el segundo Hércules enviado por España con ayuda humanitaria desde Torrejón trajo más de dos mil para repartir entre los damnificados. Sirven también de colchón. Nada más adoptar la posición horizontal, los más afortunados rompen a roncar ajenos a temblores de tierra o a las bajas temperaturas. La molestia que produce un ronquido el primer día se olvida ya el segundo, y la tienda ruge como una manada de leones persas. Ni las réplicas del macabro terremoto rompen el descanso.

Yo me acoplo a esta especie de disciplina militar y trato de estorbar lo mínimo. Me despierto con el primer relevo a las seis de la mañana, y tras el desayuno me planto en la mesa de triaje en la que los pacientes cuentan sus problemas. Todos los días hay colas frente al hospital desde primerísima hora.

Un hombre vestido con harapos y una herida en la cabeza con varios puntos de sutura pide una inyección letal.

—He perdido a mi mujer y a mis tres hijos, no quiero seguir viviendo — responde a los médicos que le preguntan por sus molestias.

Algunos niños vienen solos o acompañados por vecinos o conocidos. Algunos como la pequeña Shirin, de seis años, han dejado de hablar desde la noche del temblor.

—Llora y llora, pero no dice nada. Sus padres aún siguen entre los escombros de la casa — cuenta la vecina que la acompaña, una señorona cubierta por el chador, el tradicional mantón negro habitual entre las mujeres de Irán.

Otra niña, que no tendrá más de quince años, llega sola, jadeando y suplicando una carta para pedir libertad a sus hermanos. La pequeña ha perdido a sus padres y vive con sus tres hermanos, que no la dejan salir de la tienda de campaña en la que viven ni para tomar el aire. ¿Qué medicina hay para estos males?

Cuando llegué a Bam, en mi agenda tenía destinados tres días en la zona del desastre, pero las jornadas vuelan y no me muevo. Mi tiempo transcurre entre el hospital y los escombros. La zona antigua de Bam, la más castigada, sigue sin recibir el servicio de desescombros y es una sucesión de esqueletos

de edificios a medio caer y de montañas de tierra y desperdicios, así que cada día hay nuevos derrumbes y aparecen más y más muertos. Es imposible hacer un recuento. En esa parte de la ciudad solo la mezquita Jameh se alza con solidez; el temblor de 6,3 grados no ha afectado a su estructura. La milenaria fortaleza de barro, sin embargo, más que un terremoto parece haber sufrido el paso de la ola enorme de un tsunami. Como un castillo de los que hacen los niños en la arena al bajar la marea, las torres se han derrumbado, las almenas desdibujado, y todos los accesos están cerrados por temor a nuevos derrumbes.

Entre tanta muerte, heridas y traumas de todo tipo, también hay lugar para la vida. Siempre había jurado que no asistiría a un parto hasta que fuera el de mis propios hijos. Los hospitales no son para mí. El calor y el olor me ahogan y la sangre me mareo. La prueba de fuego llega una mañana en la que los sanitarios iraníes piden ayuda a los españoles para asistir a un parto. Sin pensarlo dos veces, me meto en el quirófano con bata, mascarilla y la cámara. Fateme Moshemi, natural de Bam y madre de tres hijos, grita tumbada en el paritorio. Me acerco a ella y la cabeza del bebé está ya saliendo. No sé qué hacer, así que con un pañuelo le seco el sudor de la cara y le digo con toda la fuerza que puedo: «¡Empuja, empuja!». Mis ánimos se mezclan con las instrucciones en farsi de las enfermeras locales, que también la animan. Fateme empuja, respira con fuerza y se agarra a las sábanas con furia. Todo va rápido. Mahdi Rahmatabadi llega al mundo diez días después del terremoto, pesa tres kilos y pasa los primeros minutos de vida en brazos de un periodista extranjero. Él nunca lo sabrá. Yo nunca lo olvidaré. El bajón viene después, al salir del paritorio. Los nervios, las imágenes, el olor y la tensión se juntan en mi cerebro, y tengo que tumbarme un rato mientras digiero la escena. De pronto la tierra vuelve a temblar, se produce una réplica bastante fuerte y eso me remata, pero aquí uno no puede dormirse.

La llegada al mundo de Mahdi es augurio de buena suerte, y a las pocas horas los servicios de emergencia iraníes llegan con un hombre en una camilla que, a primera vista, parece una momia del antiguo Egipto. Pasan de las dos de la tarde y estamos comiendo en grupo (un día más, raciones de

campana del ejército español) cuando el conductor de la ambulancia se dirige a uno de los intérpretes para decirle que esa persona acaba de ser rescatada de entre los escombros.

Tumbado en la camilla boca arriba, con los ojos medio abiertos, parece deshidratado, desnutrido; presenta un cuadro de confusión y sufre contusiones múltiples y diversas fracturas, según la primera revisión. Encontrar a una persona viva después de diez días «es un milagro», me confiesa con rotundidad el doctor Eduardo Armijo, hombretón navarro con cuerpo de levantador de piedras, el encargado de atender a este muerto viviente, que logra decir solo la palabra «Jalaledin», su nombre. Tras administrarle insulina y una dosis de calmante, se le prepara para su traslado a un centro hospitalario de Teherán. Siempre tendré la duda de si realmente asistí a un milagro o si se trataba de alguien empeñado en buscar a parientes desaparecidos o rescatar sus pertenencias entre los escombros, que quedó sepultado por un nuevo derrumbe. Aunque el milagro de verdad fue el del pequeño Mahdi, la vida en directo en mitad de la desolación, el retrato que le hice a Jalaledin fue mi primera portada en un medio nacional.

Dos semanas después del temblor la emergencia ha terminado, según los expertos, y los países comienzan a reclamar a sus equipos. Ha sido todo tan intenso que me parece que fue ayer cuando estaba en Teherán recibiendo un billete de avión de manos de un desconocido para ir a Bam. Mis compañeros de batalla tienen que regresar en un Hércules, pero yo lo hago en línea regular. Camino del aeropuerto paso por el hotel donde dormí la primera noche y siento de nuevo el vértigo que sentí esa mañana al salir de allí rumbo a lo desconocido. Un pequeño mareo, una sensación de hormigueo causada por esa mezcla de miedo e incertidumbre que provocan este tipo de decisiones. Una sensación que me sigue acompañando en momentos clave en los que, ante la duda, siempre pienso que es mejor elegir lo que más esfuerzo te cuesta.

## LÍBANO

### BAUTISMO DE FUEGO

*Beirut – Tiro, julio de 2006*

Aterrizo en Beirut la madrugada del 11 de julio de 2006. El aeropuerto internacional Rafiq Hariri es un edificio al gusto de los arquitectos modernos: mucho vidrio, espacios abiertos, impoluto y con gente haciendo cola de a uno, algo increíble en una parte del mundo donde las colas se suelen hacer en horizontal, con todo el mundo situado en primera fila. Anuncios de lencería y bebidas alcohólicas reciben al viajero que llega a la conocida como «la Suiza de Oriente Medio». A la salida, un taxista vuela por la autopista y en escasos diez minutos estoy en el vestíbulo del hotel Mediterranée, un edificio blanco de ocho plantas situado en primera línea de playa, justo frente a la única noria de la ciudad y muy cerca del faro.

Todo funciona según lo anunciado por el señor Faisal, director de la televisión irano-libanesa Al Alam, que contactó conmigo veinticuatro horas antes por teléfono y me envió un billete de avión. Aún no tengo muy claro el motivo del viaje; deberé esperar a mañana para conocer en persona al misterioso señor Faisal. La película de los hechos que me han llevado a esta cama en la octava planta del Mediterranée es extraña e impulsiva. Una sucesión de casualidades que solo acontecen a quien tiene mucho que ganar y nada que perder.

Ahmed es de Bagdad, pero lleva muchos años en Azkoitia, pueblo guipuzcoano del valle del Urola. Le vi solo un día y de casualidad, por medio de una conocida que me dijo que un iraquí había alquilado un piso de sus

padres. Le pedí el teléfono y quedé con él una mañana. El tiempo justo para escucharle hablar de su país antes y después de la invasión de Estados Unidos y pedirle que me diera clases de árabe, algo que al final no pudo ser porque estaba muy ocupado, pero me dejó su contacto. Yo le di el mío y le conté que había dejado el periódico en el que trabajaba y que buscaba trabajo en Oriente Medio. Esta conversación en torno a dos cafés, sin saberlo, fue la puerta de entrada a mi primera guerra. A los pocos días, una mujer que se presentó como Malak Sahioni, poeta de origen sirio, amiga de Ahmed y que trabajaba como ayudante en una embajada de un país del Golfo en Madrid, me llamó para que le confirmara que era vasco y me preguntó si estaba dispuesto a hablar sobre el momento político en Euskadi en el programa estrella del canal libanés Al Alam, del que yo no había oído hablar en mi vida.

—Ahmed me ha hablado bien de ti; me ha dicho que eres una persona seria, con ganas de conocer cosas nuevas. Si no te importa, el director de la cadena Al Alam te llamará enseguida para saber si te interesa participar porque el programa es dentro de dos días y en directo.

—¿Dónde? ¿En Madrid? —pregunté.

—No, en Beirut. Tendrías que viajar a Beirut porque se trata de un espacio muy importante y siempre quieren a los entrevistados en plató.

Colgué. Sabía de sobra que iba a aceptar. No era necesario consultarlo con la almohada. Conocía a Ahmed de haber compartido unos cafés, nunca había visto a Malak, no sabía que esa televisión existiera y no era un experto del proceso de paz en Euskadi, pero a uno no le invitan todos los días a Beirut.

Segunda llamada. El señor Faisal, director de Al Alam, en un inglés tosco, me saludó de manera amable y me invitó al programa. No tenía un solo dato sobre mí; solo sabía que era vasco y que había trabajado unos meses en Irán en el pasado, detalle que revelé a Malak en nuestra primera conversación, y eso parecía ser suficiente. Le aclaré que nunca había seguido de cerca el tema político. Le daba igual. Me quería en Beirut al cabo de dos días. Acepté.

Así se gestó este viaje y ahora espero en el hotel la llegada del director del canal. A las ocho en punto aparece mi hombre, perfectamente trajeado y con un rosario en la mano. Me da la mano y me mira a los ojos antes de explicar en qué consistirá la entrevista. Desde lo general a lo más particular, el presentador formulará preguntas sobre el conflicto vasco y a la vez conectaremos en directo con Madrid para que dos profesores de árabe participen en el programa. Su mirada, el movimiento de sus dedos deslizándose por las cuentas del rosario, su barba a medio afeitado, su traje oscuro...; muchos detalles me recuerdan a los típicos funcionarios del régimen iraní. Más tarde caería en la cuenta de que Al Alam es el canal en árabe de la república islámica de Irán.

Llegamos al estudio de televisión, en el sur de la capital, a las nueve de la noche, pero nadie nos da la bienvenida. Los periodistas están pegados a los monitores siguiendo las noticias. El debate vasco parece no existir y la llegada del invitado estrella no les hace separar los ojos de las pantallas. Con desgana, me ponen un micrófono en la solapa y un pinganillo para la traducción simultánea, y el *show* empieza a la hora prevista. Estoy solo en la mesa junto al presentador y, sinceramente, después de más de diez años, no recuerdo ni las preguntas ni las respuestas de la siguiente hora. Desde el comienzo noto que pasa algo raro, muy raro. Hablo y hablo, pero nadie escucha, y en la única pausa que hay todo el equipo, incluido el presentador, se abalanzan sobre el televisor para seguir las noticias en directo de Al Jazeera, el gigante catari de la televisión vía satélite. Yo no entiendo nada y nadie me explica lo que ocurre, pero debe de ser gordo.

Una hora después estoy ya fuera del estudio y el señor Faisal me lleva de nuevo al hotel. No tiene ganas de hablar. Le noto tenso y él pisa el acelerador por unas calles desiertas. Nos sentamos a cenar y en la televisión siguen los servicios informativos.

—Israel nos ataca —suelta Faisal sin apartar la mirada de su plato de kebab—, pero no se preocupe, en unas horas su vuelo partirá. Prepare sus cosas, un conductor vendrá a buscarle. Si el avión no sale, le sacaremos por Siria, pero saldrá de Líbano sano y salvo, le doy mi palabra.

Parece increíble que algunos de los objetivos de la aviación israelí estén en el sur de la capital, a escasos veinte minutos en coche de donde nos encontramos. Apenas se perciben las detonaciones en el interior del hotel. Continuamos cenando y el móvil de mi compañero de mesa echa humo. Ha empezado la guerra. Nos despedimos tarde. El señor Faisal me dice que intente dormir tranquilo porque acaba de recibir el mensaje de la compañía aérea anunciando la cancelación de todos los vuelos hasta nuevo aviso.

—Hablamos por la mañana, no se preocupe por nada. Todo está bajo control y en buenas manos —me dice de forma fraternal con ese tono y ese saber estar ante las adversidades que los libaneses han desarrollado como nadie tras décadas de conflictos.

Subo al cuarto y trato de dormir. Nada más tumbarme en la cama, la explosión más fuerte que he oído en toda mi vida hace temblar el hotel, y mi corazón se acelera de tal forma que me parece tenerlo en la garganta a punto de salir. Después llega la segunda, la tercera, la cuarta... No me atrevo ni a asomarme al balcón. Solo quiero que amanezca cuanto antes. ¡Qué diferente se ve todo bajo la luz del sol! ¿Dónde me he metido?

El teléfono del cuarto me despierta. Es el servicio de habitaciones para avisarme de que el desayuno está listo. Las legañas y el dolor de cabeza son la resaca de una noche de bombardeo. Primero es el zumbido de los aviones, y luego, la caída sorda, fría y metálica. ¿Y las sirenas para que la población civil se cobije en refugios? Nada. Solo explosión tras explosión. Desde la media noche hasta el amanecer. En la cama, sudoroso, me obligo a mantener los ojos cerrados.

En las imágenes de televisión se ve una gran nube de humo saliendo del aeropuerto internacional. El humo tapa el sol. Para empezar bien la guerra, Israel ha conseguido bloquear la entrada y la salida del país por aire. Teniendo en cuenta que en esos momentos hay miles de turistas en Líbano, el caos y la histeria están servidos y a la gente solo le quedan las opciones de salir por tierra, vía Siria, o por mar, a través de Chipre. Eso o quedarse y esperar el alto el fuego.

—Es una auténtica declaración de intenciones. Por mucho que nuestro Gobierno ha pedido en las últimas horas que no se aplique un castigo colectivo sobre la población civil por culpa de la actuación de un grupo

determinado, ellos han hecho caso omiso y nos han responsabilizado a todos de dar cobertura a los hombres de Hizbulá; esto es un castigo colectivo — lamenta Amer Abdesater, directivo de Al Alam, la cadena que me ha metido sin quererlo en esta guerra y que ahora se siente responsable de mí.

Tanto Abdessater como Faisal han acudido por la mañana al hotel para explicarme que la situación puede ir para largo y que no me preocupe, que tratarán de evacuarme lo antes posible.

—¿Evacuarme? —les pregunto viniéndome arriba y olvidando de pronto los sudores de la noche—. Gracias, pero yo me quedo.

Acabada la reunión, me dejan sus números de teléfono «para caso de emergencia», insisten, y nos despedimos frente a la gran noria de Beirut, parada también por la guerra. Comienzo a pasear por el malecón y me vienen a la cabeza las imágenes de los informativos que durante muchos años mostraron la guerra civil en las calles de un Beirut destrozado. Entre 1975 y 1990, la guerra entre distintos grupos políticos y religiosos, con diferentes apoyos extranjeros, dejó al menos ciento cincuenta mil muertos, cuatrocientos mil heridos y diecisiete mil desaparecidos. Una auténtica guerra de todos contra todos en la que los frentes y las alianzas variaban con frecuencia. Las diferencias internas fueron lo que hizo reventar las costuras de este país, que no logró su independencia de Francia hasta 1943 y que, desde entonces, mantenía el equilibrio entre confesiones gracias a un pacto nacional en el cual se acordó que el presidente de la República sería cristiano maronita; el presidente del Parlamento, musulmán chií, y el primer ministro, musulmán suní, y que todas las comunidades libanesas estarían representadas de manera proporcional en el Parlamento, el Gobierno y los puestos de la administración pública. El sistema multiconfesional duró tres décadas, y tuvo que firmarse un nuevo pacto en Taif (Arabia Saudí) para que, con el respaldo de Occidente y de los países del Golfo, se cerraran quince años de guerra.

La mañana del 12 de julio de 2006, Hizbulá (que se traduce como «Partido de Dios») había lanzado un ataque en la frontera contra una patrulla del ejército israelí. Los milicianos libaneses mataron a tres soldados y capturaron a dos reservistas. Ese mismo día, en las operaciones para intentar recuperar a sus hombres, Israel perdió a otros cinco militares en combate. Apenas seis años después del final de la ocupación del sur de Líbano, que se

prolongó dieciocho años, los israelíes volvían a meterse en una guerra con el vecino del norte. En esta ocasión el objetivo no eran las facciones armadas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), lideradas por Yaser Arafat: en esta ocasión el enemigo se llamaba Hizbulá. Líbano ya no era un avispero de guerrillas sectarias: ahora el único enemigo eran los combatientes del Partido de Dios.

La primera vez que oí hablar en serio de Hizbulá había sido meses antes de mi viaje a Beirut en la prestigiosa universidad Sharif, de Teherán, durante una entrevista con Hoyot Niki Maleki, destacado miembro de las juventudes de los basiyíes, la organización paramilitar creada por el ayatolá Jomeini durante la guerra contra Irak a fin de promover los valores del chiismo en la sociedad. Era mi primer viaje a Irán tras el terremoto de Bam, y el primero que hice tras decidir dejar la redacción del periódico y hacerme *freelance* profesional.

«Si Estados Unidos decide atacarnos, Irán activará a sus hermanos de Hizbulá, y la inestabilidad y la guerra serán totales en Oriente Medio. No será una guerra convencional; los focos chiíes del mundo se unirán en nuestra defensa y los hermanos de Líbano activarán los dieciséis mil misiles que tienen apuntando a Israel», me había soltado del tirón el joven barbilampiño, que no quiso concluir la entrevista sin dar el titular más buscado del momento asegurando que él mismo estaba dispuesto a suicidarse por su país. Pocos meses más tarde, los amarillos —color que distingue a Hizbulá— se cruzaron en mi camino.

Jomeini creó Hizbulá en 1982 en respuesta a la invasión israelí del sur de Líbano, desde donde el ideólogo de la república islámica vio posibilidades también de exportar su modelo revolucionario al mundo árabe debido a la fuerte presencia de chiíes. Miles de miembros de la Guardia Revolucionaria viajaron a un país inmerso en una guerra civil y con presencia de fuerzas israelíes con el objetivo de sentar las bases de un movimiento de resistencia a las órdenes de Teherán. Consciente de su posición minoritaria en medio del gran océano del islam suní, Jomeini explotó al máximo la diferencia sectaria para crear unidad y lealtad a la república islámica, y lo consiguió. Hizbulá nació con una triple vertiente política, social y militar, y poco a poco se erigió en un Estado dentro del Estado, hasta el punto de que su milicia fue la única

que no se desarmó al final de la guerra civil, poniendo como excusa la amenaza de Israel, hasta convertirse en un brazo armado más potente que el ejército.

Tomada ya la decisión de quedarme, salgo a la calle a dar un paseo y me sorprende que los lujosos comercios del centro de Beirut abran sus puertas como cualquier otro día, sin importar la primera noche de operación israelí. Los combates y bombardeos en la zona sur del país y de la capital, en los feudos chiíes de Hizbulá, parecen ocurrir muy lejos de los escaparates de las *boutiques*, los restaurantes de comida italiana y francesa y las playas, pero esta aparente normalidad comienza a desvanecerse tras el fuerte ataque del mediodía contra Al Manar, que desde 1990 sirve de aparato de información y propaganda al Partido de Dios. Las bombas arrasan las oficinas, pero los periodistas del medio parecen tener todo calculado y el canal no deja de emitir un solo minuto. En bares, cafés, restaurantes y hoteles, Al Manar es la cadena que mejor informa sobre los pormenores de la ofensiva.

Poco a poco, las tiendas empiezan a cerrar sus puertas, las gasolineras registran las primeras colas, la salida por la carretera a Damasco comienza a estar impracticable por el tráfico, y el silencio se apodera de las calles. Es el momento de los televisores y los transistores. A la caída del sol, la actividad en la capital se paraliza del todo y los beirutíes se reúnen en bares y casas para seguir las noticias y conocer el parte de guerra.

—Están aquí. No pensaba que volveríamos a vivir estos momentos. Todos sabemos que el sur es una zona inestable, pero no creíamos que llegarían de nuevo a Beirut —me confiesa con los ojos llorosos Ahmed, un emigrante que había regresado a Líbano desde Dinamarca para visitar a su familia y que ahora no sabe qué hacer.

Los rumores sobre un posible ataque masivo nocturno a la zona sur de la ciudad sacan a las calles a miles de simpatizantes de Hizbulá, que, enarbolando banderas amarillas y las fotos de su líder, Hasán Nasralá, se concentran para mostrar su ira. Al anochecer empiezan a caer las bombas.

No es fácil establecer una dinámica de trabajo en una guerra, pero desde el primer día me marco la misma estrategia. Por la noche descanso lo que puedo entre los bombardeos y por la mañana corro a las zonas más castigadas en unas excursiones macabras en busca de material para mis artículos y para

mi cámara, pero no es una labor sencilla en Beirut porque Hizbulá actúa muy deprisa, y desde el primer instante opta por cerrar los barrios del sur para que no se le cuelen ni periodistas ni espías. Con sus uniformes negros y montados en pequeñas motos, los milicianos cercan sus zonas de influencia y allí nadie entra sin su permiso. Saben que el control de imágenes e información es imprescindible para mantener alta la moral de su gente.

En mi primer intento de acceder a Haret Hreik, barrio chií del sur, un vecino se me acerca con un panfleto en la mano. Israel utiliza con frecuencia esta táctica del aviso por escrito de sus bombardeos tanto en Gaza como en Líbano: «Este es un mensaje a los residentes del sur de Beirut. Después de los ataques terroristas de Hizbulá, que no toma en consideración el futuro ni la prosperidad del país, estamos obligados a responder y a atacar todas las zonas donde detectemos la presencia de terroristas. Si viven en alguna de estas zonas, evacuen sus casas porque vamos a hacerles pagar sus actos con toda la fuerza necesaria. Salgan del sur de la capital».

—Tiene gracia, les parece que por avisar hacen menos daño o ya está justificado el ataque. Entre bomba y bomba sueltan un paquete de octavillas y listo. Siguen con la destrucción —comenta Ahmed, un taxista que ya ha vivido ataques anteriores y que ahora abandona su casa junto a su familia en un taxi cargado hasta los topes. Se lleva, literalmente, la casa auestas. Es una de las pocas personas que accede a hablar en un lugar tomado por la seguridad de Hizbulá.

La población chií es la que más ha crecido en el país en los últimos años. En Líbano incluso circulan las bromas sobre la capacidad reproductiva de los seguidores de esta rama minoritaria del islam, pero cuarenta y ocho horas después de caer la primera bomba Haret Hreik es un lugar muerto. Los pocos vecinos que han decidido quedarse se refugian en los sótanos y salen lo mínimo de sus casas. Las largas avenidas permanecen vacías, comercios y restaurantes han cerrado sus puertas, y la única actividad visible es la de las excavadoras que tratan de maquillar las averías causadas por la aviación israelí. Edificios de veinte plantas reducidos a escombros, uno tras otro, como un dominó. El bastión de Hizbulá es una montaña de escombros.

Desde las zonas atacadas voy a hospitales o parques donde se concentran heridos y desplazados, siempre apurando al máximo para recoger información de primera mano en la calle antes de ir directo al cibercafé Hanús, en la calle Hamra, regentado por un libanés que vivió muchos años en Panamá y al que la guerra puede arruinar el negocio que ha montado con los ahorros de toda su vida. Desde Hanús sigo los acontecimientos en el resto del país por la red y la televisión. Allí también trabaja Jamil Berro, un chavalote chií experto en la preparación de cafés y narguiles, porque se trata del único cibercafé que he visto en mi vida en el que uno puede conectarse a internet gratis si pide una de las famosas pipas de agua que los turcos inventaron y que tan extendidas están por Oriente Medio. Jamil acaba de cumplir los dieciocho, vive en Haret Hreik y odia a Israel.

—En 1996 ya vivimos una situación parecida y la superamos. Esta vez también lo haremos, aunque la reconstrucción será muy costosa. Nos atacan y luego tienen que venir rusos, iraníes y sirios a ayudarnos a rehacer la vida en el sur de la capital y en el sur del país. La historia se repite —reflexiona recordando la operación israelí Uvas de la Ira, cuando apenas han pasado dos jornadas del inicio de unos bombardeos que le obligan a dormir en el mismo cibercafé por miedo a regresar a casa.

En medio del humo y del bullicio de los diferentes canales sintonizados en los televisores del local, solo hay una figura que logra imponer el silencio absoluto. En el segundo día de combates, Hasán Nasralá, secretario general de Hizbulá, se dirige a la nación. La gente deja las pipas, aparta la mirada de los monitores y fija los ojos en la tele. Con turbante negro y gesto serio, la bandera amarilla del Partido de Dios a un lado y la rojiblanca de Líbano al otro, Nasralá habla: «Algunos se preguntan qué hace Hizbulá para defender al país de los ataques. A ellos y a todos os animo a que miréis en estos momentos hacia el mar para ver en persona el poder de la resistencia».

Tras estas palabras, Al Manar cambia el plano del clérigo por el de un barco ardiendo en la costa de Beirut. Se trata de un barco israelí pasto de las llamas tras el impacto de un misil lanzado por sus hombres. La explosión de júbilo es instantánea. Cláxones, cohetes y gritos se adueñan de las calles de la capital, en las que el silencio y la tensión empezaban a resultar agobiantes.

Nasralá levanta la moral de su gente y la de muchos libaneses de diferentes confesiones que, aunque no comparten los ideales del Partido de Dios, apoyan y reconocen su labor de resistencia ante el enemigo judío.

Los siguientes días discurren de la misma forma. Visitas a zonas bombardeadas, hospital, parques... Yo veo la enorme destrucción en el sur de la capital, hablo con la gente que huye de allí, pero las imágenes realmente impactantes las ofrecen las televisiones y llegan de la frontera con Israel: allí se están produciendo los ataques más duros. El ejército israelí no tarda en lanzar una ofensiva aérea total sobre el norte, centro y sur del país, dejando cientos de localidades incomunicadas debido a la destrucción de puentes y a los cráteres ocasionados por los proyectiles en las vías de comunicación. Es el paso previo a la invasión terrestre y provoca la segunda comparecencia de Nasralá ante las cámaras, en la que afirma que «ya que el enemigo no tiene línea roja, nosotros tampoco la tenemos. Vamos a emplear todos los medios a nuestro alcance contra Israel». El líder religioso y político del movimiento aprovecha también para reprochar a los gobiernos de los países árabes su «tibia» reacción ante la guerra, debida a que «Hizbulá es un grupo chií y la mayoría de los países árabes son suníes. Os pedimos que permanezcáis neutrales. No queremos vuestros corazones ni vuestros sables. Habéis sostenido al torturador y condenado a la víctima».

La técnica del aviso previo resulta ineficaz, ya que tras los mensajes por megafonía y los panfletos lanzados desde el aire la gente trata de huir, pero se encuentra con carreteras bombardeadas y puentes destrozados por los que es imposible transitar. Las localidades del sur se han convertido en ratoneras humanas desde las que la población civil solo puede arriesgarse a escapar a pie, algo muy complicado si se tiene en cuenta el alto número de ancianos y niños.

Miro el mapa y decido que debo ir a la ciudad de Tiro, la más próxima a la frontera. Me advierten que los noventa kilómetros que separan Beirut de Tiro y que antes se cubrían en una hora requieren ahora más de cinco. Los taxistas piden hasta quinientos euros por el viaje de norte a sur, y resulta complicado encontrar alguno dispuesto a hacerlo y que conozca los nuevos caminos. Las carreteras secundarias se han convertido en improvisadas autopistas que sustituyen a las autovías destrozadas por la aviación israelí.

El primer tramo, hasta Sidón, parece el más sencillo. Hay incluso transporte colectivo desde Beirut, y no lo dudo: me subo a una de las furgonetas y me planto en la tercera ciudad de Líbano. Cuando llego llamo a Majed Oseira, cónsul honorario de España desde 1991, que me transmite su preocupación tras los primeros bombardeos que ha sufrido la ciudad.

—Ha sido a la una y media de la madrugada. Hemos oído una fuerte explosión, un ruido espantoso, y luego una nube de polvo que ha llegado a todos los rincones. Han destrozado la mezquita de Zahra, un centro chií en el que también se impartía religión. Menos mal que el jeque y su familia no estaban en la casa —me cuenta mientras caminamos entre los escombros de la mezquita y la aviación israelí lanza más panfletos anunciando próximos bombardeos.

Pido al cónsul que me acompañe a la parada de taxis, y aunque no me recomienda emprender el viaje, entiende perfectamente la decisión. A partir de Sidón empieza lo realmente desconocido y peligroso, cuarenta kilómetros de pistas de tierra que discurren entre plataneros y limoneros por las que los conductores vuelan a bordo de sus viejos Mercedes.

En esos momentos en los que hay que tomar una decisión de este tipo, le pasan a uno por la cabeza algunas fotos de los últimos días. Un misil de Israel sobre una furgoneta en la que una familia trataba de huir. Nueve personas muertas, tres de ellas niños. El vehículo, como todos los que circulan en esta zona, llevaba distintivos blancos para indicar a los aviones que se trataba de civiles, pero no fue suficiente. Otra familia había sufrido el mismo ataque cuando estaba a punto de llegar a Sidón. Había visto sus cuerpos en la morgue del hospital. El ejército de Israel teme que Hizbulá utilice a la población civil para trasladar armas, y ante la menor duda dispara. Los desplazamientos por tierra son complicados, costosos y altamente peligrosos porque todos los vehículos están bajo sospecha. Los propios empleados de Cruz Roja Internacional o de la misma ONU saben que sus distintivos no les sirven de protección. Todo esto le pasa a uno por la cabeza, pero hay que ir.

El viaje al sur es el contrario al que hacen los cientos de miles de desplazados que huyen de los combates. El típico recorrido que posteriormente me ha tocado repetir en otros países: los periodistas vamos a los lugares de los que escapan los civiles. Un viaje al sur, a la línea del frente,

a la zona donde Hizbulá combate ahora cuerpo a cuerpo con el ejército israelí. Antes de buscar un taxi dispuesto a hacer este recorrido, compro víveres y tarjetas telefónicas y saco todo el dinero que puedo de un cajero. La guerra es muy cara y en el frente no aceptan tarjetas. Entonces me dirijo a la plaza Neehme y regateo el viaje hasta Tiro con los taxistas que quedaban a la sombra de varias palmeras.

Miro el reloj y marca las diez en punto. Los taxistas de Sidón se juntan en la plaza Neehme y esperan. Su profesión se ha convertido en trabajo de riesgo desde el inicio de la guerra. Lo saben y han adecuado sus tarifas a la economía de guerra. Tras un regateo intenso, un joven palestino que ha alquilado un Mercedes destartado para trabajar como taxista y ganar dinero estos días de incertidumbre, accede a conducir hasta Tiro por un precio razonable y la esperanza de encontrar pasaje para la vuelta. En cuanto subo, todos sus compañeros rodean el coche y le gritan para que se marche rápido.

Un edificio destrozado a las afueras de Sidón es la primera huella de la guerra que encuentro. El edificio albergaba un supermercado, una consulta médica y un banco, y durante la madrugada anterior había recibido el impacto de cuatro misiles. Pido al conductor que detenga el coche, y él me mira como si le hablara un loco, pero accede. Agarro la cámara y salgo. Entre los escombros hay cientos de informes clínicos de enfermos. El doctor Alí Ghadar intenta rescatar los informes no dañados de sus pacientes.

—Yo tenía una consulta de ginecología, ¿qué tiene eso de terrorismo?  
—me pregunta cuando le pido permiso para hacerle una foto.

No tengo respuesta a su pregunta. Alto y trajeado, los zapatos de este médico están ahora cubiertos de polvo, y sus bolsillos, llenos de papeles arrugados de lo que fueron informes de pacientes.

Continuamos nuestro camino, y después de una media hora nos tenemos que desviar y dejar la autovía que nos podía llevar hasta Tiro en unos minutos, una carretera de tres carriles que discurre paralela a la costa. Una estación de servicio reventada es la señal que anuncia que hay que tomar caminos secundarios. Los pueblos están vacíos y en silencio total. Por el carril de subida hacia el norte hay tráfico intenso de familias, pero nuestro carril está tan vacío como los pueblos que atravesamos. Coches y camionetas lucen pañuelos y sábanas blancas. En el interior solo se ven mujeres y niños.

—Señor, los hombres se quedan a luchar y envían a sus familias a un lugar seguro. El sur del país es de Hizbulá y ellos solos están defendiendo Líbano de Israel —me aclara el taxista cuando le muestro las fotos que he hecho hasta entonces.

Pero no todos quieren que les haga fotos. Veo a unos vecinos en una casa, los primeros que encuentro, y quiero hablar con ellos. Mala idea: en estas situaciones es mejor llegar cuanto antes al destino final y trabajar, pero no puedo dejar pasar esa oportunidad, para desesperación de mi taxista, que resopla y resopla y señala al cielo. En cuanto me ven bajar del coche me reciben con un «*No foto! No foto! No foto!*», así que vuelvo a subir sin cruzar palabra con ellos y continuamos. Una patrulla del ejército libanés, también la primera que vemos, sigue la escena desde lejos y nos ordena detener el vehículo cuando pasamos frente a ellos. Uno de los militares se sienta en el asiento trasero y, con el subfusil sobre las piernas y el *walkie-talkie* en una mano, nos ordena que le llevemos a la comisaría más cercana. En pocos minutos llegamos a una pequeña chabola de cemento con la bandera libanesa en la puerta. Allí me piden el pasaporte, registran mi mochila y revisan las fotos que he tomado.

—Una foto más y no sales de este cuarto en una temporada —me dice el agente de muy mal humor—. Y tú —señala al taxista—, si este hace fotos te quedas sin el coche porque no tienes licencia, ¿verdad? —le pregunta.

El joven palestino hunde la cabeza entre las manos y no responde.

Salimos sin rechistar. Nos metemos en el coche y seguimos por unas vías secundarias que tampoco se han librado de las bombas. Primero fueron las autopistas y los puentes principales y luego los caminos alternativos. El país ha quedado paralizado hasta tal punto que los conductores han empezado a sacar los mapas para encontrar caminos rurales cada vez más recónditos. Caminos vecinales y hasta improvisadas pistas de tierra que ha construido el ejército a marchas forzadas para permitir el éxodo desde el sur. La inagotable capacidad de adaptación libanesa, curtida durante los quince años de guerra civil, no deja de sorprenderme. En ese tiempo los libaneses aprendieron a sobrevivir entre los mil frentes formados por los distintos grupos armados cristianos, suníes, chiíes, de izquierda, derecha, laicos, el ejército sirio, el de Israel...; un todos contra todos que sigue muy presente en la psique nacional.

La dificultad de la circulación, además del peligro de un posible ataque, convierte en misión casi imposible la llegada de la ayuda humanitaria al sur del país o la evacuación de los heridos a los modernos hospitales de Beirut, que tienen camas vacías mientras que los de Tiro están colapsados.

Un puente destruido sobre el río Litani obliga a coger una pista de tierra en la localidad de Estii. Este río marca la frontera de verdad, la línea trazada en los panfletos que lanza la aviación de Israel pidiendo a los civiles que huyan al norte del río, aunque allí también hay bombardeos. Es increíble la capacidad de los viejos Mercedes y de los conductores para adaptarse a todo tipo de terreno, aunque las prisas por salir y el estrés de las bombas provocan accidentes a diario. Algunos vehículos se precipitan a los socavones abiertos por las bombas, otros se estrellan contra árboles o postes de la luz... Los caminos son muy estrechos y la gente vuela aterrorizada al volante.

Nada más cruzar el Litani, la cara de Ahmed cambia. El joven agarra el volante con las dos manos y mira constantemente al cielo, sin importarle casi el camino. Los carteles con la fotografía de Hasán Nasralá y los líderes iraníes Jomeini y Jamenei en las farolas anuncian la llegada a la histórica Tiro, que significa «la roca» en fenicio. Calles vacías y abundantes campos de plataneros desde los que Israel denuncia que se lanzan misiles Katyusha dan la bienvenida a quienes llegamos del norte.

Estoy en Tiro, la mayor ciudad al sur del Litani y el gran objetivo de Israel en estos momentos. No pasa ni un minuto cuando el primer Katyusha sale desde una platanera rompiendo el cielo azul y dejando una larga estela. Ahmed pisa a fondo y el Mercedes responde como un caballo al que clavan las espuelas con toda el alma. Israel ataca en cuestión de segundos los puntos desde los que salen los cohetes y hay que alejarse cuanto antes.

Me siento como en el terremoto de Bam. No ha sido sencillo llegar, pero ahora es importante encontrar un lugar donde quedarse y poder establecer una base de operaciones. Solo el Rest House está abierto, un hotel de playa de cinco estrellas al que iba la clase alta de Beirut a pasar los fines de semana en tiempos de paz. Aquí reside ahora el personal de Naciones Unidas y de Cruz Roja y buscan refugio los libaneses con doble nacionalidad que esperan a que

sus embajadas de adopción les saquen del país de forma segura. Es el caos. Gente tirada por los pasillos, restos de comida por todas partes, y un ejército de periodistas y antenas parabólicas en los jardines.

—El director se marchó en el primer barco y los que estamos trabajando somos voluntarios. El hotel es ahora un refugio, aunque nadie está seguro si Israel decide atacar —me informa un joven con una camiseta del Barça que hace las labores de recepcionista. A su espalda hay un televisor en el que repiten en bucle las imágenes del edificio de la ONU bombardeado por Israel la víspera.

Es verdad: no hay lugar seguro, pero aquí es donde debo estar, así que tengo que intentar buscar la mejor base de operaciones posible y este hotel no lo es. Salgo de nuevo al aparcamiento. Hace mucho calor. Algunos periodistas que acaban de llegar salen también del hotel y me dicen que van a buscar alojamiento en el barrio cristiano; lo consideran un lugar seguro porque allí los israelíes no bombardearán. Tienen un hueco libre en el coche y me sumo a la expedición en busca de una cama y conexión a internet, las dos necesidades básicas en estos momentos. Hay que cruzar toda la ciudad y llegar al puerto antiguo para ver las primeras cruces. No caminamos mucho antes de encontrar una vivienda en la que alquilan cuartos; el dueño se llama Dani Jayat, es soltero con compromiso, nos dice, y vive con sus padres y una criada etíope que se encarga de las tareas de la casa. Dani tiene una ferretería, según me cuenta mientras me enseña mi cama, pero estos días trabaja como *fixer* (palabra con la que los periodistas denominamos a nuestro guía, traductor, conseguidor, productor...) para una cadena de televisión japonesa que le paga mil dólares por jornada. En cuanto entro en la casa me doy cuenta de que lo que alquila es su propia casa, no una segunda vivienda, y al meter allí a periodistas le tocará dormir con sus padres y la criada en una habitación pequeña que hay bajo la escalera —el lugar más seguro en caso de bombardeo, me asegura—. Trato hecho. Me quedo con una cama llena de peluches, y Dani me hace un hueco en el armario para que meta mis cosas. La segunda cama de la habitación se la queda Mónica Leiva, periodista *freelance* catalana que se convertirá en mi compañera de batallas en Líbano. La zona de trabajo es el salón principal; allí, sobre una mesa de comedor de madera cubierta con un mantel de ganchillo, escribo la crónica de mi llegada a Tiro.

¿El envío? Dani desconecta la línea de su teléfono y me vende una tarjeta de prepago que me da conexión a internet. Este hombre tiene soluciones para todo.

La primera noche discurre bajo intensos bombardeos, y nada más salir el sol salgo a respirar y a ver Tiro, por este orden. Dani y los suyos me dan los buenos días desde la terraza en la que desde primera hora del día fuman narguile y beben café. La madre, Leila, preside siempre la mesa, y aunque solo llevamos unas horas allí, ya nos llama por nuestros nombres, lo que le transmite a uno una increíble sensación de hogar. Con su bata estampada, las gafas doradas y el pelo bien arreglado, Leila es toda una madraza.

Los campos de desplazados son dramáticos en Beirut, donde los habitantes del sur de la ciudad se han metido como han podido en escuelas y parques. En Tiro la situación es mucho peor y miles de familias libanesas solo han encontrado protección en los campos de refugiados palestinos. Los tres campos palestinos están regidos por Fatah, y el líder de la organización en Líbano, Sultan «Abu Riad», tiene claro que esta guerra no va con ellos. «En los campos no hay milicianos de Hizbulá, solo ciudadanos libaneses que nos han pedido refugio, y les hemos abierto las puertas. Somos pobres, pero lo poco que tenemos lo vamos a compartir con ellos, que se han convertido en refugiados dentro de su propio país.» Sultan «Abu Riad» es un hombre directo. Vestido de militar y con una pistola a la cintura, es el líder de Fatah en Líbano y dice que dispone de escondites en todos los campos del país.

Dentro de la misma ciudad de Tiro se encuentra Al Bass; a las afueras están Er Rachidiye y Borj el Chemali. Pasear por sus callejuelas es como trasladarse a Gaza o a los campos de Cisjordania. Por todas partes retratos de Arafat, fotos de mártires, niños y pobreza, mucha pobreza. Estos campos son la herencia dejada por los palestinos que llegaron a Líbano huyendo de los israelíes en 1948 y se encuentran por todo el país. Aunque han pasado ya casi sesenta años, siguen siendo una especie de guetos donde viven los descendientes de aquellos primeros refugiados sin apenas derechos y libertad de movimientos. El de Al Bass se emplaza en el centro de Tiro y allí se puede encontrar de todo. Los palestinos están tan acostumbrados a situaciones tensas que la guerra parece no afectarles tanto como al resto de la población.

Cientos de familias de Bint Jbeil, el gran feudo de Hizbulá, y de los pueblos de alrededor se han visto obligadas a dejar sus casas y viven ahora en campos como este en un estado de incomunicación permanente. En sus aldeas los teléfonos no funcionan, no hay electricidad y solo se pueden seguir las noticias por la radio.

Tiro vive día y noche bajo intensos bombardeos. No afectan al centro urbano, pero sí a toda la periferia. «El mundo no se preocupa por nosotros. Dicen que la ONU va a mandar unos camiones con ayuda, pero hasta el momento aquí no han enviado nada. La necesidad más urgente es que dejen de lanzar bombas sobre nuestras casas», me comenta un hombre que se presenta como Ahmed Abdala Basih. También viene de Bint Jbeil y no sabe nada de sus familiares desde que llegó a Tiro.

Pegado al campo palestino también se encuentra el hospital de la ciudad, donde se recuperan más de doscientas víctimas de la guerra y se acumulan los cadáveres. Los ataúdes de madera colapsan las puertas del edificio, y un gran camión frigorífico está aparcado en la misma entrada y ejerce de morgue móvil, ya que la del centro médico se ha quedado pequeña.

La escuela municipal también acoge entre sus paredes a familias de las zonas donde hay combates. En este caso, es el brazo social de Hizbulá quien se encarga del cuidado de más de cien familias, y las medidas de seguridad son mucho mayores que en el campo palestino. Nada de fotos y entrevistas; solo se puede hablar con el responsable, como ocurre en los colegios de Beirut. «Lo peor es ver a los niños en esta situación. Lloran y se sienten esclavos entre las paredes de esta escuela, pero es peligroso que salgan a la calle porque nos pueden atacar en cualquier momento», me dice Ahmad Maz, el responsable del Partido de Dios que vive en la escuela con su esposa y sus nueve hijos. Todos son del sur, pero no piensan huir hacia el norte: «Hay que quedarse y esperar. Si Hizbulá nos pide que luchemos, lucharemos. Haríamos cualquier sacrificio por ellos. Todas las familias somos como una sola, y todos, al ciento por ciento, del Partido de Dios», concluye Ahmad con la mano sobre el Corán.

Todos los días hay que buscar una historia para poder escribir información que no aporten las agencias, pero tampoco puedo salir de Tiro porque estoy pegado a los satélites para hacer conexiones de televisión en

directo mañana, tarde y noche. Tras dedicar las primeras jornadas a los palestinos, me acerco a los servicios de socorro para ver cómo viven esta guerra, ya que ellos son de los pocos que osan moverse por las carreteras y han sufrido varios ataques por parte de Israel. «Seguimos los protocolos establecidos cuando recibimos una llamada de otro centro en una situación de crisis como esta. Quedamos en un punto intermedio, paramos las ambulancias y señalizamos para que quede claro que somos Cruz Roja. Al ser de noche, encendimos las sirenas y unas luces que iluminan nuestro emblema. Fueron dos minutos, el tiempo justo de pasar a los tres enfermos de un vehículo al otro, y cayeron los dos misiles. Primero sobre una ambulancia y luego sobre la otra.» Ahmed Baydun es voluntario de Cruz Roja libanesa en la base de Tiro y recuerda que hace unos días volvió a nacer: un milagro quiso que ni él, ni su compañero, ni los tres enfermos que trasladaban murieran. Cruz Roja viaja a diario a la línea del frente y sus voluntarios tienen miedo. Israel no ha autorizado corredores humanitarios y, como han podido comprobar, no respeta ni las ambulancias. Sin embargo, se juegan la vida y siguen bajando en dirección a la frontera israelí. Perfectamente uniformados con cascos y chalecos antifragmentos, cada vez que su emisora recibe una llamada de socorro, alguno de los cincuenta voluntarios de la base sale disparado sin pensárselo dos veces.

«Tiro es la última ciudad habitable; desde aquí hasta la frontera la situación es horrible. Israel ha borrado del mapa pueblos enteros. Huele a muerto. Seguro que hay muchos cadáveres bajo los escombros, pero no podemos hacer nada. Ni disponemos de equipos para sacar los cuerpos ni ellos nos lo van a permitir. Han castigado tanto los caminos que hay ciudades a las que es complicado llegar incluso caminando», lamenta Ahmed. Se acerca a la furgoneta con su amigo, Mohamed Hasan; miran una y otra vez el estado en el que ha quedado el vehículo y no se lo pueden creer. Dos de los tres enfermos que trataban de evacuar han corrido peor suerte. Un anciano ha perdido la pierna y un niño está en coma.

Como Cruz Roja, Médicos Sin Fronteras (MSF) también colabora en la atención sanitaria en el sur de Líbano. Han puesto en marcha un centro de atención primaria en la ciudad, pero han descartado bajar hacia la frontera. «Vale más que estemos aquí vivos que allí muertos. Si muere alguien del

equipo, nos vamos, se cancela la misión, así que hay que buscar la máxima seguridad para poder seguir trabajando», informa Hakim, jefe de la misión de MSF, que visita a sus compañeros para ver el estado de la ambulancia de Cruz Roja tras el ataque. Su límite es el campo de refugiados palestinos de Er Rachidiye, objeto de duros bombardeos desde mar y aire.

MSF coordina su trabajo con Cruz Roja y otras organizaciones locales como Amal o Islamic Social Health (ISH), vinculadas a los grupos de población chiíes. Son miembros de ISH los que, según Hakim, se están exponiendo más en los últimos días llevando comida y medicamentos a poblaciones cercanas a la línea del frente. Utilizan vehículos convencionales, no ambulancias, y su labor permanece en la más absoluta discreción. «Israel no quiere que veamos lo que está haciendo; ese es el problema. No deja que vayamos a por los heridos, pero tampoco les deja a ellos que se acerquen a los hospitales por sus medios. Solo quieren que se mueran. Sin embargo, hay gente que consigue llegar, y los testimonios son estremecedores. Hablan de familias enteras sepultadas bajo los escombros, de perros comiéndose a los cadáveres y de bombardeos continuos», lamenta Hakim. Cruz Roja empieza a constatar la necesidad urgente de medicamentos para enfermos crónicos. También advierten del riesgo de epidemias que pueden expandirse debido a la descomposición de los cadáveres y a la cantidad de basura que se acumula en los campos de desplazados.

Para entender la magnitud de la guerra basta con acercarse al hospital Al Bass, una visita obligada a diario, especialmente los días de funerales colectivos. Huele a muerto. El olor agrio, caliente y pegajoso de la muerte impregna la zona, y médicos, voluntarios de Cruz Roja y militares se afanan en cumplir con su labor cuanto antes. Hoy toca enterrar treinta y dos cuerpos, uno de ellos de un niño de un año.

Primero marcan la tapa de cada ataúd con un número, el nombre de la víctima y la palabra «mártir»; luego los alinean, vuelven a contarlos y los llevan a un campo a las afueras de la ciudad para darles sepultura temporal. Cuando termine la guerra, los cuerpos serán llevados a sus respectivos pueblos, y entonces llegará el momento para la despedida por parte de sus familiares. Los vecinos me dicen que es el segundo enterramiento colectivo que se celebra. Tiro recibe constantemente cadáveres de personas que llevan

días bajo los escombros. Las morgues de los hospitales están completas y se han tenido que habilitar camiones frigorífico de carne en las puertas de los centros sanitarios. Cuando se llenan, se organizan los entierros en sepulturas provisionales para dejar espacio a nuevos «mártires». Los médicos tienen a menudo graves problemas en la identificación de los cadáveres, ya que algunos llevan muchos días bajo los escombros y, debido al calor, llegan en avanzado estado de descomposición. Las autoridades sanitarias libanesas, así como los organismos internacionales, han pedido en repetidas ocasiones a Israel la creación de corredores de seguridad para el envío de ayuda humanitaria, la evacuación de heridos y la recuperación de cadáveres, pero el Estado Mayor israelí se niega una y otra vez con la excusa de que esos corredores ya funcionaban y que por eso salían los extranjeros del país.

Mientras un mulá despide a los difuntos, los aviones y helicópteros Apache de Israel sobrevuelan la zona, y se oyen las explosiones en el campo palestino de Er Rachidiye. Ni el ruido del motor de la excavadora cuando se empieza a cubrir los ataúdes consigue acallar el estruendo de las detonaciones. Una por una, las cajas con sus tapas blancas van desapareciendo bajo la tierra y Tiro vuelve a cerrar una mañana trágica, que no será la última.

La casa de Dani Jayat se ha convertido en una especie de miniredacción mundial en la que hay también periodistas italianos, serbios y turcos. Nos pasamos el día en la calle, y a la vuelta siempre hay un plato de arroz con pollo, patatas guisadas o un bocadillo de queso; dependiendo de la situación en el mercado, nos preparan lo mejor que pueden. Un gesto que no entraba en el contrato inicial, pero esto ya no es un alquiler cualquiera: esto ya es una familia en toda regla. Leila nos cuida como si fuéramos sus hijos, nos dice que vayamos con cuidado antes de salir y reza por nosotros en la parroquia del barrio. Todas las mañanas, nada más preparar el café, sintoniza Al Jazeera para que tengamos noticias.

El 30 de julio me despiertan los gritos de los seis periodistas turcos de la agencia Gihan que ocupan el salón. Duermen en los sofás y sobre la alfombra; una pequeña leonera que ordenan al instante en cuanto amanece.

En las imágenes del informativo de la mañana de la cadena catari destacan las palabras «*breaking news*». Una vivienda humilde de tres plantas en la localidad de Qana. Dos familias enteras, los Salhub y los Hashem, que se habían reunido para pasar la noche juntas. En total, sesenta y tres parientes. Los bombardeos estaban siendo tan intensos en los últimos días que las familias locales que no habían huido al norte optaban por juntarse en los sótanos de las casas. De pronto, a la una de madrugada, el impacto de dos misiles. Cincuenta y cuatro muertos. Tan solo nueve supervivientes. Un golpe más contra la población civil de Líbano.

En un primer momento, las cifras de muertos no están claras; pero en cuanto los efectivos de Cruz Roja se ponen manos a la obra, los cadáveres empiezan a desfilar y saltan todas las alarmas. Es la segunda vez que esta localidad bíblica —cuenta la Biblia que Jesús obró aquí su primer milagro— sufre un ataque de estas características. El primero fue en 1996, cuando ciento diez personas, la mayoría mujeres y niños, murieron en un refugio de Naciones Unidas sobre el que dispararon los aviones del Estado judío.

La historia se repite y los actores son los mismos. Por un lado, Israel, que con su reciente cambio de estrategia —abandonando la ofensiva terrestre para centrarse en los ataques aéreos— provoca el incremento de víctimas civiles. Por otro, los ciudadanos de Líbano, que ven impotentes cómo no queda lugar seguro.

No hay tiempo ni para el café. Los turcos ya están vestidos y se lanzan a su furgoneta para ir a Qana. Está en vigor una especie de toque de queda por el que Israel puede disparar a cualquier vehículo, pero hay que jugársela. Yo no tengo sitio en la furgoneta, y recuerdo que el camarero del bar en el que tomo café todas las tardes tiene un viejo BMW 318 y más de una vez me lo ha ofrecido. Corro a despertarle y le explico la situación. En unos minutos me veo sentado de copiloto. El motor ruge y el coche vuela por una Tiro muerta. Cuando estamos a punto de abandonar el casco urbano, mi conductor se quita la camiseta de color blanco y me la da para que la saque por la ventana para mostrar que vamos en son de paz. No creo que sirva de mucho, pero no discuto y hago lo que me pide.

Monte arriba, monte abajo, llegamos a Qana. Es un trayecto de trece kilómetros, a lo largo de los cuales farmacias, restaurantes, colegios, supermercados y gasolineras están destrozados. En la carretera hay restos de vehículos y ciclomotores calcinados. Cuando llegamos, voluntarios de Cruz Roja y soldados del ejército libanés se juegan la vida en el sótano del inmueble para ver si queda alguien con vida. Nadie. Los supervivientes están fuera de la casa y son evacuados al hospital de Tiro. Solo Ibrahim Salhub, que había salido del sótano para hacer té, permanece sobre el terreno. Ese té le ha salvado la vida. Camina entre los escombros con la mirada perdida, y cada vez que sacan a uno de sus familiares en camilla mira y dice su nombre en voz baja. Les mira, pero no les ve.

Con el paso de las horas, el peligro de derrumbe es cada vez mayor y hay que recurrir a la fuerza de excavadoras. A Ibrahim se le va la vida con cada palada. Sabe que algunos cuerpos siguen bajo los escombros. Doce horas después del ataque, cascos azules de Naciones Unidas aparecen en la zona siniestrada para ofrecer ayuda médica. Se trata de un contingente de Ghana al que los locales abuchean e insultan por su tardanza. «Solo cumplimos órdenes», repiten los africanos a modo de excusa ante el enfado general.

Israel lanzó un aviso la víspera alertando de que esta zona iba a recibir serios ataques y la masacre no les ha hecho cambiar de plan, siguen los bombardeos en los alrededores. «La población civil estaba advertida de que debía abandonar sus hogares. Qana y la región de Tiro son el refugio de Hizbulá y desde allí lanzan sus misiles Katyusha contra nosotros», reza el comunicado del Estado judío al conocerse la noticia de los más de cincuenta muertos. Ni perdón, ni arrepentimiento. Más bombas. «Avisan de sus bombardeos, pero no tenemos a donde ir con tantos niños y con las carreteras destrozadas. Muchas familias solo podemos quedarnos en los sótanos a rezar y esperar que acabe el bombardeo», nos cuenta Ibrahim a los periodistas presentes, que más que nunca ofrecemos una imagen de buitres al acecho de nuevos cadáveres. Presencio uno de los momentos más repugnantes de mi vida periodística al ver cómo la nube de fotógrafos se abalanza sobre uno de los voluntarios que trae a un bebé en los brazos. El voluntario les grita para que se aparten porque tiene que llegar a la ambulancia, pero los fotógrafos

forman una especie de barricada humana que no solo impide el paso del cadáver, sino que además le piden que eleve al bebé para tener la foto. Vomitivo.

Cuando regresamos a Tiro, vemos que la noticia de la masacre de Qana ha llegado a Beirut y que miles de ciudadanos han salido a la calle a protestar por lo ocurrido. Solidaire, la zona rehabilitada por el asesinato ex primer ministro, Rafiq Hariri, es escenario de unas movilizaciones que terminan frente a la sede de Naciones Unidas, donde un grupo de personas lanzan piedras contra las oficinas del organismo internacional. Algunos de los manifestantes llegan incluso a entrar en el complejo. Entre la multitud hay un gran número de banderas amarillas de Hizbulá y fotos de su líder, el jeque Hasán Nasralá.

Es la segunda vez desde que empezó esta guerra que los habitantes de la capital salen a la calle. En la primera ocasión —al cumplirse una semana del inicio de las hostilidades—, ochocientas personas pertenecientes a grupos pacifistas entregaron un manifiesto al representante de la Comisión Europea en Líbano para que detuviera la guerra. El sentir mayoritario de los libaneses es que el mundo les ha dejado solos, y Qana ha sido la gota que ha colmado el vaso de la desesperación. Israel ha conseguido que muchos ciudadanos que hasta ahora rechazaban las tesis de Hizbulá salgan a la calle a unirse a la protesta y decir basta.

El contraataque mediático por parte del Partido de Dios llega de boca de su secretario general. «Militarmente no han podido con nosotros. Después de veinte días de combate sus aviones no son capaces de defender Haifa, y su cuerpo de élite, el batallón Golán, ha tenido que retroceder. La destrucción de casas y puentes y los ataques a civiles son solo una reacción histérica, no un plan militar. Israel ha perdido e intenta controlar la prensa para que no lo diga de forma clara, pero no podrá mantener el silencio indefinidamente», dice Hasán Nasralá ante las cámaras de Al Jazeera para hacer un balance de estas semanas de guerra. Tranquilo y midiendo cada palabra, el jeque elabora un doble discurso, militar y político, dirigido a todos los libaneses. Habla de la importancia de la unidad entre musulmanes y cristianos en esta fase de la guerra: «Una vez que han comprobado que no pueden con nosotros por

medio de las armas, van a intentar acabar con Líbano por medio de la política. Nuestros gobernantes no deben temer una victoria del Partido de Dios: el enemigo común es Israel; no hay que perder eso de vista».

Qana tiene un impacto directo en la guerra y, tras una noche marcada por las bombas sónicas cuya finalidad es aterrorizar a la población de Tiro y que nos obligan a bajar a todos al pequeño cuarto donde duermen Dani y sus padres, Israel anuncia una tregua de cuarenta y ocho horas. Estas explosiones sónicas revientan los tímpanos; el corazón se acelera porque en ese momento es imposible saber si son bombas de verdad o no. Como siempre dormimos vestidos, solo hay que dar un salto y bajar las escaleras para encontrar el abrazo del resto de los inquilinos. En esos instantes reconforta encontrarse con gente tan asustada como uno.

«Cada hora que pasa de alto el fuego es una hora menos que queda para que vuelvan a caer las bombas», me explica Dani, así que recurro de nuevo al BMW de mi camarero favorito y le pido que me lleve a Bint Jbeil, bastión de Hizbulá y auténtico punto clave de la guerra. Duda un instante, pero finalmente acepta. Durante las últimas semanas, el ejército israelí ha intentado tomar este pueblo empleando todo el poder de su fuerza aérea y de su infantería, pero no ha podido.

No somos los únicos que aprovechamos el cese de las hostilidades. En el trayecto nos cruzamos con varios coches de civiles que regresan para ver cómo están sus casas.

No hace falta que el conductor me diga que hemos llegado a Bint Jbeil. El pueblo está destrozado. Parece que un terremoto ha asolado sus calles y apenas cuatro casas se mantienen en pie. Un terremoto provocado por bombas y misiles que ha dejado tras de sí una imagen apocalíptica. En sus calles huele a muerte, y los servicios de rescate, contrarreloj, recuperan cuerpos bajo los escombros. Aquí por primera vez veo a los milicianos del Partido de Dios. Un ejército fantasma, una fuerza oculta de gente joven y veterana, muchos vestidos hoy de civil, que se mueven en motos y furgonetas con el AK-47 y el *walkie-talkie* preparados para dar la señal de alarma. Bint Jbeil es puro Hizbulá: las imágenes de su líder, el jeque Nasralá, las banderas amarillas del movimiento y las fotos de sus mártires cuelgan de las pocas farolas que aún permanecen en pie.

«Los tanques llegaron a escasos cien metros del hospital. Los veíamos desde la ventana. No pudieron avanzar más. Los soldados israelíes entraron en el casco urbano con los fusiles de asalto, pero no conocían el terreno y todos los días sufrían bajas. Por eso tuvieron que retroceder, porque no estaban dispuestos a sacrificar sus vidas. Lo contrario que Hizbulá, cuyos hombres saben que están aquí para morir por Líbano», me dice el doctor Fuad, director del hospital Mártir Salah Ghandour de Bint Jbail, bautizado así en honor a un miliciano del Partido de Dios muerto en la anterior guerra con Israel. No dispone de agua, electricidad ni teléfono, pero funciona como centro de urgencias y desde aquí los heridos que llegan son evacuados a Tibnine, muchas veces a pie, y de allí a Tiro, en ambulancias, si el ejército israelí lo permite y no las bombardea por el camino. «Con bombas no pueden matar una ideología, una fe. Aquí todos somos Hizbulá y amamos el partido porque es el único capaz de defendernos», sentencia el doctor Fuad, que considera un milagro haber sobrevivido a los dos ataques que ha sufrido este centro de salud.

Los civiles que quedan en el pueblo abandonan los sótanos donde han permanecido los últimos veinte días. El miedo, el hambre, la sed y la desesperación están marcados en sus rostros. Mohamed Abed Schara y su madre, Fátima al Isra, salen por primera vez de su refugio, en el que han resistido a base de aceitunas. «No hemos visto ni milicianos, ni soldados israelíes ni nada. Nos encerramos en el sótano y hasta ahora, que han parado las bombas, no hemos tenido valor para salir. Ha sido horrible, sin comida ni agua, no podíamos aguantar más. Las explosiones no paraban. Día y noche. ¡Que alguien nos lleve a Tiro, por favor!», nos suplican. Sus caras son la imagen de la guerra. Lloran y lloran cuando van dándose cuenta de que su Bint Jbeil ya no existe.

La prensa mundial está concentrada en el sur de Líbano, y todos tenemos las mismas ideas. Tras la visita a Bint Jbeil, el segundo viaje obligado durante la tregua es a Bazorieh, el pueblo donde vivió desde joven e inició su carrera política Nasralá. Está situado a solo cinco kilómetros de Tiro y la carretera discurre entre extensos campos de plataneros y limoneros, lugares utilizados por Hizbulá en los últimos días para el lanzamiento de Katyusha contra suelo israelí. El tráfico es casi nulo y los pocos coches que

se aventuran a circular vuelan entre los árboles. Los conductores van con un ojo en el asfalto y el otro repartido entre el cielo y el mar, porque es desde donde llegan los misiles.

Permanecer aquí, como en el resto de los pueblos de la región de Tiro, es una muestra de coraje y de fidelidad al Partido de Dios. El casco urbano no parece muy dañado por los bombardeos, pero el barrio donde reside la familia del jeque no existe. Tan solo una bandera amarilla del partido hecha jirones y una foto de Nasralá sobreviven en una farola que está frente a la que me dicen que fue la casa familiar hasta que Israel la borró de la faz de la tierra. «No es un lugar seguro, pero no podemos estar toda la vida huyendo. Nasralá ha devuelto el orgullo a los árabes; por fin alguien planta cara a su ejército. ¡Todo nuestro apoyo a Hizbulá!», exclama con el puño en alto un joven que se presenta como Ibrahim y que se brinda a guiarnos por el pueblo. «Tímido», «educado», «reservado», «casero», «profundamente religioso», «honesto» son algunos de los calificativos que dedican sus paisanos al hombre que dirige con mano firme el Partido de Dios. Nasralá nació en el barrio armenio Burj Hamud del sur de Beirut en 1960, pero se trasladó con su familia a la pequeña localidad de Bazorieh en 1975. Tenía entonces quince años y aquí inició su carrera política y religiosa, primero en el movimiento chií Amal y más adelante en Hizbulá, del que se erigió en secretario general en 1992, tras el asesinato del anterior líder, Abas al Musaui, a manos de Israel. Los estudios religiosos llevaron a Nasralá a Nayaf (Irak) y a Qom (Irán), pero siempre mantuvo a su familia en la región sur de Líbano.

«No se le veía mucho por la calle, sobre todo desde que asumió el mando del partido. Se marchó a Beirut y solo venía de vez en cuando. Su familia, sin embargo, se quedó y hasta bien avanzada esta guerra permanecieron en Bazorieh. Al final tuvieron que irse porque su vida corría peligro; de hecho, a los pocos días de su salida la casa donde vivían quedó reducida a escombros», asegura Ibrahim, que nos muestra la escuela pública que se ha convertido en el refugio colectivo de los que han decidido quedarse durante la guerra. «Estamos asustados, sabemos que este pueblo es un objetivo solo por el hecho de ser el lugar donde ha vivido toda su vida el líder, pero no nos vamos a ir. Es un orgullo ser de aquí y no nos echarán. Su familia tampoco tardará en volver. El mismo Nasralá vendrá y todos

besaremos su mano vencedora», asegura emocionada Zahra Mohamed, encargada de la cocina en la escuela refugio en cuyo gimnasio se amontonan los colchones.

Nasralá está casado y tiene cuatro hijos. Un quinto, Mohamed Hadi, el primogénito, falleció en 1997 luchando contra Israel en la localidad fronteriza de Jabal al Rafei. El hecho de tener un hijo mártir es muy apreciado por sus adeptos, que siguen sus intervenciones televisivas con devoción, decoran el salpicadero de los coches con sus fotos, usan su imagen de salvapantallas en los ordenadores y ponen fragmentos de sus discursos como melodía para móviles. Bazorieh está muerto, pero el espíritu de Nasralá sigue presente en sus calles.. Israel lo sabe y por eso ataca con todas sus fuerzas este lugar en el que creció su peor enemigo. Es un líder carismático, una mezcla de político, guerrillero y religioso. *The Washington Post* le ha definido estos días como «un cruce entre el Che Guevara y Jomeini», y lo considera el «líder más astuto y peligroso del mundo árabe». En esta guerra le han dado por muerto en dos ocasiones, pero sigue vivo. Con su discurso directo y sencillo y su inseparable turbante negro —muestra de que es descendiente de Mahoma—, ha sabido llegar al corazón de miles de personas que están dispuestas a dar la vida por su causa, por su palabra y por su partido, el Partido de Dios.

La tregua está a punto de expirar y regresamos a Tiro. La gente está cansada de guerra, pero no se oyen reproches a Hizbulá; al contrario, los milicianos tienen el respeto de los que se han quedado. Nos preparamos para pasar una noche más con nuestra familia adoptiva. Todos los días al atardecer se organizan tertulias en la terraza principal a las que se suman algunos vecinos, y el monotema es la paz, o al menos la entrada en vigor de un alto el fuego que, al parecer, ya negocian de forma intensa ambas partes tras la matanza de Qana.

A las cuatro de la madrugada, Tiro es una ciudad dormida. Solo el muecín rompe el silencio con su oración. De pronto, su canto se interrumpe y empiezan a oírse los sonidos de la guerra. Primero el silbido inconfundible de un Katyusha de Hizbulá, que despega muy cerca del centro urbano. El casco antiguo retumba. Luego llegan los helicópteros, las ráfagas de las baterías

antiaéreas del ejército libanés y, por último, los aviones supersónicos haciendo vuelos rasantes. Cada vez que pasan por encima de la casa, siento que el corazón me estalla.

La guerra también se ve. Dos helicópteros casi se pueden tocar con la mano, sobre todo cuando los destellos de las bombas iluminan el cielo. La guerra se huele. El polvo, los escombros, y un carro blindado arde y desprende una humareda gris y cálida que impregna el paseo marítimo de olor a chamuscado. La guerra se toca. Los vecinos de las casas se refugian rápidamente en los sótanos y unen sus manos sudorosas para darse ánimos. Y la guerra tiene sabor a fruta. El sabor agrio y empalagoso de los limones y los plátanos. Porque la guerra en Tiro sabe a estas frutas. De los campos donde crecen salen todos los días y todas las noches los Katyusha que golpean el norte de Israel.

El tiempo pasa lento cuando Israel ataca, y esta noche vivimos en directo una operación de sus fuerzas especiales. Como dos días antes en Baalbek —ciudad del este de Líbano donde los israelíes atacaron un hospital supuestamente dirigido por Hizbulá—, el ejército trata de acceder por aire a Tiro. La respuesta de Hizbulá no se hace esperar y sus milicianos lanzan cohetes y disparan sus AK-47 contra los helicópteros. El ejército libanés, por primera vez desde que empezó el conflicto, pone en marcha la única batería antiaérea que tiene en la ciudad para repeler la operación. De esta manera cumplen con la promesa realizada por el ministro de Interior libanés al comenzar la guerra: «Si nos invaden por tierra, responderemos». El ejército responde y la aviación israelí destruye en apenas unos minutos su único vehículo blindado.

A las seis de la mañana, el ruido de la guerra va bajando de tono y poco a poco la vida y los sonidos habituales regresan a las calles de Tiro. Es el momento de los petardos y los disparos al aire de los seguidores de Hizbulá y de sus milicianos, que gritan victoria por haber impedido que Israel llevara a cabo su operación. La ciudad muestra las cicatrices de los combates. Nuevos cráteres en la carretera hacia el norte, junto al hospital Jabal Amel, el carro blindado del ejército ardiendo y un gran charco de sangre junto a una moto calcinada. Son las únicas pruebas visibles de una noche para olvidar. ¿Éxito de Israel? ¿Éxito de Hizbulá? Éxito de la guerra.

La luz del día trae poco a poco la normalidad y es momento de intentar saber lo que ha ocurrido. Nos dicen que al menos un soldado libanés y dos ciudadanos, alcanzados por un misil cuando circulaban en una motocicleta por una céntrica calle de la ciudad, han muerto tras la operación nocturna. Un comunicado del Ministerio de Defensa israelí califica el asalto de exitoso porque «se ha conseguido destruir una unidad de Hizbulá, que dispara misiles de largo alcance contra Israel, y matar a sus comandantes». El ejército del Estado judío asegura que ha matado a siete destacados milicianos del Partido de Dios.

Los esfuerzos diplomáticos avanzan mucho más lentamente que la realidad sobre el terreno, y con el paso de los días el cansancio aumenta. Tras veintiséis días de guerra, la gente no puede más. El Ayuntamiento de Tiro se convierte en centro de una protesta de vecinos que se quejan amargamente por la falta de comida y agua. Los centros de distribución municipales casi están ya vacíos; apenas cuentan con agua para dos días, y la leche, los medicamentos para enfermos crónicos y la gasolina se agotan por momentos. Hay poca comida en las tiendas, y el precio de la que queda se ha multiplicado por cuatro.

Las autoridades locales calculan que aún hay unas diez mil personas en la ciudad y no pueden atenderlas. La ONU ha cancelado el envío de convoyes a la zona por falta de seguridad. El presidente de Cruz Roja Internacional, Jakob Kellenberger, se ha desplazado en persona hasta Tiro para reclamar la apertura de corredores humanitarios, pero Israel se niega.

Las calles permanecen desiertas y no se ven ya ni coches con las siglas «TV» en puertas y techos. Ni siquiera la prensa se mueve. El toque de queda impuesto por Israel se cumple a rajatabla. En medio de esta delicada situación, la embajada española nos llama para ofrecernos una evacuación a los nueve periodistas que estamos allí. Se trata de una operación coordinada con las autoridades de Tel Aviv, pero yo me resisto a salir. Algunos compañeros deben obedecer las órdenes de sus jefes y se van. Solo se puede entrar y salir a pie, no hay más camino que una pista de tierra destrozada por los últimos bombardeos que discurre entre plataneros y limoneros. El puente sobre el río Litani sigue pendiente de reconstrucción.

Ante la desesperación, los más fieles recurren a Dios. La pequeña catedral de Santo Tomás parecía enorme desde que empezara la guerra. Apenas un grupo de treinta fieles acude para asistir a la misa oficiada por el obispo de las diócesis cristianas greco-católicas de Tiro y Bint Jbeil, Georges Bacouni. Leila no ha salido prácticamente de su casa desde el 12 de julio, y la acompaña a la iglesia para que se sienta más segura. Cuando uno lleva tantos días hablando de lo mismo, no está mal un poco de costumbrismo alejado del parte de guerra. Por primera vez se anima a acercarse al templo para pedir por el fin de la guerra. Cada diez minutos, como un reloj, un barco israelí lanza un proyectil contra el cercano pueblo de Rachiriye, a menos de cuatro kilómetros. Los disparos suenan graves y secos. Leila, asustada, acelera el paso por las calles de la ciudad vieja. Solo las campanas de Santo Tomás anunciando la ceremonia de las diez la animan a seguir. «Antes hacía este camino a diario; ahora me da miedo hasta salir de casa», me confiesa. Se ha quitado la bata estampada y viste de riguroso luto.

Junto a los greco-católicos, en Tiro también tienen presencia los maronitas y los griegos ortodoxos. En total, se trata de una comunidad de unas dos mil personas, que en tiempos de guerra se ha reducido a menos de doscientas. El barrio cristiano está en pleno puerto, y los pescadores de la zona son conocidos en clave de humor como los «cristianos chiíes» debido a la cantidad de hijos que tienen. En esos días, sin embargo, apenas se percibe la presencia infantil en unas calles en las que la basura empieza a convertirse en parte del paisaje urbano. Solo por las tardes las familias se animan a salir y se dan un baño cerca del puerto antes de enclaustrarse de nuevo.

El obispo Georges Bacouni llegó hace un año a la ciudad y esta es su primera guerra en la zona sur, la auténtica línea del frente. Tiene miedo, pero no piensa en marcharse porque es «el único apoyo para los cristianos que quedan». No hay que olvidar que Tiro y Bint Jbeil son zonas de mayoría musulmana y la minoría cristiana no tiene «ni representación política. [...] Como obispo soy el responsable de mi comunidad, y si me voy, seré el último en hacerlo», nos confiesa a los periodistas que nos hemos acercado a seguir la misa.

Los bancos están vacíos. Desde una de las puertas laterales, dos mujeres con hiyab siguen la ceremonia en silencio. Una familia desplazada de la localidad sureña de Ainata ha encontrado refugio entre los muros de piedra de este templo y espera a que termine la guerra para volver a casa. El propio obispo fue el encargado de abrirles la puerta.

«El auténtico drama de esta guerra, además de los muertos, va a ser la posguerra. Israel ha destrozado el sur del país y cuando la gente quiera volver no va a encontrar sus casas, escuelas, clínicas y colegios. Además, se da la circunstancia de que los que más están sufriendo son los hermanos musulmanes chiíes; por eso hay que ser ahora más solidarios que nunca», opina el religioso.

Este punto de vista contrasta con el de un sector de la opinión pública cristiana del país que no quiere saber nada de esa parte de los libaneses y piensa que Israel debe seguir adelante para terminar con Hizbulá de una vez por todas. «Esto es Tiro, esto es el sur de Líbano. Aquí vivimos con el Partido de Dios; son parte de nuestras ciudades y nunca hemos tenido problemas con ellos. El Partido de Dios no se ha metido con los cristianos. Cuando los israelíes salieron del país hace seis años, no pasó nada entre nosotros. Se trata de un problema meramente político, no religioso. Los cristianos de Líbano, por tanto, no debemos temer la victoria de Hizbulá porque conocemos a su gente y sabemos que nos respetan», considera el prelado, que no tiene inconveniente en hablar con la prensa de un tema tan delicado.

El sermón es directo y muy político. Por un lado, un llamamiento a la solidaridad para esos días de guerra en los que algunos ciudadanos están amasando auténticas fortunas aprovechándose del bloqueo. La economía de guerra impera en Tiro. Por otro, un mensaje de hermandad: «Todos los libaneses somos iguales independientemente de la religión», algo bastante complicado de encajar en un país con dieciocho comunidades diferentes registradas en las instituciones. En el sur de Líbano, algunas comunidades cristianas también han resultado afectadas por los ataques. En Baraachit, Safad el Battikh y Ain Ebel las iglesias están dañadas, y en otros puntos como Tibnine el ciento por ciento de la comunidad ha tenido que huir hacia el norte.

En tiempo de paz, los domingos se celebran tres servicios en Tiro y hay que abrir las puertas para que los que se quedan fuera puedan atender a la plegaria. Durante la guerra, todos los fieles caben en la primera fila de bancos de madera. Leila se cubre con una mantilla. Une sus manos con fuerza y mira la cruz con toda la fe que le ha permitido soportar las tres últimas guerras. «Espero que termine pronto. Yo ya he vivido tres situaciones así y casi no me quedan fuerzas para volver a empezar. Solo me queda Dios, solo me queda la iglesia. Volveré el domingo que viene. Ojalá sea en una ciudad de Tiro en paz y para pedir que nunca más entremos en guerra con Israel», pide en voz alta para que la podamos oír.

Como la diplomacia, la vía divina también parece que necesita tiempo, y, pese a las oraciones, Israel endurece la ofensiva y el toque de queda. Los días pasan muy lentos en Tiro con una sensación total de bloqueo. Los más veteranos, como un periodista de la cadena italiana Rai, que se aloja en la misma casa que yo, aseguran que es el ambiente previo típico a un acuerdo de alto el fuego, como si ambos bandos estuvieran echando el resto en el campo de batalla para intentar alcanzar el mejor acuerdo posible. Ya apenas hay bombardeos en Tiro; parece que todo lo «bombardeable» ya se ha bombardeado, pero eso no anima a la población tras cuatro semanas de guerra.

Veinte litros de gasolina: cien dólares, antes quince; una bombona de butano: cuarenta dólares, antes diez; un kilo de tomates: un dólar, antes veinticinco céntimos; un kilo de sandía: un dólar y medio, antes medio; un kilo de patatas: un dólar, antes treinta céntimos; una Coca-Cola: un dólar, antes sesenta céntimos; una tarjeta telefónica: trece dólares, antes siete. El aislamiento y el toque de queda tienen un impacto directo en la economía y algunos están haciendo muy buen negocio a costa de una crisis que ha provocado una verdadera catástrofe humanitaria en el sur del país, donde los organismos internacionales calculan que quedan unos cien mil civiles.

El 12 de agosto arranca con una potente bomba sónica a las seis de la mañana. Es el despertador que nos recuerda dónde estamos y todo el mundo se pone en pie. Al Jazeera habla de la proximidad del «cese de las hostilidades», pero, como repite nuestro colega italiano, antes de salir el sol hay tormenta.

Sin tiempo para recuperarnos de la bomba sónica, oímos el vuelo de un helicóptero e inmediatamente un misil impacta contra un edificio situado a escasos trescientos metros del hospital de la ciudad. En el ataque mueren una madre, sus tres hijos y la empleada doméstica, natural de Sri Lanka. La casa se encuentra frente al cuartel más importante que tiene el ejército libanés en el sur del país.

La explosión de la vivienda se oye en toda la ciudad y la noticia de las muertes cae de inmediato como un jarro de agua fría sobre unos vecinos que amanecían con las radios a todo volumen anunciando el posible alto el fuego inminente. Las informaciones hablan de paz, pero los barcos y aviones de Israel parecen en plena ofensiva y arremeten después de varios días de calma contra las infraestructuras civiles de Tiro. Puentes, caminos vecinales y gasolineras son los siguientes objetivos bombardeados, y es mejor quedarse a cubierto hasta que pase la «tormenta». Nuestro colega italiano está más seguro que nunca de la llegada de la paz; su cámara, un serbio con dilatada experiencia en la guerra de su propio país, opina lo mismo. «¡Que acabe de una vez!», pienso yo, que carezco por completo de experiencia en guerras y he realizado un máster acelerado en estos últimos treinta y dos días.

En el campo palestino de Abbas, los refugiados y desplazados suben a las azoteas para ver los enormes hongos de humo negro que se forman cuando un proyectil impacta en una estación de servicio. Las explosiones son fuertes y continuas.

«En 1996 ocurrió lo mismo. Cada vez que se plantea una fecha para el alto el fuego, la víspera supone una escalada de la violencia sin precedentes, y hoy le ha tocado a Tiro. Lo peor ha sido que por primera vez están lanzando bombas de racimo, y en poco rato ya hemos recibido a veinte heridos por culpa de estos proyectiles. Hemos tenido que realizar varias amputaciones», lamenta el doctor Ahmed Mrue, director del hospital Jabal Amel. En el centro se han roto varios cristales debido a las explosiones.

Hizbulá también se emplea al máximo y, según los datos de las fuerzas de seguridad israelíes, a mediodía ya han sufrido ciento sesenta ataques con cohetes. Ello deja en mal lugar a los militares, que en las declaraciones recogidas por los medios israelíes aseguran que están limpiando de lanzaderas el sur de Líbano. En las últimas cuarenta y ocho horas, más de

veinte mil soldados judíos han entrado en Líbano y ocupado posiciones junto al río Litani. Después de matar a más de mil civiles, herir a casi cuatro mil, causar el desplazamiento de un millón largo y destrozar las infraestructuras básicas de todo un país, Israel sigue sin haber podido eliminar a Hizbulá ni recuperar a los dos soldados capturados el ahora lejano 12 de julio.

De pronto, el 14 de agosto, es la radio la que me despierta tras una noche de calma. Leila prepara el café y ha sacado unas galletas especiales que guardaba en la cocina. Huele a café y a tabaco de manzana, y Leila me abraza con la misma fuerza que durante los bombardeos, pero esta vez para decirme que hay alto el fuego. No sé cómo reaccionar. La abrazo con mayor fuerza aún, y al ver a Dani sentado en la terraza le doy otro abrazo como si acabara de meter un gol decisivo en una final. Paz. Durará más o menos, pero paz.

La guerrilla fantasma, la milicia que había puesto en jaque al ejército judío, deja de ser invisible. El inicio del alto el fuego abre los caminos al sur para las caravanas de miles de libaneses que esperaban la noticia y vuelven a sus hogares. Aunque el toque de queda sigue vigente e Israel insiste en que se reserva el derecho a disparar a cualquier vehículo sospechoso, las dañadas carreteras del sur del país se llenan de coches y furgonetas repletos de gente y equipaje que vuelven a casa después de treinta y tres días de desplazamiento.

Yo salgo disparado a los pueblos de la frontera para ver si realmente se han replegado los israelíes. Localidades como Aita ech Chaab y Bint Jbeil, feudos tradicionales de Hizbulá, están arrasadas. No quedan casas enteras y los accesos son complicados debido a los enormes cráteres que hay en las carreteras. Además, la zona es peligrosa por la cantidad de munición sin explotar que ha quedado entre las ruinas. Las familias, sin embargo, van llegando poco a poco y empiezan a retirar a mano escombros de sus parcelas.

Nadie les ve, pero todos saben que están aquí. «Nada de fotografías, y a partir del puente no se puede pasar: las tropas de Israel están allí», nos dice un grupo de jóvenes con barba bien arreglada que repara los altavoces del minarete de la mezquita. Este minarete es lo único intacto que queda en Aita ech Chaab. Amasijos de hierros, misiles sin explotar, casquillos de bala a miles y pedazos de paredes que fueron casas completan una estampa bélica estremecedora. Entre las piedras salen hombres uniformados de aquí y de allá. Rostros serios que observan a los visitantes y se afanan en poner orden

en medio del caos. «Nada de fotos, que no salgan nuestras caras en ninguna parte», insisten los milicianos una y otra vez. Son decenas, cientos; salen de todas partes, de todas las esquinas imposibles de este lugar que hace treinta y tres días era un pueblo.

Conducen coches y motos por los caminos y hasta tienen puestos de control. Mientras, en el aire, los aviones espía de Israel siguen con su inconfundible zumbido, pero ahora no disparan. En este alto el fuego recién estrenado, los aviones continúan volando como el primer día. Los milicianos los miran de reojo. La línea entre el alto el fuego y la guerra parece muy delgada al sur del Litani, con los dos enemigos demasiado próximos entre sí.

A la salida de Aita ech Chaab, un *jeep* de milicianos advierte de la presencia de un tanque en una colina cercana. A escasos kilómetros, la carretera está cortada por una enorme zanja que se alza hasta un montículo. Desde lo alto, un flamante Merkava con seis soldados israelíes vigila la zona. «¡No se acerquen demasiado!», nos grita un joven soldado con unas gafas de sol deportivas último modelo. El tanque y su tripulación son la única presencia judía que encontramos en esta zona, tan conflictiva los últimos días.

Tras una intensa jornada de viaje por la línea del frente regresamos a Tiro, donde ya hay restaurantes y bares abiertos. Es increíble la velocidad con que los libaneses recuperan la normalidad. La paz y el cansancio pesan en la cabeza, y uno tiene ya unas ganas enormes de salir de allí y respirar. Por la noche, Nasralá reaparece en televisión. El país se detiene para escucharle decir que «Líbano ha ganado la guerra. Ha sido una victoria histórica». Le veo mientras estoy sentado en el bar del puerto, junto a mi camarero conductor, que se jugó la vida durante el primer alto el fuego de cuarenta y ocho horas para que yo pudiera hacer mi trabajo. Viendo (esa misma mañana) paisajes como el de Aita ech Chaab, recordando la angustia de Leila y los suyos cada noche de bombardeos, los funerales comunitarios en Tiro..., cuesta comprender el sentido de la palabra «victoria». ¿Quién puede sentirse ganador después de una guerra?

## IRAK

## CUANDO LAS CALLES LLORAN SANGRE

*Bagdad, enero de 2008*

—Señores pasajeros: estamos a punto de iniciar el descenso al aeropuerto internacional de Bagdad. Por favor, abróchense bien los cinturones porque realizaremos un aterrizaje táctico. ¡Abróchense bien los cinturones! Muchas gracias.

Nada más concluir el aviso del capitán, el mediano Fokker de la compañía Royal Jordanian se inclina de forma repentina y da un giro brusco a la derecha. Yo me pongo rígido y trato de pensar que soy afortunado por estar volando con la Royal y no con la mítica Iraqi Airways, aerolínea bandera del país que llegó a tener vuelos directos a Madrid y cuyos aparatos son viejos y carecen de mantenimiento. Pero el consuelo solo dura hasta el primer cambio de presión. En medio de los gritos del pasaje, el piloto vuelve a girar, esta vez a la izquierda, con la misma violencia. Así, haciendo una especie de tirabuzones hacia el vacío, desciende para evitar los posibles ataques desde los barrios insurgentes de las proximidades del aeródromo. El zumo de naranja que sirven durante el trayecto comienza a pedir de manera urgente salir del estómago. La gente grita, pero no de miedo; parece más una atracción de Port Aventura. Miro por la ventanilla y solo veo arena y más arena, hasta que de pronto aparece el cemento y el avión toma tierra. Solo en Afganistán he vuelto a repetir este tipo de maniobras tácticas tanto en el despegue como en el aterrizaje, pero en aviones militares, nunca en civiles. Aplausos y más gritos de excitación entre los que me acompañan. No ha

habido ataque, pero la maniobra me deja aturdido, y cuando el avión se detiene, me quedo un rato sentado con los ojos cerrados y las manos en la cabeza. Espero a que acabe de salir el pasaje, la mayoría hombres musculosos que trabajan para compañías de seguridad, retiro mi ordenador del compartimento superior y dejo el aparato.

Se cumplen cinco años de la invasión de Estados Unidos, e Irak es un país roto. El inquilino de la Casa Blanca cambiará dentro de menos de un año y esa es la percha que me ha permitido colar una cobertura de un Irak del que Occidente ya empieza a estar aburrido o que, como dicen los responsables de los medios, «ya no vende». El mundo despide a George Bush, el presidente que ordenó las invasiones de Afganistán e Irak en respuesta a los ataques del 11S, y dará la bienvenida a Barack Obama o a John McCain, los candidatos mejor colocados de los partidos Demócrata y Republicano de cara a las elecciones de noviembre. Esto de buscar perchas es todo un arte para poder sobrevivir en el mundo del *freelance*, pero una vez colocado el producto, Irak es una apuesta segura.

El aeropuerto internacional de Bagdad es un espejo de la situación que vive el país. Los agentes de seguridad fuman y miran sin prisa los pasaportes, comprueban que los visados estén en regla y estampan el sello de entrada sin demasiado ímpetu. Las cintas de la recogida de equipajes no funcionan, los suelos están sucios, los techos y paredes amarillentos, y hay extranjeros por todas partes, casi todos con los logos de sus empresas en camisetas y gorras o en tarjetas colgadas con imperdibles. Atrás, muy atrás, quedan los tiempos en los que el aeropuerto internacional Sadam, inaugurado en 1982, era el más moderno de la región. Los únicos lugareños a la vista son los encargados de traer a mano las maletas. Retiro el equipaje como puedo, forcejeando con el resto de los pasajeros, y al otro lado de una gran cristalera, en la zona de llegadas, veo a dos agentes de la Policía española que me saludan. Forman parte del equipo del Grupo Especial de Operaciones (GEO) que protege la embajada y, por motivos de seguridad, acuden al aeropuerto cada vez que viene un periodista, para llevarle al hotel. Algunos colegas optan incluso por quedarse en la misma legación. La carretera del aeropuerto, que está situado a unos dieciséis kilómetros del centro, fue durante los primeros años de la posguerra escenario de frecuentes emboscadas y, pese a la presencia de

puestos de control y al fuerte despliegue estadounidense, nadie baja la guardia. Al salir del edificio, me doy cuenta de que hay otros dos agentes esperando fuera y de que el convoy español lo forman dos vehículos.

—Bienvenido a Bagdad —me saluda uno de los agentes mientras me da un chaleco y un casco y me abre la puerta trasera del todoterreno blindado con la bandera de España.

No hay más palabras.

El trayecto dura apenas una hora. La primera parte la hacemos casi en solitario, ya que los coches diplomáticos circulan por una ruta especial, pero después de un gran puesto de control donde agentes estadounidenses examinan nuestros documentos, entramos de lleno en la capital y en un enorme atasco hasta llegar a la calle Abu Nuas, a orillas del Tigris, y a los apartamentos Andalus. Se trata de un pequeño edificio a espaldas de los hoteles Palestina y Sheraton, los dos lugares más famosos entre la prensa durante la guerra y que ahora están amurallados y cerrados al tráfico por miedo a los coches y a los camiones bomba. Allí se detiene el vehículo de la embajada y me despido de la que ha sido mi escolta durante una hora.

Flayeh al Mayali me espera en la recepción y me recibe con un fuerte abrazo.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está la familia? —pregunta en perfecto español sin darme tiempo a dejar las maletas en el suelo.

—Todo bien, doctor, todo excelente. Hasta me han puesto un «taxi» para llegar al hotel, así que no me puedo quejar —le respondo mientras busco en una de mis bolsas un cartón de Fortuna que he comprado para él en el aeropuerto. Siempre le llamo «doctor» por su doctorado en lengua española.

El doctor Flayeh al Mayali es «mi padre» en Irak. Las palabras «traductor», «intérprete» o *fixer* se quedan cortas para definir a uno de los personajes más entrañables que me he encontrado desde que trabajo en zonas de conflicto. Nacido en Diwaniya, en el sur de Irak, viajó a España en los ochenta para estudiar, y a su regreso empezó a trabajar como profesor en la Universidad de Bagdad y traductor profesional de lengua española. Durante la época de Sadam Husein ya acompañaba a periodistas y colaboraba con la embajada española, pero tras la guerra se convirtió en los ojos de enviados especiales de diferentes medios, y también colaboró con las tropas españolas

hasta que a finales de 2003 fue detenido y acusado de «colaborador necesario» en la emboscada contra dos vehículos del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) en la que murieron siete de sus ocho ocupantes. Solo el agente José Manuel Sánchez Riera logró sobrevivir. Tras retenerle cuatro días en Base España de Diwaniya, donde sufrió malos tratos durante los interrogatorios, fue entregado a las fuerzas norteamericanas. Permaneció once meses en los penales de Abu Ghraib y Um Qasar, y fue puesto en libertad por falta de pruebas. El doctor no olvida lo ocurrido, pero quiere pasar página y, sobre todo, quiere poder viajar pronto a España.

Tiene el pelo cada vez más canoso, luce siempre bigote y fuma sin parar. Fumar es el deporte nacional en todo Oriente Medio, un deporte que no conoce de diferencias étnicas o religiosas. El humo atenúa las fronteras de estos países, muchas de ellas trazadas de forma artificial tras el acuerdo Sykes-Picot de 1916 firmado por franceses y británicos, cuyas consecuencias seguimos pagando. Sus ojos claros necesitan ahora gafas para poder leer y escribir, y lleva siempre encima su teléfono Nokia de primera generación por el que habla a gritos, le llame quien le llame.

En Bagdad no es fácil moverse debido a la abundancia de puestos de control, y para sacar las cámaras se necesitan permisos del Ministerio de Información y la aprobación del de Defensa. Lo bueno de contar allí con una persona como el doctor es que para cuando llego los permisos están listos y podemos salir directos hacia la primera historia del día. Trabajar en Irak es caro y peligroso, así que no se malgasta el tiempo.

Nos dirigimos a la escuela privada de Ayser Al Azzawi, conocida como «Mama Ayser», situada en el barrio de Karrada. Ayser estudió en los años setenta en Reino Unido y a su regreso le esperaba un Irak que ha ido de guerra en guerra hasta hoy. Fue la primera profesora iraquí del British Council de Bagdad y en 1986 abrió su propia escuela, una institución alejada de la pedagogía de los centros públicos. Uno de los nietos de Sadam llegó a formar parte del alumnado. En 1996, los rumores sobre la violación de una alumna en el colegio le hicieron caer en desgracia y casi se queda sin alumnos, pero resistió hasta que en 2006 la guerra sectaria la obligó a emigrar a Siria, pero regresó y su escuela volvió a convertirse en refugio para las élites.

Ahora, ciento setenta alumnos, de edades comprendidas entre los cuatro meses y los seis años, acuden todos los días a clase. Son niños que no conocieron la época de Sadam Husein y que pertenecen a la que algunos analistas locales ya han bautizado como «generación Bush». Una generación que vio morir al dictador iraquí en la horca y que pronto despedirá al presidente que ordenó la invasión de su país. De momento, ni les suenan los nombres de Obama o McCain, pero pronto tendrán que acostumbrarse a convivir con el nuevo inquilino de la Casa Blanca.

A la escuela casi se podría llegar caminando, pero en esta Bagdad pos-Sadam los periodistas extranjeros apenas caminamos por la calle por miedo a los secuestros. Tras soportar la dosis obligada de atascos y superar varios puestos de control —necesitamos una hora para cubrir solo dos kilómetros—, llegamos a un pequeño edificio en el que no hay presencia de hombres armados, ni muros de hormigón, ni ningún motivo religioso, símbolo o bandera. Increíble.

—Esto es un centro privado y laico. No tenemos miedo de ningún grupo porque aquí vienen niños de toda clase. Árabes y kurdos, chiíes, suníes y cristianos comparten aula sin ningún problema; así es como debería ser el resto del país, ¿no le parece? —me pregunta en perfecto inglés Suhad Thanon Taha, directora de este lugar, que es un auténtico oasis en medio de una capital dividida por confesiones, un lugar que atrae a la prensa internacional, pero que es solo un paréntesis dentro de la jungla iraquí.

Con el paso de los años quedan cada vez menos barrios mixtos, y las familias se ven obligadas a dejar sus casas de toda la vida y reagruparse en zonas dependiendo de su religión o secta. Aquí, en cambio, canciones, carteles, saludos...; todo se hace en inglés desde los tres años.

—Ya empezamos con este sistema en la última etapa de Sadam y vemos grandes progresos en los pequeños —añade Suhad antes de aclarar que desde el Ministerio de Educación les han enviado la recomendación de no dejar el árabe de lado, por lo que han tenido que rotular en ambos idiomas hasta el último dibujo de frutas o colores.

Nuestra visita coincide con la de una patrulla estadounidense que escolta a un funcionario del Departamento de Estado que se presenta como Conrad Tribble y me extiende su tarjeta de visita nada más verme. Los

norteamericanos aparecen por todas partes. Cuando uno menos lo espera, allí están, tomando notas en esa línea imposible de separar entre cooperación y trabajo de inteligencia. Dicho en otras palabras, la ayuda convertida en un arma más al servicio de los objetivos militares, una mezcla explosiva, sobre todo, para el personal local contratado, que, haga lo que haga, pasa a convertirse en un colaborador de la fuerza ocupante ante los ojos de la insurgencia.

—El trabajo con los niños es básico. Desde el Departamento de Estado lo sabemos, y por eso invertimos grandes sumas tanto en la mejora de los centros como en el material didáctico, pero luego son los propios iraquíes quienes deben sacar esto adelante —destaca el diplomático, único civil entre un grupo de militares bien pertrechados que no bajan la guardia ni ante niños de primaria.

Es una imagen impactante que se repite a lo largo de todo el país: estadounidenses vestidos y armados como marcianos frente a civiles en bermudas y chancletas.

El grupo de estadounidenses no tarda en dejar la escuela. Los Comités de Reconstrucción Locales (PRT, según sus siglas en inglés) tratan de prestar servicios sociales a la comunidad (servicios como educación, sanidad y electricidad) de los que gozaban durante la época de la dictadura, pero que tras el derrocamiento de Sadam habían perdido. Los treinta y cinco años de baazismo habían logrado grandes avances en el campo educativo, y desde mediados de los ochenta la ONU declaró a Irak «libre de analfabetismo». Niños y niñas acudían a diario al colegio, y la Universidad de Bagdad contaba con más de treinta y tres mil alumnos. La educación era gratuita, lo mismo que la sanidad, y, según la Organización Mundial de la Salud, antes de 1990 tenían acceso a la atención médica el 97 por ciento de los residentes urbanos y más del 70 por ciento de los rurales. Pero todo comenzó a torcerse cuando el líder iraquí dio rienda suelta a sus planes bélicos y expansionistas. Primero lanzó una guerra contra Irán, justo en 1980, aprovechando el cambio de régimen en Teherán y con el apoyo de Occidente, y después invadió Kuwait en 1990, lo que provocó la intervención militar directa de Estados Unidos y acarreó un régimen de sanciones draconiano por parte de Naciones Unidas; estas, más que al dictador, asfixiaron a los iraquíes. Los castigos

prohibieron el libre comercio, las negociaciones financieras, los vuelos y la importación de todo tipo de mercancías, excepto alimentos y medicinas, y una vez concluida la Primera Guerra del Golfo, en 1991, el Consejo de Seguridad puso en marcha un sistema de inspecciones exhaustivo para eliminar los misiles balísticos y las armas biológicas y químicas iraquíes. Un empeño que logró acabar con el arsenal prohibido.

Las sanciones ahogaron a los iraquíes, y la Segunda Guerra del Golfo, lanzada por George Bush en 2003 con la excusa de la tenencia de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Bagdad, les remató. Ignacio Rupérez, embajador español en Bagdad entre 2005 y 2008, refleja en su libro *Daños colaterales* su impotencia, y la de todos sus colegas, porque la tragedia podía haberse evitado: «Simplemente de habernos leído los poderosos de este mundo, o al menos en nuestras capitales. Sospechábamos con fundamento, y así lo escribimos en los años noventa, que un país entonces ya tan deteriorado, malamente podría detraer recursos para la fabricación o el mantenimiento y la operatividad de las armas de destrucción masiva, como dudábamos seriamente de la eficacia militar de unas fuerzas armadas exhibiendo cañones y tanques que eran pura chatarra, con soldados mal uniformados y de calzado variadísimo». Los que tenían información de primera mano alertaron para que «no se interviniera violentamente», pero no se les hizo caso, y se desencadenó una guerra que ha destrozado el país y ha hecho saltar por los aires el equilibrio entre diferentes confesiones.

Estados Unidos lanzó la invasión el 20 de marzo de 2003, dos años después de invadir Afganistán, y contó desde el primer momento con el respaldo de Reino Unido, España, Polonia y Australia. La guerra fue corta, pero la posguerra no ha terminado. El 1 de mayo, Bush, a bordo del *USS Abraham Lincoln* y junto al cartel que anunciaba «Misión cumplida», señaló: «Las operaciones de combate han terminado y en la batalla por Irak, Estados Unidos y nuestros aliados hemos vencido». Lo que parecía un punto final, sin embargo, fue un punto y seguido, ya que a partir de ese momento comenzó la auténtica guerra y los problemas para un ejército estadounidense que empezó a sufrir bajas diarias a manos de los grupos suníes y chiíes de la insurgencia. Y los problemas, sobre todo, para unos iraquíes que se quitaron de encima a

Sadam y su régimen de terror, pero que también perdieron la seguridad, el bien más añorado por todos cuando se les pregunta por ese año 2003 que cambió el sino del país.

Mama Ayser es una excepción, una isla dentro de un Irak en el que, según Unicef, en 2008 más de un millón de niños ha tenido que dejar de asistir a la escuela. La modalidad del secuestro exprés se ha expandido y hay mucho miedo entre los padres. A ello hay que sumar los coches bomba que estallan casi a diario en las calles de la capital. Las clases acaban a la una y media, y llega entonces la hora de volver a casa, de dejar atrás la escuela y enfrentarse a la realidad de una ciudad inhumana.

Nos despedimos de los niños y del profesorado y ponemos rumbo a Kadimiya, distrito chií en el que se encuentra el santuario donde descansan los restos del séptimo imán, Musa al Kazem, y del noveno, Al Jauad. No me gusta cubrir dos historias al día en Irak, y tampoco pasar más tiempo del estrictamente necesario en la calle, pero hoy es un día excepcional.

Hay que darse prisa. Los accesos son complicados, ya que las fuerzas de seguridad han desplegado un dispositivo especial en vistas de la festividad de la Ashura, que se celebra mañana. Los chiíes se han convertido en el objetivo principal de los atentados de Al Qaeda en Irak, grupo que sigue la escuela más ortodoxa del sunismo y que golpea un día sí y otro también a la secta rival. Son atentados contra civiles en mercados, parques o restaurantes..., ataques indiscriminados que disparan la tensión sectaria y han provocado la segregación de los barrios en la capital.

El 60 por ciento de los iraquíes sigue el chiismo duodecimano, el mismo que rige en Irán, frente al 30 por ciento suní, secta a la que pertenecía Sadam Husein. La tercera parte del puzle iraquí la forman los kurdos, unos seis millones de personas, que gozan de independencia absoluta en su región autónoma al norte, de la que han comenzado a exportar petróleo sin el permiso de Bagdad. Durante la dictadura de Sadam fue la minoría suní del país la que ostentó los puestos de poder frente a la mayoría chií, que se sentía discriminada y que vio cómo sus principales líderes religiosos eran perseguidos y asesinados. La invasión de Estados Unidos trató de implantar de la noche a la mañana un sistema democrático, como quien construye un castillo con piezas de Lego siguiendo un manual de instrucciones, pero nunca

ha funcionado. Desde entonces, el voto es totalmente sectario y los chiíes votan a sus fuerzas políticas, que gobiernan con afán revanchista. Los suníes, por su parte, están en la oposición, pero tampoco aceptan su rol opositor y a la mínima rompen la baraja y se retiran del Parlamento. El sistema no funciona y cada uno mira por lo suyo, mientras que los civiles miran al exterior, y en 2007 Irak fue, por segundo año consecutivo, el país donde más solicitudes de asilo se pidieron. Cuarenta y cinco mil ciudadanos reclamaron el estatus de refugiado para poder salir en condiciones legales. Otros muchos no han hecho este trámite y viven desde hace años en países vecinos como Jordania, Irán o Siria, el último lugar donde se permitió la entrada de los iraquíes sin visado.

La Bagdad *made in USA* suena al zumbido del incesante paso de helicópteros, huele a la basura de las montañas de residuos que se acumulan en los barrios sin que nadie los recoja, mira por las pequeñas rendijas de los muros de cemento que separan un barrio de otro, sabe a comida enlatada traída de Irán y los países del Golfo, y tiene el tacto punzante de las vallas de alambre de espino que coronan balcones y tejados. Se han apagado los aromas de manzana de sus fumaderos de narguile, ya no se puede mirar a lo lejos desde sus puentes, tampoco comer pescado frito o gozar de la suavidad de las telas en sus bazares. Ha perdido gran parte de la esencia de las ciudades de Oriente Medio para convertirse en un experimento de urbe jaula en la que los que la han diseñado viven tras los barrotes de oro de la llamada «Zona Verde», antigua área residencial de Sadam, y sus ciudadanos de toda la vida habitan en una especie de corredor de la muerte. Bagdad se ha convertido en un auténtico campamento militar forrado de cemento y barricadas, una capital que, pese a sus largos años de historia, va perdiendo las señas de toda buena ciudad de Oriente Medio, hospitalarias y bulliciosas, y ha pasado a ser un laberinto repleto de puestos de control.

Imposible acceder a Kadimiya en coche. Un mar de peregrinos se agolpa en la entrada habilitada por las fuerzas de seguridad, que han colocado ocho accesos diferentes. Uno por uno, cachean a hombres y a mujeres (en un acceso especial), pero esa marabunta parece un lugar idóneo para un atentado suicida.

—Vamos a pasar rápido. A ver si funciona la acreditación de prensa y nos dejan cruzar cuanto antes porque esto no me gusta nada —me dice Flayeh mientras se introduce a empujones entre la gente y tira de mí con fuerza en dirección a una caseta prefabricada que hace las veces de puesto de control.

Cuando llegamos a la caseta, un oficial bigotón nos pide que nos sentemos y nos ofrece un té. El té en Irak se sirve rojo y dulce, tan dulce que a uno le saltan los empastes. El color y la dulzura van atenuándose conforme se viaja hacia Oriente, y en Afganistán, por ejemplo, es muy flojito y cada uno lo endulza a su gusto. La división sectaria de la política es directamente proporcional a la que existe en las fuerzas de seguridad, prácticamente son las milicias de cada partido reconvertidas en fuerzas regulares. Sus miembros van uniformados y lucen la bandera nacional, pero cada oficial responde a los intereses de su partido, no a los de Irak.

—Durante el ramadán conseguimos detener a doce mujeres con cinturones explosivos que estaban dispuestas a inmolarsen en Kadimiya mañana, el día en el que más gente se concentra aquí de todo el año.

Tomo nota de sus palabras y veo que observa mi tarjeta. Cuando llevo cámara de vídeo y micrófonos me acredito a nombre de ETB, cadena pública vasca, pero para evitar largas explicaciones a tantos miles de kilómetros traduzco el nombre como «Spanish Tele Bision» y la respuesta es inmediata: «*Spanish? Madrid or Barça?*». Esta vez no es una excepción.

Trabajar con un chíí de Diwaniya en una ciudad tomada militarmente por las milicias chííes abre muchas puertas, y el oficial no tarda en llamar a uno de sus hombres para que nos acompañe por un camino especial. Registran mi bolsa y me piden que encienda la cámara. Un rápido cacheo y estamos dentro. Vamos directos a casa de un contacto de Flayeh, donde pasaremos la noche porque la Ashura arranca a primerísima hora de la mañana.

No hay electricidad en la casa. Cenamos pronto y dejo que Flayeh recuerde viejos tiempos con su colega. Me acuesto, y esa noche no puedo dejar de pensar en niños como los de la escuela Mama Ayser y en cómo una decisión adoptada en Washington ha cambiado para siempre la vida de esta gente. Me vienen a la cabeza los días de la invasión, cuando trabajaba en *El*

*Diario Vasco* de Donostia y me subía por las paredes; llegué a completar el papeleo para ir de escudo humano a Bagdad..., pero no lo hice. Tampoco podía pedir a un diario de provincias que me enviara a una guerra, así que tuve que seguirlo todo a través de los medios, y aquella fue, sin duda, la guerra más mediática de la historia. «Fue tan mediática la invasión como olvidada está la posguerra, que es lo más interesante», me dijo el día que le conocí en Bagdad el fotoperiodista español Gervasio Sánchez. Yo pisé Irak por primera vez el día que ahorcaron a Sadam Husein, el 29 de diciembre de 2007. El exdictador fue ajusticiado por sorpresa después de que el tribunal le condenara a la pena capital por la muerte de ciento cuarenta y ocho chiíes. Ese día se celebraba la primera jornada de la fiesta musulmana del Sacrificio, y Sadam fue enterrado veinticuatro horas después entre grandes medidas de seguridad. Las imágenes del funeral se emitieron casi a la vez que los momentos hasta entonces no mostrados de la ejecución. La serenidad, el respeto y el silencio de los que hablaban en los medios oficiales quedaron en evidencia tras el visionado de esos segundos que siguieron al momento en el que los guardianes pusieron la cuerda en el cuello del exdictador, abrieron la trampilla, dejaron caer su cuerpo y lo mantuvieron inerte en el patíbulo durante unos minutos. Las imágenes, captadas por un teléfono móvil y colgadas en internet, permitieron presenciar el morboso instante del ahorcamiento y escuchar el diálogo final en la sala de ejecuciones. Según el subtítulo ofrecido por la cadena catari Al Jazeera, los verdugos se dirigieron a Sadam diciéndole: «Dios mío, bendice a Mohamed [Baqir al Sadr, fundador del partido chií Al Dawa, ejecutado por el régimen en 1980] y a su familia» y «Dios mío, apresura tu presencia y maldice a tus enemigos». Otros de los encapuchados coreaban de fondo: «Muqtada, Muqtada, Muqtada» (en alusión al líder chií Muqtada al Sadr). Sadam rompió su silencio para preguntar: «¿Pensáis que esto es un acto de valentía?». A lo que sus verdugos respondieron: «Larga vida a Mohamed Baqir al Sadr» y «Al infierno». En ese momento Sadam empezó a rezar: «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta. No hay más dios que Alá y Mahoma...». Fue su última palabra antes de que la trampilla se abriera.

Me tumbo pensando en esos últimos instantes de Sadam a manos de las milicias chiíes. Seguro que nunca imaginó que acabaría así, ni en sus peores pesadillas. No pasa mucho tiempo hasta que me despierta la llamada a la oración, el Fayer, el rezo del alba. Hemos dormido en colchones de espuma en el salón de la casa, todos juntos, y en el ambiente aún se respira el humo de los cigarros que Flayeh y nuestro anfitrión han fumado uno tras otro durante la noche. Nada más despertarse, cómo no, también fuman, y lo hacen como si fuera el último cigarro de sus vidas. El humo le entra a uno hasta el corazón, y yo, exfumador, siento una mezcla de deseo y asco a la vez.

Salimos a la calle, y no hay que alejarse mucho de la casa para encontrar al primer grupo de fieles listos para el ritual de la Ashura. Se cubren con sábanas blancas, afilan sus cuchillos y comienzan a darse golpecitos de forma constante en las cabezas, debidamente rapadas para el momento, para ir calentando. Con el alba empiezan a sonar los tambores y se entonan los primeros versos. La Ashura —término que proviene de *ashra*, «diez» en árabe, y significa «el décimo día», pues se celebra el 10 del mes de Muharram, primero del calendario islámico— es el ritual con el que millones de chiíes de todo el mundo recuerdan el martirio del imán Husein, nieto del Profeta y tercero de sus doce imanes. Ocurrió hace mil trescientos treinta años; toda su familia murió junto a él, menos las mujeres y los niños, y su cadáver fue decapitado, y es un hecho clave porque su muerte agrandó el cisma en el mundo musulmán abierto tras la muerte de Mahoma y supuso la separación definitiva entre chiíes, seguidores de la familia del Profeta, y suníes, que optaron por los califas. Un cisma que en la historia reciente de Irak se ha convertido en una auténtica guerra civil y que ha puesto sobre la mesa la posible división del país por confesiones.

Por momentos parecen los preparativos para una procesión de Semana Santa. Había vivido la Ashura en Islamabad y en Teherán, pero por primera vez tengo ante mis ojos la fiesta de la sangre en todo su esplendor. Veo a un hombre con una cruz al cuello, pero también vestido de blanco y con una espada en la mano.

—Esto estaba prohibido durante la dictadura de Sadam y por eso ahora lo vivimos con más intensidad que nadie en el mundo, y yo estoy aquí en solidaridad con mis hermanos musulmanes —me dice el hombre de la cruz al

cuello antes de hacerse un primer corte en la parte anterior de la cabeza.

La espada está tan afilada que pronto un hilo de sangre comienza a recorrer su cara. Es el primero que veo.

—El imán Husein fue el revolucionario, el que dijo basta a la injusticia y dio su vida por todos nosotros. ¡No hay dolor por Husein, por él somos capaces de todo! —grita un hombretón que está al lado del anciano cristiano y que sigue su ejemplo y se hace un pequeño corte del que en unos segundos comienza a correr sangre rojísima.

Ancianos y niños se mezclan en las filas de este grupo que marcha bajo una pancarta que dice algo así como «Seguidores de Fátima» (la hija del Profeta). Los veteranos se hacen los cortes poco a poco, como quien está picando ajo a cámara lenta. Los niños no pueden hacerlo solos. Hasán tiene solo dos años, me dicen, y es su padre el que tiene que abrirle el primer corte entre los llantos del pequeño. Lloro y llora. Sus lágrimas se mezclan con la sangre y su llanto se pierde ahogado por los tambores y los gritos por Husein. A su alrededor, el grupo entra en trance e inicia su marcha por las estrechas callejuelas de Kadimiya, donde se dan cita decenas de grupos del mismo tipo.

La sangre es una cuestión polémica en esta celebración, ya que los grandes religiosos del chiismo no alcanzan un consenso al respecto. En Nayaf, el auténtico «Vaticano chíí», dirigido por el gran ayatolá Sistani, dejan al libre albedrío de cada uno abrirse la cabeza y sangrar, pero en Irán y Líbano está prohibido.

Me paro junto a Flayeh en una de las calles para presenciar el desfile en el que, literalmente, los fieles lloran sangre. El suelo queda como el de un caserío después de matar un cerdo. La gente marcha descalza y los pies se cubren rápidamente de una mezcla de sangre seca y polvo. La sangre salpica a los espectadores, y hay que cerrar la boca para no tragársela. La lente de mi cámara enseguida se tiñe de gotitas, pero no las limpio. Grabo y grabo. Solo me da pena que las imágenes no puedan impregnarse del olor agrio y pesado que inunda Kadimiya. Eso se quedará para siempre en mi interior.

El desfile dura dos horas, dos horas que pasan como dos minutos en esta orgía de sangre que acaba con un ejército de voluntarios de Media Luna Roja curando las heridas de los fieles que han honrado la memoria del imán Husein. Corre el yodo y las cabezas están vendadas, aunque a los que se han

empleado con mayor intensidad se los tienen que llevar a los hospitales más cercanos. Chiismo y martirio, chiismo y esa sensación de saber que son una minoría dentro de un islam mayoritariamente suní en el que les ven como herejes.

Durante el trabajo uno no se olvida de que al terminar hay que salir de allí para volver al hotel. En el móvil tengo varias llamadas de un teléfono oculto, que podría ser de las fuerzas estadounidenses, a las que he pedido una entrevista con un cura castrense. Cansado de soldados de a pie y de oficiales que están siempre con el mismo discurso, quiero probar con alguien diferente o alguien que al menos me pueda dar una visión nueva del trabajo de Estados Unidos en Irak y que, de paso, me hable de las elecciones en su país. La labor de producción la hice hace semanas, con lo que solo estoy a la espera de concretar la cita.

Salimos entre la marabunta de Kadimiya y, a diferencia de lo que ocurrió en la entrada, no tenemos que superar ningún puesto de control. La marea humana pasa por el puente que une este distrito con la ciudad. Me estremezco al pasar por aquí y recordar que el 31 de agosto de 2005 un millar de fieles murieron tras la estampida que se produjo cuando estaban cruzando este mismo puente para acudir a conmemorar el día de la muerte del imán. Primero impactó un mortero y luego se extendió el rumor de que un suicida merodeaba por allí. Nunca he olvidado las imágenes posteriores a la tragedia, con el puente vacío y miles de zapatos y sandalias. Irak está lleno de lugares así, marcados por la sangre. Tras caminar varios kilómetros, finalmente llegamos al punto en el que el doctor ha quedado con nuestro conductor. Ponemos rumbo a Karrada, y al poco de arrancar suena de nuevo el teléfono. El capellán Brent Causey me espera a lo largo del día en la Zona Verde. Vamos directos a los apartamentos Andalus y, tras el tiempo justo para cambiarme de ropa y coger cintas nuevas para la cámara, mis dos compañeros me llevan hasta la puerta que me han indicado las fuerzas estadounidenses por correo electrónico.

Después de atravesar una sucesión interminable de puestos de control situados en un pasillo de muros de cemento de cuatro metros de altura, superar los cacheos de los guardias privados de seguridad de Uganda, primero, y Perú, después, y pasar la bolsa por tres escáneres y el examen de

un perro, se accede a la conocida Zona Verde, una auténtica república independiente dentro de Irak. El capellán Causey trabaja en un despacho situado en el antiguo Palacio de la República. Los salones de lujo donde vivía Sadam Husein se han convertido en las oficinas de la embajada de Estados Unidos, pero esta imagen cambiará en las próximas semanas, ya que la embajada cuenta con un nuevo edificio y este palacio será devuelto a las autoridades iraquíes. Camino de la embajada, en la entrada de uno de los palacios de esta parte de la ciudad, se puede ver uno de los escasos retratos de Sadam que quedan en las calles del país. Tiene la cara borrada y sobre la escayola blanca aparece la palabra «Burro».

Una asistente del religioso me espera en la puerta de la legación. Me explica que esta es la tercera vez que el capellán Causey está destinado en Irak, y que ya ha viajado por más de cincuenta países, pues «el ejército norteamericano es como una gran multinacional». Veterano de la Primera Guerra del Golfo, regresó en 2004 y su tercera misión comenzó hace tres meses. Antes de llegar a la puerta del despacho, la joven me asegura: «La situación de seguridad es mucho mejor; ahora falta mejorar la percepción que los iraquíes tienen de nuestro trabajo. Estamos aquí para ayudarles a reconstruir su país y que sean independientes. Si no quieren que sigamos en Irak, nos iremos sin problema». Me dice estas palabras de forma automática, como alguien que ha escuchado mil veces el mismo discurso y se lo quiere creer. Me pregunto cuándo fue la última vez que vio a un iraquí cara a cara. La Zona Verde está tan protegida y rodeada de muros que miles de soldados no salen de allí en todo el reemplazo y a los únicos iraquíes que ven, como mucho, son quienes trabajan en los servicios de limpieza como mano de obra barata.

Llamamos a la puerta y el padre abre al instante. Una mole humana de dos metros me recibe calurosamente y me da la mano mientras me ofrece café o té. «No se trata de soldados normales: todos estos jóvenes que ves en Irak son auténticos héroes. El 80 por ciento de las tropas desplegadas aquí y en Afganistán se alistaron después del 11S y tienen muy clara su misión: hacer de este mundo un lugar mejor», me dice este capellán natural del norte de California, aunque residente en Kansas, que lleva más de veinte años en el ejército y se encuentra a la espera de conocer su siguiente destino,

posiblemente Afganistán. Su trabajo primordial consiste en cuidar las relaciones con las principales sectas del país, y opina: «Somos militares, y yo estoy convencido de que el pueblo iraquí nos quiere. Hay ciertos grupos aislados que son quienes llevan a cabo los ataques contra nuestros chicos, pero en general somos bien recibidos. Solo pido que con el próximo presidente de Estados Unidos las relaciones con las autoridades locales sean al menos tan buenas como ahora». El capellán habla mientras afina su guitarra, y entre respuesta y respuesta me canta canciones con las que ameniza las ceremonias religiosas diarias. «Esto es Irak y aquí todo es posible, ¿no?», repite una y otra vez a modo de coletilla para muchas respuestas.

Estados Unidos cuenta con ciento cincuenta mil hombres en Irak en estos momentos, y los candidatos a la presidencia debaten su posible retirada. Los demócratas ya barajan incluso un plazo de dieciséis meses para el repliegue, mientras que los republicanos, aferrados al legado de Bush, prefieren no dar fechas y solo ven posible la salida «cuando se derrote a la amenaza terrorista», según repiten en sus intervenciones. Hace tiempo que dejó de ser un secreto que la invasión se basó en la mentira de las armas de destrucción masiva, pero la figura de Osama Bin Laden y la huella del 11S siguen siendo suficiente motivación para hombres como el capellán Causey, que defiende que su país «tuvo que ir a la guerra para acabar con uno de los males que estaba assolando el mundo. Cinco años después, Sadam no está en el poder y este pueblo tiene en sus manos todas las opciones de futuro, es un pueblo libre».

Fin de la entrevista. No hay mucho que sacar de este hombre, pero solo entrar en la Zona Verde ya merece la pena para darse cuenta de que los estadounidenses han cometido los mismos errores que Sadam y se encierran entre muros de cemento para protegerse de la misma gente a la que aseguran haber venido a liberar. Al salir de esta enorme jaula puedo conectar de nuevo mi teléfono y llamo al doctor para que pasen a buscarme. Para alguien acostumbrado a moverse solo y en libertad, tener que depender de un conductor las veinticuatro horas es una especie de pequeña tortura. Lo mismo ocurre a la hora de salir a comer, a cenar o a tomarse un zumo. Las sensaciones siempre son malas y uno no descansa, al menos yo, hasta que se

mete en el avión de vuelta y, tras el despegue táctico en el que el aparato sale disparado en vertical desde el aeropuerto de Bagdad, alcanza altura de crucero y ve cómo las casas se convierten en diminutas piezas de un Lego gris y ocre.

Subo al coche y no hay preguntas. Ni el doctor ni el conductor están interesados en saber lo que dicen los norteamericanos. Bastante tienen con aguantarles todos los días. Han llegado a un punto en que les da igual, no les importa si se van o se quedan. Se preocupan por los coches bomba, porque sus hijos lleguen a casa del colegio sanos y salvos, por el combustible para los generadores y por las colas en los puestos de control que deben superar a diario para acudir al trabajo. Los norteamericanos se irán algún día, pero los iraquíes seguirán en Irak para siempre.

## GEORGIA

### A LA GUERRA EN CHANCLETAS

*Tiflis – Gori, agosto de 2008*

Siempre quise ir a Gori, pero nunca imaginé que mi primer viaje al pueblo que vio nacer en 1878 a Iósif Visariónovich Dzhugashvili, más conocido como Stalin, fuera a tener lugar en mitad de una guerra. Mientras el mundo sigue la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Pekín este 8 de agosto de 2008, yo estoy pegado a las noticias que llegan desde Georgia. El presidente Mijaíl Saakashvili ha lanzado una ofensiva militar contra Osetia del Sur, provincia separatista cuyos habitantes reclaman desde hace tiempo la anexión a Rusia, a la que pertenece su hermana del norte. Desde la independencia de la URSS en 1991 comenzaron los problemas con las provincias de Abjasia y Osetia del Sur, que, gracias al apoyo ruso, mantienen de facto su independencia de Tiflis y durante una década estuvieron marcadas por las guerras internas y la limpieza interétnica. La respuesta rusa a Saakashvili ha sido contundente. El antiguo Ejército Rojo, reforzado por paramilitares chechenos, abjasios y osetios, ha respondido con toda su fuerza y, tras expulsar a las fuerzas georgianas de Tsjinvali, capital de Osetia del Sur, han dado un paso más enviando sus tropas a territorio georgiano.

El aeropuerto de Tiflis está cerrado. Cada vez que estalla una crisis de este tipo, el primer obstáculo siempre radica en la entrada. Hay que coger un mapa y analizar fronteras, visados, grupos armados dentro del conflicto... Parece que se puede entrar en coche por Turquía, y muchos colegas han ido pitando a Estambul para luego cubrir por tierra el camino hasta la frontera,

pero ¿y si hay problemas para cruzarla por allí? Creo que me la jugaré con el avión: volaré a París, desde donde opera la compañía Georgian Airlines, y probaré suerte.

Tengo que esperar tres días, pero finalmente el 11 por la mañana se reabre el aeropuerto georgiano. Estas esperas pueden convertir a uno en un ser insoportable: pasas horas mirando el correo, investigando en las redes para encontrar posibles vías de acceso y te desesperas ante la posibilidad de que ya sea tarde para cuando puedas llegar. Como tantas veces en estos viajes a la guerra, el pasaje lo formamos básicamente periodistas. Apenas llegan pasajeros, pero hay una marabunta en las salas de embarque que espera su turno para escapar del país. Nada más llegar me informan de que esta mañana rusos y georgianos han acordado una especie de alto el fuego tras cuatro días de combates y parece que la cosa empezará a mejorar, pero está claro que los miles de personas que esperan ansiosas por salir no opinan lo mismo.

Antes de viajar a Tiflis he contactado por correo electrónico con Manana Salukvadze, una funcionaria de Naciones Unidas que habla perfectamente español y que ha visitado en varias ocasiones Euskadi. Es una mujerona morena, de mejillas sonrosadas y voz gruesa, y fuma un cigarro tras otro. Entre Armenia y Georgia hay una fuerte disputa sobre el origen de los vascos, ya que ambos países aseguran que los vascos emigraron desde el Cáucaso y se atribuyen sus raíces. Manana no tiene dudas: los vascos somos georgianos, y lo afirma con la misma rotundidad con que sus vecinos de Ereván opinan lo mismo en su país. Me di cuenta de este pique regional en mi primer viaje a Armenia, en 2004, cuando me dirigí a la Universidad Pública de Ereván para ver a Vahán Sarkisian, el gran y único especialista armenio en euskera y relaciones armenio-vascas. Su teoría sobre el origen del euskera dejó perplejo a más de uno. En su despacho guardaba los ejemplares que ha traducido del castellano y el euskera al armenio, y que ocupaban gran parte de su vitrina. Recuerdo que Sarkisian pensaba mucho antes de responder a cada pregunta. A veces el silencio se hacía eterno y parecía que la pregunta no le había gustado. Pero entre calada y calada buscaba el momento exacto para responder con calma y de forma reflexiva a cada cuestión en un perfecto castellano. En diferentes momentos de la conversación no se podía contener y, bolígrafo en mano, despiezaba palabras

en euskera para mostrar su extraordinaria semejanza con el armenio. «El origen del euskera está en Armenia o el del armenio en Euskadi, lo mismo me da. Lo que tengo claro es que los dos pueblos son hermanos. En la cultura, las tradiciones y la lengua se dan unas coincidencias que dejan fuera de toda duda esta relación. No se trata de casualidades, son pruebas evidentes. Además, no existe un idioma que sea único en el mundo, un hijo siempre sale de un padre y una madre. Lo que ocurre es que no interesa políticamente prestar atención a esta teoría. Ni a España le conviene reconocer un hermano vasco en el Cáucaso, ni los vascos quieren renunciar a su sentimiento de ser únicos, ni los propios armenios desean perder este sentimiento de exclusividad que también tienen... La ciencia es una cosa; el orgullo nacional, otra bien diferente. Yo soy lingüista y me fijo sobre todo en las semejanzas que existen entre ambos idiomas. Hay más de cien palabras de uso cotidiano que no necesitan ni traductor. Además, hay sufijos exactamente iguales que se añaden a las palabras, como por ejemplo *-tegi* [“lugar”] o *-ago* [“más”], y con ello se hace difícilmente calculable el número exacto de coincidencias. ¿De qué número se puede hablar si con un simple sufijo ya se duplica el vocabulario? Entre el armenio y el vasco existen muchísimas semejanzas, incluidas la fonética, la gramática y una parte notable del vocabulario. Estas coincidencias abarcan sustantivos, adjetivos, verbos...», me dijo a lo largo del que fue el primero de muchos encuentros posteriores en sus viajes a Euskadi. Pero estoy en Tiflis con Manana para hablar de la guerra, no del origen de los vascos, y por eso ni menciono las teorías de Sarkisian.

—Sufrimos una grave crisis económica. El país atraviesa graves problemas, y yo creo que el presidente solo buscaba encender la cuestión de la integridad nacional para desviar la atención de los demás problemas. Él sabía perfectamente que los rusos no se iban a quedar de brazos cruzados — me explica nada más conocernos en una charla de presentación que me ayuda a comprender algunas de las claves de aquella situación.

Como en otros casos, soy un auténtico paracaidista que llega a Georgia con muy poco conocimiento de la realidad del país. Una sensación habitual en los enviados especiales, que le permite a uno ver cosas que nunca llamarían la atención de un corresponsal.

Nada más declararse el estado de guerra, el Gobierno había movilizadado a todos los ciudadanos en edad y disposición de empuñar un arma para desplegarles en el frente, pero se trataba de unas fuerzas mal pertrechadas, peor entrenadas y sin motivación para enfrentarse al vecino ruso. Aunque no había un balance oficial de bajas, los cuatro días de contienda habían acabado en desastre absoluto.

—No queremos que Rusia esté en Georgia, pero tampoco deseamos la guerra. El presidente debería agotar los cauces diplomáticos para resolver los problemas en Osetia y Abjasia; la guerra nunca es el camino. Georgia no va a dar la independencia a esos territorios, ni Moscú va a permitir que las cosas vuelvan a ser como antes. El Kremlin ha actuado como la Casa Blanca lo hizo en Irak en 2003, y ahora no va a renunciar al terreno ganado así como así —aclara Manana en el transcurso de una conversación en la que alterna su análisis con preguntas sobre el momento actual en Euskadi.

Durante la breve charla en una cafetería del centro de la capital, uno de esos cafés tradicionales de la avenida Rustavelli con mesitas de mármol blanco redondo y sillas metálicas, vemos pasar a grupos de jóvenes que se dirigen al Parlamento. Llevan pancartas en las que se lee «UE-EE.UU.: silencio a cambio de petróleo y gas». La ciudad está semivacía y asustada ante el riesgo de que los rusos crucen la frontera de Osetia y planten sus tanques en plena Tiflis. Me despido de la funcionaria de la ONU con un «*Agur*» («adiós» en euskera) y sigo a los jóvenes de las pancartas, que se concentran en la plaza, frente al Parlamento.

—Todos sabemos de lo que son capaces los rusos; no hay más que mirar a Chechenia, a Grozni, para saber qué es lo que nos espera —me explica una anciana que sigue la escena desde un banco y que ha decidido salir a la calle para combatir el miedo.

Banderas de la Unión Europea, Francia, Estados Unidos, carteles con la imagen de Vladímir Putin con la cara tachada con una esvástica y el epígrafe «Adolf Putin» son lo más llamativo de una pequeña concentración en la que el grito de guerra es «¡Fuera los rusos!», un grito tan sincero como impotente en un clima de sensación total de abandono, de estar absolutamente a expensas de Moscú tras cuatro días de combates en los que Rusia ha logrado aplastar la débil estructura militar georgiana con muy poco esfuerzo y

obligado a las tropas y a las demás fuerzas de seguridad de Tiflis a retirarse de las dos zonas en litigio entre ambos países, Osetia de Sur y Abjasia, que volvían a estar en manos exclusivas de los rusos.

La guerra ha apagado la estrella de Saakashvili. Se ha cortado de cuajo el ascenso meteórico del hombre que jubiló de la política al mítico Eduard Shevardnadze, exministro de Exteriores de la URSS y segundo presidente georgiano tras la caída del Telón de Acero y del breve mandato de Zviad Gamsajurdia. Habiendo estado centrado en las reformas económicas, en la aproximación a Europa y a Estados Unidos y en enterrar el pasado soviético lo antes posible, cuatro años después de ser el motor de la conocida como «Revolución de las Rosas», la contundente respuesta militar de los rusos le ha dejado en evidencia ante sus seguidores. Quizá esperaba la entrada de lleno de Bruselas o Washington, pero en Occidente nadie quería un choque de trenes y los georgianos estaban pagando un precio muy alto.

Vuelvo al hotel, situado a muy pocos pasos del Parlamento, y me preparo para ir a Gori. Miro el mapa. La ruta discurre por la carretera E60 y la distancia es de apenas ochenta y siete kilómetros. Después de hablar con otros colegas, parece que el camino es seguro y que por el momento no hay presencia rusa. Encuentro un taxi y, tras pactar un precio razonable de ida y vuelta, salimos rumbo a la cuna de Stalin por una carretera desierta.

No hay tráfico y tampoco puestos de control, así que llegamos con rapidez. Nada más entrar en las calles de Gori, una localidad de unos sesenta mil habitantes, me doy cuenta de que no es el momento para nostalgias soviéticas. El primer viaje en avión de mi vida fue a Moscú. Trabajé durante meses en la fábrica de Volkswagen de Pamplona, haciendo las puertas delanteras del Polo, para poder pagar ese billete que compré el mismo día que me hice el primer pasaporte. No sé el motivo, porque en mi familia no hay ningún comunista, pero mi sueño siempre fue conocer la Unión Soviética. El problema es que llegué una década después de la caída del Muro, y tras ese viaje iniciático a Moscú, que duró un mes y me llevó a trabajar como voluntario en un geriátrico donde vivían veteranos de la Segunda Guerra Mundial, mi concepto sobre el comunismo dio un giro radical. Lo que no ha

cambiado nunca es mi gusto por la estética URSS, desde el Lada hasta los relojes Poljot, que sigo comprando como quien compra un Omega de colección.

La enorme estatua de bronce de Stalin, de seis metros de altura, mira impasible desde su pedestal de granito el pánico de los vecinos. Sobrevivió a la «desestalinización» de la era Jruschov y es la última estatua del líder georgiano que queda en un lugar público. Galina no tiene tiempo de mirar a Stalin: ella busca un teléfono para poder contactar con su familia. Perdida y sola en mitad de la avenida que también se llamaba Stalin, esta anciana de origen ucraniano lleva casi una semana sin noticias de los suyos y pide desesperadamente a los periodistas que la dejen llamar con sus móviles.

—Por favor, por favor, por favor, por favor, un teléfono, por favor — implora a quienes paramos a los pies de Stalin.

La estatua del que fuera líder de la Unión Soviética y cerebro del gulag, el campo comunista de «educación», mira impasible desde lo alto. Con el miedo aún metido en el cuerpo, pisando vidrios rotos y revisando las cicatrices dejadas por la artillería en las fachadas, los civiles deambulan como zombis, y se respira una calma tensa por el constante rumor de la llegada de los rusos. Tiflis había ordenado la evacuación de la ciudad, pero muchos no quieren obedecer y optan por quedarse.

Valentina limpia su farmacia, recoge los restos de cristales y vela por el mobiliario. Cuando se cansa se sienta en un pequeño taburete de madera. Habla sin mirar a nadie, habla sola.

—Hay que estar atenta porque es un buen momento para el pillaje. Solo pedimos un poco de paz y poder reabrir los negocios. Paz, paz, paz y paz — repite esta veterana farmacéutica desde el interior de un establecimiento muy dañado por los combates.

Cerca de la farmacia, en el hospital militar, dos fuertes explosiones confirman que los rumores sobre la posible invasión rusa se van haciendo realidad. Una llamada telefónica alerta a los equipos médicos, que sin perder un momento ponen en marcha la evacuación de los pacientes y del personal a la capital.

—¿A qué esperáis para salir de aquí? Son capaces de todo, tienen carta blanca y no nos dejan ni atender a nuestros heridos. La guerra tiene un código, pero ellos parecen no entenderlo —me dice una enfermera rubia y robusta desde la parte trasera de una vieja ambulancia de la época soviética.

Las ráfagas de armas ligeras son el segundo aviso serio de la llegada de los rusos. En cuestión de minutos, en la avenida Stalin se forma un convoy de coches, furgonetas y camiones repletos de civiles. Como ha ocurrido antes con el resto de los pueblos de la zona y con los georgianos de Osetia, los civiles deben dejar sus casas en busca de seguridad en la capital. Más de cien mil han tenido que huir, según las cifras de unas autoridades desbordadas, incapaces de atender a toda esta gente, que precisa refugio y comida de forma urgente.

Los rusos, en lugar de «guerra», utilizan la fórmula de «operación para la imposición de la paz», y su presidente, Dmitri Medvédev, parece dispuesto a imponer su paz al precio que sea. Los pueblos de los alrededores de la capital llevan días llenos de desplazados y, a la espera de la llegada de la ayuda internacional, la población local se ha tenido que organizar para recibirles y ayudarles de forma gratuita gracias a donaciones privadas de vecinos y empresarios locales.

En medio de la estampida, ni rastro de la policía, y mucho menos del ejército georgiano. Esto será un paseo triunfal para el enemigo. A la espera de los rusos, y mientras salen más y más coches, tengo tiempo de entrar un segundo en el museo dedicado a Stalin y subirme al enorme vagón de tren blindado que el dictador empleaba para viajar por la URSS, la joya de la exposición. ¿Y si levantara la cabeza? ¿Y si viera a las tropas de Moscú invadiendo su Gori natal?

Las explosiones son cada vez más fuertes y más próximas, así que salgo a la carretera principal y pido al taxista que aparque en el arcén, junto a unos arbustos secos. De pronto, una enorme serpiente de color verde oscuro comienza a dibujarse en la carretera. Primero lejana, luego se puede tocar con la mano. Tanques y más tanques rusos avanzan con pereza por el asfalto georgiano, y sus orugas metálicas chirrían compitiendo con el rugido de unos motores que parecen a punto de explotar entre estertores; claramente no se trata de los mismos tanques que se pasean por la Plaza Roja el Día de la

Victoria, el aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. Los soldados no parecen muy en guardia y muchos viajan sentados sobre el blindaje, desaliñados y como si en lugar de un tanque aquello fuera un autobús de Bombay en hora punta. Saben de sobra que no encontrarán resistencia alguna, pero lo que no esperaban era con que les recibiera prensa extranjera.

Con timidez y mucho miedo, un grupo de periodistas salimos de los arbustos con las cámaras en una mano y saludando con la otra como quien acude a un aeropuerto a esperar a un familiar al que lleva tiempo sin ver. Uno de nosotros agita un pañuelo blanco en señal de paz. Un soldado joven nos devuelve el saludo y eso desata el entusiasmo. Empezamos a grabar y a hacer fotos, pero poco a poco los gestos de los militares comienzan a ser menos y menos amistosos hasta que en el último tanque, cuando la columna ya termina su desfile triunfal, un soldado se echa el AK-47 al hombro. Sin decir media palabra apunta hacia donde estamos y abre fuego. La primera ráfaga impacta en el asfalto y las balas rebotan en mil direcciones. Salimos corriendo hacia los coches en el esprint de nuestras vidas. Es una carrera corta entre un asfalto lleno de baches y una cuneta de tierra repleta de piedras sueltas. Una especie de minicarrera de obstáculos que hay que superar sí o sí. Para cuando el soldado dispara la segunda ráfaga estamos a cubierto tras los vehículos, yo junto al taxista, que maldice el momento en el que aceptó llevar a un periodista a Gori y también las noticias sobre el alto el fuego que le habían empujado a aceptar. Eso, y una tarifa muy por encima de la que nadie le iba a pagar por esas horas de trabajo. Jadeantes, tratamos aún de asomar las cámaras por encima de los coches para grabar la marcha rusa en dirección a Tiflis. Pocos kilómetros por delante estaría el convoy de civiles aterrados que habíamos visto salir.

Hora del balance de daños, de revisar imágenes y tomar aire. Los rusos avanzan por la carretera que debemos tomar para regresar a la capital, pero no es el momento de pensar en eso. Los corazones palpitan a mil por hora y un sudor frío cubre los cuerpos. Unos centímetros más arriba y... Con el paso de los minutos, al recobrar el aliento, empiezo a notar un calor intenso en el tobillo. Arde. Me levanto el pantalón y un huevo rojo enorme asoma como un volcán a punto de erupción. Tengo un esguince de caballo. Entre la emoción

por la llegada a Tiflis, la canícula de agosto y las prisas, he venido al frente en chancletas, y el esprint por estas superficies maltrechas ha machacado mi tobillo izquierdo. De todo se aprende: nunca más volveré a una zona de riesgo en chancletas.

Tengo que escribir la crónica del día, pero antes debo pasar por un hospital para que echen un vistazo a la lesión. Es mi segundo esguince; el primero me lo hice jugando al fútbol hace ya años, pero soy muy mal paciente, aprensivo, y necesito tratarme cuanto antes para no pensar que esto podría acabar en amputación. Ponemos rumbo a la capital por un camino alternativo que conoce el conductor y paramos en el primer hospital que encontramos al entrar en Tiflis, un centro enorme con el acceso a urgencias colapsado. En medio de salas repletas de heridos de guerra, el periodista occidental, sin hablar una palabra de georgiano ni de ruso, quiere que un médico saque tiempo para echar un vistazo a su tobillo. A saltos sobre mi pierna buena, consigo sentarme en una sala de espera con apenas luz en la que el olor a orín de los servicios se le mete a uno hasta el estómago. Un médico joven atiende a mis señas y se apiada de mí. Aplica el modelo soviético y, después de hacerme una radiografía con una máquina propia de una película de Serguéi Eisenstein, me escayola hasta la rodilla en un tiempo récord. Después me acompaña a un almacén en el que me venden unas muletas de madera de la Segunda Guerra Mundial. Me da una palmada en la espalda y, tras meter las radiografías en un gran sobre marrón, me despide con un soberbio «*Do svidániya*» («adiós», en ruso).

Vuelvo al hotel cansado, dolorido, pero dispuesto a cubrir con muletas la ofensiva rusa, y me pongo a escribir. A veces a uno le gustaría contar con detalle el *making of* de las crónicas, pero al final llegan los teletipos de las agencias internacionales y hay que mantener el equilibrio. El presidente Medvédev insiste en que ha aceptado el acuerdo de alto el fuego de seis puntos redactado con la mediación de la comunidad internacional, pero matiza que de momento no lo ha firmado y que por eso sus tropas de «imposición de la paz» han invadido territorio georgiano para situarse a las puertas de Tiflis. Una afirmación que hemos podido comprobar con nuestros ojos y, en mi caso, con mi tobillo.

A partir de ese día, el trabajo resulta complicado por mi dificultad para moverme, y Manana se convierte en mi madre adoptiva georgiana. Juntos, con mis inseparables muletas, nos movemos por diferentes zonas del país. Encontramos un buen taxista con un Mercedes 300 de color negro y cristales tintados que se presenta como Yuri y que desde el inicio de la guerra ha decidido llevar encima su antiguo pasaporte soviético. Una joya, un documento forrado en cuero rojo, con la hoz y el martillo de color dorado, que deja asomar con orgullo del bolsillo de la camisa y se apresura a sacar en todos los controles de carretera rusos. Dice que fue conductor de tanques con el Ejército Rojo y que combatió en Afganistán, y yo, viendo su espalda de estibador y su cara de mafioso de casino, le creo.

El viaje que más le gusta a Yuri es el que más se acerque al frente, una línea en la que ahora no hay combates, pero donde sí están desplegados los rusos. Un día después de conocer el anuncio del alto el fuego, con la escayola ya seca y los primeros callos en las manos por culpa de las muletas, nos dirigimos de nuevo a Gori al amanecer. En pequeñas aldeas como Paski, cerca de Gori, los vecinos viven pegados al transistor de la única tienda que permanece abierta, y paran a los escasos vehículos que circulan estos días para informarse sobre la presencia rusa y su posible retirada. «Cada motor que oímos nos da miedo. Es increíble salir a la calle y no ver tanques; no me lo puedo creer», nos confiesa una anciana que asegura salir de casa tras diez días de encierro. «No se van a ir. Hace tiempo que tenían ganas de quedarse con Georgia y ahora lo han logrado», lamenta un vecino recién llegado de Tiflis al que sus paisanos devoran a preguntas. La falta de comunicación en la zona es muy grande. Los teléfonos no funcionan, y el Gobierno georgiano ha acusado a Rusia de retirar los repetidores de las cadenas locales para sustituirlos por los suyos. Avanzamos hacia Gori por caminos secundarios, pero cuando salimos a la ruta principal pronto nos encontramos con el muro ruso. En el primer control, los soldados preguntan a los que llegan de la capital si tienen noticias de su salida de Georgia: «¿Sabéis cuándo nos vamos? Aquí ya queda poco por hacer, ¿no?». En el segundo, un militar con una cara marcada por el acné y seguidor del Spartak de Moscú pide crema para los labios: «Este sol me está haciendo sufrir mucho. ¿Viene Eto'ó a la liga rusa?», pregunta al ver el pasaporte español. En el tercero me exigen que

muestre una acreditación del Estado Mayor ruso, pero finalmente me dejan pasar después de mostrarles el permiso de conducir. En el cuarto llega la mala leche.

—¿No sois de un país de la OTAN? ¡Pues que venga la OTAN a abrir el paso! ¡Aquí solo vamos a permitir el acceso a los rusos! —gritan los soldados en la entrada a la villa de Stalin. Inmediatamente levantan los AK-47 y apuntan al Mercedes ante la impotencia de Yuri, que no tiene tiempo ni de sacar su pasaporte soviético.

Mientras los rusos hacen su trabajo, la policía y ejército georgianos esperan a unos kilómetros de distancia, en los arcenes, el momento de la retirada para poder entrar en la zona. Tienen mucho cuidado de estar en el arcén, no en la carretera, porque saben que si se cruzan con los rusos los blindados les pueden pasar por encima, como ya ha ocurrido con un par de vehículos policiales en las últimas horas. El acceso a Osetia del Sur permanece bloqueado por rusos y osetios. Los veintiséis kilómetros que separan Gori de Tsjinvali siguen bajo control absoluto de los rusos.

Al día siguiente volvemos a intentarlo. El objetivo es asegurarnos de que Rusia cumple con el repliegue. El paisaje al salir de la capital y aproximarse a Gori es desolador. Pueblos abandonados, casas quemadas, tiendas desvalijadas, coches calcinados y ancianos deambulando de un lado a otro. Ancianos con una increíble habilidad para camuflarse cada vez que oyen que se acerca un vehículo. Pese a que el Kremlin insiste en el alto el fuego, en la práctica no cesa el ir y venir de blindados, y el sonido de explosiones sigue rompiendo el silencio de un paisaje donde el olor a muerte impregna hasta el último centímetro. Los testimonios de los aldeanos tampoco dejan lugar para el optimismo.

Yuri sube el volumen de la radio, que informa de que «según la agencia Reuters, el ejército ruso ha iniciado su retirada» del norte de Georgia. Hoy llevamos en el coche al matrimonio Goglidze, que tras seis días viviendo como desplazados en Tiflis ha decidido regresar. Nugzar, el cabeza de familia, lleva también pasaporte de la URSS; «¡Si Stalin levantara la cabeza!», susurra con enfado. Según avanzamos, advertimos que han desaparecido los puestos de control de la víspera.

La casa de los Goglidze es una humilde vivienda rural situada a las afueras de Gori. Para llegar a ella, tenemos que dejar el asfalto y circular unos kilómetros por una pista de barro siguiendo las indicaciones de Nugzar, que al acercarnos se adelanta con impaciencia para ver cómo ha quedado. Saca la llave, abre el viejo portón de madera y lanza un sonoro grito de alegría. No les han robado sus escasos bienes y los frutales están intactos. «Son lo único que tenemos, vivimos de la venta de esta fruta. Gracias a Dios, esto no interesa a los “cosacos” rusos.»

Cerca de su casa, una anciana asoma la cabeza para saludar a los recién llegados desde el quinto piso del típico bloque de viviendas de la era soviética. El edificio ha sido alcanzado por la artillería rusa y está parcialmente destruido, pero Elene Zerekidze, de ochenta y cinco años, no lo ha abandonado en ningún momento. «¿Dónde voy a estar mejor que en mi casa? Esto que ves es todo lo que tengo y mi deber era defenderlo —señala entre sollozos—. No sé si se irán o no, pero la verdad es que los soldados están más amables que nunca. El problema de verdad son las bandas de paramilitares, que se lo están llevando todo», comenta mientras ofrece la última manzana sana que le queda. Sin electricidad ni agua y con la estructura de la vivienda seriamente dañada, sabe que más tarde o más temprano tendrá que mudarse.

Nos despedimos para seguir hasta Gori. Las calles de la ciudad están desiertas, pero la plaza central presenta una animación poco habitual. Cientos de vecinos hacen cola frente a la escuela municipal, donde se están repartiendo cajas de comida traídas por Cruz Roja. «Hemos pasado días de ayuno. Desde que llegaron los rusos nadie ha salido a la calle por miedo a que le dispararan. ¡Dadnos algo!», grita una mujer en medio del caos en el que se transforma poco a poco el primer reparto de ayuda humanitaria en la ciudad. Más adelante, unas furgonetas reparten sandías entre los vecinos.

La estatua de Stalin permanece rodeada de camiones de Cruz Roja Internacional y vehículos de Naciones Unidas, que esperan la autorización de Moscú para avanzar y adentrarse en Osetia del Sur. De momento, la nueva frontera impuesta por los rusos sigue establecida en Gori, justo al final de la

avenida central, y está marcada por dos tanques que cierran el paso a cualquier vehículo que quiera avanzar hacia el norte. Los cañones de estos tanques, además, apuntan a Georgia.

Yuri conoce bien las carreteras secundarias y quiere seguir. Yo me fío de este exconductor de tanques, así que emprendemos la ruta hacia la frontera, situada veintiséis kilómetros al norte. El panorama allí es aún peor. Encontramos a Shota Lapachi, de ochenta y cinco años, que se dirige a pie a Gori procedente de Achabeti, aldea osetia próxima a Tsjinvali. Viaja con su esposa y su hermana, de ochenta y ochenta y seis años respectivamente, y lleva todas sus pertenencias en un pequeño carro de la compra. Los problemas con las provincias separatistas de Abjasia y Osetia del Sur parecen insuperables desde que la duma de Moscú ha reconocido su derecho a la independencia, y el efecto más claro es la emigración forzosa de la población georgiana. «No admitiremos bolsas de población georgiana en Osetia», amenazó el presidente osetio, Eduard Kokoiti, en su último discurso televisado, y sus órdenes se están cumpliendo, según denuncian los miles de desplazados que siguen saliendo de la zona.

Tras la experiencia del éxodo forzoso de miles de georgianos de Abjasia en los noventa, ahora es el turno de aquellos que vivían en Osetia, un lugar en el que ya no son bienvenidos. Estos veintiséis kilómetros que separan la frontera de Gori son la principal ruta de salida de los damnificados por la guerra. Una carretera denominada «nueva zona de responsabilidad» por Rusia, que discurre entre aldeas fantasma de donde la mayor parte de la población huyó al inicio de las hostilidades y a donde casi nadie ha vuelto.

«Los georgianos no pueden entrar, no pueden tener la vergüenza de acercarse después de lo que han hecho con nuestro pueblo —nos responden unos milicianos osetios cuando les pedimos autorización para cruzar a su zona de control—. Solo los rusos o los ciudadanos de países de fuera de la OTAN son nuestros amigos.» Zanzan el diálogo de manera abrupta y nos indican con la mano que nos demos la vuelta. Visten pantalones de camuflaje y chaquetas de cuero negro. Todos llevan zapatillas deportivas y hablan con la seguridad de quien sabe que tiene el respaldo de la parte más fuerte en un conflicto.

El Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) eleva a ciento sesenta mil el número de desplazados por la guerra, de los que ciento veinte mil han llegado de Osetia a suelo georgiano. «No sabemos nada de política, pero conocemos a nuestros vecinos, y cuando los rusos entran en algún sitio sabemos que es imposible echarlos», nos dicen dos mujeres que se llevan la casa a cuestas camino de Gori y que han visto cómo los milicianos nos obligaban a retroceder. Me llama la atención que no miran atrás. Hablan con voz triste. Cuando alguien deja su casa y se convierte en un refugiado, puede hacerlo pensando que es algo temporal, pero en el fondo sabe que será muy complicado regresar. Con cada paso que dan, estas mujeres se alejan de sus casas, del campo, de los frutales y de una forma de vida que quedó truncada para siempre el pasado 8 de agosto, cuando Georgia lanzó su ataque contra Osetia y recibió la respuesta contundente de la vecina Rusia.

Yuri sube las ventanillas. No quiere seguir escuchando tragedias. Tampoco quiere hablar. Enciende un cigarrillo. Aspira. Pone música. Saca su pasaporte soviético del bolsillo de la camisa y lo guarda en una guantera que cierra con un golpe fuerte y seco.

## AFGANISTÁN

### EN TERRITORIO TALIBÁN

*Helmand – Kandahar, mayo de 2010*

El avión a Lashkar Gah sale a primera hora del aeropuerto de Kabul. He intentado hacer el viaje por carretera, pero no hay manera: ningún conductor afgano quiere comprometerse a llevar a un extranjero por territorio talibán, y menos a un blanquito que no habla pastún, el idioma principal del sur y el este de Afganistán, los grandes bastiones talibanes. Así que no hay otro remedio que comprar el billete y esperar a que la compañía Pamir confirme el vuelo, una compañía que nació en los noventa y que, superada la etapa talibán, fue adquirida por un nuevo rico que, a fuerza de créditos del Banco de Kabul, trató de reflotar el negocio, sin mucho éxito. Es la única que vuela a la provincia de Helmand. Hace pocos días, un viejo Antonov de Pamir que cubría la línea entre Mazar-e-Sharif y Kabul se estrelló cerca del paso Salang..., pero no es momento de pensar en esas historias, y, además, la ruta hacia el sur es menos montañosa, por lo que las corrientes de aire son menos violentas. Nueve años después de la llegada de Estados Unidos y la OTAN y del despliegue de miles de hombres, en las carreteras del país no hay seguridad y el avión se ha convertido en el único medio seguro para viajar a provincias como Kandahar o Helmand, baluartes de la insurgencia.

Antes de viajar a Lashkar Gah, acudo en Kabul a la oficina de Médicos Sin Fronteras (MSF). La provincia de Helmand vive unos meses de mucha tensión tras el inicio de la operación Moshtarak (que en dari significa «juntos»), puesta en marcha en febrero para intentar limpiar de insurgencia

las zonas de Marjah y Nad Alí, núcleos de producción de opio situados a menos de treinta kilómetros de la capital de provincia. Moshtarak es el gran proyecto del general Stanley McChrystal para intentar frenar a los talibanes. En febrero de 2010, quince mil hombres, entre estadounidenses, afganos, británicos, canadienses, daneses y estonios, se desplegaron en esta zona, pero tres meses después la insurgencia ha vuelto a hacerse fuerte. Los talibanes repiten la estrategia de siempre. Apenas opusieron resistencia cuando se produjo el gran ataque de la OTAN porque sabían que no tenían nada que hacer; pero luego, cuando las tropas se asentaron, comenzó el rosario diario de artefactos explosivos improvisados, atentados suicidas y emboscadas, sus tres mejores armas. Esta nueva ofensiva pretende atajar también el negocio del opio, ya que solo Helmand ha llegado a producir el 42 por ciento del opio del mundo, según datos de la oficina de la Lucha contra la Droga y el Crimen de Naciones Unidas. Pese a los miles de soldados desplegados en la provincia, se la considera una zona fuera de control en la que los talibanes obligan a los campesinos a cultivar opio para financiar su lucha, según los informes de la seguridad afgana.

MSF cuenta con una misión de doce personas en el hospital principal de Lashkar Gah y quiero coordinar una visita con ellos. MSF está de vuelta en Afganistán después del asesinato, el 2 de junio de 2004, de cinco miembros de la misión que la ONG tenía en la provincia de Badghis, en el oeste del país y lugar donde están desplegadas las tropas españolas. Ese ataque supuso el fin a veinticuatro años de trabajo ininterrumpido, pero en 2009, debido a la magnitud que estaba adquiriendo el conflicto, MSF decidió regresar. El primer destino fue el hospital Ahmed Shah Baba, en el este de Kabul, y el segundo, la problemática provincia de Helmand, situada en el sur del país y responsabilidad de las fuerzas británicas.

No me gusta mezclar cooperación y periodismo. Algunos colegas son capaces de ser cooperantes y periodistas a la vez, o más bien usan la cooperación para sobrevivir y poder dedicar parte de su tiempo a lo que de verdad les gusta, que es el periodismo. Esto puede acarrear problemas y falsas esperanzas. Desde su llegada a Afganistán, Estados Unidos vinculó inteligencia y cooperación a través de su agencia de desarrollo USAID, un ejemplo que siguieron las fuerzas de la OTAN, capaces de subvencionar a los

señores de la guerra más cercanos a cambio de que no les atacaran. En el caso del periodismo la situación no llega a este extremo, pero como cooperante uno no tiene el mismo papel que un periodista, y no se puede engañar a las víctimas.

En todos los años que he trabajado en Afganistán me he cruzado con decenas de «expertos» y analistas de todo tipo, «afganólogos» de salón que aseguran tener contactos en todo el país, y que caen una y otra vez en los mismos lugares comunes. Aquí, casi ningún internacional —periodista, cooperante, diplomático o trabajador de cualquier profesión— es testigo directo de nada. Justo lo contrario que ocurre cuando uno se pone delante de Michiel Hofman, responsable de MSF en Afganistán, con un discurso directo y lleno de información. Antes de que la organización decidiera volver, le tocó viajar a Quetta (Pakistán), a Kabul (Afganistán) y a Washington (Estados Unidos), la santa trinidad de los centros de poder desde los que se mueven los hilos de esta guerra.

—Nuestro objetivo es atender a las víctimas y todas las partes lo entendieron, pero en el día a día es muy complicado mantener el equilibrio y tener que demostrar siempre a todos que somos neutrales —explica con calma y mucha seriedad este profesional con dieciséis años de experiencia con MSF en países como Chechenia, Ruanda, Congo y Bosnia.

Mientras bebemos café en una oficina oscura y fría, me muestra un mapa del país donde están marcadas en rojo las dos posiciones en las que trabaja MSF y en verde los lugares a los que les gustaría expandirse, y que me pide que no mencione. La discreción es fundamental. En estos momentos, nueve años después del inicio de la invasión, hay más de dos mil organizaciones no gubernamentales registradas en Afganistán, pero se pueden contar con los dedos de una mano los organismos internacionales con presencia en las zonas calientes, porque normalmente se trabaja por medio de asociaciones locales debido a la falta de seguridad. El dinero llueve sobre estas organizaciones, y llega un punto en que muchas de ellas tienen más dinero que proyectos. «No sabemos en qué gastar todo el presupuesto, pero hay que gastarlo», me llegó a confesar un funcionario de la Unión Europea.

Con la prensa internacional ocurre lo mismo: los corresponsales se concentran en Kabul y las únicas incursiones en territorio talibán, más allá de viajes puntuales a la ciudad de Kandahar, se realizan con las fuerzas internacionales. El lado talibán es una especie de «lado oscuro» o «agujero negro» informativo. La falta de seguridad hace muy complicado el trabajo de los informadores locales e imposible el de los extranjeros.

—Para llegar a la zona en conflicto hay que negociar directamente con la oposición; es la única forma de hacerlo, porque ellos son quienes en realidad gobiernan en casi la mitad del país. En nuestro caso, trabajamos en zonas bajo control talibán porque tenemos hilo directo con Quetta [ciudad de Pakistán cercana a la frontera] y hablamos directamente con el gobierno en la sombra de los talibanes; no hay otro camino —aclara Michiel—. Es fundamental ser independiente y disponer de fondos propios, no tener que recurrir a los de alguna de las partes en conflicto.

Tras casi diez años de misión internacional, las operaciones militares y humanitarias se han mezclado en la mayor parte de las provincias, y los talibanes no respetan la actividad de las organizaciones que no estén claramente desmarcadas de los diferentes ejércitos que forman la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) y mucho menos de la UNAMA, la misión de la ONU en Afganistán, que opera bajo la protección de la ISAF. Ahora en las camas del hospital de Helmand donde trabaja MSF hay víctimas causadas por los dos bandos. Civiles heridos por acciones insurgentes, y civiles que sufren las consecuencias del llamado «fuego amigo» de la OTAN o del ejército afgano. Los médicos tampoco descartan la presencia de milicianos heridos en combate. Se trata de un equilibrio complicado, como quedó claro tras la clausura del hospital que la ONG italiana Emergency regentaba hasta hace bien poco también en Lashkar Gah. Las autoridades locales acusaron a los italianos de planear el asesinato del gobernador provincial, Gulab Mangal, y de guardar chalecos bomba para suicidas, granadas de mano y armas en los sótanos del centro. Tres italianos y seis afganos fueron detenidos y el hospital clausurado a mediados de abril, lo que hizo que el de MSF se convirtiera en el único centro de salud público de la provincia.

De la charla con Hofman salgo con mucha información en la cabeza y dos números de teléfono: el de un conductor de confianza de MSF y el de Stanikzai, un joven periodista local que habla algo de inglés y que me puede ayudar con las traducciones. Un tesoro para empezar a trabajar nada más llegar y así salir de allí cuanto antes.

En Kabul, desde que uno supera el primer control del aeropuerto hasta que llega a la sala de embarque pasa por más de media docena de controles de seguridad. Algunos muy aparentes, pero en general poco estrictos. El primero está en la rotonda de acceso al aeropuerto y para superarlo no hay ni que bajarse del coche. El segundo es un *body massage* (un cacheo, un «masaje completo», tal como lo llamamos con tono jocoso), para el que sí que hay que apearse del vehículo. Pocos metros más adelante, en la rotonda decorada con un MiG de la era soviética, se tuerce a la derecha y hay que volver a bajar del coche para someterse a un nuevo *body massage*. En cuarto lugar llega el escáner de las maletas, en una caseta donde el agente de turno o está dormido o se espabila al ver a un extranjero y le pide unos dólares. La leyenda urbana dice que, en lugar de una pantalla de seguridad, lo que ven los operarios afganos en este control es la televisión. Superado el trámite, se deja el taxi y se cruza caminando un gran aparcamiento y una especie de terminal de llegadas con cafeterías y casas de cambio hasta dar con una valla en la que un policía pide el billete. Que a nadie se le ocurra intentar volar desde Kabul sin la copia en papel de su tique, porque no podrá pasar este filtro. A menos de veinte metros de la valla hay que volver a enseñar el billete y el pasaporte, y tiene lugar el tercer *body massage* del día antes de subir a un autobús que hace el recorrido hasta la terminal. Un vehículo alto y poco apto para el transporte de pasajeros con maletas, que colapsan las puertas y el pasillo central hasta que al final hay que ir casi colgado de ellas. En la terminal nacional hay que superar un último control en el acceso principal, y desde allí se pasa directamente a los mostradores de facturación, donde las tarjetas de embarque son unas cartulinas que cambian de color según el destino.

La tarjeta para viajar a Lashkar Gah es de color azul. Espero mi turno y entrego mi mochila al personal de Pamir que se encarga de gestionar el embarque. El vuelo está lleno y la mayoría del pasaje son hombres. Me he vestido con un *salwar kameez* que me hice a medida en Herat en un viaje

anterior y un pequeño gorro chato de colores y espejos, el que usan los pastunes además del pakul, una especie de *txapela* (boina tradicional del País Vasco) a la afgana. El pelo y la piel claros no son problema, porque hay muchos pastunes así. Hasta el último momento he tratado de ir con mis botas de montaña pero de nuevo mi traductor ha insistido en que eso sería demasiado llamativo y por ello calzo unas chancletas de plástico negro, el calzado nacional. Una especie de kufiya (pañuelo palestino) color crema y con cuadros marrones completa un atuendo que pierde la magia en cuanto alguien se dirige a mí y yo no soy capaz más que de decir tres palabras en pastún. El objetivo es pasar lo más inadvertido posible.

El vuelo dura apenas una hora. El avión aterriza en una pista perfectamente asfaltada en mitad de un terreno desértico. Los estadounidenses fueron los que construyeron este aeródromo en los cincuenta, cuando soñaban con convertir Helmand en el granero de Afganistán. Más de medio siglo después, los campos de trigo los ocupan amapolas; en vez de ingenieros agrícolas, los norteamericanos envían marines, y han vuelto a gastarse el dinero en una nueva pista que emplean civiles y militares. Aparte de esta, no hay nada más que una pequeña caseta del ejército. El avión llega tres veces por semana, normalmente a primera hora de la mañana, y es uno de los grandes acontecimientos en Lashkar Gah.

Stanikzai me espera a pie de pista. Mi atuendo afgano funciona, y hasta que me quedo rezagado no se percata de mi presencia entre el pasaje. Es periodista y colabora con la agencia Pajhwook, la primera del país que ofrece contenidos en inglés. Subimos al coche, un Toyota familiar de color blanco, y vamos directos al hospital.

—Bienvenido a Lashkar Gah. Es tu primera vez, ¿no? —me pregunta mientras el vehículo se abre paso entre las motocicletas y pequeñas camionetas que habían acudido al aeropuerto.

—Primera vez —respondo mientras me ajusto el gorro que había perdido al entrar en el coche y golpearme con el techo.

—Vamos al hospital por la mañana, y por la tarde, si tienes tiempo, podemos dar una vuelta por la ciudad o bañarnos en el río. Pero lo más importante es que pasemos por la casa del gobernador para informar de tu presencia y no tener problemas.

—¿La casa del gobernador? Estoy acreditado y tengo visado de periodista. El Ministerio sabe que estoy aquí...

—¿Ministerio? Aquí manda el gobernador, y después de lo que ocurrió con los italianos lo mejor es que pases por su oficina y te presentes. Aquí llegan muy pocos extranjeros y resultaría sospechoso no hacerlo; es un consejo.

—De acuerdo, pero primero vamos al hospital y acabamos el trabajo con MSF; después podemos ir a la gobernación.

Hablamos mientras nos adentramos en las calles de Lashkar Gah. La ciudad, de unos cuarenta y cinco mil habitantes, descansa a orillas del río Helmand y es una sucesión de casas de baja altura con porches convertidos en un bazar interminable. El hospital cuenta con ciento cincuenta camas, y está perfectamente señalizado y rodeado por un pequeño muro de color blanco. En el acceso principal, un gran cartel reza «Prohibido entrar con armas». Fue uno de los requisitos exigidos por la organización médica humanitaria antes de empezar a trabajar en la zona más convulsa del país asiático y es también una de las máximas que intento aplicar a todos mis viajes, en los que pido a traductores y a conductores que viajen desarmados: prohibido viajar con armas. Aparcamos el vehículo, y me fijo en que las personas que van llegando entran primero en una caseta habilitada como depósito de armas y dejan allí sus AK-47. Como si fuera un teléfono móvil, se guarda el arma bajo llave y se entrega una tarjeta numerada como justificante.

Hace calor, mucho calor, y nada más entrar en el centro te golpea una bocanada de aire caliente mezclada con el olor agrio y pesado de los hospitales. No hay que caminar demasiado para encontrarse con el primer médico de MSF. El pediatra brasileño Sergio Cabral apenas puede caminar entre la nube de madres que le piden ayuda para sus pequeños. «Creen que somos magos, no médicos, y que con solo tocarles vamos a curarles de los males», me dice en un perfecto «portuñol» mientras atiende con la mayor paciencia del mundo a tantos niños como puede. La desnutrición infantil asola un país en el que la malnutrición crónica afecta al 54 por ciento de los menores de cinco años, según datos de Unicef. El 68 por ciento de los niños

están por debajo del peso correspondiente a sus edades, y el índice de mortandad entre las madres que van a dar a luz solo es superado por las cifras de Sierra Leona.

Con la ayuda de Stanikzai y tras presentarme a la dirección del centro, me acerco a las habitaciones de los heridos de guerra que llegan de Marjah, la mayoría de los pacientes del hospital. Algunos no están ni en habitaciones y sus camas colapsan los pasillos; son camastros de hierro con barrotes pintados de blanco. «Mi hermano pequeño iba con nuestro tío en una carreta tirada por un burro y el animal pisó una mina. Mi tío murió y mi hermano lleva dos semanas ingresado. Estaban justo delante de una base del Ejército Nacional Afgano. Ya no vivimos los combates de los primeros días, se trata de tiroteos aislados; pero los caminos no son seguros y no podemos movernos para ir a cuidar los campos», cuenta el hermano mayor de Ramgol, el niño de cinco años que ha perdido la pierna, tiene heridas causadas por la metralla en todo el cuerpo y mira al extranjero con los ojos perdidos. A su lado se recupera Sour Gol, de diecinueve años, que con voz muy baja dice: «Somos gente humilde que trabaja de sol a sol la tierra para poder sobrevivir. Cerca de nuestras tierras explotó un artefacto al paso de un convoy de la policía, y nada más producirse empezaron a disparar en todas direcciones. Los cuatro que trabajábamos juntos subimos a una moto para escapar del lugar y nos alcanzaron. Cuando vieron que solo éramos campesinos, nos trasladaron a un hospital militar y después aquí. La situación no está bajo control, como dicen en los medios: hay lucha todos los días. Aunque no son grandes combates, nunca faltan los disparos». Cada paciente tiene su historia particular que le ha llevado hasta el hospital, y todos quieren salir de él cuanto antes para volver a Marjah y seguir con sus vidas. Cuando se les pregunta por la fuerte presencia talibán que ha provocado la operación internacional, no hay una sola voz que hable de la insurgencia. Silencio. Los médicos no descartan la presencia de milicianos heridos, pero allí se atiende «a todos, y nadie, ni siquiera las fuerzas de la OTAN, puede entrar con armas para detener a alguien. Si lo tienen que hacer, deben esperar a que abandone el centro», asegura el personal sanitario.

Las horas pasan entre cama y cama. Los profesionales de MSF me explican que sus vidas discurren entre el centro y su casa y que trabajan sin protección alguna de las fuerzas internacionales; nada que ver con la situación de otras organizaciones, que incluso viven dentro de bases militares. Stanikzai me recuerda que es hora de visitar al gobernador, y nos trasladamos hasta su residencia, situada a orillas del río, que, sin pedirlo, se convierte en mi hogar para esa noche por «recomendación» de las autoridades. Como en el resto de las ciudades del país, el control de Kabul se limita a la superficie que ocupan los complejos de la administración, normalmente amurallados y protegidos por las fuerzas de seguridad. Pequeños oasis blindados desde los que los enviados del presidente Hamid Karzai tratan de imponer la ley en provincias fuera de control. El gobernador se encuentra de viaje, y nos atiende su responsable de prensa, que se interesa por mi trabajo en el hospital y me pide que informe también de los importantes logros que la provincia está acumulando en la lucha contra el narcotráfico. Me pide que me quede en la sede de la gobernación por motivos de seguridad y me ofrece un ordenador con conexión a internet para que pueda trabajar esa tarde. Stanikzai insiste en la propuesta de ir al río, pero prefiero quedarme y empezar a transcribir las entrevistas del día. Me asignan una pequeña habitación en un edificio reservado a invitados, y allí tengo un colchón de espuma sobre una alfombra para poder descansar. Un anciano, o quizá no tan anciano pero con el rostro totalmente arrugado, llega con una botella de agua mineral, un plato de arroz con pollo y fruta. Entre el viaje y el trabajo, me he olvidado de comer. Repongo fuerzas y me conecto a internet para revisar los correos del día. El primero que me encuentro es el que me envía Mary Burnside, que se presenta como «PO1 USN USFOR-A S MOC», una sucesión de siglas indescifrable para alguien ajeno al funcionamiento de la ISAF. Es ella quien me informa de que mi petición para acompañar a las fuerzas estadounidenses ha sido aprobada y de que debo presentarme en un plazo de cuarenta y ocho horas en la base del aeropuerto de Kabul.

Por la mañana, Stanikzai acude a recogerme y vamos juntos al aeropuerto, no sin antes pasar por el centro de prensa que han inaugurado los colegas locales gracias a los equipos donados por la cooperación británica; su

intención y su anhelo es convertirlo en un centro de referencia para los periodistas de todo el sur de Afganistán, la zona donde los talibanes gobiernan desde la sombra y donde más difícil es moverse y trabajar.

En pocas horas cambio a Stanikzai y el Toyota por la compañía de un oficial de prensa estadounidense y un blindado. Mi ropa afgana también se queda en la maleta y ahora tengo que llevar chaleco y casco, como exigen las normas que uno debe aceptar antes de empezar a trabajar con los militares. Mi destino es el valle de Arghandab, situado en la provincia de Kandahar y la puerta a Marjah, el distrito de Helmand en el que las fuerzas internacionales han puesto en marcha su mayor operación desde que comenzara la invasión.

Como si de una agencia de viajes se tratara, el Centro de Operaciones del Sur de Afganistán maneja cientos de solicitudes de periodistas de todo el mundo que quieren acompañar unos días a las fuerzas de la OTAN. Estados Unidos es el país que más promueve y respalda esta forma de trabajo en la que el informador se convierte en uno más dentro de las bases y sale a patrullar todos los días asumiendo los riesgos de cualquier soldado. «Has tenido suerte porque durante estos meses con operaciones no hay sitio para todos; para los próximos tres meses hay lista de espera», me informan cuando llego al aeropuerto de Kabul. Kandahar y Helmand son los destinos más solicitados; para el resto de Afganistán, donde la actividad de la insurgencia es de menor intensidad, no hay tanta demanda.

Defensores y detractores esgrimen sus argumentos para elogiar y rechazar lo que los periodistas conocemos como «empotramientos», que consisten en meterse dentro de una unidad militar durante un período de tiempo, pero se trata de una parte más del conflicto sobre la que se debe informar. El «gran agujero negro» es la otra parte: la insurgencia, los talibanes y los demás grupos criminales que llevan nueve años plantando cara a las fuerzas de la OTAN. Los intentos de trabajar desde ese otro bando por parte de algunos colegas —principalmente de la prensa anglosajona— han terminado en estancias esporádicas con grupos insurgentes o en secuestros. A diferencia de lo que ocurría en el Afganistán de los muyahidines y en su guerra santa contra los soviéticos en los ochenta, los guerreros santos del siglo XXI no necesitan a la prensa porque hacen llegar sus mensajes al mundo a través de internet, plataforma que manejan a la perfección para difundir su

propaganda. Como me ha quedado claro en mi viaje de civil a Helmand, la autoridad de Kabul apenas trasciende a las capitales de provincia, apenas llega más allá de los muros de las casas de los gobernadores; fuera de ellos, es el gobierno en la sombra talibán el que impone su ley, y esas autoridades paralelas no necesitan a la prensa.

Once bases norteamericanas se han incrustado en los últimos seis meses en el paradisíaco valle de Arghandab, situado a pocos kilómetros de la ciudad de Kandahar. Lo que no lograron el ejército británico, el ruso y, más recientemente, el canadiense, lo están intentando conseguir los hombres del Batallón 2-508 de la 82.<sup>a</sup> División del Ejército del Aire de Estados Unidos: controlar este valle, que es la entrada natural a la auténtica capital talibán del país y el gran objetivo de las fuerzas internacionales, para dar continuidad a la ofensiva de Marjah.

Dos brigadas enteras concluirán su despliegue en la provincia de Kandahar antes del final del verano; es decir, casi la mitad de los treinta mil hombres de refuerzo prometidos por el presidente Barack Obama a sus generales estarán destinados en esta provincia indomable. En Arghandab se están expandiendo las bases para poder albergar a las tropas recién llegadas y no se descarta la instalación de más campamentos para seguir extendiendo la presencia del Gobierno central. «La orden está clara y hay prisa por obtener resultados. El tiempo no corre a nuestro favor —señala el capitán Razuri—, por eso hemos pasado de dos a tres patrullas diarias y hemos intensificado la colaboración con las fuerzas de seguridad locales. La clave del éxito está en trabajar de forma integradora; la solución final no está solo en nuestras manos.»

El capitán Jimmy Razuri (de Florida, treinta y tres años) es uno de los veteranos y ha vivido dos misiones en Irak y tres en Afganistán. Es el responsable de velar por la motivación de los más jóvenes, a los que inculca que su trabajo «es esencial para que no se repita un 11S». Supo de los atentados contra las torres por la radio, y algo en su interior dijo: «Pronto me va a tocar salir a defender mi país». Y este ha sido su trabajo desde entonces. Repasa las lecciones aprendidas y piensa que es el momento de corregir «el gran error cometido en Irak», que define así: «Intentamos solucionar los problemas de la población por nuestra cuenta, sin contar con los iraquíes».

Después de nueve años de operación, el Pentágono ha resucitado la figura de Osama Bin Laden para justificar el envío de otros treinta mil hombres a Afganistán durante un plazo de dieciocho meses, el tiempo que se marca Washington para intentar reconducir la situación, su última baza. «Lo necesitamos vivo o muerto», fue la declaración del general Stanley McChrystal y del embajador estadounidense en Kabul, Karl Eikenberry, en su última comparecencia ante el Congreso de su país, conscientes de que devolvían a los suyos el principal factor de motivación que les trajo aquí. Una motivación imprescindible para unos hombres a los que nueve años con los frentes afgano e iraquí abiertos están pasando una cara factura psicológica.

No es la primera ocasión en que trabajo dentro de unidades militares, pero esta es la primera vez que accedo al corazón del territorio talibán con las fuerzas internacionales. Mientras que trabajar con los españoles es un dolor, porque tienen que pedir permiso para todo al Ministerio de Defensa de Madrid, con los estadounidenses el trabajo del periodista está perfectamente gestionado por el personal de comunicación dedicado a la información pública. España tiene a sus fuerzas en el oeste del país, en Herat y Qala-i-Nao, zonas con insurgencia, pero lejos de los bastiones talibanes. Los militares, a las órdenes de los políticos, se ven obligados en ocasiones a no recibir a los enviados especiales que aparecemos por allí y darnos con la puerta de la base en las narices. El Gobierno de Madrid no quiere muertos, no quiere utilizar la palabra «guerra»...; nada que ver con unos estadounidenses que desde el comienzo del conflicto saben que no pueden contar con aliados como los españoles, con tantas líneas rojas que no pueden casi ni disparar. Aquí el papel de cada país en la coalición se mide por el número de muertos, por la sangre que han derramado los ejércitos.

El capitán Razuri es quien me da la bienvenida a la pequeña base Tynes de Jalawar, un villorrio en medio de la nada donde un puñado de soldados viven en una antigua madrasa (escuela coránica), que comparten con un *kandak* (una compañía) afgano. Juntos, pero no mezclados. La bandera estadounidense ha desaparecido de la vista y solo la tricolor afgana se iza en las torres de control. «Estamos en su país, y más tarde o más temprano nos iremos. No hemos venido a conquistar nada», reiteran los mandos cuando se les pregunta sobre este gesto. La base se llama «Tynes» en homenaje a un

soldado de la compañía muerto a causa de un artefacto explosivo improvisado (un IED). El espacio para el periodista es una especie de cueva que comparte con otros tres soldados, que con cara de pocos amigos retiran municiones, mochilas, ropa sucia y revistas porno de la última hamaca libre.

En Jalawar el trabajo no es sencillo. Soldados norteamericanos y agentes de la policía afgana patrullan a pie todos los días para evitar los IED y entran en todas las casas en busca de armamento o material para la fabricación de bombas. Llaman a las puertas y, si no hay respuesta, rompen los candados, tiran la puerta de una patada o saltan los muros. Se trata de humildes viviendas de barro con patios y establos a los que corren a ocultarse las mujeres para que no les vean los extranjeros. Los norteamericanos preguntan a los vecinos si han visto a algún talibán en la zona, pero todo son respuestas vagas. Nadie colabora. «A nosotros no nos quieren, pero a los talibanes les tienen terror; esa es la gran esperanza a la que debemos agarrarnos para sacar adelante este conflicto», opina el sargento Loredó. La presencia hispana (en su mayoría mexicanos y puertorriqueños) es muy importante en las fuerzas de combate; se trata de jóvenes que encuentran en el ejército una oportunidad para cambiar de vida. Los atentados de Nueva York no les son ajenos y los sienten tan suyos como los demás. El sargento Eduardo Loredó (de Houston, treinta y cuatro años) fue uno de los miles de militares que volaron en 2003 a Irak para encontrar las armas de destrucción masiva de Sadam Husein. «A los pocos meses ya sabíamos que había sido un error, pero aquí es distinto: aquí sabemos que los talibanes nos rodean. El enemigo está por todas partes.» Se le dibuja una sonrisa en el rostro cuando le pregunto por la figura de Osama Bin Laden y prefiere no responder porque lo considera «un tema más político que militar».

Antes de salir en la primera patrulla, las instrucciones son claras: «Vigila cada paso, sigue la huella del líder del grupo. Esto no es una broma: estás en Kandahar, amigo. Desde que llegamos hemos perdido a nueve hombres y otros veintisiete han resultado gravemente heridos, la gran mayoría a causa de los artefactos caseros improvisados», me cuenta con seriedad el mayor Brannon. Le escucho medio dormido mientras de fondo suena «Motor In», de Night Ranger, ritmo ochentero que se mezcla con los corridos mexicanos de

Bronco. «¡Vamos, capullos! ¡Daos prisa que hoy vamos a pillar a esos cabrones!», se oye en el pasillo de la antigua madrasa. Son las cinco de la mañana y salimos de patrulla.

Vamos a pie; camino en el centro del grupo. La primera parada es la mezquita de Babur, una aldea cercana en la que ayer los estadounidenses sufrieron un atentado. Después de una caminata de una hora, parte de ella por un canal de regadío para evitar los IED, llegamos a la mezquita de Babur, en realidad una casa de adobe con unos altavoces en la puerta. Los hombres toman posiciones y yo me pego al sargento y al traductor.

—Al menos cuatro de mis hombres estarían muertos si la bomba hubiera funcionado. La pusieron frente a tu mezquita, ¿seguro que no viste nada? — pregunta directamente el teniente Christopher Farrington al mulá de Babur, pero no obtiene respuesta del anciano de barba blanca, que suplica que le dejen tranquilo.

—Si me ven hablando con vosotros, si detenéis a alguien por lo que pueda decir, soy hombre muerto, ¿no lo entendéis?! —estalla el mulá—. No vi nada, pero lamento mucho lo ocurrido, de verdad.

Hace veinticuatro horas, un cubo bomba tirado en un arcén del camino explotó al paso de su patrulla, y solo la buena suerte permite ahora al sargento estar investigando los hechos. Christopher Farrington (de Maine, veinticuatro años) cumple su primera misión tras acabar la formación en la academia de West Point. Le entrenaron para matar talibanes, y sobre el terreno se ha encontrado con una nueva estrategia que le obliga a dialogar con una población en la que «es muy difícil separar al civil del talibán. En una mano tienen la azada y en la otra el AK-47».

Cuando el mulá se dispone a entrar en su casa, los soldados traen a un sospechoso al que han detenido en un motocarro en el que viajaba acompañado de sus dos mujeres y cuatro niños. Durante el registro del vehículo han encontrado un radiotransmisor, aparato que puede ser usado para activar un IED. «Es de mi hijo pequeño. Yo no he hecho nada, soy inocente», repite el hombre una y otra vez. Le toman los datos, le hacen fotos y le piden que se presente en la base de la policía en las próximas dos horas.

«No podemos hacer nada más. Si nos lo llevamos, se nos presenta todo el pueblo a las puertas de la base», asegura Farrington antes de ordenar a los suyos que se pongan en marcha de nuevo.

La ruta elegida ahora discurre entre granadales y viñedos. «Desde esta zona activaron ayer la bomba», informa el teniente a los suyos. Un grupo de campesinos cuida las cepas y responde con desgana a las preguntas de los norteamericanos. «En cuanto oímos la explosión y los disparos, salimos corriendo y no hemos vuelto hasta ahora», declaran mientras muestran los callos de sus manos como muestra de que son «simples campesinos», frase que repiten de forma automática uno tras otro.

No hay mucho que se pueda averiguar sobre el ataque de la víspera. El sol aprieta y los soldados buscan la sombra de las casas de adobe de las aldeas por las que patrullan. Los niños salen a su paso, pierden el miedo y se les acercan. Piden bolígrafos, caramelos, botellas de agua y, sobre todo, que se conviertan al islam. «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta», piden a los norteamericanos que repitan una y otra vez. En las aldeas del valle de Arghandab se vive casi de la misma forma que tanto estupor causó cuando se comenzó a informar sobre las maneras del Gobierno talibán en Kabul en 2001. Los guerreros pastunes trasladaron a la capital su modo de vida en las zonas rurales, un sistema que sigue vigente con el paso de los años.

Cinco horas después de iniciar la patrulla es hora de retornar a la base. Todos saben que las armas que emplean los talibanes se encuentran en algún lugar entre estas paredes de adobe o en los granadales y viñedos desde donde les lanzan frecuentemente cohetes; todos saben que el enemigo les ha visto patrullar toda la mañana, que incluso les ha abierto la puerta de su casa; pero, una vez más, vuelven a la base en silencio y sin haber logrado incautar el material que buscaban. Ya en la madrasa, para algunos ha concluido la jornada, y las PlayStation empiezan a echar humo. La llegada del juego *Modern Warfare* ha causado furor entre unos soldados que pueden hacer en el escenario virtual del gran televisor de plasma lo que no pueden hacer cuando salen de patrulla. En la ficción ven al enemigo y vacían sus cargadores; no hace falta tomar un té ni preguntar por los problemas de los vecinos de la zona. La guerra acaba cuando aparecen las palabras *Game Over*, y entonces es cuestión de volver a empezar. La realidad es mucho más

complicada, especialmente desde la entrada en vigor de la nueva estrategia del general McChrystal para lograr avances en Afganistán por medio de la cooperación cívico-militar.

El sol se pone en el valle de Arghandab, y en todas las bases se repite la misma escena. Los oficiales norteamericanos entran en las dependencias de las fuerzas de seguridad afganas para repasar la jornada y fijar los planes del día siguiente. En la base de Tynes, los afganos duermen bajo las estrellas después de un agotador partido de rugby contra los norteamericanos. El teniente Farrington les despierta; sirven té y empieza la charla con ayuda del traductor. «No hay una confianza absoluta porque esta zona está gobernada en la sombra por los talibanes y cualquiera de estos agentes puede tener familia en la insurgencia, pero esta es la única forma de avanzar», afirma el teniente. Mañana lo volverán a intentar.

## TÚNEZ

### LA CHISPA DE LA PRIMAVERA ÁRABE

*Sidi Bouzid, enero de 2011*

Muy poca gente va de paso por Sidi Bouzid. Se trata del típico sitio al que hay que ir expresamente y al que es raro regresar. Todos tenemos en la cabeza decenas de lugares como este, meros nombres en los mapas que un día determinado cobran importancia y después desaparecen para siempre. Trescientos kilómetros separan esta aldea agrícola de la capital, una distancia que se recorre primero por la cómoda autopista de la costa y después por estrechas carreteras comarcales, donde los conductores capitalinos conducen con precaución debido a la supuesta presencia de asaltantes de caminos. El viaje al interior es un viaje a ese Túnez alejado de los hoteles de lujo de primera línea de playa, ese Túnez que venden las agencias de viajes de medio mundo a precios muy asequibles: un país de postal que nada tiene que ver con las zonas rurales donde prendió la chispa revolucionaria para protestar, en parte, por esta enorme diferencia.

La noticia del suicidio de un joven vendedor de fruta que se prendió fuego a lo bonzo frente al edificio de la municipalidad el 17 de diciembre de 2010 sacudió Túnez a través de las redes sociales. Las autoridades controlaban periódicos, radios y televisiones, pero no calcularon el poder de internet, y la muerte de Mohamed llegó al interior de todos los hogares del primer país africano y magrebí que se conectó a la red, en 1997. Este era uno

de los motivos de orgullo del régimen, que, sin embargo, no hablaba del trabajo de la Agencia de Internet, dedicada al filtro sistemático de cualquier página ofensiva.

Mohamed Buazizi tenía veintiséis años y su perfil era el de miles de jóvenes de Túnez, por eso algunas voces aseguran que el considerado «primer mártir de la revolución» no fue más que un producto de los medios, que necesitaban poner un punto de partida al proceso de lo que más tarde se bautizó como «Primavera Árabe». Tras acabar sus estudios, la falta de opciones laborales y la presión de tener que llevar dinero a casa le empujaron a comprar un carro y vender fruta. Con este trabajo podía sacar una media de diez o quince dinares al día (unos ocho euros al cambio) con los que mantenía a su madre y a sus seis hermanos. Era la única fuente de ingresos de la familia. Pero el día a día era un infierno a causa de la presión de la policía y los constantes sobornos que tenía que pagar para poder seguir con la venta ambulante. La mañana del 17 salió pronto de su casa, en el barrio de Hainur, y mantuvo una airada discusión con una funcionaria municipal que le amenazó con retener su carro si no pagaba una determinada cantidad de dinero. La leyenda urbana asegura que Faïda Hamdi, que así se llama la funcionaria, le agredió pegándole una bofetada. Era la enésima afrenta que sufría el joven, y su reacción fue huir del lugar, comprar un bote de pintura inflamable, regresar, tirárselo encima y prenderse fuego a las puertas de la oficina de Faïda.

Los vecinos presentes en la plaza trataron de apagar las llamas antes de que llegaran los servicios sanitarios. Inmediatamente comenzaron a movilizarse para protestar por lo ocurrido y sembraron la primera semilla de la revolución con manifestaciones esporádicas en toda la zona. Los hechos llegaron hasta el palacio del presidente Zine el Abidine Ben Alí, en el poder desde 1989, y se ordenó el traslado del herido al hospital Ben Arous de Sfax, donde el 28 de diciembre recibió la visita del mismísimo mandatario. Las malas lenguas aseguran que Mohamed ya estaba muerto para entonces, y que los servicios médicos le vendaron como a una momia y le mantuvieron en la habitación a la espera de que fuera Ben Alí, cuya foto apareció en todos los periódicos al día siguiente. En la imagen, el presidente, de traje oscuro y corbata gris, mira apesadumbrado al vendedor de fruta intubado junto a un

grupo de médicos que mantienen su vista en el mandatario como esperando la orden de retirar las máquinas para poner fin al espectáculo. Cuando abandonó la habitación del hospital entre promesas de que el herido sería trasladado a Francia, Ben Alí no imaginaba que apenas le quedaban dieciocho días en el poder.

La muerte de Buazizi provocó protestas en el Túnez más rural, y la noticia se propagó a través de las redes sociales a todo el mundo árabe, convirtiendo al vendedor de fruta en un icono de lucha frente a la tiranía. Thala, Douz y Tozeur, entre otras, vieron cómo sus calles se llenaban de gente descontenta que exigía cambios, pero la escisión entre el campo y la costa es enorme. Las fuerzas de seguridad se emplearon con contundencia, los francotiradores hicieron su trabajo intentando sofocar un alzamiento que esta vez no tenía vuelta atrás. Ya en 2008, el interior del país se levantó contra el régimen, pero entonces la represión y el silencio informativo dilapidaron el alzamiento en la provincia de Gafsa, donde los mineros habían estallado de ira contra el sistema por sus duras condiciones laborales. Este hecho apenas tuvo cobertura mediática; el régimen que abría las puertas al turismo del todo incluido cerraba el paso a los medios occidentales y mantenía un férreo control sobre los nacionales, en los que solo había espacio para las loas al presidente. Mohamed falleció el 4 de enero, una semana después de la visita de Ben Alí. Su funeral fue masivo; algunas agencias elevaron a cinco mil el número de asistentes.

Dos semanas después del funeral, Túnez es un país distinto. Llegar es complicado, más si el estallido revolucionario le sorprende a uno en el Kurdistán turco siguiendo los macrojuicios a políticos y activistas kurdos. No, ciertamente no ha sido sencillo llegar, pero después de esperar varios días a que se reabriera el aeropuerto internacional de la capital estoy por fin en el bulevar Bourghiba, corazón económico y político de la capital, donde además tienen lugar las movilizaciones populares más importantes. La primera persona con la que me encuentro es Fahem Bukadus, uno de los últimos periodistas liberados por el régimen de Ben Alí. Permanecía en prisión desde julio de 2010 y supo de la caída del dictador en el vis a vis semanal con su esposa, pero no fue liberado hasta dos días después. «Las cámaras de la televisión nacional me esperaban a las puertas de la cárcel; la

misma gente que hablaba de mí como un forajido peligroso para el país me trataba como a un héroe... Sigo sin fiarme de ellos», dice. Fuma, sonrío y habla. Habla, sonrío y vuelve a fumar. Está muy agradecido a la prensa internacional, que durante sus meses en prisión le ha apoyado en todo momento, y concede entrevistas sin cesar en el vestíbulo del hotel África, el alojamiento de cinco estrellas de la avenida principal de la capital. Como ocurre en las guerras, la revolución también tiene su hotel particular, y en Túnez es el África, una mole de cemento y cristal con buenas vistas desde las plantas superiores, en cuyo vestíbulo, bajo una gran lámpara de araña, muchos tunecinos hablan por primera vez en libertad con la prensa internacional.

Fahem fue el único periodista que informó realmente de las revueltas de 2008 de los trabajadores de la Compañía de Fosfatos de Gafsa, un movimiento popular formado por mineros, desempleados, jóvenes y estudiantes que reivindicaban nuevas políticas de trabajo e inversión y denunciaban los problemas ambientales y la falta de los servicios sociales. La respuesta del Gobierno fue un verdadero asedio policial y militar que duró seis meses. La cuenca minera de Gafsa se encuentra cerca de la frontera con Argelia. El 5 de enero de 2008 empezaron las protestas en los distritos de Redeyef, Moularès y Metlaoui como respuesta a una convocatoria pública de empleo en la que se favoreció a los familiares y amigos de los líderes sindicales. Los graduados universitarios en paro de la cuenca fueron los instigadores de la protesta, y a ellos se unió el resto de los sectores de la población, descontentos con la situación de un sector en clara decadencia del que dependía la vida de las familias de la zona desde finales del siglo XIX. El «milagro económico» del que hablaban las autoridades parecía haber pasado de largo por este lugar, alejado de una costa donde se habían realizado las mayores inversiones y donde se registraba un nivel de desempleo mucho más bajo. Según las estadísticas, en 2007 el paro en Túnez era de un 14 por ciento, cifra que se duplicaba en la cuenca minera. La chispa que hizo estallar esta protesta es un ejemplo del nepotismo generalizado que imperaba durante el antiguo régimen. Amara Abasi, secretario general regional del Sindicato General de Trabajadores de Túnez (UGTT) y miembro del comité central de la Agrupación Constitucional Democrática (RCD), el partido de Ben Alí,

dirigía varias empresas de subcontratación que se encargaban de los recursos humanos de la gran compañía minera. Junto a su hermano y a otro familiar cercano, tenía en sus manos el futuro de los trabajadores de toda la cuenca por medio de un *holding* que incluía otra compañía de mantenimiento. En una oferta de empleo para trescientos ochenta trabajadores antepuso los criterios personales a los méritos de los opositores; también pasó por alto el acuerdo por el que debía respetar una cuota de empleados naturales de la misma provincia, y esto generó un gran descontento que desembocó en protestas pacíficas, primero, y violentas, con el paso de las semanas. Las fuerzas del orden optaron por rodear los principales centros urbanos, pero hasta el 6 de abril no recibieron la orden de entrar y acabar con las acampadas y demás actos de desobediencia civil, como los discursos en los que los líderes de la revuelta hablaban de las injusticias y el nepotismo imperantes en la cúpula del régimen. La represión policial, acompañada de la intervención del ejército y la encarcelación de los cabecillas, silenció unas protestas que costaron el puesto al gobernador de Gafsa y al director general de la Gafsa Phosphate Company (GPC), la única concesión de Ben Alí para tratar de contentar a una población indignada por las penas de más de diez años de prisión que se impusieron a los líderes de una revuelta que no consiguió propagarse. Gafsa fue el epicentro de la protesta; el resto del país no registró movilizaciones, algo muy diferente a lo sucedido en los ochenta durante la bautizada como «revolución del pan». Entonces, en respuesta a la decisión del Gobierno de Habib Burghiba de retirar el subsidio del pan, se incendiaron las principales ciudades del país durante seis días. Más de setenta personas perdieron la vida en unos enfrentamientos con las fuerzas del orden que solo terminaron cuando las autoridades rectificaron y volvieron a subvencionar el pan. Esta crisis abrió las puertas al «golpe de palacio» con el que el entonces primer ministro, Ben Alí, sucedió en el cargo a Burghiba, después de los treinta y un años de mandato que le habían granjeado ser el artífice de la independencia de Francia y el creador del Túnez moderno.

Fahem ve los ochenta muy lejanos, y por eso opina que «Gafsa es realmente el germen de la revolución. Esto no es una cosa de hace dos días: el país llevaba años dando señales de que era posible una gran revuelta y al final así ha sido». Las escenas de brutalidad policial en Gafsa que Fahem

grabó se difundieron por canales internacionales, lo que le obligó a vivir en la clandestinidad durante dieciséis meses. «Cambiaba de aspecto, de casa, de ciudad, de trabajo... Huía de la justicia porque sabía que me iban a caer muchos años.» Finalmente, tras conceder una entrevista a Reporteros Sin Fronteras en noviembre de 2009, decidió comparecer ante los tribunales. «Tras un juicio de cinco minutos, sin derecho a un abogado defensor, me condenaron a cuatro años por la difusión de informaciones que ponían en peligro la seguridad del Estado», recuerda. La noticia de su detención llegó hasta la Casa Blanca, y el portavoz del Departamento de Estado, Mark Toner, denunció en su comparecencia del 15 de julio de 2010: «Estados Unidos está muy preocupado por el retroceso de las libertades políticas y las restricciones a la prensa en Túnez. Particularmente, estamos preocupados por la condena de cuatro años al periodista independiente Fahem Bukadus por su cobertura de las revueltas obreras en Gafsa en 2008». Al Gobierno de Túnez, sin embargo, no le importó demasiado esta mención, y mantuvo a Fahem entre rejas hasta enero de 2011. Su esposa también permaneció dos años en las cárceles de Ben Alí en los noventa por ser una destacada líder estudiantil.

Gafsa dista noventa kilómetros de Sidi Bouzid. Ambos lugares comparten ese sentimiento de provincias de segunda categoría que sufren los lugares del interior de Túnez, un sentimiento mitigado tras la satisfacción de considerarse el germen de la revuelta que acabó con veintitrés años de dictadura.

Me despido de Fahem y vuelvo al largo bulevar, en el que hay una nueva manifestación contra el Gobierno provisional. La gente no está nada contenta pese a la salida de Ben Alí, refugiado de oro en Arabia Saudí, y quiere una limpieza integral de las instituciones, que desaparezcan los rostros del RCD, el partido del régimen. Al ver una cámara o un micrófono explotan al grito de «¡Libertad, libertad, libertad!». La diferencia entre estas manifestaciones y las de los primeros días es que ahora la policía no carga: permanece al final de la avenida, junto al obelisco, y desde allí supervisa la situación hasta que la gente se canse y vuelva a sus casas, algo que debe producirse antes de las nueve porque hay un toque de queda en vigor.

Los periodistas nos quedamos en la capital los primeros días, pero el reportaje obligado es el de Sidi Bouzid para visitar el pueblo y a la familia del primer mártir de la revuelta, el joven Mohamed, cuya foto decora las farolas y está presente en todas las manifestaciones. Los más avisados han sacado copias y las pegan detrás de banderas nacionales para venderlas en las marchas de protesta como símbolo del alzamiento popular; su grito de guerra está dedicado a Ben Alí y a todo su Gobierno: «*Dégage!*» («¡Vete!»).

Hay que conducir varias horas para dar con el pueblo y empezar a preguntar nada más llegar, aunque la verdad es que no es muy complicado encontrar la casa familiar de Mohamed porque se ha convertido en una especie de santuario a donde peregrinan tunecinos y, sobre todo, periodistas de todo el mundo. Es un barrio muy humilde, alejado del centro urbano y sin asfaltar. Las pintadas en las paredes ensalzando al fallecido anuncian la proximidad de la casa. Después de esperar pacientemente mi turno y cuando la casa parece vacía de prensa, toco a la puerta y pido permiso para entrar. Pronto me doy cuenta de que aquello está lleno, pero no importa: todos somos bienvenidos para Menobia Buazizi, madre del difunto, que no se cansa de conceder entrevistas y asegura: «A nadie le gusta perder a su hijo, pero la muerte de Mohamed no fue en vano, ya que se convirtió en la clave de esta revolución».

Menobia acoge a ciudadanos de todo el país que acuden a darle el pésame por la muerte de Mohamed, a los que invita a sentarse en colchones de espuma alrededor de un brasero. Cubierta con un pañuelo negro, sus ojos azules iluminan la pequeña estancia, y es esta mujer de cuarenta y nueve años la que transmite energía a los recién llegados, pese al cansancio acumulado en los últimos días. «Era muy buen chico y no se merecía lo que le ha pasado. Era además la única fuente de ingresos de esta casa. ¿Qué haremos ahora?», se pregunta.

En estos casos, uno entrevista de forma casi automática a una protagonista como Menobia. Piensa en el titular, en el recorrido que puede tener la noticia o el impacto del mensaje..., pero lo que hay que pensar en realidad es que estás ante una madre que acaba de perder a su hijo. Por muy héroe que sea para el mundo árabe, Mohamed es ante todo el hijo de Menobia, y solo un padre puede saber lo que duele perder a un hijo.

Tras apurar el té y dar el pésame, me dirijo a la calle, donde llama la atención que no haya ni rastro de policía: son los militares los que protegen los edificios públicos. Manifestaciones espontáneas recorren la antigua avenida 7 de Noviembre —ahora Mártir Buazizi, como rezan los carteles escritos a mano y pegados por los manifestantes sobre las antiguas placas— exigiendo la desaparición del partido del régimen. Se oyen los mismos eslóganes que en la capital a favor de la libertad.

Los agentes del orden, en el punto de mira de la población local por su actitud represora en los primeros días de las protestas, se han quitado los uniformes y aplauden al paso de las marchas a las puertas de las comisarías. Me acerco a una de ellas, y un oficial descamisado y con barba de varios días aclara entre cigarro y cigarro: «Estamos aquí para servir al pueblo. No somos sus enemigos, solo cumplíamos órdenes».

Los manifestantes entonan el himno nacional, queman retratos del dictador, hacen pintadas en las paredes y arrancan cualquier resto que recuerde al antiguo régimen. La llamada a la calma que realizan desde el Ejecutivo de transición es imposible de oír, ahogada por el fervor de una población que exige: «Deben irse todos; no podemos consentir que permanezcan en el poder como pretenden. No les perdonaremos nunca». Así lo asegura Ismael, abogado que forma parte de una marcha de letrados que se han echado a las calles ataviados con sus togas. Los abogados se manifiestan, los policías no trabajan, los empleados de la empresa de telecomunicaciones están de huelga... Cada calle de Sidi Bouzid es una especie de gran Parlamento al aire libre, y cuesta abrirse paso entre unos ciudadanos que al ver a un extranjero le cuentan con excitación todo lo que el miedo les ha obligado a mantener en secreto durante veintitrés años. Si uno no se detiene, la gente se molesta y puede ocurrirle lo mismo que a los enviados especiales del canal catari Al Jazeera, que acabaron apedreados por vecinos ansiosos de expresarse ante las cámaras.

A un lado de la plaza principal, los empleados de la compañía de telecomunicaciones Tunisie secundan un paro de una hora «para exigir la salida de la dirección de la empresa de los ejecutivos puestos a dedo por la familia Trabelsi» (apellido de la esposa del dictador depuesto y principal foco de la ira popular por su presunta implicación en casos de corrupción).

Decenas de trabajadores de todas las edades ocupan el acceso principal a las oficinas. «Durante la revolución trabajamos veinticuatro horas para garantizar el buen funcionamiento de internet, el arma más importante que hemos usado para las movilizaciones», asegura la portavoz sindical. A diferencia de lo que ocurrió en países como Irán durante las revueltas ocasionadas por las elecciones presidenciales de 2009, en Túnez las autoridades no cortaron las comunicaciones, y las redes sociales fueron una de las claves de las movilizaciones y la rápida difusión de los mensajes y llamadas a las protestas.

Los Buazizi se han convertido en la familia más importante del pueblo, y del país, y un primo de Mohamed ofrece un discurso improvisado desde lo alto de una estatua. Se llama Alí, y cuando termina y se relaja me cuenta que es primo del mártir y representante de un partido del pueblo en la oposición. Le acompaño a su casa, situada a apenas unos minutos a pie, y me muestra la que llama su «arma de guerra»: un viejo PC con el que se pasa el día metido en Facebook para poder narrar en directo «unas jornadas históricas». «Este es un lugar célebre por el carácter combativo de la población, y llevábamos ya meses saliendo a la calle para protestar por la situación, pero tras la muerte de mi primo ya no hubo nadie que nos pudiera contener», asegura con el ojo aún morado por los golpes de las fuerzas del orden.

Ni en Túnez ni en Sidi Bouzid se oye una palabra sobre el futuro del país. La gente está aferrada al presente, al instante mismo; no hay tiempo para pensar en las opciones políticas que podrían llenar el vacío dejado por el régimen. A veces todo es demasiado cándido, no me explico cómo tanta gente espera que las cosas vayan a cambiar de forma milagrosa de un día para otro... Los cambios son siempre traumáticos. La nueva era en el país africano cumple una semana de vida. El pasado viernes, el tirano huyó del país rumbo al exilio en Arabia Saudí y desde entonces los cambios se suceden jornada a jornada, pero la gente quiere más, sobre todo la de este pueblo que vio nacer al mártir de la revuelta, y por eso entre los vecinos se despierta la necesidad de ir a la capital cuanto antes para presionar a las autoridades interinas y acelerar las purgas.

Desde esa misma noche y de forma progresiva, la gente de Sidi Bouzid pone rumbo a Túnez, y a lo largo de un camino que realizan en coches, autobuses, camiones o a pie, se van sumando vecinos de todos los pueblos por los que pasan. Una enorme manifestación de ámbito nacional que desemboca en la plaza de la Kasbah de Túnez con el objetivo de presionar al primer ministro interino, Mohamed Ghannouchi. Ni la disolución de la Agrupación Constitucional Democrática ni la detención de ex altos cargos y familiares del dictador parecen suficientes para un pueblo dispuesto a llegar hasta el final. Miles de manifestantes venidos del sur y del centro del país ocupan la plaza donde se encuentra la oficina de Ghannouchi para forzar su dimisión y la del resto de los ministros del antiguo régimen que forman el Ejecutivo provisional. Tirados en las aceras, descansan después de una marcha de trescientos kilómetros. Las pancartas y los eslóganes piden «democracia» y «el fin de la dictadura». Su entrada en las calles de la capital supone el encuentro entre las revoluciones del campo y la ciudad.

Como la avenida Habib Burghiba queda un poco lejos del despacho ministerial, la plaza de la Kasbah, en plena ciudad vieja, emerge con el paso de las horas como gran epicentro revolucionario. El Ejecutivo pretende que el país reemprenda la vuelta a la normalidad cuanto antes y ha pedido la reapertura de los centros educativos como primer paso. Para intentar calmar la situación, el primer ministro ha adelantado en una entrevista concedida a la televisión pública que se retirará de la vida política pasadas las elecciones, previstas para dentro de seis meses. Pero las calles del país bullen de energía y descontento, y se extienden las movilizaciones laborales de taxistas, policías y pequeños comerciantes, que llaman a la huelga para mostrar su malestar por sus condiciones de trabajo.

Las únicas noticias que sirven para aplacar la ira popular son las que se refieren a detenciones de antiguos altos cargos del régimen. La purga continúa, y ya están encerrados Abdalá Kalel, exministro de Interior, y Abdelaziz Ben Dhia, antiguo responsable de Defensa y principal consejero del presidente depuesto. El próximo en la lista puede ser Abdeluahab Abdalá, exministro y responsable del aparato de control sobre los medios de comunicación. El nombre de Abdeluahab sale en todas las conversaciones con los periodistas locales que estos días aprenden a realizar su trabajo con

total libertad y que son los primeros en llegar a la Kasbah para cubrir la acampada que protagonizan los vecinos del interior del país, que han venido para quedarse mucho tiempo.

La gente les da colchones, disponen rápidamente tiendas para recolectar comida y servicios de limpieza...; todo está preparado para mantener la llama revolucionaria en las calles. Siempre es necesaria una plaza, un símbolo, y en el caso de Túnez es esta plaza de la Kasbah. Los días de trabajo discurren entre este lugar y las diferentes ruedas de prensa que se convocan para hacer públicos los cambios, uno de los más llamativos y esperados de los cuales es el nombramiento del joven Slim Amamu como nuevo secretario de Estado de Juventud y Deportes. La gente le para por la calle y se hace fotos con él. En una semana ha pasado de ser un bloguero rebelde y tuitero antisistema a tener un despacho en la zona noble de la ciudad. «Lo peor de todo es que con tanta reunión no tengo tiempo ni para internet; todo va demasiado deprisa», confiesa en plena avenida Habib Burghiba, más tranquila desde que las protestas están en la plaza de la Kasbah. Va con chaqueta de pana marrón, sin corbata y abrigado con una bufanda de colores. «Tanta fama no se ha traducido en que ahora ligue más que antes», lamenta con tono jocosos. Responde de manera breve a las preguntas, como si estuviera escribiendo mensajes de Twitter. Pero eso es lo bueno de esta revuelta: todo es tan cercano y manejable que uno se encuentra con los nuevos ministros en la calle y puede hablar con ellos sin problemas.

En un Gobierno de transición plagado de ex altos cargos de la dictadura, su nombramiento ha supuesto toda una sorpresa, sobre todo porque acaba de salir de la cárcel. Slim estuvo una semana entre rejas acusado de haber participado en los ataques informáticos contra las páginas web oficiales del Gobierno en los últimos días de la dictadura. Ahora que es la autoridad, aspira a «conseguir un internet libre del todo, sin filtros de ningún tipo, que sea el propio usuario el que se marque los límites»; lo dice con firmeza, intentando limar las asperezas surgidas con otros activistas del país en las redes sociales, que le acusan de «colaborar con los asesinos» al aceptar su nuevo cargo. Túnez ha abierto internet, los filtros han desaparecido para las

webs de contenido político, el correo electrónico ya es libre, pero se siguen manteniendo «filtros, por ejemplo, con páginas con material pornográfico», explica Slim, que defiende: «Hay que acabar con los filtros sin excepción».

Hace frío. Slim aprieta el paso hacia el Teatro Nacional, donde le espera la cámara de una televisión internacional. «No paro de conceder entrevistas; soy el ministro más famoso», bromea mientras reparte saludos entre los más jóvenes, que le reconocen y se acercan a darle la enhorabuena. Cuando se le pregunta sobre la importancia de internet en la revolución, se le dibuja una media sonrisa debajo de sus inseparables gafas de pasta: «Las cosas han cambiado, pero tienen que cambiar aún más, mucho más». Atrás quedan los días en los que el régimen se jactaba de ser el primer país africano y magrebí en haberse conectado a la red. Nadie imaginaba en esos momentos que esta iba a desempeñar un papel tan crucial en su colapso. Corría 1997 y Slim era un veinteañero con ganas de comerse el mundo. Hoy tiene treinta y tres y es ministro del nuevo Túnez pos Ben Alí.

La otra cara de la moneda la dibujan ex altos cargos, como Moncer Ruisi, exministro de Túnez de Asuntos Sociales, Cultura y Trabajo. Desde la fuga de Ben Alí, Ruisi dedica todo su tiempo al Alto Comisionado de Derechos Humanos y Derechos Fundamentales que dirige desde 2008, un organismo financiado con dinero público que, junto a Cruz Roja Internacional, es el único que tiene autorización para visitar las cárceles de Túnez. En la pared principal de su despacho, en pleno centro de la capital, la Declaración Universal de los Derechos Humanos ocupa el marco en el que hasta el pasado día 14 de enero estaba la foto del exdictador. Ruisi era uno de sus hombres de confianza, un alto funcionario del régimen que llegó a la política en 1987 como asesor personal de Ben Alí, dirigió su primera campaña electoral dos años más tarde y ocupó las carteras de Cultura, Trabajo y Asuntos Sociales, el único tema sobre el que acepta hablar. El nombre de este sociólogo, como el del resto de los antiguos altos cargos, está en el punto de mira de una población que no perdona veintitrés años de represión, y él lo sabe. «Aún es pronto. Estamos en fase de transición y todo es bastante caótico; hay que dejar que pase el tiempo para hablar realmente

de cambios. De momento, como ve, ya no tengo la foto del expresidente en mi despacho, y ese es un primer paso», afirma mientras se acomoda en su butaca de cuero y repasa algunos papeles que tiene sobre la mesa.

La dictadura creó en 1991 el Comité por los Derechos Humanos y Derechos Fundamentales para que le informara de la situación de las treinta prisiones del país, y lo hizo justo dos años después de ilegalizar el partido islamista En Nahda («renacimiento», el brazo de los Hermanos Musulmanes en el país), encarcelar a sus líderes y seguidores, cerrar las madrasas, prohibir el hiyab y permitir la apertura de las mezquitas solo para las oraciones. «La mayor parte de las quejas que recibíamos eran del período anterior al ingreso en prisión. La policía tiene un máximo de seis días para interrogar a los detenidos, pero se falseaban las fechas, y [los detenidos] pasaban mucho más tiempo en dependencias policiales, donde se podían producir malos tratos. El problema de verdad en las cárceles de la era de Ben Alí es que estaban superpobladas; en los treinta centros de Túnez llegamos a tener veintitrés mil reclusos. Desde el interior de las cárceles, sin embargo, no llegaban muchas denuncias de tortura, y, oficialmente, no me consta ninguna de desaparición hasta el momento, pero sería comprensible teniendo en cuenta el tipo de régimen [que gobernaba]», informa el exministro, quien además lamenta: «La justicia, como el resto de las instituciones, era sumisa al partido del Gobierno y adoptaba las decisiones en función de sus intereses. El poder ejecutivo controlaba las decisiones de la justicia; no había separación de poderes».

Ruisi habla con mucha calma y midiendo cada palabra. Desde fuera resulta fácil preguntar; desde dentro no debe de ser sencillo cambiar de camisa de la noche a la mañana. El antiguo presidente es ahora dictador. Tiene prisa, pero no quiere terminar sin recomendarme que visite el Ministerio de Justicia.

A la mañana siguiente, lo primero que hago es poner rumbo a ese Ministerio. Cientos de personas esperan en el exterior información sobre sus familiares o amigos. Llevan fotos en las manos y piden que se aplique la ley de amnistía. Las autoridades interinas aseguran que ya se ha liberado a dos mil quinientos reclusos y que once mil se han fugado aprovechando el caos de los últimos días...

Frente a este edificio de tres plantas, todos quieren hablar, y, más que hablar, explotan. «¿Por qué rezas? ¿Por qué te dejas barba? Me repitieron las mismas preguntas cientos de veces. Estaba desnudo, con las manos atadas a la espalda. Usaban porras de goma para golpearme en los huesos y tuve que aguantar eso durante una semana antes de que me dijeran que no tenían nada contra mí», me cuenta un joven que se presenta como Riad y que no olvida las jornadas que pasó en el centro de detención del Ministerio de Interior. Desde la caída del régimen acude todas las mañanas a este lugar: «Muchos amigos siguen dentro y no tenemos noticias de ellos». A su lado, Saidani Mansur busca desesperadamente noticias de su hermano, deportado por Italia en el 2000 y condenado a cincuenta y seis años de prisión por presuntos delitos relacionados con el terrorismo. «El juicio fue una farsa», denuncia Saidani. Las historias que me van contando me recuerdan las palabras del exministro Ruisi, que me confesó la necesidad de «revisar la ley antiterrorista de Túnez porque resulta demasiado amplia. Lo primero es empezar por la propia definición de terrorismo. No es justo que miles de personas que ya han pasado por la cárcel y, por tanto, han pagado por sus delitos vivan privadas de pasaporte o tengan que seguir acudiendo a la comisaría a diario». Es una ley establecida para frenar a los sectores islamistas.

Asmi Lurimi esboza una sonrisa cuando oye hablar de derechos humanos o de Cruz Roja. Conoce muy bien las cárceles de Ben Alí porque cumplió una condena de diecisiete años. Fue detenido en 1991 por su pertenencia a los Hermanos Musulmanes y pasó catorce años en régimen de incomunicación. «Los islamistas estábamos en celdas individuales y nos trasladaban constantemente de cárcel para complicar la comunicación con las familias. Nada de libros, mucho menos el Corán, y solo podíamos realizar las cinco oraciones obligatorias del día; nos vigilaban desde las mirillas para que no rezáramos más», recuerda mientras alza tanto como puede una foto de un amigo al que no ve desde su salida de prisión y del que no tiene noticias.

A través de las ventanas del edificio se ve que hay gente trabajando en el interior, así que me abro paso como puedo y llamo al portón principal. Un soldado se asoma, yo le muestro el micrófono de la tele, y de forma inmediata me abre la puerta y me permite pasar, para desesperación del resto de las personas que esperan noticias de los suyos. Por dentro, el Ministerio es

una olla a presión. Funcionarios escaleras arriba y abajo mueven cajas y papeles. Hay que elevar mucho la voz para darse a entender a causa de los gritos de las familias en el exterior. El soldado me lleva de la mano hasta el despacho de la jueza Monia Amar. En su mesa hay diez tazas de café, y nada más verme pide otras dos. No hace falta que le pregunte: sabe el motivo de mi visita. «Existe una gran confusión respecto a la ley de amnistía. Hay que revisar caso por caso, y eso lleva tiempo; de ningún modo dejaremos libres a los terroristas que fueron detenidos con pruebas materiales, a ladrones y a asesinos. La amnistía es para presos realmente políticos», me dice esta jueza, que tiene miles de expedientes por revisar y confiesa: «Me habría gustado defender algunos procesos mejor de lo que lo hice». A su lado se encuentra Monther El Charni, uno de los cuatro abogados de la hasta ahora prohibida Asociación Contra la Tortura, que conoce muy bien sumarios como los de los islamistas que piden justicia a las puertas del Ministerio. «El régimen basaba su poder en la violencia, y la tortura era una de sus armas. Si pasaba algo grave se disfrazaba como un “accidente”, pero su uso era generalizado: una política de Estado contra los opositores y, especialmente, los islamistas», afirma Charni, que en los últimos años ha centrado sus esfuerzos en la investigación de «los más de dos mil quinientos jóvenes encarcelados tras la entrada en vigor de la nueva ley antiterrorista en 2003. El 90 por ciento de ellos fueron juzgados por su forma de pensar, no por sus acciones, y ahora hay que dejarles libres». Charni pide a las autoridades interinas y a los jueces que revisen una ley antiterrorista «aprobada por la presión exterior tras la guerra en Irak y que es excesivamente confusa y amplia».

Después de más de dos décadas de represión, la revuelta que prendió después de que Mohamed Buazizi se quemara a lo bonzo en el centro del país saca de nuevo a los islamistas a las calles de Túnez. Esta vez salen para quedarse. La «guerra contra el terror» lanzada por George Bush en 2003 con el pretexto de las armas de destrucción arrancó en Irak, pero sus efectos se han extendido por todos los países de la región hasta convertir a mandatarios como Ben Alí en carceleros de Occidente. Una estrategia que choca con las ansias de cambio en las calles, donde la voz de los islamistas es la más cohesionada y pide paso en la nueva era de las «primaveras árabes» inaugurada por Túnez.

## EGIPTO

### ADIÓS AL FARAÓN

*El Cairo, febrero de 2011*

El espíritu revolucionario de Túnez no tardó en contagiarse a Egipto. El Zine el Abidine Ben Alí local se llama Hosni Mubarak y gobierna desde 1981, tras el asesinato de Anuar el Sadat en un atentado mientras presidía un desfile militar. Mientras los tunecinos apretaban al nuevo Gobierno interino para que purgara del todo las instituciones y los islamistas de En Nahda se movilizaban para facilitar el retorno de sus líderes al país después de décadas de represión, los egipcios salieron por primera vez el martes 25 de enero, bautizado como «Día de la Ira» (en la línea en la que se nombran este tipo de jornadas en toda la región), a la céntrica plaza cairota Tahrir, para pedir cambios en un sistema caduco y podrido por la corrupción en el que el ejército había logrado convertirse en una especie de Estado dentro del Estado, algo parecido a lo que ocurre en Pakistán. Las protestas se extendieron a Alejandría, Suez e Ismailía. Las peticiones de la calle se repetían, y el ejemplo del pequeño Túnez espoleaba al enorme Egipto, un país de más de ochenta millones de personas, que viven concentradas en la cuenca del Nilo; un país clave en el mundo árabe. El régimen respondió con dureza, pero los militares se mantuvieron al margen desde el primer día. Mubarak acusó a los Hermanos Musulmanes de estar detrás de este primer Día de la Ira, que puso en marcha la cuenta atrás para la caída del régimen.

Aterrizo, directamente desde Túnez, en el aeropuerto internacional de El Cairo una semana después del inicio de las protestas. Por querer seguir las primeras horas del nuevo Túnez me he perdido jornadas clave en la historia de Egipto: una semana marcada por enfrentamientos violentos entre civiles y policía, con los seguidores de Mubarak sembrando el terror entre los manifestantes en las calles, y hasta un asalto de camelleros a la plaza Tahrir. La violencia ha dejado decenas de muertos y heridos, pero la protesta se mantiene viva y el ejército permanece al margen, es decir, no ha intervenido para blindar al presidente, lo que abre una puerta a la esperanza de cambio. Parece que las cosas se han calmado, pero los sicarios del régimen siguen sin asumir del todo la situación, y se producen enfrentamientos esporádicos.

En el vuelo desde Túnez apenas hemos viajado una decena de pasajeros. El aeropuerto es un espejo de la situación en el país y funciona a medio gas. No encuentro problemas en el control de pasaportes y accedo al país con un visado de turista de los que estampan en el aeropuerto. Después de una larga espera, debida a la falta de personal, según me comentan los operarios con los que me cruzo, las maletas salen en una sala presidida por un enorme cartel que da la bienvenida a los turistas al «misterioso Egipto»; no faltan en él fotos de las pirámides de Guiza, un reclamo mundial. Cuando por fin estoy listo para salir, suena mi teléfono. Me llaman de la redacción para comentarme que este fin de semana se anuncian manifestaciones en Siria, y que si tengo posibilidad de viajar a Damasco, lo haga. ¿Siria? Pero si acabo de aterrizar en El Cairo y todo apunta a que puede ser una gran historia... Contesto que en cuanto pueda pasaré por la embajada siria para dejar mi solicitud, pero que suelen tardar y que no puedo prometer nada a corto plazo.

Los taxis no quieren acercarse a Tahrir. Dicen que les puede caer una pedrada porque hay batallas campales diarias entre manifestantes y seguidores del presidente. Piden fortunas por una carrera que no suele costar más de sesenta libras egipcias (unos seis euros al cambio), pero no hay otra opción, y en el primero que parece más razonable me subo y pongo rumbo al centro. El taxista se queja de la falta de turistas y de los atascos que se forman en el centro por culpa de la movilización. Es agradable visitar Egipto en una época no muy calurosa, y lo es más con la duda de si Mubarak seguirá los pasos de Ben Alí, algo inimaginable en el primer viaje que hice a este país en

1998 como mochilero. Un recorrido típico de norte a sur en tren, autobús, faluca (pequeño barco de vela) por el Nilo y hasta un avión de una compañía rumana para ir de Asuán a Abu Simbel, en el que por primera vez en mi vida vi a una azafata caerse en mitad del pasillo debido a la brusquedad en las maniobras de aproximación a tierra. Un recorrido marcado por el retrato omnipresente del rais Mubarak, al que apodaban «el faraón», y en el que lo que más me llamó la atención fue la decadencia del país. Aunque los carteles y las guías de viaje hablaban del «misterio del antiguo Egipto», del «exotismo» y de la «magia», no me cautivó en absoluto, e incluso el momento «mágico», el de ver las pirámides por primera vez en la vida, se fastidió por culpa del ejército de vendedores de agua, refrescos y baratijas que invadían Guiza y le asaltaban a uno nada más entrar. La extraordinaria precariedad de los alojamientos, acorde con un presupuesto pírrico, terminó de redondear el desencanto.

Han pasado trece años, y voy directo al enorme Ramses Hilton, que preside Tahrir y donde la cadena Al Jazeera tiene una cámara que emite las veinticuatro horas imágenes de la plaza; sin embargo, nada más llegar me doy cuenta de que este no es sitio para mí. Aquí se ha concentrado la prensa mundial; las tarifas se han disparado y hay policía de paisano en todas las esquinas. No me gusta nada. Así que cojo mis cosas y me voy a casa de una amiga que vive en Garden City, muy cerca, pero a la vez lo suficientemente lejos del epicentro de una revuelta cuyas primeras huellas impresionan. El edificio del Partido Nacional Democrático (PND), el partido de Mubarak, está calcinado, todo un símbolo de poder reducido a escombros. Aún sale humo de las plantas inferiores de esta mole situada en primera línea del Nilo, muy cerca del Museo Egipcio.

Tahrir es una plaza circular presidida por el Mogama, un edificio de corte soviético en el que trabajan miles de funcionarios y donde, entre otras cosas, se renuevan los permisos de residencia tras dar varias vueltas piso arriba, piso abajo. La presencia masiva de manifestantes, ininterrumpida desde el 28 de enero, justo tres días después del inicio de las protestas, ha obligado a cortar el tráfico, con lo que esto supone para un centro urbano

habitualmente colapsado. La plaza es un nudo de comunicación cairota, allí se sitúa la estación de metro Sadat, y por ahí pasan un sinnúmero de autobuses, microbuses y taxis.

Para acceder a ella ahora hay que superar los controles militares, pero también los que imponen los autodenominados «revolucionarios», que tratan de evitar la llegada de sicarios del PND. Hay miles de personas, muchas de ellas acampadas. Desde la rotonda central, Alía Mosalam ha seguido en primera persona los sucesos clave de la última semana. Junto a un grupo de amigos, forma parte del núcleo duro que resiste al asedio de los seguidores de Mubarak que amenazan con asaltar la plaza. Ahora está en la capital, pero su trabajo como observadora de la organización Human Rights Watch la llevó a cubrir el estallido de la revuelta en Alejandría, segunda ciudad más importante del país, situada doscientos veinticinco kilómetros al norte de El Cairo. Allí elaboró un informe sobre «la respuesta de las fuerzas de seguridad ante las protestas», un trabajo que no está pudiendo llevar a cabo en Tahrir: «Aquí me dedico a atender a la gente herida; están llegando muchos, sobre todo con heridas de piedras y navajas».

A sus veintinueve años, ha hecho un paréntesis en el doctorado sobre la canción protesta en Egipto en los años cincuenta y sesenta que cursa en la London School of Economics para vivir «unos acontecimientos históricos» para el país. La misma decisión han tomado muchos otros jóvenes egipcios que se encontraban en el extranjero y que han volado de vuelta a sus hogares para unirse a la revuelta. «Las protestas en El Cairo y Alejandría son diferentes debido al tamaño de las ciudades. Allí todo ocurre más rápido. Aquí todo el mundo tiene que llegar a la plaza Tahrir, pero en Alejandría la revolución empieza en cada calle», asegura Alía, en cuyo primer informe se hizo eco de «los disparos de armas de fuego contra la multitud por parte de la policía» y de la «capacidad de los hospitales para convertirse inmediatamente en salas de emergencia para tratar al gran número de víctimas».

La presencia de seguidores de Mubarak en las calles ha convertido la protesta en una batalla campal casi diaria. «Es su forma de jugar, un intento de reventar lo que estaba siendo una protesta masiva y tranquila para pedir la dimisión del presidente, pero no lo conseguirán», augura esta joven activista,

que lamenta los ataques contra extranjeros —periodistas o no— y los enmarca dentro de «una política de silencio informativo» por parte de unas autoridades, que «no quieren que el mundo vea lo que está pasando».

Los medios nacionales de la oposición y los corresponsales internacionales están en el punto de mira de los grupos pro-Mubarak, que ven la mano de los islamistas y, a la vez, de potencias extranjeras como Estados Unidos detrás del levantamiento, aunque en esta rotonda del centro de Tahrir no se ve un solo religioso. Al contrario: se trata de chicos y chicas vestidos como cualquier occidental y enfrascados con sus ordenadores, tabletas y teléfonos en la labor de difusión de los acontecimientos a través de las redes sociales. Esta rotonda es el principal foco de atención de la prensa mundial, que, después de décadas sin poder trabajar en libertad en el país, se topa de pronto con unos interlocutores, educados en Occidente en muchos casos, que hablan inglés y otros idiomas y defienden principios como la democracia, la igualdad y los derechos humanos... Todo suena a poesía a oídos de los enviados especiales, y esa es la imagen que transmitimos al mundo sin darnos cuenta de que Egipto es mucho más que la plaza Tahrir.

Como el joven Mohamed Buazizi en Túnez, Egipto también tiene su primer mártir. La foto de Jaled Said cuelga de las farolas, y se han hecho pegatinas con su rostro. Jaled nació en 1982 en el barrio Cleopatra de Alejandría, uno de los cientos de barrios que desembocan en el malecón de la segunda ciudad más importante del país. Fue el cuarto hijo de Leila Marzouk, por detrás de Yahia, Ahmed y Zahra. Acababa de cumplir seis años cuando su padre murió. Ingeniero electrónico de profesión, el hombre se vio obligado a emigrar para poder sacar adelante a la familia, una situación similar a la de millones de egipcios atrapados sin futuro en el reino de la corrupción en el que se ha convertido el país durante el mandato de Mubarak. Kuwait, Nigeria y Estados Unidos fueron los destinos a los que viajó para trabajar; sus hijos Yahia y Ahmed seguirían sus pasos: se fueron a Estados Unidos y se afincaron en Filadelfia. Jaled estudió en el colegio de su barrio, y cuando cumplió los dieciocho cruzó también el charco para encontrarse con sus hermanos y estudiar electrónica durante dos años. Gracias a la ayuda familiar, a la vuelta montó un pequeño negocio de importación de material eléctrico con el que lograba ganar dinero para sus gastos, pero poco más. Su oficina y

su vida estaban en la pequeña habitación de su casa, desde la que gracias a internet vivía conectado al exterior. El tiempo libre que le dejaba el ordenador lo dedicaba a Why Crew?, el grupo de música que formó junto a algunos amigos en el que daba rienda suelta a su angustia e impotencia. Jaled compuso varias canciones, algunas al margen del grupo, con un marcado compromiso político, criticando la política de Israel con los palestinos, pero nada que fuera contra la dictadura en su país. Como los demás jóvenes de su edad, estaba resignado a vivir el resto de sus días bajo el mandato de Gamal Mubarak, hijo del presidente, que hasta el estallido de la revolución estaba llamado a ser el sucesor. De hecho, ya estaba todo preparado para que recogiera el testigo de una forma natural y convirtiera Egipto en una especie de Siria, con un sistema hereditario que perpetuara a los Mubarak en el trono como auténticos faraones. Un sueño de sistema hereditario al estilo del sirio con la familia Asad.

En mayo de 2010, su madre viajó a Filadelfia para ver a sus hijos. Antes de que partiera, Jaled le mostró un vídeo que había capturado en la red, tal como me confesó ella misma en un largo encuentro que mantuvimos en su casa de El Cairo dos años después de la revolución. Leila se quedó preocupada porque en la grabación se veía a policías repartiéndose el hachís que habían encontrado a un camello de la ciudad. La mujer acortó su estancia en suelo norteamericano y regresó antes de tiempo por un presentimiento; algo le inquietaba y necesitaba volver a Alejandría.

La mañana del 6 de junio de 2010, Jaled se levantó temprano y se fue a pescar. Regresó pasadas las siete de la tarde y cenó con su madre, que después salió para visitar a una hermana. Esa fue la última vez que Leila vio a su hijo menor con vida. Cuando regresó a casa, cerca de la medianoche, le sorprendió el silencio. Tocó a la puerta del cuarto de Jaled, pero nadie le abrió. Miró en el interior esperando encontrarle en la cama. Nada. Bajó a la calle a preguntar y nadie se atrevió a contarle lo sucedido; entonces decidió llamar a su hijo Ahmed, que esos días estaba de visita. «Mamá, han matado a Jaled», fueron las palabras de su hijo, al que un testigo de los hechos llamó nada más percatarse de la gravedad de lo sucedido. «Salí disparada de casa.

Tenía que ver a mi pequeño, quería ver su cuerpo. Nunca se había metido en problemas, nunca se había peleado, era un niño ejemplar», me confesó la madre incapaz de olvidar aquellos momentos de ansiedad.

El vídeo de los policías repartiéndose el hachís no sentó nada bien entre las fuerzas de seguridad de Alejandría, ya que se propagó por todos los teléfonos móviles del país como la pólvora. El plan inicial era solo detenerle y encerrarle para darle un escarmiento. Meterle algo de droga en el bolsillo y acusarle de tráfico de sustancias ilegales. Para ello enviaron a un colaborador llamado Mohamed Hashes, quien llamó esa noche al timbre de Jaled, como hacía mucha gente para pedirle que le solucionara un problema informático. Jaled bajó y accedió a acompañarle para revisar su ordenador. Cuando estaban caminando por el barrio de Cleopatra, a la altura del cibercafé SpaceNet, su dueño le pidió que entrara un segundo para revisar uno de sus equipos. Los policías de paisano que le seguían interpretaron su entrada en el local como un intento de huida y fueron a por él con violencia. La paliza empezó en el cibercafé y siguió en el portal anexo, donde le mataron a golpes. Creyeron que solo estaba inconsciente, así que le metieron en un coche y salieron del barrio, pero al ver que había muerto dieron media vuelta y lo tiraron frente a su portal.

La policía llevó a su madre y a su hermano, Ahmed, al tanatorio y quiso obligarles a firmar un certificado de defunción que afirmaba que Jaled había muerto a causa de una parada cardíaca. Pudieron ver el cuerpo, y Ahmed hizo las fotos que más tarde subió a Facebook. La familia pidió al fiscal general de Alejandría una investigación a fondo de lo ocurrido, pero la policía insistía en enterrar el cuerpo cuanto antes. La madre y el hermano lograron ganar tiempo aduciendo que no tenían la llave del panteón familiar, y ello permitió que un forense pudiera hacer la autopsia a Jaled; solo después le dieron sepultura. A los diez días, la familia recibió el informe, y este recogía que había muerto por asfixia. La familia pidió una segunda autopsia, y se exhumó el cuerpo, pero el resultado fue tan surrealista como el de la primera. Así que arrancaron una investigación particular para esclarecer los hechos, pero la gente estaba aterrorizada y nadie quería cooperar. Contrataron a cuatro abogados y

lograron que el fiscal visitara la escena del crimen en julio de 2010, mes en que comenzó la investigación de verdad que acabó con la detención de los dos policías que apalearon al joven hasta la muerte.

Jaled no era la primera víctima de la brutalidad policial en Egipto, pero sí la gota que colmó el vaso. A raíz de su muerte empezaron a organizarse protestas y concentraciones, primero en el barrio y después en toda la ciudad; pero, sobre todo, fue un caso que tuvo una enorme repercusión en las redes sociales. Al comienzo, las exigencias eran la retirada de Gamal Mubarak como candidato a la presidencia y la anulación de la ley del Estado de Emergencia, vigente desde 1967, pero cuando estalló la revuelta en Túnez los egipcios tomaron ejemplo y dieron un paso más pidiendo también la dimisión del presidente.

Apenas veinticuatro horas después de mi llegada a Egipto, sufro en primera persona la ira de los seguidores de Mubarak. En mi camino a Tahrir junto a un colega estadounidense, un grupo de exaltados nos rodea a las puertas de un hospital en la zona de Garden City. Tras darnos golpes en la cara y el estómago, uno de ellos me quita el pasaporte y, agarrándome por el cuello, quiere obligarme a seguirle hasta la comisaría más cercana. Después de varios minutos de forcejeo en los que nos gritan «¡Marchaos de Egipto, idos a vuestros malditos países y dejadnos en paz!», otro grupo de viandantes media en la trifulca, y nos metemos en un taxi para salir volando del lugar. Los rumores sobre la presencia de extranjeros armados y con pasaportes falsos y de espías de Israel que difunden los canales públicos tienen un efecto rápido entre los más exaltados, y caminar por las calles se ha convertido en actividad de riesgo.

Con cuidado, pasado un rato, logramos nuestro objetivo y entramos en Tahrir. Allí me espera Hazem, nombre ficticio de un ex alto cargo del régimen que prefiere mantener el anonimato por motivos de seguridad. Hazem vive en una de las tiendas de campaña de la protesta. «Dejé mi cargo en el Ministerio de Comunicación en noviembre y pasé al sector privado. Era un opositor en la misma cúpula del aparato y no fue nada fácil, pero conseguí salir de forma pacífica», apunta mientras repasa mentalmente los últimos meses y no termina de creerse que todo haya ido tan rápido. Forma parte de esa élite de funcionarios que después de toda una vida dedicada al sistema

han podido romper la atadura del funcionariado y abrirse paso en otros mercados. Libre de sus compromisos oficiales y laborales debido a la huelga indefinida que vive el país, ha estado desde el día 25 de enero en la plaza Tahrir y es de los que no piensan moverse hasta que dimita el presidente: «No aceptaremos otro escenario. Es el momento del cambio y no hay vuelta atrás».

Como exresponsable del Ministerio de Comunicación, censura la primera decisión de las autoridades de cortar la conexión de internet durante varios días: «Lo hicieron porque tenían miedo de mostrar al mundo lo que ocurría, pero era tarde. No se dan cuenta de que todo este tipo de órdenes repercuten negativamente en su propia imagen». Al corte de internet el régimen sumó el de los teléfonos móviles —las compañías tuvieron que acatar las órdenes del Gobierno—, algo que «solo logró enfadar aún más a los ciudadanos. A diferencia de las protestas en otras ciudades, en El Cairo todo el mundo sabe que el pulso al régimen se echa en la plaza Tahrir, así que no es necesario andar movilizándolo a nadie», asegura antes de advertir: «Por ahora pedimos la dimisión, pero más tarde exigiremos que el presidente comparezca ante la justicia para que pague por sus crímenes».

Es una opinión compartida en el corazón de la protesta que desafía a la persona que ha dirigido el país los últimos treinta años. Hazem no se cree las palabras de Mubarak, quien ha prometido que abandonará el poder en un plazo de nueve meses si remiten las protestas. El descrédito es generalizado entre los participantes en una revuelta que mantiene su pulso al poder en lo más alto y que se fortalece con el paso de los días, sobre todo cuando los militares muestran de forma clara que no van a disolver la concentración.

La decisión de los militares se hace patente en cambios visibles en los controles de acceso a Tahrir. En el primero, los soldados empiezan a pedir la documentación y advierten a la prensa internacional, por primera vez desde el inicio de las revueltas, que debe pasar por el Ministerio de Información para obtener la acreditación pertinente. El segundo ya es de voluntarios de la oposición, que vuelven a pedir amablemente el pasaporte y revisan mochilas y bolsas. El tercer control es más bien un grupo de espontáneos que forma un pasillo humano para dar la bienvenida a los manifestantes al ritmo del *oud*, el

laúd árabe, que se ha convertido en la auténtica banda sonora de esta revolución. «¡Bienvenidos, revolucionarios! ¡Bienvenidos todos!», exclaman, y cantan y aplauden.

Tras unas primeras jornadas centradas en eslóganes y gritos dispersos, la canción protesta se abre paso con fuerza. Mohamed Abu Eiez y Fedi Mijail se alejan de las tiendas de campaña en las que viven para ensayar un tema titulado «La fiesta de la libertad». Mohamed tiene treinta y un años y ha aparcado por unos días su consulta de cardiología para entregarse a la revolución. Escribe poemas para que su amigo Fedi los cante y expresa así su convencimiento: «Ya nada volverá a ser igual. El sistema va a cambiar de una vez y debemos estar muy alegres por ello».

«¡Egipcios, despertad! ¡Egipcios, venid a celebrar esta fiesta! ¡Egipcios, despertad!», recita Fedi acompañado de su *oud*. Decenas de personas forman un círculo en torno al artista y rompen a aplaudir cuando termina. «Es el mejor público del mundo», asegura Fedi, miembro de un grupo llamado *Lel Niain*.

Junto a los cantautores, algunos raperos también hacen su aparición ante un público de lo más diverso. Entre discurso y discurso político —los Hermanos Musulmanes han instalado un escenario y disponen de un equipo de sonido para que los oradores puedan dirigirse a la muchedumbre—, algunos jóvenes raperos suben a la plataforma para rimar al ritmo de «*Erhal, Mubarak*» («Fuera, Mubarak»), el eslogan más popular de la revuelta, el equivalente al «*RCD, dégage!*» tunecino. Egipcios de todas las edades y condiciones sociales imaginables bailan de felicidad. No importa si el que canta es famoso o no: importa su mensaje.

La parte posterior de ese escenario, que no son más que unas tablas sobre unos andamios y que a ratos parece que se va a desplomar, se convierte en el mejor lugar para trabajar, ya que por ella circulan las personalidades más destacadas de la revuelta, así que todos los días me planto allí con mi traductor, Mustafá, para cazar testimonios. Se trata de un espacio reducido, en plena acera, donde se ha utilizado una oficina de turismo como *backstage* temporal revolucionario. Este local, como el resto de los negocios de la plaza, está cerrado a cal y canto; solo los vendedores ambulantes trabajan en Tahrir. En la plaza se congregan personas de muy diferentes ideologías, unidas por la

revolución. Uno de los asiduos de Tahrir, adonde acude al atardecer, es el doctor Abdelhadi, uno de los rostros más conocidos de la prestigiosa Universidad de Al Azhar, la que está considerada más antigua universidad del mundo con funcionamiento ininterrumpido y es célebre por sus estudios de cultura y religión islámicas. El doctor Abdelhadi siempre llega cubierto con una túnica blanca y un lema para los manifestantes: «Seguir resistiendo. Cada día que pasa debilitamos un poco más al presidente; es cuestión de tiempo». Menudo y con cara de pocos amigos, está afónico y se desgaña para trasladar su mensaje. Su discurso se eleva por encima de eslóganes y megafonías y silencia a todos los que están cerca. «Esto es una yihad. El Profeta nos enseñó que hay que enfrentarse al tirano, al gobernador injusto, y aunque lo estemos haciendo de forma pacífica, por supuesto que es la obligación de todo musulmán echarse a las calles y combatir por medio de la protesta.»

Yihad «sin matar a nadie», matiza este experto en historia islámica vinculado a la oposición al régimen y que ha pasado muchos años en Arabia Saudí. Su mensaje de paz contrasta con el que ha llegado desde Irak con el último comunicado de Estado Islámico, por aquel entonces brazo de Al Qaeda en suelo iraquí, llamando a la yihad en Egipto y advirtiendo que «la puerta está abierta para los mártires». La gente reconoce al anciano doctor al pasar y quiere tocar al *sheij*, saludarle y darle las gracias por su participación en las protestas. Como el resto de los religiosos de Al Azhar, todos los días viene a esta plaza, y piensa que «no hay prisa para volver a las aulas porque en estos momentos todo estudiante que tenga algo de dignidad debe estar en Tahrir como un revolucionario más».

Otro de los asiduos en este Parlamento al aire libre es Ayman Nour, que fue candidato a la presidencia en 2005. Perfectamente trajeado, con camisa blanca y corbata, este abogado formaba parte de la cámara egipcia como diputado independiente hasta que en 2004 decidió fundar el partido político Al Ghad («mañana») para ganarse el voto liberal de la población. El partido recibió el visto bueno de las autoridades después de tres intentos y despertó expectación entre los opositores al régimen. Fue la antesala de su salto a la arena presidencial, un salto que le costó la cárcel, acusado de haber falsificado firmas para obtener la licencia de la formación, algo que él califica

de una invención del régimen para quitarle de en medio. La presión internacional permitió retrasar el juicio hasta después de las elecciones presidenciales de 2005, en las que obtuvo el 7 por ciento de los votos, muy lejos del 89 por ciento de Mubarak, según unos datos oficiales que nadie terminó de creerse por la falta de observadores independientes. Tras los comicios fue juzgado y llevado a prisión. Quedó en libertad en 2009.

«Nosotros rechazamos cualquier tipo de negociación con este régimen. Como fuerza de la oposición nos oponemos a esta farsa de conversaciones que no llevan a ninguna parte», afirma con rotundidad. Nour repasa las últimas semanas y reflexiona en voz alta sobre «la positiva actitud de los países de la Unión Europea frente a la nulidad de Estados Unidos». No quiere ver una transición liderada por Mubarak y piensa que su caída «es cuestión de días, como mucho una semana», por lo que cada vez que puede procura acercarse a la plaza a animar a los cientos de miles de manifestantes que piden la dimisión del presidente.

Nour no es un personaje excesivamente querido, lo contrario de lo que ocurre con Zakaria Abdelaziz, otro de los fijos en el escenario de Tahrir. «El barco presidencial está gravemente tocado; hay que aguantar un poco más y lo hundiremos», afirma con optimismo el expresidente de la Asociación de Jueces, a quien las desavenencias con la cúpula del régimen le apartaron de su puesto y le condenaron a un ostracismo del que le ha rescatado la revolución.

Me interesa saber su opinión porque, además de la dimisión de Mubarak, la gente ya pide abiertamente su procesamiento. «Todo el peso de la justicia recaerá sobre su persona y sobre los que le rodean. Él lo sabe y por eso se aferra a su sillón», asegura Abdelaziz, que cree que los principales cargos contra el presidente estarán relacionados con «malversación de fondos y tramas inmobiliarias», aunque tampoco descarta que se abran procesos por «la actuación policial en la represión de las revueltas». Tras más de cuarenta años vinculado al mundo de la justicia lamenta «el teatro que el Gobierno llama “diálogo con la oposición”; ni siquiera la amnistía de los presos políticos está sobre la mesa. No nos podemos fiar de ellos, es una mentira más para perpetuar este régimen que ya dura tres décadas». No conoce personalmente al presidente, a quien se enfrentó en 2008 como líder de una

gran parte de los jueces del país que se rebelaron contra unas modificaciones a la Constitución que, según Amnistía Internacional, «reforzaron las amplias atribuciones de la policía en materia de detención, otorgaron a los agentes del Estado amplias facultades para vigilar las comunicaciones privadas, autorizaron al presidente a eludir los tribunales ordinarios y abrieron el camino a una nueva legislación antiterrorista que erosionaría todavía más la protección de los derechos humanos». Como el resto de los millones de egipcios que secundan las protestas y huelgas en todo el país, el juez Abdelaziz reclama justicia. «Le necesitamos», publican los activistas egipcios en Twitter y Facebook, donde se recogen los discursos que ofrece ante la muchedumbre de Tahrir. «Aquí estoy, para servir a la revolución», responde a sus seguidores.

Cumplidas dos semanas desde el levantamiento, se empieza a sentir de verdad que el tiempo corre contra Mubarak, y todos los días la gente espera que anuncie su dimisión, pero el viejo faraón resiste. Tahrir ha adquirido el aspecto de un macroconcierto de verano, pero en lugar de aficionados a la música hay familias enteras que permanecen firmes en sus tiendas de campaña esperando una única noticia: el adiós del presidente. Otros cairotas viven en sus casas, pero al terminar la jornada laboral acuden en procesión al «manifestódromo» y se quedan hasta altas horas de la noche. Hay también todo tipo de *merchandising* revolucionario a la venta, desde camisetas a mecheros, todos con el número 25 impreso, fecha en la que estalló la revuelta.

Entre la gente se percibe una mezcla de deseo y ansiedad, que el día 10 de febrero alcanza su punto álgido. A primera hora, los medios egipcios informan de que por la noche el presidente va a ofrecer un discurso televisado, y se disparan los rumores. Los ánimos están exultantes porque el Consejo Supremo del Ejército, el organismo que gobierna el país en la sombra y del que los revolucionarios no terminan de fiarse, ha emitido un comunicado para mostrar su apoyo a «las demandas legítimas del pueblo». La despedida oficiosa del presidente empieza a las cinco de la tarde, y el ambiente festivo se apodera de una Tahrir a reventar.

«Esta no es una noche más: esta es la noche», me responde Saleh Sultán, dirigente de los Hermanos Musulmanes que ha regresado a Egipto tras un largo exilio forzado en Catar, cuando le pregunto por sus sensaciones. Invisible al comienzo del alzamiento, poco a poco la hermandad se ha ido haciendo con el control de la plaza y es quien lleva la seguridad, la limpieza, alimentación..., el único grupo de Egipto con capacidad de movilizar a decenas de miles de personas con una sola llamada.

Son días intensos para la cofradía, fundada en Egipto en 1928 por Hasán al Bana con el propósito de convertir Egipto en un Estado islámico. Desde sus orígenes ha sido una especie de sociedad paralela y secreta que llega allí donde el Gobierno no consigue llegar a través de su red de hospitales, escuelas, fábricas y asociaciones benéficas. Su ideología se ha extendido por todo el mundo y cuentan con organizaciones afines en setenta y cinco países, pero nunca ha dado el paso de constituirse en figura legal. La hermandad como tal no existe jurídicamente porque no acepta la ley de organizaciones no gubernamentales promulgada por Mubarak, lo que les mantiene permanentemente a un paso de la ilegalización.

Prisión, tortura, asesinato de seres queridos...; son experiencias comunes en la vida privada de los Hermanos, pero la revolución ha puesto punto final a décadas de clandestinidad para el grupo islamista. Todos conocen ahora los nombres y apellidos de sus dirigentes, y su página web detalla además que entre 1992 y 2011 han sufrido treinta mil detenciones y sumado quince mil años en condenas. Los Hermanos trabajan contra la montaña de prejuicios que los medios del régimen han levantado en torno a la organización, una visión negativa que no ha cambiado en las grandes cadenas y periódicos egipcios, privados y públicos, que desconfían de una hermandad tan impopular en El Cairo como admirada en las zonas rurales. El lema del fundador del grupo, «El islam es la solución», pesa como una losa sobre los sectores liberales y las minorías religiosas que viven en el país.

Saleh Sultán está acompañado de un séquito de barbudos que tratan de acercarse lo máximo posible a una de las pantallas que se han colocado para seguir la intervención televisiva de Mubarak. Galletas de chocolate, dátiles y botellines de agua se reparten de forma masiva y gratuita para ayudar a reponer energías. La logística de la protesta no se detiene pese a la euforia.

Tampoco los técnicos descuidan la imagen y el sonido. Cada pocos minutos, Ahmed Naguib, responsable de información de la protesta en Tahrir, sube al escenario para leer las noticias de última hora. A su lado tres personas con ordenadores portátiles van siguiendo los titulares por internet. Cada anuncio es recibido como un gol en un estadio de fútbol. La gente grita: «¡Mubarak, fuera! ¡Mubarak, fuera!». Una mujer que se presenta como Nael llega con sus cuatro hijas hasta este epicentro de la plaza para registrar a su pequeño Ahmed en la lista de mártires abierta por unos voluntarios que documentan la movilización. «Le asesinó la policía el pasado día 28. No quería dejarle salir, pero se escapó con sus amigos. Oí los disparos desde la cocina y cuando bajé ya estaba muerto.» Esta madre, que llora de rabia, pide «justicia» y añade: «La salida de Mubarak es solo el comienzo. Hay que ir luego a por todos sus ministros».

Pasadas las diez de la noche se hace el silencio. Mubarak, de traje y corbata oscuros y camisa blanca, comienza su discurso, el segundo que dirige a la nación desde el inicio de las protestas: «Pueblo y mujeres de Egipto: me dirijo hoy a vosotros. Me dirijo a los jóvenes de Egipto que están en la plaza Tahrir. Me dirijo a todo Egipto con unas palabras que nacen del corazón. Unas palabras de un padre a sus hijos e hijas. Me gustaría deciros que estoy orgulloso de vosotros, del símbolo que sois de una nueva generación de egipcios que pide un cambio para mejorar y está comprometida con ese cambio, una juventud que sueña y construye su futuro». Han pasado apenas unos segundos y empiezan los primeros pitidos y abucheos. El tono paternalista no ha desaparecido y el sexto sentido egipcio hace comprender de forma inmediata que esto no es un discurso de despedida.

«Jóvenes de Egipto, hijos de Egipto, hermanos, ciudadanos: he expresado con toda claridad mi intención de no presentarme a las próximas elecciones. He dedicado mis esfuerzos a este país durante más de sesenta años, en tiempos de paz y de guerra. Afirmo mi compromiso y hago una promesa similar de seguir cumpliendo con mi responsabilidad de proteger la Constitución, los intereses del pueblo, hasta que se haga el traspaso de poder y responsabilidad a quien quiera que escojan los electores el próximo mes de septiembre, en unas elecciones libres y limpias que tendrán garantizadas su transparencia y su libertad. Esta es la promesa que he hecho ante Dios y ante

la nación», prosigue el veterano líder ante una masa que ya no le escucha y está harta de promesas. Tan harta que empieza a agitar sus zapatos y chancletas en el aire, uno de los signos de desprecio más graves en los países árabes. Imposible oír el final de sus palabras o las que pronuncia a continuación Omar Suleimán, el vicepresidente, confirmado como nuevo rostro del régimen.

La decepción pesa, pero no es momento de hundirse y los dinamizadores de Tahrir convocan de inmediato un nuevo viernes de la ira, al que bautizan como «viernes de los mártires». En las redes sociales aseguran que van a reunir a veinte millones de personas en las calles para hacer cambiar de opinión al presidente y rendir homenaje a los caídos en la lucha.

El viernes amanece con el cielo pesado. Se cumplen dieciocho días de revuelta, y los más fieles acuden a la oración del mediodía a pedir con más fuerza que nunca a Alá que escuche sus plegarias. Impresionante la imagen de Tahrir haciendo de mezquita al aire libre, con hombres y mujeres rezando juntos, algo nada habitual. En lugar de esteras, la mayoría pone periódicos sobre el asfalto para postrarse ante Alá. El final del rezo es una explosión de voces que se desgañitan al grito de «*Allahu Akbar, Allahu Akbar, Allahu Akbar*» («Dios es grande»). No sé dónde se esconde Mubarak, pero esto ha tenido que llegar hasta sus aposentos, por muy lejos y blindados que estén. No hay modo de saber el número de personas que hay en Tahrir, pero, como cada jornada, con el paso de las horas más y más gente se acerca a la plaza y, al igual que sucedió la víspera, no paran de aparecer rumores sobre el posible adiós del presidente, rumores que se confirman cuando el portavoz del partido oficial informa de que el rais ha abandonado la capital para poner rumbo junto a su familia hacia la localidad turística de Sharm el Sheij (en el este del país, junto al mar Rojo). Después llega el anuncio de la televisión estatal: va a emitir un comunicado importante. Minutos después, tres helicópteros militares llegan al palacio presidencial, cercado por la multitud.

Nadie quiere hacerse demasiadas ilusiones, sobre todo tras el fiasco de ayer, pero se respira algo distinto en el ambiente. Imposible explicarlo con palabras. Es día de fiesta y no hay que esperar a que la gente salga de trabajar para que Tahrir se llene. No se puede dar un paso, cuesta una eternidad llegar a la salida y hay una inusual presencia de militares en el cordón de seguridad.

A media tarde decido salir para tomar el aire y reponer fuerzas, pero no quiero alejarme demasiado. Me acerco al restaurante Abu Jaled, que se encuentra en la cercana calle Chameleon, dedicada a la reparación de coches. En la segunda planta hay una mesa libre, justo frente al televisor, un aparato de museo con la pantalla cubierta de grasa. Dejo la cámara sobre el mantel de plástico rojo y cuelgo la funda del trípode de la silla. Sin apenas tiempo para sentarme, todos los comensales se ponen en pie y se quedan mirando al televisor. El camarero sube el volumen al instante. En la pantalla aparece el vicepresidente Suleimán, tan serio como la víspera.

«En esta complicada situación que vive el país, el presidente Mohamed Hosni Mubarak ha decidido renunciar a su cargo de presidente de la República y ha encargado al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas administrar los asuntos del país.»

Medio minuto de discurso. Treinta segundos para acabar con treinta años de régimen, después de dieciocho días de protestas. Un hombretón de la mesa de al lado me abraza y me besa en la mejilla; con la efusividad se lleva por delante mi cámara, que sale volando. El hombre llora y sus lágrimas me mojan la mejilla. Todos gritan con tanta intensidad que yo mismo me pongo a gritar, a brincar y a dar abrazos; de nada sirve intentar mantener la distancia o ser ajeno a esta explosión de júbilo. No me da pena no grabar el momento: es un instante solo para mí y estoy seguro de que cada vez que lo recuerde me emocionaré.

Encuentro la cámara entre los pies de la gente y, sin tiempo de comer, salgo enseguida hacia Tahrir, donde se multiplica por un millón el momento mágico vivido en el restaurante. La cámara ha resistido, es un auténtico «hierro», como bromean mis colegas cuando ven que sigo trabajando con cintas, no con tarjetas.

«¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡Dios es grande!» Gritos. Llantos. Abrazos. «¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!», repite Ahmed como un poseso en la entrada de una plaza teñida del rojo, blanco y negro de la bandera nacional. «¡Felicidades, hermanos! ¡Felicidades! ¡Hemos ganado!» El doctor Abdelnafal, de la Universidad de El Cairo, reparte felicitaciones entre una

masa absolutamente fuera de sí. Me agarra del brazo y, al oído, con lágrimas en los ojos, me confiesa: «Por fin me siento un ser humano y orgulloso de ser egipcio».

Cada entrevista es un psicoanálisis. Todos tienen un trauma relacionado con el régimen, un episodio turbio que marcó sus vidas y que les llevó a Tahrir aquel 25 de enero que ahora ya se ha convertido en una fecha clave para la historia del país. Aquí se han limpiado sus malos recuerdos, pero no olvidan, porque «ahora hay que ir a por todos los políticos y empresarios del régimen, hay que limpiar el país de esa lacra», según exige el joven Mustafá, vendedor de perfumes en la ciudad de Luxor que cerró su tienda el pasado día 25 para unirse a la revuelta en la capital. Una bengala roja ilumina el centro de la plaza; pronto destellan otras. «¿Dónde están ahora sus sicarios? ¿Dónde están esos cobardes?», entona la multitud. Las canciones varían a lo largo de Tahrir. Cerca de un puesto de atención sanitaria, unos jóvenes venidos de la ciudad de El Mansura, situada a ciento cincuenta kilómetros de la capital, repiten: «Gracias, Túnez. Gracias, Túnez. Tú nos abriste los ojos».

Los accesos a la plaza están colapsados. Una ambulancia se abre paso de forma milagrosa entre la muchedumbre. Desde los puentes del Nilo se percibe el concierto de cláxones de los coches que colapsan las carreteras. Familias enteras se suman a la fiesta. Desde lo alto de los tanques los militares hacen el signo de la victoria y aplauden las alabanzas de la muchedumbre, pero piden a la gente que no se suba a los blindados. Ellos no han impedido que la revolución triunfe y tienen en sus manos el futuro de un país en el que las fuerzas armadas son una especie de Estado dentro del Estado. La gente les mira con una mezcla de respeto, agradecimiento y desconfianza. Pese a la euforia del momento, los egipcios saben que en este país ahora es el ejército quien ostenta el poder y que en adelante serán los generales quienes supervisen una transición en la que los Hermanos Musulmanes aspiran a abandonar la clandestinidad y convertirse en una opción de gobierno, un cambio que les llevaría directos desde las mazmorras a los despachos de los ministerios. Tahrir ha ganado la partida a Mubarak, pero el tablero es de los militares: ellos ponen y quitan las fichas según les convenga.

Es el final feliz de una revolución que ha tumbado al régimen. Egipto está de fiesta y los egipcios saben cómo vivir cada segundo de este momento histórico. El mañana parece tan lejano como duro, pero ahora los revolucionarios solo quieren disfrutar de su victoria.

## YEMEN

### LA PLAZA DEL CAMBIO

*Saná, abril de 2011*

Túnez, Egipto, Libia, Siria... y Yemen. El país más pobre del mundo árabe también se contagia de la Primavera Árabe, y el 27 de enero de 2011 miles de personas se echan a las calles para pedir reformas y apertura, y que el presidente, Alí Abdalá Saleh, en el poder desde 1990, no se presente a la reelección. No es fácil encontrar un hueco en la agenda de Internacional para un país como Yemen, pero de tanto insistir logro que me envíen a cubrir en primera persona las movilizaciones que están produciéndose en la plaza de la Universidad, el equivalente al Tahrir egipcio en Saná. Es un momento interesante, porque Saleh acaba de aceptar una propuesta formulada por el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), órgano regional formado por Baréin, Kuwait, Omán, Catar, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, por la que accedería a dejar su puesto en manos del vicepresidente, Abdo Rabu Mansur Hadi, a cambio de la inmunidad. Así que todo apunta a que el presidente tiene los días contados.

Mis anteriores viajes al país habían transcurrido en situaciones muy diferentes a la actual. Yemen engendra desde hace tres décadas a la bestia del integrismo islámico en lo más profundo de sus entrañas, acogida en valles y desiertos alejados de un poder central incapaz de suplir las leyes tribales que imperan en las provincias. Pero Yemen solo asoma la cabeza al mundo cuando esta bestia se revuelve y golpea contra intereses internacionales, o, al menos, lo intenta. Es la historia que se repite desde el 12 de octubre de 2000,

cuando un comando yihadista atentó contra el buque de guerra estadounidense *USS Cole* en el puerto de Adén, en el sur del país. Diecisiete marineros perdieron la vida y más de treinta resultaron heridos. Fue el despertar de la cara más internacional del terrorismo en Yemen, la tarjeta de presentación ante Occidente de una forma de hacer la guerra que con el paso de los años se ha consolidado como la más efectiva ante la aplastante diferencia militar con las potencias enemigas: el terror. Siete años más tarde, el 2 de julio de 2007, un coche cargado de explosivos y conducido por un suicida se empotró contra un convoy de turistas y mató a once personas, ocho de ellas españolas. El viaje de aventura de veinticinco días por Yemen, las vacaciones de ensueño para este grupo de viajeros por la «Arabia escondida», como rezaba el folleto de la agencia Banoa, organizadora del circuito, se vieron truncadas cuando apenas habían discurrido cuatro días y tan solo habían podido disfrutar de Shihaba, Shibam, Kawkaban, Manakha y Mareb. Les quedaban largas jornadas de todoterreno, de espectaculares amaneceres y de acercamiento a las costumbres locales..., pero el sueño árabe se convirtió en pesadilla a la salida del templo de la reina de Saba, en la localidad de Mareb. Este ataque fue una especie de puesta de largo Al Qaeda en Yemen, y se me quedaron grabadas entonces las palabras de la directora del diario *The Yemen Times*, Nadia al-Sakkaf, quien ya advertía: «Tienen que mejorar mucho las condiciones de vida en el país para que no siga siendo un caldo de cultivo perfecto para terroristas».

El mío fue un viaje relámpago de menos de una semana y estuvo centrado en el ataque contra los españoles. El ejército accedió esos días a abrirnos las puertas de los campos de entrenamiento de la Unidad Antiterrorista yemení, una iniciativa que se hizo efectiva gracias al apoyo de Estados Unidos y de Reino Unido tras el atentado contra el *USS Cole*. Unos doscientos hombres formaban esa fuerza de élite que combatía a Al Qaeda, y llamaba la atención que sus mandos hablaran inglés con acento texano, lucieran uniformes impecables, condujeran Hummer blindados y calzaran las mismas botas que los marines en Irak o Afganistán.

Los esfuerzos en materia antiterrorista, sin embargo, no sirvieron de mucho. La situación no solo no mejoró, sino que fue empeorando, y en enero de 2010 tuve que volver a volar de urgencia al país tras producirse una

cadena de atentados contra intereses occidentales. Al Qaeda en Yemen había crecido y se había convertido en Al Qaeda en la Península Arábiga (AQPA), tras la fusión de las ramas yemení y saudí de la organización liderada por Osama Bin Laden. Este viaje fue muy diferente al anterior, porque Estados Unidos había etiquetado a Yemen como «la nueva amenaza global» y estaba sobre la mesa la posibilidad de enviar tropas. La cooperación con Washington abrió la puerta a los ataques selectivos con aviones no tripulados, al estilo de los que se realizan en el norte de Pakistán. Ante los constantes rumores sobre una posible operación militar internacional, los religiosos yemeníes emitieron una fetua (edicto religioso) llamando a la yihad en caso de que llegaran fuerzas foráneas al país. El no a la intervención militar extranjera (ni con soldados ni con aviones no tripulados) y el no a la construcción de bases para las fuerzas internacionales eran los puntos fundamentales de esta fetua, que recurría a la guerra santa como solución final para «intentar evitar la muerte de miles de civiles inocentes como en Irak o Afganistán». Del mismo modo que ocurría en las dictaduras de otros países musulmanes, activistas de los derechos humanos se quejaban abiertamente ante la prensa internacional del uso que el presidente hacía del factor Al Qaeda para su propio interés, utilizándolo como una especie de escudo para que Occidente le mantuviera en el puesto a cambio de la promesa de controlar a unos yihadistas que no paraban de crecer.

Londres y Washington exigían al Gobierno de Saná su implicación máxima en la lucha contra el terrorismo, pero parecían olvidar que el Gobierno del presidente Saleh tenía y sigue teniendo abiertos otros dos frentes internos que, como el fenómeno integrista, ganan y pierden intensidad, pero no terminan de cerrarse. El actual Yemen se constituyó en 1990 tras media docena de guerras civiles entre la República Árabe del Norte y la República Democrática Popular del Yemen o Yemen del Sur, formado por las povincias sureñas bajo mandato socialista. Las dos partes quedaron unidas tras la firma del Acuerdo de Saná, pero veinte años después las heridas no cerradas habían vuelto a abrirse para dar origen a un brote secesionista que añadió un factor más de desestabilización. El sur reclamaba igualdad de servicios y más atención por parte de Saná; se sentía desfavorecido y exigía su independencia. Los sureños se quejaban, además,

de marginación y discriminación en sectores estratégicos como las fuerzas armadas, en las que los recortes afectaron en especial a militares del antiguo bloque socialista. Lo que empezó como unas simples revueltas populares llegó incluso a una fase de atentados y ataques.

Si en el sur se hablaba de tensión, en el norte la expresión era «guerra abierta», y el mejor ejemplo de ella eran los combates en la provincia de Saada, en plena frontera con Arabia Saudí. Se trataba de un conflicto sectario entre suníes y chiíes, y en él algunos analistas veían ya entonces un tablero de ajedrez regional en el que saudíes e iraníes dirimían la rivalidad histórica entre las dos sectas del islam.

El zaidismo es una rama de la secta chií, la mayoritaria en Irán, aunque en la república islámica el chiismo es duodecimano, único de Yemen. Los hutíes son la milicia zaidí que desde 2004 había librado seis guerras con el Gobierno de Saná, «una guerrilla inspirada en Hizbulá que lucha por la defensa de los derechos y la libertad de culto chií en un país bajo control salafista [corriente reformista dentro del sunismo que impera en el país y que predica la vuelta a los tiempos del Profeta]», me explicó de forma gráfica el analista yemení Sadam al Asmouri en este segundo viaje al país. El líder militar de los hutíes es Abdul-Malik al-Houthi, hermano del fundador del movimiento, Badredin al-Houthi, que, tanto en su forma de hablar como en sus gestos y mensaje, imita a Hasán Nasralá, el secretario general del Partido de Dios (Hizbulá) libanés. Los seis enfrentamientos que se habían producido hasta entonces entre Gobierno y los hutíes habían causado miles de víctimas y el desplazamiento forzoso de decenas de miles de civiles. Según Naciones Unidas, desde el 12 de agosto de 2009 hasta finales de ese año al menos cincuenta mil civiles tuvieron que huir de la zona de combates. Eso significa que el número de personas desplazadas en los últimos seis años era de ciento cincuenta mil.

«Las cosas no son como antes. Lo mejor y más seguro es alojarse en la embajada», me aconseja en Saná un responsable de seguridad español al que conozco de mis viajes anteriores. Así que por primera vez en mi vida me veo durmiendo en una legación española, lo que me causa una sensación extraña encontrándome en una ciudad con una parte vieja llena de hotelitos preciosos,

esa especie de «ciudad de chocolate» que forman las casas torre de múltiples pisos, edificadas con tierra apisonada, y que fue inscrita en la Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco en 1986.

El corazón de la protesta se encuentra en la Universidad de Saná, donde los revolucionarios han montado una gran acampada y permanecen a la espera de que el presidente Saleh siga los pasos de Ben Alí y Mubarak. Se trata de una protesta pacífica, aunque desde que empezara en el mes de enero se han producido algunos episodios violentos, sobre todo por choques con seguidores del presidente o con las fuerzas de seguridad. La fecha clave aquí para los manifestantes es el 18 de marzo, día en el que murieron cuarenta y cinco personas y hubo cientos de heridos en los enfrentamientos, lo que obligó al presidente a decretar el estado de emergencia. Ha sido, hasta el momento, la gran matanza del levantamiento yemení.

No hay que superar control alguno para acceder a la plaza. El ambiente es muy relajado y hay gente de todas las edades. Muchas de las tiendas tienen hasta televisores, que informan sobre el tema del día: la última jugada de Saleh con la oposición y la comunidad internacional. Tras haber anunciado que aceptaba la propuesta del CCG, ahora se desdice. Saleh da marcha atrás en su decisión de aceptar su salida del poder y el secretario general de este organismo, Abdul Latif Zayani, tendrá que regresar a Saná para intentar lograr la firma del pacto que estipula la renuncia del presidente ante el Parlamento y la posterior convocatoria de elecciones en un plazo de dos meses.

«No aceptaremos de ninguna manera la inmunidad. La comunidad internacional está negociando sin tener en cuenta al pueblo yemení, y nosotros lo que pedimos es justicia. Aunque Saleh salga en estas condiciones, no levantaremos nuestro campamento», asegura el abogado y activista de los derechos humanos Jaled al Anesi, encarcelado tres meses atrás, al comienzo del levantamiento, pero que nada más recuperar la libertad ha regresado a la acampada y dispone de una tienda con todas las comodidades posibles. Un paseo por este lugar bautizado como «Plaza del Cambio» permite advertir que el movimiento crece y se extiende ya por al menos quince calles aledañas, por donde se reparten miles de tiendas.

La revolución está pasando factura a una capital sin prácticamente abastecimiento de gas desde inicios de marzo, con cortes de luz permanentes y con escasez de gasolina desde el sábado, lo que provoca largas colas en las gasolineras. «Se trata de una estrategia más de Saleh para que los indecisos nos den la espalda. El objetivo es señalar a los revolucionarios como los culpables de esta falta de energía, pero en realidad son sus tribus leales las que han cortado el suministro desde las provincias», defiende Al Anesi, que trata de mantener el ánimo alto entre los manifestantes. A pesar del paso del tiempo y de las bajas provocadas las primeras semanas por los disparos de las fuerzas de seguridad, la acampada parece firme, y algunos aspiran a extender el campamento hasta las puertas de la residencia presidencial para aumentar la presión.

Al Anesi me pide que le acompañe a una tienda cercana en la que me quiere presentar a una «compañera de lucha» a la que llama con cariño «la Che Guevara yemení». Caminamos entre plásticos, toldos de lona y colchones y más colchones de espuma tirados por el suelo.

Su tienda es como las demás, pero por dentro hay mucho más movimiento. Tauakul Kerman da instrucciones a diestro y siniestro. Cubierta con un pañuelo color morado y vestida de negro, lo hace con tranquilidad, sin elevar la voz y mientras responde a mil llamadas de teléfono. Uno de sus asistentes me ofrece una silla y me sirve un té. Espero unos minutos, y Tauakul se sienta a mi lado y se presenta. «Soy una persona conocida porque llevo mucho tiempo en la oposición, pero no me considero líder de nada ni aspiro a ningún cargo político en el nuevo Yemen. El día después de la caída definitiva de Saleh volveré a mi casa y seguiré trabajando en mi ONG para defender los ideales de quienes están haciendo posible este levantamiento», comenta esta madre de tres hijos que desde finales de enero ha cambiado su casa por esta tienda. Cuando la situación de seguridad lo permite, sus pequeños acuden a visitarla, pero la mayor parte del tiempo está rodeada de su nueva familia, la enorme familia de la Plaza del Cambio.

Las cosas están más tranquilas en las últimas semanas, pero al comienzo del levantamiento las fuerzas de seguridad detuvieron a Tauakul, que permaneció treinta y seis horas en prisión: solo un día y medio entre rejas, gracias a la presión popular, que obligó a las autoridades a liberarle. La idea

original de los rebeldes yemeníes era ocupar la plaza Tahrir de Saná, como se había hecho en El Cairo, pero el presidente se adelantó y, nada más ver que la chispa de Túnez prendía en Egipto y estaba a punto de hacerlo en Yemen, mandó allí a sus hombres, seguidores a sueldo venidos del campo a los que pagaron comida y qat, el popular estimulante vegetal que se masca todos los atardeceres sin excepción en Yemen, para que permanecieran en la calle.

«Trabajo treinta horas al día y aún me falta tiempo para hacer cosas, porque, a diferencia del resto de las revoluciones árabes, aquí el movimiento de protesta no ha sido fruto de las redes sociales, sino del trabajo que hemos llevado a cabo muchos opositores desde 2007 y que ahora tenemos que seguir haciendo minuto a minuto para mostrar al pueblo la necesidad de una transición a la democracia», explica Tauakul, que es hija de un antiguo ministro de Justicia, licenciada en Administración de Empresas y miembro del partido islámico Al Islah, el más importante dentro de la oposición. Confiesa que su verdadera pasión es otra: «El periodismo, y por ello dirijo la ONG Mujeres Periodistas Libres de Cadenas. Los islamistas radicales hablan mal de mí en las mezquitas y me acusan de dejar de usar el nicab, pero no era compatible con mi trabajo de activista social y por eso lo cambié por el velo con el que siempre me cubro. En algunos de mis artículos publicados en 2006 y 2007 anunciaba el estallido revolucionario, y me costaron la cárcel. Estos días son reeditados por los periódicos partidarios de la revolución y leídos por unos ciudadanos que se han unido al eslogan que titulaba uno de ellos: “Saleh, go home!” [“¡Saleh, vete a casa!”]». Muestra los recortes de esos artículos con orgullo; los tiene guardados en una carpeta junto a las entrevistas que la prensa internacional le dedica. Desde *The New York Times* hasta *The Guardian* pasando por cadenas como la BBC o la CNN, su rostro se ha convertido en el rostro de la revuelta, pero ella sigue trabajando como el primer día o más, consciente de que queda un largo camino por delante. Tauakul no tiene mucho tiempo, así que terminamos el té y es hora de seguir por el campamento, donde poco a poco se empieza a ver cierto nerviosismo entre la gente.

El reloj marca las dos de la tarde. Los vendedores de qat despliegan su mercancía entre los manifestantes, y en pocos minutos la Plaza del Cambio se vacía. Cada uno ya sabe dónde está su suministrador, y a él acude para

adquirir su dosis diaria de esta planta de la familia de las celastráceas y de aspecto parecido al de la albahaca. Quita el apetito, aumenta la potencia sexual, ayuda a dormir, estimula para el trabajo, regula la presión arterial... La lista de propiedades del qat (*Catha edulis*) es interminable, y cada vez que uno se detiene ante alguien que está mascando este se las recuerda de forma detallada.

Como el café o el té en las sociedades occidentales, mascar qat es el eje de muchas reuniones, y no son pocas las casas en las que se habilita incluso una habitación destinada a su consumo.

Entro en la tienda de Haza'a al Humeidi, el *sheij* de la tribu Maswar — cada tribu tiene su propia tienda, y hay gente venida de todo el país—, a la hora del qat. Llegado de la provincia de Amran, en el norte, le acompañan los seguidores de su tribu, que, por supuesto, mascan y acumulan también hojas y hojas en sus bocas hasta formar una gran bola que les impide hablar con normalidad. Visten con las tradicionales faldas blancas o *futa*, portan sus jambias en la cintura, algunos turbantes y todos llevan chaquetas americanas azules o marrones: este parece el uniforme tribal. Nunca han hablado con la prensa, y menos con un periodista extranjero, así que tienen curiosidad por hacerlo. Mientras comienza el ritual del qat y se van metiendo más y más hierba en la boca, preguntan por el legado musulmán en España, el clima y si allí se mastica qat o no. Son los temas de la conversación para romper el hielo hasta que se toca el de la revolución.

El *sheij* es oficial de la policía, pero tras la masacre del 18 de marzo decidió unirse a la revuelta. Su postura llevó al presidente Saleh a enviar emisarios a Amran para ofrecerle «mucho dinero y favores a cambio de seguir a su lado», pero él no aceptó. «Tres décadas son más que suficiente. ¿Quieres acaso tener en tu país al mismo líder durante treinta y dos años?», se pregunta bajo la atenta mirada del centenar de seguidores que colapsan la tienda. Al correrse la voz de que hay un extranjero presente, siguen llegando miembros de la tribu, que atienden a la entrevista como a un acontecimiento esperadísimo.

El ambiente es de tranquilidad absoluta, y conforme pasa el tiempo la calma es mayor. El qat hace su efecto, y todo el mundo parece en armonía con una protesta que «ha logrado lo que parecía imposible: unirnos a las

tribus contra Saleh y borrar de un plumazo los problemas que asolaban el país, como las tres guerras internas contra los hutíes, los separatistas del sur y Al Qaeda», confiesa el veterano *sheij* y reflexiona en voz alta: «Queremos vivir como en Europa. Se acabó el Yemen feudal al que nos ha sometido este dirigente. Es la hora del cambio».

Saná no es El Cairo. Todo es más pequeño, más cercano, más crudo, y también está más alejado del foco mediático. El *sheij* y los suyos me han pedido mil veces que pruebe el qat, pero he declinado la oferta, aunque soy consciente de que se trata de un gesto de mala educación, ya que es todo un ritual social en Yemen. Al salir de la tienda, la sensación es de pasearse por un *after hours* a punto de cerrar. Hay un estado de exaltación general entre la mayoría de los manifestantes. De pronto, una llamada por megafonía recuerda que en breve se celebrará un funeral por el último manifestante caído en los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad. Ya no hay grandes masacres, pero el goteo de bajas es diario. Aunque llega muy poca información del resto del país, se sabe que en ciudades como Taiz también hay acampadas contra el régimen.

La marcha fúnebre irrumpe en la Plaza del Cambio presidida por el difunto, que va envuelto en un sudario y metido en una especie de cama de madera. La gente despierta de su letargo y se suma al cortejo en señal de respeto. Al grito de «*Erhal! Erhal! Erhal!*» («¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!»), dedicado a Saleh, la muchedumbre se va concentrando en una especie de rotonda, donde hay un escenario. Una mujer vestida con nicab dirige las soflamas a golpe de megáfono. Tras presentar los respetos al muerto, la concentración adquiere poco a poco un tono festivo, y hombres y mujeres, por separado, bailan y cantan. Aún no han conseguido nada, pero se respira felicidad.

Todo parece tan idílico que no puede ser... Esta región es tan retorcida que algo tiene que fallar; no sé qué, pero algo. La revuelta parece bien encauzada, pero la fuerte presencia de Al Qaeda en la península Arábiga, la diferencia sectaria en hutíes y suníes, las ansias separatistas en el sur... Demasiadas cosas a la vez en un mismo sitio. Con esta idea rondándome la cabeza, salgo de la plaza después de toda una jornada con los manifestantes. Hora de descansar entre los muros de hormigón de la embajada y recargar

baterías, literalmente. Todas las noches, esté donde esté, repito el mismo ritual con cámaras, ordenadores y, sobre todo, teléfonos. Los teléfonos son mis compañeros de sueño. Una oreja en la almohada, la otra en el dichoso teléfono.

## PAKISTÁN

### OSAMA BIN TOWN

*Saná – Islamabad y Abbottabad, mayo de 2011*

—¿Dónde estás?

Son las siete de la mañana y el teléfono me despierta. Un compañero de la radio me da la noticia. El tema es urgente.

—Han matado a Osama Bin Laden en Pakistán. ¿Cuánto tiempo necesitas para llegar?

Pregunta directa y de complicada respuesta teniendo en cuenta que estoy en Yemen, no tengo visado paquistaní y desconozco las conexiones aéreas, pero eso no sirve de respuesta en una situación así.

—Te llamo dentro de una hora, pero creo que podría llegar sin problemas desde Saná a Islamabad. Déjame que lo mire y te aviso — respondo con un tono de serenidad y confianza alejado de las circunstancias.

Esa primera respuesta es básica para tranquilizar al medio y no perder una cobertura. Así de egoísta es este mundo en el que uno vale lo que vale su última cobertura. La producción de un viaje en tiempo récord es una de las claves para ser competitivo.

Reviví por unos instantes lo que me ocurrió en julio de 2007. Entonces estaba también en Yemen cubriendo el atentado de Al Qaeda en el que fueron asesinados ocho turistas españoles y me llamaron para dar el salto a Pakistán porque un grupo de radicales se había atrincherado en la Mezquita Roja de Islamabad. Gracias a que pude obtener un visado con rapidez y a que había una conexión perfecta vía Riad, logré aterrizar a tiempo para cubrir el asalto

de las fuerzas de seguridad paquistaníes al templo, que se saldó con más de doscientos muertos y supuso el primer golpe serio de los grupos yihadistas en la capital. El extremismo religioso dejaba su refugio en las áreas tribales fronterizas con Afganistán para centrarse en Islamabad, y sus gritos de «Yihad o muerte» traspasaron fronteras. Poco después también me tocaría regresar de urgencia a Pakistán, pero esa vez fue por el asesinato de la ex primera ministra Benazir Bhutto en Rawalpindi, solo setenta días después de su regreso al país tras un exilio de ocho años en Dubái y Londres. La Mezquita Roja fue el primer aviso; el asesinato de Bhutto, la confirmación de que la guerra contra el terror comenzaba a librarse en las calles del país y no solo en las zonas fronterizas con Afganistán, las temidas áreas tribales que pronto las autoridades cerraron a la prensa local e internacional.

Cuatro años después se repite la escena en Saná, donde se suponía que iba a cubrir la Primavera Árabe local, y vuelvo a recurrir a la misma fórmula empleada en 2007. Pido la carta de recomendación de la embajada española y me acerco a la legación de Pakistán en Saná. Aporreo la puerta, pero no abren. Aporreo con más fuerza, y un guardia de seguridad me apunta con el arma y me dice que me aparte de la puerta. Pongo la mejor cara posible, esa sonrisa de extranjero despistado que no entiende bien lo que pasa, y le muestro el pasaporte y la carta. El guardia recoge los documentos y se mete en su garita. Al cabo de unos minutos, se abre el portón de acero y un diplomático menudo con cara de dormido me recibe en la entrada.

—Buenos días. ¿Qué desea? ¿En qué le podemos ayudar?

—Buenos días. Necesito viajar de forma urgente a Pakistán y me gustaría solicitar un visado —respondo intentando dar pena.

—Hoy la embajada está cerrada. ¿Puede venir mañana a esta misma hora?

—De verdad que es muy urgente, necesitaría viajar hoy mismo. Se lo ruego. ¿Podría hablar directamente con el embajador?

—Le repito que hoy no trabajamos...

—Por favor, por favor y por favor. Han matado a Osama Bin Laden, soy periodista y tengo que llegar cuanto antes —respondo con rotundidad.

—¿Periodista? Su visado requiere un proceso especial y lleva más tiempo de tramitación. Lo siento, pero es imposible.

—Es posible, es posible. Lo hicimos en 2007 en esta misma embajada. Mire en los registros, seguro que consta. Es posible, le juro que es posible.

—¿Qué pasa ahí abajo? —grita un hombre desde una ventana del edificio. Parece que hemos elevado el tono de voz y le hemos molestado.

—Necesito un visado, un visado urgente para ir a Islamabad hoy mismo —le digo sin saber muy bien quién es y si puede desbloquear el tema.

—¿Eres el periodista español? —me pregunta—. Acabo de hablar con tu embajador...

—Sí, soy yo, soy yo. ¿Es posible obtener un visado?

—Subid, por favor.

El diplomático me acompaña con cara de pocos amigos. Entramos en la legación y subimos por unas escaleras enmoquetadas hasta la segunda planta. Allí está el hombre que he visto en la ventana, vestido con un *salwar kameez* blanco y unas gafas de pasta en la mano. Se pasa la mano por la cabellera blanca antes de estrechar la mía y me pide que pase a su despacho, presidido por una enorme bandera de Pakistán. No hay té, ni tiempo que perder. Me pide el pasaporte, se lo da al funcionario que hace unos minutos no quería dejarme pasar y se sienta en un sillón floreado, justo a mi lado.

—Vivimos horas muy importantes para nuestro país. El líder de Al Qaeda ha muerto a poco más de una hora de Islamabad, nuestra capital, y a las puertas de una de nuestras mayores bases militares, la de la localidad de Abbottabad. Esto puede cambiar el rumbo de la historia en la guerra contra el terrorismo, en la que nosotros, los paquistaníes, somos los que más muertos estamos poniendo —me dice el embajador con tono solemne antes de encender el televisor y sintonizar Al Jazeera, que ya ofrece imágenes en directo desde Islamabad.

Apenas nos da tiempo de mantener la conversación porque el visado está listo. A diferencia de otras ocasiones, al funcionario de turno se le olvida estampar el sello en el que se especifica que el periodista solo puede visitar Islamabad, Lahore y Karachi. Me callo, meto el pasaporte en el bolsillo y les transmito mi agradecimiento absolutamente infinito. Primera prueba superada; ahora toca consultar los vuelos.

En Saná la opción más clara es Yemenia, la compañía nacional. Los aviones parecen modernos y no hay ninguna cafetera soviética a la vista, así que entro en la primera agencia de viajes que encuentro y pido un billete para el primer vuelo que me pueda llevar a Islamabad. Me siento mal por momentos porque tengo la sensación de que dejo de lado a todos los yemeníes con quienes de verdad quería trabajar estos días para cubrir su revolución. Pero en solo veinticuatro horas la actualidad me obliga a pasar página, y me da mucha pena porque no sé cuándo podré volver a este país. Pero no hay tiempo para lamentaciones. A través de la cristalera de la agencia de viajes veo a los manifestantes dirigirse un día más a la Plaza del Cambio... ¡Bingo! Esa misma tarde hay un vuelo a Dubái y de allí puedo enlazar con Emirates, la gran compañía del emirato, hasta Islamabad para aterrizar a primera hora de la mañana. El viaje está hecho.

Vuelvo a recoger mis cosas, llamo a todos los medios con los que trabajo para anunciar que a primera hora de la mañana ya estaré operativo desde Islamabad y trato de recopilar la mayor información posible sobre lo ocurrido esa noche en Abbottabad. Hay que cambiar el chip yemení por el paquistaní.

El aeropuerto de Saná es un caos. El país vive una revolución y hay protestas diarias; mucha gente opta por marcharse y buscarse la vida en otro país. El Airbus de Yemenia sale puntual y en Dubái apenas tengo un par de horas de escala, por lo que para cuando quiero darme cuenta estoy en el aparcamiento del aeropuerto internacional Benazir Bhutto regateando con un taxista el precio para ir directo a Abbottabad.

Los taxistas de aeropuerto son una raza diferente, y, en el caso de Islamabad, cuando se les saca del trayecto habitual a un hotel de la ciudad, la negociación puede derivar en una auténtica cumbre multilateral en la que todos los colegas presentes toman parte y el precio se establece de acuerdo al interés común. Tengo la opción del Suzuki Mehran, el pequeño utilitario de color amarillo que inunda las calles del país, y la de pagar el doble y viajar en un Toyota Corolla. Mi experiencia en largos recorridos —más de dos horas por el asfalto de Pakistán es una eternidad— en Mehran no es positiva, así que me rasco el bolsillo y me quedo con el Toyota.

Mi taxista está contento con el trato. Habla un inglés entendible y me dice que es oriundo de Hazara, región de la provincia de Khyber Pakhtunkhwa, donde se encuentra Abbottabad. Me recuerda que esta fue una de las zonas afectadas por el terremoto que sacudió Pakistán en 2005 y que entonces llegaron hasta aquí las televisiones de todo el mundo..., con lo que trata de explicarme que son gente acostumbrada a los periodistas. El circo mediático ha vuelto, pero esta vez con un objetivo diferente.

Finalmente no son dos, sino tres las horas de coche necesarias para cubrir los ciento cincuenta kilómetros de distancia que nos separan de Islamabad, ciento cincuenta kilómetros que miles de personas realizaban hasta ahora todos los viernes para ir de pícnic sin ser conscientes de que iban a estar a muy pocos metros de la casa del terrorista más buscado del mundo. Es también la carretera que llega a la frontera china, la ruta que los extranjeros amantes de la montaña deben tomar para acercarse a puntos de salida de importantes *trekkings*, como Gilgit —puerta del K2—, y que lleva a Havelian, una población sagrada para los sij, que vienen de todo el mundo en frecuentes peregrinaciones.

No hay que ser un lince para dar con la vivienda de Osama: basta con seguir la procesión de vecinos que caminan a ambos lados de la carretera en dirección a una casa blanca de tres alturas rodeada por una tapia. Se alza en medio de un gran prado a las afueras de esta localidad de ciento cincuenta mil habitantes, famosa por albergar el equivalente al West Point de Pakistán. Abbottabad se encuentra a las puertas de las zonas tribales que conforman la frontera entre Pakistán y Afganistán y que son el gran santuario yihadista. Lo suficientemente cerca para llegar a ellas, lo suficientemente lejos para vivir a resguardo de los ataques de los aviones no tripulados. Es, además, más cómoda y está más próxima a las comodidades de la capital, Islamabad, un argumento de peso que debió de convencer al líder de Al Qaeda para plantar aquí su refugio.

El «enemigo público número uno» a cuya captura «vivo o muerto» George Bush puso un precio de cincuenta millones de dólares había muerto a los cincuenta y cuatro años en el exilio paquistaní, su tercer país de acogida después de pasar por Sudán y Afganistán. La imagen de Osama vestido de uniforme militar, tocado con un turbante blanco y Kaláshnikov en mano, no

era la que correspondía a un magnate saudí de su categoría. Él renunció a una vida como empresario de la construcción en alguna de las empresas familiares para consagrarse a la yihad y logró convertirse en el auténtico icono del islamismo radical.

Osama fue el decimoséptimo hijo de los cincuenta y dos que tuvo su padre, un importante magnate del ladrillo de origen yemení que hizo fortuna gracias a sus relaciones con la familia real saudí. La causa religiosa no llamó a las puertas de su corazón y su mente hasta comienzos de los ochenta, cuando viajó a Peshawar, en el norte de Pakistán, para enrolarse en la guerra santa contra la Unión Soviética, como hacían miles de jóvenes musulmanes en aquellos días. Una iniciativa aplaudida y respaldada por Washington, que veía en estos voluntarios un elemento más para vencer en su «guerra fría» particular contra Moscú. Allí comenzó a gestarse su idea de formar una bolsa de guerrilleros árabes procedentes de todo el mundo para apoyar a los afganos que en 1988 se convirtió en Al Qaeda («la base»).

Tras los atentados del 11S —operación de la que se le acusa de ser financiador e ideólogo junto a Aimán al Zauahiri, su sucesor al frente de Al Qaeda— y la invasión estadounidense de Afganistán, pasó a la clandestinidad absoluta. Su última aparición pública tuvo lugar en las montañas afganas de Tora Bora; después solo se le vio en mensajes de vídeo, hasta que la Operación Gerónimo llevó a las fuerzas especiales (SEAL) de Estados Unidos a Abbottabad y uno de sus miembros le pegó un tiro en la cabeza. Punto final.

Aparcamos junto al edificio blanco, en un gran maizal reconvertido en aparcamiento. Las puertas están cerradas y hay protección policial. Una nube de curiosos y periodistas rodea el lugar, y los vendedores de pipas, agua y helados se apelotonan en los pequeños caminos de tierra. Ya estoy en la casa, pero poco se puede hacer aquí aparte de hablar con los vecinos, aunque con tanta prensa la mayoría están aburridos de contar la misma historia una y otra vez.

Cuando el reloj marcaba las cuatro de la tarde en Washington —once horas menos en Pakistán—, el presidente Barack Obama, acompañado de su equipo de confianza, se sentaba ante los monitores de la sala de reuniones, que por un día se convirtió en sala de operaciones militares. Veintitrés

miembros de las fuerzas especiales, un traductor y un perro estaban a punto de matar al hombre que durante una década había burlado al ejército más poderoso del mundo. Cuando Obama hizo pública la noticia de su muerte en un mensaje especial dirigido a la nación, los ciudadanos norteamericanos estallaron de alegría y se echaron a las calles para celebrar la muerte del enemigo público número uno, de la persona a la que consideran responsable del atentado contra las Torres Gemelas. Mientras, a miles de kilómetros de distancia, Abbottabad amanecía y los vecinos se acercaban a una casa que «aún olía a pólvora», según recuerda Mohsen Alí, que vive a apenas cinco minutos y que aún no termina de creerse que Bin Laden haya sido su vecino los últimos seis años.

—Parece increíble, pero es posible, ya que se trataba de la típica casa de pastunes que pese a encontrarse en el pueblo estaba construida a su estilo. Aquí todos sabemos quién vive en cada casa, nos conocemos todos porque en la pedanía de Bilal no somos más de mil vecinos; pero en el caso de los pastunes es diferente, porque si alguien osa asomarse por el muro le abren la cabeza —me cuenta Mohsen, que estudia Ingeniería y habla un inglés perfecto.

Mientras los helicópteros norteamericanos volaban desde la base afgana de Bagram hasta Abbottabad —con unos sistemas de inhibición que les hicieron invisibles a los radares— para matar a Bin Laden, nadie se podía imaginar lo que iba a suceder. A las pocas horas, los medios paquistaníes comenzaron a hacerse eco de la caída de un helicóptero cerca de la academia militar de Abbottabad, y después llegó el discurso de Obama que dejó a todos boquiabiertos. El director de la CIA, Leon Panetta, declaró que no se había informado a los paquistaníes de la operación por miedo a que no mantuvieran el secreto, una muestra de la poca confianza que se profesan los servicios de inteligencia de ambos países, aunque, sobre el papel, combaten juntos al terrorismo.

Mohsen Alí me acompaña a dar una vuelta por la pedanía. Los vecinos trabajan la tierra como en la Edad Media, y hay que andar con cuidado por los maltrechos caminos de tierra. El saneamiento de las casas va directo a las calles, y el olor a excremento y orín se mezcla en el aire con el de las imponentes plantas de marihuana que brotan espontáneamente.

—Somos gente muy pobre, muy pobre, y ahora nuestro pueblo va a quedar para siempre vinculado a este terrorista. Es una gran desgracia, ¿no te parece? —me pregunta, apesadumbrado, mientras me guía por unas callejuelas imposibles—. Ya falta poco.

Mohsen quiere presentarme a Masod Iqbal Mashadi, periodista local que abandera la campaña para impedir que se demuela la casa de Bin Laden, un rumor que cobra fuerza con el paso de las horas, ya que las autoridades no quieren que se convierta en un lugar de peregrinación. Llegamos a una pequeña casa de una sola planta, con un puesto de venta de hortalizas a la puerta, y Mohsen llama a su amigo, que no tarda en salir.

—Hay que abrir las puertas a la prensa mundial y después dejarlo todo tal cual para que podamos seguir viniendo aquí a hablar de lo ocurrido. Su muerte ha reabierto el debate sobre el apoyo paquistaní a Bin Laden y a otros terroristas, y es bueno que la gente hable de eso —opina este veterano reportero, que fue uno de los primeros en llegar a la casa la mañana del lunes e informar sobre lo que estaba ocurriendo. En su primer reportaje renombró Abbottabad como «Osama Bin Town».

—No estoy de acuerdo. Yo creo que una vez que se investiguen las causas es mejor derribar la casa para siempre —interrumpe Mohsen—. Se podría convertir en un monumento en homenaje a Al Qaeda, y eso no puede ser.

La discusión en inglés pronto pasa al urdu, y ya no entiendo nada. Está claro que es el tema estrella entre los vecinos, pero está aún más claro que la decisión la adoptarán en Islamabad, no en Abbottabad, donde los seis años de vida de Osama como vecino son una incógnita tan grande como su muerte. Ello provoca que algunas personas hablen de «montaje» y «teatro» por parte de Estados Unidos y pidan una y otra vez que les muestren una fotografía del cuerpo como prueba.

Vuelvo al maizal, y ante la casa los fotógrafos esperan con los brazos cruzados la apertura de alguna puerta o ventana para tener algo diferente. Pero nada. Pasan las horas, y al caer la tarde las fuerzas de seguridad inician la evacuación de periodistas y curiosos. Momento de regresar a Islamabad y llamar a contactos en los servicios de inteligencia para intentar aclarar lo

ocurrido. Durante el viaje tiro de agenda. Muchos comunican, y los que responden, la verdad, están tan sorprendidos como yo y no aportan demasiada luz.

«No es la primera vez que un terrorista elige un lugar así para pasar inadvertido. Todos esperábamos que estuviera perdido en mitad de las montañas o escondido bajo tierra, y al final estaba a las puertas de una base militar y cerca de la oficina de los servicios de inteligencia [ISI], donde nadie se lo imaginaba. El factor sorpresa es decisivo con esta gente, y así ha quedado demostrado una vez más», me comenta un experto en temas de seguridad que lleva años trabajando en el país asiático y que, como siempre ocurre con este tipo de fuentes, pide permanecer en el anonimato. ¿Cómo es posible que Osama tuviera su refugio justo frente a los servicios de inteligencia y del ejército y que nadie se diera cuenta en seis años?

Ha muerto Osama Bin Laden. No me lo puedo creer. Los estadounidenses dicen que tiraron su cuerpo al mar..., pero sus seguidores quieren ver pruebas, y ante la falta de imágenes el espíritu de Osama sigue vivo en el inconsciente de muchas personas que vieron en el millonario saudí a un valiente capaz de enfrentarse a la mayor potencia mundial.

Llegamos a la capital muy tarde y vamos directos a la casa de huéspedes donde me gusta alojarme, Jacaranda, en el distrito F7. Estas casas son una alternativa segura a los grandes hoteles como el Marriott, que tanto gustan a los occidentales pero que son carísimos y objetivo claro de la insurgencia. Me alojo en la segunda planta, en una habitación con techos muy altos y un ventanal que da a la calle principal y tiene un balcón donde corre algo de aire en los atardeceres pegajosos de Islamabad. Al entrar en el cuarto, encuentro en la mesilla el diario *Dawn*, uno de los periódicos más importantes de Pakistán, y entre las páginas sobre la cobertura de la muerte de Osama veo un reportaje datado en Chak Shah Mohamed, aldea en la que el líder de Al Qaeda tuvo su primer refugio al llegar al país. La noticia que todos los medios esperan ahora es la gran respuesta de Al Qaeda a la pérdida de su creador, pero, como ocurre normalmente en estos casos, cuanto más espera uno que suceda algo, menos sucede. Y cuando nadie lo espera, ¡zas!, sorpresa.

Antes de acostarme envió un mensaje al taxista que me ha llevado a Abbottabad para pedirle que me recoja a primera hora y me lleve a Chak Shah Mohamed. Esa noche me duermo pensando en Bin Laden. Estados Unidos ha necesitado diez años para vengar el 11S, pero ya lo ha conseguido. ¿Será el final de Al Qaeda? ¿Qué vendrá después?

No hace falta que suene el despertador. El taxista llega con los primeros rayos de sol, que entran en la habitación superando los cortinones ajados de fieltro granate. Primero a bocinazos y luego con el móvil, me recuerda que tenemos un viaje pendiente. Repetimos la ruta de la víspera, porque Chak Shah Mohamed está unos kilómetros antes de Abbottabad. La aldea no tiene ni letrero que lo identifique y hay que preguntar para ponernos en la dirección correcta. Por suerte, no soy el único que ha leído el *Dawn* y más prensa ha tenido la misma idea esta mañana, así que pronto formamos un equipo de periodistas en busca de la pista de Bin Laden. Pronto hay que dejar el asfalto y los coches y adentrarse a pie por un camino de tierra que surca campos y más campos de trigo.

Todos saben el motivo de nuestra visita, pero nadie quiere hablar. «Aquí nunca hemos visto a Bin Laden. Él era un hombre rico, ¿qué se le habría perdido en estas tierras?» Sayad y sus dos hermanos, Azim y Nazim, llevan en su bicicleta lentejas cocinadas a los trabajadores que estos días desafían el sol para cosechar el trigo. Esta pequeña pedanía de Haripur, de apenas dos mil quinientos vecinos, fue residencia de Osama y su familia entre 2003 y 2005, según los servicios de inteligencia paquistaníes. Chimeneas de humo negro y espeso anuncian la presencia de pequeñas fábricas de ladrillos, la única nota que rompe la armonía de un paisaje medieval más acorde con lo que se suponía como refugio de Bin Laden que la casa de campo donde fue sorprendido. Los vecinos viven en casas excavadas en la tierra, que con el paso de los años se han convertido en cómodas estancias que conservan el frescor en verano y el calor en invierno.

Mohamed Wasim nos observa desde la entrada de su cueva. «Aquí nos conocemos todos; llevamos muchos años las mismas familias residiendo en esta tierra, que pertenece a un señor con mucho dinero llamado Jursid Anuar Jan. Solo los pastunes que trabajan en el ladrillo vienen de forma temporal. Deberían preguntar allí», aconseja este vecino señalando una chimenea

próxima mientras da un salto y se dispone a acompañarnos. Dos vacas a la sombra de un techo de paja son el orgullo de este padre de familia, que, como el resto de los habitantes de la zona, vive sin agua corriente ni electricidad y se ha enterado de la muerte de Bin Laden por los periodistas.

El sendero que nos indica discurre entre espigas de trigo a punto de ser recogidas. Una decena de trabajadores se esfuerzan en poner los ladrillos en pilas para que otros compañeros los puedan colocar de forma ordenada en los carros. Se trata de emigrantes afganos venidos de las provincias del sur de su país —las más castigadas por la guerra con la OTAN— en busca de trabajo, y que repiten una y otra vez: «No sabemos nada de Bin Laden. Le conocemos porque su foto la conoce todo el mundo, pero nunca le vimos por aquí».

Al igual que en Abbottabad, los vecinos tienen miedo de hablar. Al menos cuarenta personas han sido detenidas en las últimas horas por su presunta vinculación con la familia Bin Laden, y la investigación sigue abierta. El responsable de la pequeña factoría de ladrillos artesanales vuelve a pronunciar el nombre del señor feudal, Jursid Anuar Jan, como única fuente capaz de aclarar el pasado de Bin Laden en Chak Shah Mohamed. Para llegar a su casa hay que dejar atrás los trigales y las cuevas y enfilar hacia Haripur, y solo con pronunciar su nombre los vecinos señalan la dirección de la residencia. Es un poco ridículo seguir preguntando en cuevas y fábricas de ladrillos por alguien que supuestamente vivió aquí hace ocho años, así que volvemos al asfalto en busca del señor feudal.

Su casa es la más grande de Haripur, toda una mansión en mitad de un mar de chozas, y nada más llamar a la puerta nos atiende con gran amabilidad. «Somos dueños de la tierra desde hace quinientos años y por eso el terreno lleva el nombre de mi antepasado que la adquirió», responde Jursid Anuar Jan, que no ha tenido tiempo aún de despertar de «la pesadilla» de ver el nombre de sus terrenos «en los medios relacionados con Osama» y lamenta que «con todo esto solo se está consiguiendo atemorizar a los vecinos, que viven aterrorizados pensando que un avión no tripulado les puede atacar de un momento a otro con un misil». Pero ¿vivió o no Osama en una de las cuevas de Chak Shah Mohamed durante dos años como afirman los servicios de inteligencia? «No, no, no y mil veces no. Desconozco por qué ha salido este nombre y no otro, pero esto solo es una parte más de la gran farsa

montada por los norteamericanos para cantar victoria. Solo el tiempo sacará la verdad a la luz», sentencia con rotundidad el terrateniente, que nos invita a comer algo. Me excuso de la forma más educada posible porque debo regresar a Islamabad.

Como todo lo que rodea a Bin Laden, esta historia de las cuevas puede ser tan cierta como falsa. Realmente no tenemos ni idea sobre la figura del saudí cuyo retrato hemos construido a través de la propaganda de Al Qaeda y de los informes de las agencias de inteligencia, que en muchos casos no parecen tan inteligentes. Regresamos a la capital con más preguntas que respuestas. ¿Cómo podía vivir a las puertas de una gran base militar y que no lo supiera nadie? ¿No estaba al tanto el todopoderoso ISI de la presencia de Osama en Pakistán? ¿Estaría dándole refugio a espaldas de Estados Unidos? ¿Le han matado o se lo han llevado, como cree la mayoría de sus seguidores? Veintitrés años después de crear Al Qaeda y una década después del 11S, Osama desaparece de la escena y los estadounidenses cantan victoria, pero no parece que matar a Bin Laden suponga el final de la amenaza global a la que consagró su vida. ¿Qué vendrá ahora? ¿Cómo será la nueva cara del yihadismo pos-Osama? Da miedo pensar en la respuesta.

## LIBIA

## TODOS CONTRA GADAFI

*Sirte, octubre de 2011*

Tirado sobre una manta. Desnudo de cintura para arriba. Despojado de sus túnicas extravagantes y con el pecho ensangrentado, Muamar Gadafi se despide de los suyos en una cámara frigorífica del mercado central de Misrata. Cuarenta años en el poder, mansiones y millones derrochados no le han servido para diferenciarse en el momento de su muerte de los miles de fallecidos en la revuelta. Su mirada altiva, caída para siempre. Sus palabras amenazantes, mudas frente a los insultos que le profieren los civiles que hacen cola para ver su cuerpo. No vienen en señal de duelo: vienen para mostrar su odio. Acuden en familia, como Fuad, que trae a su hijo Alí. «Se llama igual que mi padre, al que nunca conoció porque le mató este canalla. Quiero que el niño le vea la cara de cerca y no olvide nunca quién mató a su abuelo», asegura, y levanta los dedos al cielo al grito de «¡Dios es grande!», auténtico salvoconducto en la nueva Libia pos-Gadafi. Fuad insta a Alí a golpear el cadáver, a meterle los dedos en los agujeros de bala. No hay respeto alguno por los restos de un ser tan odiado. «Huele como todos los muertos y está amarillo como todos. ¿Qué tenía de superhombre? Nada, absolutamente nada», reflexiona Rafah, exveterano del ejército libio que se acuerda en estos momentos de los «miles de jóvenes que ha perdido Misrata por su culpa».

El mercado central es también la base de la Brigada Faslum, una de las más de cien que hay en Misrata. Es la ciudad que más ha sufrido durante la guerra y en la que ha recaído la responsabilidad de cuidar el trofeo máspreciado. Uno de los mandos de este grupo opina: «Lo mejor sería hacer lo que los estadounidenses hicieron con Osama Bin Laden: tirarlo al mar y olvidarnos para siempre. ¿Acaso merece algo mejor?». El coronel Bashir Alí es más diplomático y responde: «Nuestro trabajo es tener el cuerpo a buen recaudo. Lo que se haga con él ya no es decisión nuestra. Además, somos musulmanes, y por eso creo que debemos enterrarle como cualquier musulmán se merece». Hay un debate abierto sobre lo que se debe hacer con este cuerpo, y yo tengo también que pensar rápido. No ha llegado aún mucha prensa, así que se pueden meter cámaras, y algunos colegas de televisión se filman en entradillas acucillados junto al cadáver. Es una opción, pero yo no lo veo claro. Además de estar solo y tener que instalar el trípode, dar la vuelta al visor y buscar un buen encuadre en medio de la excitación general, y con más periodistas al caer, tengo dudas sobre si es correcto o no hacerlo. Por eso, después de una rápida deliberación conmigo mismo, decido que me grabaré en la entradilla fuera, junto a la gente que espera para entrar. Muchas veces he tenido estos momentos de duda, pero al final hay cosas que es mejor que se queden para uno mismo. Algo complicado en esta era digital en la que lo queremos fotografiar y grabar todo, y peor aún en el ámbito de la televisión, donde a veces importa más que aparezca el logo de la cadena que lo que se dice realmente. Me quedo ese olor a sangre, a muerte y a sudor, los gritos de odio de la gente, los dedos de los niños golpeando la cabeza a Gadafi y tirándole del pelo, y la sensación de ser testigo de la historia, de tener delante de los ojos un fragmento de la historia reciente.

Aterricé ayer en Túnez para cubrir las elecciones, pero cuando esperaba que saliera la maleta vi en un televisor del aeropuerto la imagen de un hombre ensangrentado, rodeado de gente armada que le zarandeaba y gritaba. Se parecía mucho a Gadafi... y resultó ser Gadafi. Así que cogí un taxi y, en lugar de pedir que me llevara al mítico hotel Carlton, nido de periodistas estos días posrevolucionarios, le pedí que me acercara a la estación de la que parten los vehículos colectivos hacia Trípoli. Me subí en la primera furgoneta que se llenó y, tras un viaje eterno, la paciencia del conductor y la suerte de

tener en la capital libia un contacto como Rafah, antiguo traductor de español del régimen al que había conocido durante la liberación de la ciudad, me permitieron cruzar la frontera de forma milagrosa. Empalmé con otro coche y me planté en el frigorífico de Misrata, ante los restos de Gadafi, menos de veinticuatro horas después de su apaleamiento y asesinato a manos de las fuerzas rebeldes. Lo importante era llegar cuanto antes, pero según iba superando obstáculos me daba cuenta de que iba con poco dinero en metálico y no llevaba satélite para poder transmitir...

Al pueblo libio le costará olvidar cuatro décadas de dictadura, y por eso estos primeros instantes son de auténtica conmoción para la mayoría. Gadafi se hizo con el poder el 1 de septiembre de 1969 tras liderar una revolución que acabó con el reinado de Idris I. Tenía entonces veintisiete años y un ideario socialista y anticolonialista con el que aspiraba a recoger ante los árabes el testigo del líder egipcio Gamal Abdel Nasser. Inmediatamente anuló la Constitución de 1951 y la sustituyó por una especie de proclamación constitucional temporal compuesta por treinta y siete artículos que suprimían cualquier referencia a la monarquía y al sistema parlamentario anterior. Quince años después de hacerse con el poder presentó su Libro Verde, que se convirtió en la principal fuente de jurisprudencia. El «hermano líder de la revolución», como se autoproclamaba, intentó solucionar los problemas de la democracia y la economía a través del «poder del pueblo», y para ello formuló la Tercera Teoría Universal, que convirtió Libia en la Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular Socialista. Un «Estado de las masas» que emocionó al comienzo y terminó por desesperar a los ciudadanos sometidos a los caprichos del autoproclamado «guía supremo».

Los libios que no pueden acercarse a Misrata pueden seguir este momento histórico por la televisión nacional, que tiene una programación en bucle que emite sin parar imágenes de la captura y el linchamiento del exmandatario. Esto recuerda a la escena del momento del impacto de los aviones en las torres de Nueva York el 11S, que ya forma parte del inconsciente colectivo: una y otra vez, un Gadafi humillado aparece ante los ojos de todos los libios que tanto le padecieron. «Hoy es el día más feliz de mi vida y he venido aquí para celebrarlo, sin más», me dice Mohamed, joven miliciano que, ayudado de una muleta, hace cola con paciencia a que llegue

su turno, y añade: «Es la segunda vez que hago cola. No me pienso mover de este lugar». Junto a él aguarda un grupo de milicianos que la víspera estuvieron en Sirte y asistieron en directo al histórico momento de la captura. «Fue a las afueras de la ciudad —recuerdan—. Los mandos ya nos habían avisado de que podía haber alguien importante en la zona debido a la dureza de la respuesta que estábamos encontrando. Uno soñaba con cazar a Gadafi, pero era eso: un sueño», afirman, orgullosos.

Todo está previsto para que en las próximas horas el presidente del Consejo Nacional Transitorio (CNT), Mustafá Abdul Jalil, exministro de Justicia de Gadafi y uno de los primeros en desertar del régimen, declare «la liberación de Libia» y se ponga en marcha el proceso de transición que desembocará en una nueva Constitución y elecciones... ¡Qué bonito suena! Este paso y el «inminente final de la operación» de la OTAN, según el almirante James Stavridis, son posibles tras la muerte de un dictador al que hasta su captura todos suponían perdido en mitad del desierto y al que pocos confiaban en cazar. Como ocurrió con Sadam Husein en Irak, tantos años en el poder dibujaron una percepción en la mente de los libios de una especie de ser todopoderoso e intocable..., pero resultó ser tan humano como el resto, sobre todo cuando la OTAN le puso en su punto de mira.

Los milicianos que protegen el mercado de Misrata quieren pasar página cuanto antes. Es momento para la épica, para colgarse medallas, por eso no es difícil encontrar a un combatiente dispuesto a viajar hasta el lugar donde se produjo la captura, a las afueras de Sirte. Es un viaje de doscientos setenta kilómetros, y quedo con un miliciano para poder hacerlo mañana a primera hora. Ahora tengo que buscar un sitio en Misrata donde alojarme y una conexión a internet desde la que poder hacer los envíos.

La guerra en Libia ha tenido tres frentes muy marcados, y cada uno ha jugado un papel diferente en el final de la dictadura. En los últimos nueve meses, los periodistas hemos podido elegir entre cubrir una guerra en las montañas de Nafusa, entrando desde Túnez, otra en el desierto, desde Bengasi a Sirte, y una tercera centrada en Misrata, donde se han librado los combates urbanos más violentos. La única opción de alojamiento disponible en esta ciudad costera es un hotel reventado con habitaciones sin puertas y que parece más un cuartel rebelde que otra cosa. Pero no es momento para

exquisiteces, así que aparco mis cosas y me apresuro a volver a la calle: la gente se concentra en las plazas con fuegos artificiales para celebrar el final de la dictadura. Los milicianos vacían sus cargadores apuntando al cielo. En una de las arterias principales han abierto un «museo de la revolución», presidido por la famosa escultura del puño que aplasta un caza estadounidense que hasta finales de agosto estaba a las puertas de la residencia oficial de Gadafi, Bab al Aziziya, en Trípoli. Los combatientes de Misrata, que tomaron parte activa en el asalto a la capital, se la llevaron como trofeo de guerra y ahora está expuesta en este particular museo. Hasta que ha muerto Gadafi parecía que la obra revolucionaria estaba incompleta, y cuando ya lo daban por desaparecido, ha saltado la gran sorpresa.

En el vestíbulo del hotel Albaraka, el único que queda en buen estado pero que está completo ante la llegada de las grandes cadenas de televisión, ofrecen conexión a internet, y me siento en un sofá de cuero negro a intentar ordenar las ideas. Ver activo el icono de la señal del wifi en el ordenador causa un placer inmediato; uno solo valora una buena conexión cuando no la tiene. Una vez conectado, pido un café expreso cortado con una gota de leche condensada y abro la carpeta llamada «Libia».

Puse por primera vez un pie en este país el 25 de febrero. Llegué a la frontera procedente de El Cairo. Después de dos semanas de trabajo intenso en Egipto, la caída de Hosni Mubarak provocó que el foco de interés se trasladara a Libia. Siguiendo el ejemplo de tunecinos y egipcios, los libios se levantaron contra el régimen, y fueron las ciudades del este, Tobruk y Bengasi, las primeras en explotar. La división histórica entre las provincias de Tripolitania, Fezzan y, sobre todo, Cirenaica rompió las costuras tejidas durante cuarenta y dos años de dictadura militar, y la Gran Yamahiriya Árabe Libia Popular Socialista diseñada por Gadafi comenzó a descomponerse.

En la frontera, lo primero que llamaba la atención era la presencia de centenares de trabajadores bangladesíes de la planta que la multinacional Hyundai tenía en Libia y que habían sido evacuados desde la misma fábrica. Vestidos con sus monos de trabajo y con las tarjetas de identificación al cuello, se protegían del frío con mantas donadas por el Ejército egipcio y comían lo que los soldados les daban. Una estampa funesta. «Los jefes coreanos salieron en aviones, pero a nosotros nos mandaron en autobuses a la

frontera. Muchos no tenemos ni el pasaporte encima porque nos trajeron directamente de la fábrica, sin pasar por nuestras casas», nos contaba uno de los operarios, que pedía a la prensa internacional que diéramos a conocer su situación, pero íbamos con demasiada prisa... «¿Qué va a ser de nosotros?», se lamentaba este trabajador a la espera de que alguien de la compañía o de su embajada acudiera en su auxilio. Su espera contrastaba con el tránsito constante de trabajadores egipcios que volvían a casa huyendo de los combates. Su triste espera ocupó unos segundos de pieza de televisión o un párrafo en las crónicas del día siguiente; no más.

Los únicos extranjeros que seguíamos el camino inverso éramos los periodistas de todo el mundo que por fin podíamos trabajar en Libia sin necesidad de cumplir con los interminables trámites burocráticos exigidos hasta entonces. Los exmilitares de Gadafi celebraban la llegada de cada informador con el símbolo de la victoria y en el puesto fronterizo en el que habían desaparecido los símbolos relacionados con la Yamahiriya. Querían mostrar al mundo esta parte de Libia, que se ha sublevado contra cuarenta años de dictadura, y se preocupaban por encontrar vehículos para que pudiéramos llegar lo antes posible a Bengasi, la considerada cuna de la revuelta... Pero el trayecto era de setecientos kilómetros, por lo que convenía parar en Tobruk, a medio camino. Sobre todo porque a ese viaje había que sumar los setecientos kilómetros anteriores desde la capital egipcia hasta el paso de Sallum. Y se ofrecían a llevarnos gratis, sin cobrar un solo dólar.

Yo opté por ir directo; una paliza, pero mereció la pena. Por primera vez en mucho tiempo tenía la sensación de que todo era nuevo para mí y para los protagonistas de las historias que quería contar. Los coches iban al puerto; allí, una pequeña explanada se había convertido en una especie de Tahrir en miniatura y miles de personas se reunían todas las tardes con las banderas rebeldes, rojas, negras y verdes, para pedir la caída de la dictadura. La prensa mundial nos concentramos en los dos hoteles que quedaban abiertos y acudíamos a trabajar al «centro de prensa» montado por los rebeldes.

Las fuerzas de Gadafi estuvieron a punto de entrar en Bengasi a mediados de marzo, pero cuando los combates ya estaban en el acceso principal se produjo la intervención de Francia, y sus aviones evitaron la llegada de los gadafistas. Ese día fue el comienzo del final de la Yamahiriya

y el inicio de la guerra en el desierto, en la que todos los días recorríamos kilómetros y más kilómetros siguiendo a los rebeldes en su avance hacia Sirte. Una guerra caótica que discurría carretera arriba, carretera abajo, en la que vivíamos de bocadillos de atún y litros de café. Se avanzaba hasta donde llegaban los *pick-up* de los rebeldes, y había que esperar a que los aviones de la OTAN golpearan a las tropas de Gadafi para que los combatientes libios dieran un paso al frente. La mayoría eran jóvenes voluntarios sin armas, sin comida, sin dinero, sin teléfono..., que se habían conformado con tomar parte en los cursos de preparación organizados por las fuerzas armadas leales a la revuelta, cursos que en muchos casos duraban una hora y tras los que los muchachos partían a la primera línea de combate haciendo autoestop.

El frente menos cubierto por los medios y que al final resultó ser la vía directa a Trípoli fue el de las montañas de Nafusa. Había que acceder desde Túnez por el paso fronterizo de Wazim, en el que una gran pintada rezaba «¡Bienvenido a la Libia libre!» y que era la única vía de suministro para los rebeldes del frente oeste, el más próximo a la capital. Nalut es el centro regional de las montañas de Nafusa y, junto con Zintán, cumplía en el este la función que Bengasi tenía para los revolucionarios en el oeste, en la Cirenaica. Aquí los nativos hablan una lengua propia —prohibida por el anterior régimen—, pero para definirse, en vez de «bereber», un término que se considera algo despectivo, prefieren usar *amazig*, «los hombres puros de las montañas». El miedo a posibles brotes separatistas en estas montañas llevó a Gadafi a marginar a esta minoría, que representa entre el 5 y 10 por ciento de la población total del país. Una brutal política de asimilación perseguía que los bereberes renegaran de sus orígenes y se identificaran como árabes, pero no lo consiguió. Cuando todos esperaban un ramadán tranquilo, las fuerzas rebeldes de las montañas de Nafusa aprovecharon el mes santo para lanzar una fuerte ofensiva contra la capital y, con apoyo de la aviación de la OTAN, lograron su objetivo. Después de que la atención internacional llevara meses centrada en el frente del desierto y en los avances desde Bengasi a Sirte, finalmente los guerreros de Zintán y Nalut liberaron Trípoli.

Los primeros días en la capital resultaron complicados debido a la presencia de focos gadafistas en distintos barrios, pero poco a poco la resistencia se fue reduciendo hasta desaparecer del todo. Yo entré con ellos,

en la parte trasera de un *pick-up*, sin tener muy clara la situación, y de pronto me vi a las puertas de Bab al Aziziya, ante una pintada que rezaba «Todos somos Muamar y le queremos». El cuartel general de Gadafi había caído en menos de cuarenta y ocho horas de combate. Los milicianos de Zintán, Misrata y Zawiya subían a lo alto para colocar su bandera y dar gracias a Dios y a la OTAN, que se había encargado de atacar en más de sesenta ocasiones esta fortaleza en la que varios edificios eran puro escombros. Mientras los combatientes jugaban a ser más patriotas que nadie, cientos de civiles aprovechaban la ocasión para llevarse todo lo que podían: cristalería, vajillas, televisores, sillones, cables, lámparas y hasta grifería. Confieso que yo también participé del saqueo colectivo. Subí hasta el dormitorio de Gadafi, situado en la vivienda principal, y tuve tiempo de hacerme con algunos álbumes de fotos de familia; era lo único que a la gente parecía no interesarle. Gadafi en chándal con sus hijos cuando eran muy pequeños, fiestas de cumpleaños, recepción de grandes líderes como Hafez al Asad...; el Gadafi más tierno y privado, el que solo aparecía tras los muros de Bab al Aziziya. Metí todas las fotos que pude en mi bolsa y salí entre el humo. En la orgía posrevolucionaria alguien había prendido fuego al salón de la casa y las llamas comenzaban a devorarlo todo.

Ya no había enemigos a la vista, pero no dejaban de sonar los disparos. Los arsenales fueron vaciados en las primeras horas, y armas y municiones cayeron en manos de unos jóvenes que no perdían la oportunidad de estrenarlas. El enorme recinto amurallado de seis kilómetros cuadrados en el que vivía Gadafi se había convertido en un parque temático para los revolucionarios, que se llevaban hasta las escaleras de aluminio de la piscina interior. Las enormes jaimas que utilizaba el exmandatario para atender a sus visitas eran un campamento improvisado de las fuerzas rebeldes. Los Gadafi y todo su séquito huyeron a Sirte, y allí se iba a librar tres meses después la batalla definitiva de la revolución.

El CNT trataba de llenar contrarreloj el vacío de poder. El régimen se había descompuesto y ciudades como Trípoli carecían de servicios de electricidad o agua, pero a la gente no le importaba en esos primeros momentos. Otro de los problemas que empezaban a aflorar era la falta de alternativas a Gadafi. En sus cuatro décadas al frente del país, el exmandatario

había sido la única cabeza visible; se abrió, pues, el debate sobre el nuevo modelo de país que buscaban los libios y, como ocurrió en los vecinos Túnez y Egipto, a todos los políticos se les llenaba la boca con palabras como «comicios» y «democracia». La hoja de ruta pasaba por la celebración de elecciones y de un referéndum para el cambio de la Constitución. Previsiones muy optimistas para un país en el que la nueva clase política estaba formada por una mezcla de exiliados a los que nadie conocía que regresaban a las zonas liberadas y líderes que salían de las tribus, que eran la gran red en la que los libios seguían apoyándose en el día a día. Las luchas tribales eran uno de los peligros sobre los que alertaban expertos y analistas, y, como se vio con el paso de los meses, acertaron.

La cara más visible del CNT era Mustafá Abdul Jalil, ministro de Justicia desde 2006, que desde su refugio en las montañas de Al Bayda logró asentar las bases para una transición. Logré entrevistarle al comienzo de la revuelta junto con Mike Elkin, de la revista *Newsweek*, en su refugio de la Cirenaica. Fue una entrevista compleja porque era el hombre más buscado por los gadafistas y por la prensa mundial. Después de pasar todo el día esperando en el hotel Loloat al Khalij de Al Bayda, situado a doscientos kilómetros al noreste de Bengasi, el veterano juez apareció y nos concedió quince minutos. En voz baja, sin quitarse su inseparable *sanna* (gorro de fieltro) y con el semblante muy cansado, repasó sus cuatro semanas como líder de la revolución. En este hotel de carretera se gestó el nacimiento del Consejo Nacional, y desde aquí él dirigía la batalla contra Gadafi, de quien dijo: «Sus días en Libia han terminado y solo le queda el exilio en un país extranjero, desde el que se debe comprometer a no interferir nunca más en nuestra política nacional». El juez adelantó: «Ninguno de los actuales consejeros seremos candidatos a nada. Libia necesita caras nuevas y no habrá sitio para los políticos del régimen», y dejó muy clara la disposición de todos «a morir por ver un país libre de Gadafi». «Esto no es una guerra civil —añadió—: es una guerra por la liberación. Todos sabemos de lo que es capaz Muamar, y si no hay presión extranjera arrasará el país hasta quedarse el solo si hace falta.» Pasadas las once de la noche, un *pick-up* y un pequeño Hyundai de color blanco vinieron a recoger a Abdul Jalil a las puertas del hotel para llevarle a una nueva reunión. Se despidió pidiendo a Dios que les

diera fuerza en su lucha contra el régimen. Su primo y su hermano, guardaespaldas de confianza, le abrieron paso en la heladora noche de Al Bayda. Un joven con una gran metralleta en la mano y el cuerpo tapado por dos cintas de balas cruzadas en forma de equis cerraba la comitiva del líder rebelde, que, sin aspavientos, ni una palabra más alta que la otra, se había ganado el respeto de todo el pueblo. Su discurso fue endureciéndose con el paso de los meses, con un sesgo cada vez más religioso según se aproximaba el final de la revuelta, hasta proclamar que el islam sería el eje sobre el que giraría el nuevo Estado libio, donde la *sharia* (código de ley islámico) pasaría a ocupar el lugar del Libro Verde como fuente de jurisprudencia.

Los recuerdos de los últimos meses se acumulan ahora en mi cabeza y tengo la sensación de estar a punto de asistir al final de una serie de la que he sido protagonista desde marzo. Túnez y Egipto fueron coberturas rápidas y con final feliz, esta de Libia se ha alargado y solo la intervención de la OTAN ha permitido acabar con Gadafi. A primera hora de la mañana ponemos rumbo a Sirte para ver el lugar exacto en el que ayer cazaron a Gadafi. Los milicianos que custodiaban su cuerpo me dieron las indicaciones oportunas y me aseguraron que no había pérdida posible. Doscientos setenta kilómetros separan Misrata de Sirte, una recta interminable en la que paramos de cuando en cuando para inmortalizar retratos del exdictador que los rebeldes han colocado boca abajo en farolas o en mitad de la carretera para que los coches pasen por encima.

Entrar en Sirte es como entrar en Grozni tras la ofensiva de Rusia en los noventa. Los rebeldes nos guían de inmediato al lugar de la captura, y no tenemos tiempo casi ni de bajar del coche porque allí esperan algunos de los responsables de la captura para contar lo ocurrido. «Murió entre mis manos. Estuvo cuarenta minutos en plena agonía; le hablábamos, pero no respondía. Tenía dos disparos, uno en el pecho y otro en la cabeza, y perdió mucha sangre.» Ismael Taweel se presenta como el comandante de la Brigada Al Halbos, responsable de la Zona 2 de Sirte (según la nomenclatura militar), muy cercana y una de las más castigadas por los combates porque todo apuntaba a que allí se escondía el exmandatario. A las nueve de la mañana, la OTAN les dio el aviso de que un convoy de veinticinco vehículos se preparaban para abandonar la ciudad. La caravana salió al mediodía desde la

Zona 2 por la autopista de la costa; después de pocos kilómetros dejó el asfalto y se adentró en un campo de olivos por una pista de tierra, en una zona llamada Silia. En ese momento, cuando salieron de entre las casas, se produjo el bombardeo aéreo. Los coches calcinados son ahora testigos mudos de la matanza. Muchos de los pasajeros perdieron la vida en el acto y sus cuerpos chamuscados se confunden con la chatarra. Incluso el esqueleto de un conductor sigue al volante.

Tres semanas de combates y los constantes bombardeos de la OTAN obligaron al exdictador a tomar la decisión de dejar Sirte. Según los testimonios que los rebeldes han obtenido de algunos detenidos, cuando la situación ya era límite Gadafi reunió a sus mejores hombres y, acompañado de su hijo Mutasim, les comunicó su intención de abandonar su escondite para llegar al desierto. La huida no era sencilla. Además de la OTAN, deberían burlar los cinturones de seguridad de las fuerzas rebeldes, llegadas en su mayoría de Bengasi y Misrata.

Silia es una tranquila área rural con una pista de tierra que lleva directamente hasta el desierto. Los hombres de Gadafi tenían clara la vía de escape, pero la OTAN frustró sus planes. «No nos dijeron que Gadafi iba en los coches, pero nos avisaron de que podía ser alguien importante», aseguran combatientes presentes en el momento de la captura y que nos acompañan por Silia, donde arramblan con todo lo que se puede, que no es mucho. El honor de cazar al dictador recayó en los hombres de las brigadas Al Nemer, Sahal Sharqui y Al Wadi, todas de Misrata. El cinturón creado por los mandos rebeldes fue efectivo, y gracias a su despliegue en los accesos a la ciudad se encontraron cara a cara con Gadafi.

El bombardeo fue rápido y preciso. Inmediatamente después empezó el combate con los hombres que huían de los coches incendiados. «Capturamos a uno que nos dijo que Gadafi y su hijo estaban en los coches, pero al principio no le creímos», nos cuenta Taweel con voz nerviosa, reviviendo cada instante. Luchando entre los olivos, sin dejar de disparar, un grupo de rebeldes observó a varias personas que buscaban refugio en una gran tubería de cemento. Cuando se acercaron fueron repelidos por los disparos de una docena de hombres que tomaron posiciones en torno a la tubería. Mientras los milicianos hablan, efectivos de Media Luna Roja se llevan los cadáveres en

bolsas de plástico; son los cuerpos de la guardia personal de Gadafi, los últimos hombres que murieron intentando defenderle. «Desde febrero nos llamaba “ratas” a nosotros y luego es él quien termina escondiéndose en este agujero donde realmente solo pueden vivir las ratas, como un cobarde», bromea Ashraf, un joven que ha venido desde Ajdabiya a Sirte para intentar encontrar a su hermano, desaparecido en marzo, cuando las fuerzas de Gadafi tomaron su pueblo. Milicianos del este y el oeste se dan cita frente a esta tubería y escriben los nombres de sus brigadas en el lugar donde capturaron al dictador. Otros ponen el de seres queridos caídos en combate.

El combate duró apenas quince minutos, nos dicen, y la verdad es que resulta poco creíble que tanta gente participara en él. En la tubería vieron a un hombre armado con una pistola dorada de nueve milímetros, vestido de blanco y con botas de cuero negras. «¿Qué estáis haciendo?», les preguntó a los milicianos, que sin perder un instante se abalanzaron sobre él al grito de «¡Muamar, Muamar!». La noticia se propagó con rapidez, y en cuestión de minutos una turba rodeaba al dictador y le zarandeaba. La versión que los mandos de la brigada ofrecen es que «se escaparon varias balas de las armas de la multitud, armas sin seguro, y dos de ellas le mataron». Taweel y otros dos hombres rescataron a un malherido Gadafi del grupo y lograron subirle a una ambulancia. «Le despojamos de la parte superior de la ropa para ver la herida; intentamos ayudarle, pero de pronto empezó a subir gente y más gente. Le arrebataron la pistola, el anillo de oro y hasta las botas; todos querían un trofeo de guerra», recuerda Taweel, que solo conserva los pantalones que llevaba en el momento, manchados por la sangre del exmandatario. A duras penas se abrieron paso entre la multitud con el vehículo y pusieron rumbo a Misrata, al mercado central, donde los médicos certificaron la muerte de Gadafi y donde su cuerpo está expuesto al público. ¿Qué pasó con su hijo Mutasim? Una captura similar y un mismo final.

Desde la famosa tubería nos adentramos en Sirte, pero hay que aparcar el coche y caminar entre edificios en ruinas porque las carreteras están destrozadas. La ciudad ha pagado con su destrucción ser la cuna de los Gadafi, una especie de venganza por las últimas cuatro décadas en las que esta pequeña aldea de pescadores pasó a convertirse en una próspera ciudad de cien mil habitantes y servicios de primera gracias a los favores del

régimen. «La seguridad es casi total, pero puede quedar algún enemigo escondido», nos advierten en un puesto. El único tráfico es el de las furgonetas de milicianos que se han lanzado al saqueo. No todos participan en él, pero en los puestos de control se hace la vista gorda ante los vehículos cargados con televisores, frigoríficos, sillones... Los feudos gadafistas son ahora ciudades fantasma.

Vuelvo de Sirte a Misrata con la radio encendida, ya que hay noticia de última hora. La cadena CNN ha entrevistado a Mansur Dau, guardaespaldas de Gadafi y uno de los pocos supervivientes del bombardeo de la OTAN contra el convoy y de la posterior redada de los rebeldes. Las emisoras locales se hacen eco de la entrevista, en la que Dau confiesa que por culpa de la revolución, y sobre todo tras la caída de Trípoli, sus vidas «dieron un giro radical». Desde la cómoda vida en palacio, rodeado de todo tipo de lujos, Gadafi corrió a refugiarse en Sirte, donde cada tres o cuatro días se trasladaban de una casa abandonada a otra, sobreviviendo con la poca comida que podían encontrar, y al final ya no tenían electricidad, agua ni comunicación con el exterior. Acompañado de su hijo Mutasim hasta el final, el exdictador tuvo que «hurgar en la basura» para poder comer y acabó medio loco, «actuando de forma errática, posiblemente porque tenía miedo», relata Dau, para quien «muerto Gadafi, no hay opción de supervivencia para el régimen». Tomo notas sobre la marcha y a toda prisa. Uso uno de esos bolígrafos de tinta que tarda en secarse. Me mancha los dedos y conforme más escribo, más emborronada queda mi Moleskine, pero no puedo parar. Estoy escribiendo los últimos instantes de Gadafi, historia viva que queda ahora registrada en este pequeño cuaderno de tapa dura y color negro, historia tan poco clara entre los borrones de tinta azul como el futuro de una Libia con demasiadas cuentas pendientes con el pasado.

## SIRIA

### DE REVOLUCIÓN A GUERRA ABIERTA

*Damasco, octubre de 2007 – diciembre de 2013*

Bashar al Asad de pie al final de un largo pasillo. El presidente de Siria está frente a la puerta del acceso principal a la sala de audiencias, esperando a saludar a los miembros de la delegación extranjera de periodistas que han pasado una semana conociendo Siria. Un viaje de turismo cultural y gastronómico, sin apenas contenido político, de los que el régimen organizaba con relativa frecuencia y en los que uno se encontraba con todo tipo de «periodistas» y amigos del Gobierno. Una entrevista con el ministro de Información, Mohsen Bilal, y una solo posible entrevista con el máximo mandatario del país son los únicos puntos del programa que se pueden considerar trabajo; el resto, puro paseo a cuenta del Gobierno sirio. Lo primero que sorprende de Al Asad es su altura: casi dos metros; después su voz, entre baja y entrecortada, y por último su traje gris, impecable. Da la bienvenida a los reporteros y les invita a sentarse en los sillones damascenos que forman un gran rectángulo en la sala. En uno de sus lados, dos sillones más grandes, de madera color caoba y separados por una bandera del país, indican el lugar donde se sienta el mandatario. A los pocos minutos, mientras Bashar pronuncia unas palabras de bienvenida, sirven té y café, y llega el momento para las preguntas. Es octubre de 2007 y Siria no ocupa apenas espacio en los medios. Las esperanzas de cambio generadas por la llegada del presidente al poder en 2000 se han estancado y la guerra abierta en Irak eclipsa al resto de la región. Los temas nacionales son una especie de gran

tabú en un país hermético donde se ejerce un fuerte control sobre la información, así que el tema estrella del encuentro es el conflicto entre israelíes y palestinos, un conflicto sobre el que Al Asad se manifiesta con firmeza: «No veo posibilidades de paz con el Israel actual, así que estamos listos para la guerra», y considera a España su «principal aliado para la paz en la zona». Una entrevista de una hora, sin temas farragosos y con tono muy cordial. Imposible imaginar entonces que pocos años después el país se iba a sumir en una guerra con mayúsculas, tan sangrienta como la del vecino iraquí, con la implicación directa de las grandes potencias mundiales y regionales y con una doble vertiente política y religiosa.

El dirigente de Siria tiene una panorámica soberbia de Damasco desde su palacio, situado en la ladera del monte Casium, desde donde sigue la crisis abierta en 2011 en el marco de la Primavera Árabe blindado por su círculo más cercano. Siempre que voy a Damasco miro ese palacio de diseño japonés desde el puente Al Asad, que se encuentra sobre la estación de autobuses, muy cerca del Museo Nacional y el hotel Four Seasons. Miro el edificio y me acuerdo de aquella entrevista. Fue un milagro colarme en aquel grupo, como muchas veces pienso que ha sido un milagro abrirme paso en esta vida de reportero internacional. Es una mirada rápida mientras camino. Sigue blanco y radiante, protegido por el caparazón que forma el escudo familiar forjado por el padre del actual presidente durante sus veintinueve años de gobierno y que con el paso del tiempo ha ido consolidándose como el auténtico órgano ejecutivo del país, por encima de cualquier otra institución. Poco importan los cargos o puestos públicos: lo que pesa en Siria son los lazos familiares.

Bashar, oftalmólogo de formación y con un pasado académico en Reino Unido, accedió al poder por casualidad. Quien estaba llamado a ocupar el sillón presidencial era su hermano Basel, pero este falleció en un accidente de tráfico y Bashar tuvo que asumir los galones. Tras la muerte de su padre, Hafez, creador de la Siria moderna, Bashar llegó al Gobierno con las reformas democráticas y el freno a la corrupción como señas de identidad. La sensación de cambio apenas duró unos meses, que fueron bautizados como «la primavera de Damasco», en los que se liberó a algunos presos políticos y se permitieron reuniones de la oposición. Pronto las cosas, en lo referente a libertad de expresión y derechos humanos, volvieron al *statu quo* previo. Al

Asad se mostró incapaz de hacer frente a la vieja guardia heredada de su padre y al poderoso entramado familiar, y los expertos etiquetaron el nuevo sistema de «autoritarismo liberal». Su rostro y el de su esposa, Asma, sin embargo, gozaban de buena prensa en Occidente, y el matrimonio realizó viajes oficiales por Europa... Pero todo se vino abajo con el estallido de la revuelta.

Siria es feudo de los Al Asad, de los Majluf (familia de Anisa, madre de Bashar) y de los Chaliche (familia política de una de sus tías), un secreto a voces que la gente conoce, pero que hasta el estallido revolucionario callaba por miedo a represalias. Si a esto le sumamos el apoyo de la jefatura militar —formada mayoritariamente por generales alauíes, secta del islam minoritaria en el país a la que pertenece un presidente que, pese a su educación británica, ha terminado recurriendo a las raíces tribales y sectarias como mecanismo de supervivencia— y el respaldo sin fisuras de la jerarquía de los distintos grupos religiosos, especialmente las minorías, se completa en líneas generales el puzle de los apoyos internos que sostienen el régimen. Una coraza de intereses con más de tres décadas de historia percibida por los sirios como una especie de Gran Hermano que todo lo controla gracias al trabajo de las cuatro direcciones de seguridad y sus múltiples ramificaciones: Inteligencia Militar, Inteligencia de las Fuerzas Aéreas, Seguridad del Estado y Seguridad Política. Juntas forman lo que popularmente se denomina *mujabarat*, una tela de araña de la que cualquiera puede ser miembro y que se encuentra bajo el paraguas del Consejo Nacional de Seguridad, que informa directamente a Bashar.

La seguridad personal del presidente es competencia de su hermano Maher, jefe de la Guardia Presidencial —un cuerpo militar de élite— y jefe en la sombra de la Guardia Republicana. Esta tarea era también responsabilidad de su cuñado Asef Shaukat hasta que en julio de 2012 perdió la vida en un atentado. Fue uno de los momentos críticos para el régimen, ya que una explosión en la sede de la Seguridad Nacional en el transcurso de una reunión de altos cargos descabezó la cúpula de la seguridad en plena expansión de las protestas. «Este es el volcán del que hablábamos, que justo ahora empieza a erupcionar», declaró entonces el portavoz del recién nacido Ejército Libre Sirio (ESL), Qasim Sadedine, que reivindicó la operación y

anunció el inicio de la batalla por la capital con una operación bautizada como «Volcán de Damasco». Shaukat era oficialmente el número dos del Ministerio de Defensa y de la Inteligencia Militar, pero oficiosamente era «responsable de la vida de Bashar» por encargo expreso del expresidente Hafez antes de morir y también el auténtico número dos de un aparato en el que la única cabeza visible era Bashar; los demás estaban en la sombra. Una semana después de este atentado estalló «la madre de todas las batallas», y los opositores se alzaron en armas en Aleppo y lograron hacerse con el control de la parte oriental de la segunda ciudad del país. Fue otro golpe directo a la supervivencia de un régimen que hacía aguas, y obligó a sus principales aliados, Rusia e Irán, a mover ficha por primera vez.

Ese verano también supuso la consolidación del Frente Al Nusra, brazo de Al Qaeda en Siria, que a comienzos de año había dado su primer gran golpe en la capital con un atentado contra un complejo de las fuerzas de seguridad. Al menos cincuenta y cinco personas murieron en una doble explosión reivindicada por un entonces desconocido Frente Al Nusra a través de un vídeo colgado en YouTube en el que calificaron la operación de «respuesta a los continuos ataques del régimen contra los barrios residenciales de la región de Damasco, Idlib, Hama, Daraa y otras zonas». La oposición repetía una y otra vez que la presencia de facciones islamistas radicales en sus filas era insignificante, pero el régimen insistía en el papel que los «grupos terroristas» estaban desempeñando y señalaba las fronteras con Irak y Turquía como los caminos usados por los yihadistas para colarse y organizar ataques. Comenzaba a cumplirse el guion anunciado por Al Asad en sus discursos. El islamismo más fanático llenaba día a día el vacío generado en amplias zonas del país ante la inacción de Occidente, que no tenía claro a quién secundar, y el apoyo indiscriminado de los países del Golfo, deseosos de respaldar a cualquiera que quisiera derrocar a Al Asad, sin importar su programa.

Además de por los lazos familiares, Al Asad también está blindado por los vínculos sectarios. Los alauíes (antiguamente «nusairíes», sin relación alguna con la dinastía homónima marroquí) representan apenas entre el 12 y el 15 por ciento de los veinticuatro millones de sirios, y en las últimas cuatro décadas han dejado atrás una historia marcada por la persecución y el

sometimiento a la gran mayoría suní, que corresponde a entre el 70 y el 75 por ciento de la población. Su creencia mezcla valores del cristianismo y, sobre todo, del chiismo, para conformar una religión marcada por creencias ocultas a la que muchos expertos del islam no dudan en calificar de «herejía». El padre del actual presidente marcó el ascenso a los puestos clave del régimen y del partido Baaz de miembros de esta confesión que hoy lideran las fuerzas del orden, la *mujabarat* («inteligencia») y los paramilitares de la *shabiha* (literalmente, «matones» o «fantasmas»).

De 2006 a 2011, Siria fue para mí un oasis en Oriente Medio. Una especie de comodín, de base de operaciones segura y barata a la que recurría cada vez que tenía un tiempo muerto entre *breaking news* y *breaking news*. La única condición no escrita que había que cumplir era no meter las narices en los temas nacionales y solo cubrir una historia tras obtener los permisos de rigor del Ministerio de Información. Un requisito no demasiado complicado de cumplir teniendo en cuenta que a los editores no les interesaban los temas sirios. A excepción de aquella primera visita como invitado del Gobierno y una posterior que realicé en 2010 con motivo del décimo aniversario de la llegada de Bashar al poder, siempre he viajado a Siria por mi cuenta, y mi segunda casa allí es el hotel Sultan, un modesto establecimiento situado en el centro de la capital, a pocos metros de la estación de Hyjaz. Se trata de un hotelito familiar, muy sobrio, levantado por constructores de la antigua Checoslovaquia donde todos me conocen y en el que he visto la evolución de un conflicto que ha cambiado el tipo de cliente de forma radical. Los equipos de arqueólogos y mochileros de Lonely Planet han dejado su espacio a desplazados internos, y ahora la ocupación del hotel depende de la intensidad de los combates. Dos años después del inicio de la guerra me encuentro con familias, sobre todo de palestinos de Yarmouk, que llevan allí años y que no tienen esperanza de volver a sus casas, destrozadas por los combates. Hay también sirios que vienen de otras partes del país para poder recibir tratamiento médico y que se quedan unos días. Hoteles convertidos en centros de acogida para desplazados.

Hace frío en Damasco, mucho frío. Husam, uno de los recepcionistas, me dice que ha llegado un hombre de Raqqa que habla español. Se ha ido a descansar después de un largo viaje en autobús desde su ciudad, situada en el

norte, en la que los grupos opositores armados han logrado expulsar recientemente al ejército para convertirse en la primera capital de provincia del país sin presencia de las fuerzas gubernamentales. Le digo que por favor le deje una nota porque me gustaría compartir un té con él. Siempre hay que pedir permiso porque la gente puede tener miedo de hablar con un extranjero. El Frente Al Nusra es entonces el grupo más fuerte en Raqqa, pero también gana terreno a diario el grupo Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS, por sus siglas en inglés, o Dáesh, como lo conocen los árabes), llegado de Irak y con planes de instaurar un Gobierno inspirado en el de los talibanes afganos, una visión ultraortodoxa del islam que aspira a recuperar los tiempos del Profeta. Tengo mucha curiosidad por hablar con alguien que vive allí. Me meto en la habitación 301 y, pegado a la calefacción, pienso en los cambios que está viviendo este país. Antes quinientas libras eran una fortuna, ahora es lo que cuesta un bocadillo de pollo. Antes uno se podía ir a Alepo a cenar y regresar después, en plena noche, sin tener que preocuparse por la seguridad. Ahora, en diciembre de 2013, es recomendable salir lo justo del hotel, trabajar el tema del día y volver. Punto.

El estallido de las primeras protestas, en febrero de 2011, me sorprendió nada más aterrizar en Egipto, cubriendo los últimos días de Hosni Mubarak. Diez meses después, gracias a la presencia de una misión de Observadores de la Liga Árabe, obtuve el primer visado para poder viajar al país. Fue un tiempo de espera largo en el que el conflicto sirio estuvo en segundo plano, por detrás de la situación en Egipto o Libia, pero que la mayoría de la prensa internacional aprovechó para cruzar de forma ilegal las fronteras de Líbano o Turquía y seguir de cerca los movimientos de protesta y la formación del ELS. Los activistas de la oposición denunciaban crímenes horribles, masacres en cada manifestación, detenciones en masa... El régimen los negaba, pero poco a poco iban saliendo datos a la luz. Nunca olvidaré la fotografía que colgó en las redes sociales Javier Espinosa, corresponsal del diario *El Mundo*, en la que se veía un retrato de Bahar en el suelo de un baño de Jabal Zawiya, en el norte del país, con el rostro agujereado. El todopoderoso presidente convertido en una diana para los hombres que fueran a usar el servicio. Una vez más, Javier iba un paso por delante de los demás y lograba mostrarnos la otra cara del conflicto.

Yo esperé el visado, y cuando llegué a Damasco en enero de 2012 lo que me aguardaba era un Ministerio de Información en plena ebullición. Los funcionarios no sabían muy bien lo que pasaba: las versiones oficiales repetidas durante tantos años de pronto se venían abajo ante las evidencias que veían en sus propios barrios y familias. A veces preferían no mirar y seguir encerrados en el pasado. Había una guerra civil abierta, pero los medios sirios apenas informaban de ella, lo reducían todo a blanco o negro, terrorismo o Gobierno, y las autoridades no sabían muy bien cómo lidiar con los extranjeros. «Podéis seguir a los observadores a cualquier parte que vayan. Siria no tiene nada que ocultar», era el mensaje de la entonces jefa del departamento encargado de la prensa foránea. Podíamos viajar sin necesidad de ir acompañados por personas del Ministerio. También se nos ofrecían visitas a distintas ciudades, y yo decidí ir a Daraa, en el sur, donde habían empezado las primeras protestas.

Lo primero que llamaba la atención era el nerviosismo de los funcionarios que venían con nosotros. Uno de ellos, recién llegado de España tras pasar cinco años estudiando nuestro idioma, optó por quitarse la corbata nada más abandonar Damasco y me pidió que, en caso de que nos parara algún control de la oposición, no dijera que trabajaba para el Gobierno. La mayor parte de los periodistas eran anglosajones y de medios muy famosos. Miraban a estos jóvenes funcionarios con recelo y pensaban todo el día en cómo burlar su vigilancia. Yo conocía a varios de esos jóvenes desde hacía años y lo que sentía era pena por lo que les había caído encima. En toda dictadura de partido único la inmensa mayoría de la población pertenece al partido de turno no por ideología, sino porque no tiene más remedio. Esos chicos y chicas no eran asesinos a sueldo de Al Asad: eran titulados superiores que hablaban perfectamente una segunda lengua y que tenían que devolver con años de servicio en el Ministerio las becas que les habían concedido para estudiar en el extranjero. A alguno de ellos me une una amistad más allá de lo profesional, conozco a su familia y hemos compartido momentos de vida y muerte de los que solo se viven en situaciones de guerra. La espada de Damocles de la censura siempre estaba encima de cada artículo,

sobre todo por los informes que enviaban las legaciones sirias en el extranjero tras revisar los artículos, pero era su trabajo y había que saber cómo escribir para dar a entender entre líneas.

Daraa está en la frontera con Jordania, a unos cien kilómetros al sur de la capital. Ya no había camino seguro en Siria. El conductor estaba tranquilo porque viajábamos a primera hora de la mañana, pero nos contó que en un viaje nocturno reciente desde Alepo a Damasco unos desconocidos le dieron el alto... Acabó apretando el acelerador y saltándose el control en medio de un tiroteo. Muchas bandas de criminales aprovechaban el desconcierto general para cometer robos y secuestros exprés, algo a lo que los ciudadanos no estaban acostumbrados en un país donde hasta entonces reinaba la seguridad. A unos veinte kilómetros de nuestro destino final vimos desde la ventanilla cómo cientos de soldados tomaban posiciones en los alrededores de la localidad de Khirbat Al Ghazali. Como ocurría en Damasco, también en Daraa los distritos rurales de la periferia contaban con importante presencia de la oposición. La gran diferencia era que allí el centro urbano estaba absolutamente tomado por las fuerzas del orden. «No es ejército: son efectivos de la seguridad», matizó el gobernador Mohamed Jaled al Hanuse, durante la recepción oficial ofrecida a la delegación internacional en un despacho decorado con fotografías de gran tamaño del actual presidente y sus fallecidos padre y hermano. El nombramiento de Al Hanuse en lugar de Faisal Kalthum fue una de las exigencias de los manifestantes tras salir a las calles de la ciudad, pero no sirvió para sofocar las protestas, que no cesaban por culpa de «la agenda de los enemigos extranjeros que quieren dividir Siria para hacerla un país débil», en opinión del político.

El paseo oficial, escoltados por un vehículo de la policía diplomática y otro todoterreno con hombres de paisano armados, discurrió por una ciudad repleta de puestos de vigilancia. Los hombres, con chaleco, casco y uniforme verde oliva, se protegían detrás de sacos terreros, en muchos de los cuales se apreciaban impactos de bala. La estatua del anterior presidente en la plaza principal había sido arrancada durante las primeras manifestaciones de marzo y el pedestal seguía vacío. Las fotografías de Bashar al Asad y su padre que presiden lugares públicos y edificios oficiales en todo el país habían sido destrozadas en su mayor parte. Un detalle al que restaba importancia un

agente de la policía local, «porque al propio presidente no le gusta que su imagen esté en todos lados, por eso tampoco pensamos en volver a colocar su estatua».

Antes de regresar a Damasco, el minibús se detuvo cerca de una zona comercial para que pudiéramos hacer entrevistas a pie de calle, un trabajo nada sencillo cuando uno se encuentra rodeado de miembros de las fuerzas de seguridad. Cuatro personas rechazaron hacer cualquier declaración. El profesor Enad, de treinta y cuatro años, aceptó hablar: «No hay problemas, como tú mismo puedes ver. Lo más importante es que se cumpla el guion de reformas marcado por el presidente». Otro joven, de veintitrés años y recién licenciado en Informática, también quiso hablar, pero lejos de la escolta. «¿Me puedo fiar de que vas a traducir lo que te digo?», le preguntó al funcionario del Ministerio, que temblaba y no dejaba de mirar a los escoltas. A continuación, el chico tomó aire y se desahogó del sufrimiento interno de los anteriores diez meses: «Mataron a mi padre, a dos hermanos y a un sobrino. Los únicos terroristas que hay en Siria son ellos. La solución a nuestros problemas es la caída de Bashar al Asad; no hay otra salida». El traductor me susurró sus palabras al oído. El régimen dejaba de ser un tabú y yo escribía confesiones que no podía creer que estuviera oyendo en plena calle. De allí salimos pitando para ver las ruinas del Palacio de Justicia y el edificio de la televisión nacional, atacados durante los primeros días de manifestaciones. Esa era la imagen que el Gobierno nos quería mostrar para hablarnos de la barbarie de «los terroristas». Ante la petición unánime del grupo, los funcionarios accedieron a realizar una parada de cinco minutos frente a la mezquita Al Omari, el lugar donde estalló de manera oficial la revuelta siria cuando miles de personas secundaron una marcha para pedir la libertad de quince jóvenes encarcelados por escribir grafitis contra el sistema, jóvenes que fueron torturados durante su detención posterior. Cinco minutos era el tiempo pactado por el temor a que se repitiera una escena como la vivida con los observadores de la Liga Árabe, que unos días antes habían sido rodeados por una multitud que pedía el final del régimen. «¡Todos al minibús! ¡Vamos, vamos!», nos gritaron los funcionarios cuando, ni tres

minutos después, se percataron de la presencia de un grupo de jóvenes en la parte trasera de la mezquita que se acercaban a gritos a los extranjeros. Subimos a toda prisa y nos despidieron a pedradas.

Teníamos permiso del Ministerio para acompañar a los observadores, así que, tras la experiencia de Daraa, viajé a bastiones opositores como Zabadani, Saqba, Duma..., donde, después de cubrir la visita de los enviados de la Liga Árabe, me quedaba para intentar hablar con la gente y los milicianos del ELS. Tomando precauciones se podía trabajar en los dos lados, pero eso no tardaría en cambiar. Viajar a Siria con visado suponía adaptarse a las reglas del juego, que irían variando según evolucionaba la guerra, y, sobre todo, obligaba a renunciar a entrar de forma ilegal en el país; esa era la regla número uno en un Ministerio que comenzó a incluir en una especie de lista negra los nombres de los colegas que entraban sin visado.

La radicalización progresiva en el lado opositor cerraba la puerta a los periodistas extranjeros, convertidos en potenciales espías y en un botín precioso para secuestros. Cuando cruzar al otro lado se convirtió en tarea imposible, solo quedó la opción de entrevistar a los opositores que permanecían en la zona gubernamental. El destino y la fortuna me llevaron una tarde hasta Moaz al Jatib. La única forma de contactar con él era por correo electrónico, y nada más recibir su contestación puse rumbo al Instituto Cervantes de Damasco y esperé en la puerta hasta que un hombre de mediana edad, barba canosa y rostro ajado se acercó y me estrechó la mano con suavidad, diciendo «*Salam aleikum*, hermano». Caminamos hasta su casa, muy cerca del Hospital Italiano, y, tras dar un caramelo al dueño de la floristería próxima al portal, se detuvo. «Recuerda esta tienda de flores, una de las más célebres de Damasco. Aquí tienes tu casa», dijo al abrir la puerta del piso y encender las luces de un salón repleto de libros; allí discurrió una de las últimas entrevistas que concedió antes de verse forzado a abandonar el país.

Desde el estallido de la revuelta, la vida de este religioso había transcurrido entre centros de detenciones de las distintas agencias de inteligencia, hospitales donde se recuperaba de los malos tratos sufridos, su casa y las mezquitas a las que acudía para «tener contacto directo con la calle, porque hasta el momento la oposición política se limita simplemente a seguir

los acontecimientos de la calle; no es capaz de liderar nada». «Por eso el poder está en los jeques, no en Burham Ghalioum [primer responsable del Consejo Nacional Sirio, órgano opositor en el extranjero apoyado por Occidente]», me confesó Al Jatib, que había oficiado los primeros funerales de milicianos y civiles de la oposición caídos en las afueras de Damasco. Ceremonias que a menudo acababan en batallas campales con las fuerzas del régimen y los temidos *shabiha*.

Ingeniero petroquímico de formación, durante seis años Al Jatib compaginó su trabajo para la multinacional petrolera Shell con la vocación religiosa. Nieto e hijo de los encargados de dirigir la oración en la Gran Mezquita de los Omeyas de Damasco, en 1995 el Gobierno sirio le prohibió seguir dirigiendo oraciones en este lugar emblemático y en cualquier otro templo, lo que él achaca a haber sido «el primero que habló abiertamente de la necesidad de vivir en un país libre». Esta prohibición le llevó a volcarse en la Asociación de la Civilización Islámica, organización orientada al trabajo social con los más desfavorecidos, pero otro veto le apartó de esta actividad en 2008; también le prohibieron publicar artículos en prensa. Nada más comenzar las protestas trató de documentar los abusos por parte de las autoridades y preparó informes para elevar las denuncias a organizaciones de derechos humanos. Como jeque tuvo acceso a prisiones y centros de seguridad a donde acudían para recuperar los cuerpos de jóvenes detenidos.

Afín a los Hermanos Musulmanes, Al Jatib trató desde el primer momento de evitar la lucha armada: «Por ello previne a muchos jóvenes que querían enrolarse en el ELS, pero la violencia del Gobierno ha generado una reacción imparable y no nos ha dejado otro camino; es la yihad como defensa». Su estrategia pasaba por «el colapso del régimen, pero sin que caiga todo el sistema», para que no se repitieran los errores del vecino Irak, un ejemplo muy vivo entre los sirios. Pocos días después de la entrevista fue encarcelado de nuevo, y en cuanto le pusieron en libertad abandonó el país para erigirse en el líder de la oposición política.

Yo seguía viajando en función de los visados que me concedían, pero poco a poco los movimientos se iban limitando hasta ya casi no poder salir de Damasco en algunas de las visitas. El aeropuerto internacional dejó de ser una puerta de entrada segura, tanto por la falta de conexiones como por la

peligrosidad de las autopistas que lo comunicaban con la ciudad, por lo que tuve que recurrir a los taxis desde Beirut, la última frontera en manos del Gobierno tras perder el control de los pasos a Turquía, Irak y Jordania.

Los taxis compartidos o privados cubrían esa ruta todos los días. En los primeros meses de guerra viajaban a Líbano completos y regresaban vacíos, pero poco a poco el tráfico de salida fue bajando porque todos los que querían irse ya lo habían hecho. El trayecto de ida a Siria se cubría en menos de dos horas, aunque todo dependía del control en la frontera. El periodista extranjero que viajaba con material de vídeo y fotografía debía antes enviar una lista del equipo al Ministerio de Información para que desde allí avisaran a la aduana por fax. Tras acabar con el examen, el funcionario estampaba su firma en un papel y exclamaba cosas como «¡Bienvenido a Siria, pero a la Siria de Al Asad!». Del puesto de Jdeidé a Damasco hay menos de cincuenta kilómetros. En esta «Siria de Al Asad» sorprendían los soldados de los puestos de control, mucho mejor equipados que antaño y con un denominador común: «Todos son de la costa, su acento cantarín les delata», según me repetía en cada viaje Mutaz, el taxista con el que viajaba siempre. Hijo y padre de taxistas, llevaba toda la vida recorriendo esta línea. Conservaba aún la bocina del viejo Dodge familiar que más tarde cambió por un Hyundai Sonata. Cuando decía que los soldados eran «de la costa» se refería a que pertenecían a la secta alauí. Había que superar media docena de controles, y, aunque ser periodista permitía acceder a los carriles reservados a militares y VIP varios, por lo que apenas había que esperar, convenía llevar dinero suelto y paquetes de tabaco para facilitar los trámites. A la entrada de Damasco es cuando tocaba esperar y se revisaban pasaportes, tarjetas de identidad y el maletero. Era el último y más serio filtro antes de acceder a una capital en cuyo extrarradio había amplias zonas bajo el control de los grupos armados de la oposición, dueños de esa otra Siria en la que Al Asad solo estaba presente a fuerza de bombardeos.

La primera misión de los observadores de la Liga Árabe fue un desastre, pero la ONU lo volvió a intentar pocos meses después. Kofi Annan, enviado especial a Siria, apostó por el despliegue de trescientos cascos azules. Siria se desangraba y la cifra de muertos ya superaba los setenta mil, según el organismo internacional, que acusaba a ambos bandos de cometer crímenes

contra la humanidad, pero atribuía una menor responsabilidad a los opositores armados. El Ministerio nos autorizó a acompañarles y, tras pasar unos días en los alrededores de Damasco, pronto me quedó muy claro que aquella era una misión imposible. Los inspectores trabajaban en cooperación con las fuerzas de seguridad sirias, que, «por motivos de seguridad», les cerraban el paso y aconsejaban de forma sistemática no adentrarse en zonas con presencia opositora; ello limitaba mucho su capacidad de observación. Opté por intentar seguirles en un viaje fuera de la capital, y un día, después de horas de espera a las puertas del hotel Dame Rose, lo conseguí. No me dijeron cuál era su destino, nunca lo hacían, y sin haberlo planeado aparecí en Latakia, a trescientos cincuenta kilómetros de Damasco. Me alojé en el mismo hotel que la misión, un lujoso resort en primera línea de playa; allí la gente estaba de vacaciones: el otro extremo de la guerra, una imagen kafkiana de chicas en bikini, bares con cerveza y pantallas gigantes con vídeos musicales a todo volumen. A primera hora de la mañana, los enviados de la ONU se reunieron con el gobernador local; debían pedirle permiso para poder llegar a Al Haffe, localidad de mayoría suní tomada por «islamistas radicales venidos desde Turquía» que «aterrorizan a los ciudadanos y han saboteado propiedades públicas y privadas», según recordó el mandatario local. El ejército tenía cercada Al Haffe y la bombardeaba desde hacía días. La oposición denunciaba una masacre, lo mismo que había hecho días anteriores en Houla, y Annan exigió a Damasco el «acceso inmediato».

Al Haffe se encuentra a veintidós kilómetros de Latakia y era el único feudo suní en esa zona costera. Yo iba en mi coche, detrás del convoy. Me frotaba las manos porque era el único periodista extranjero presente; me invadía la sensación de euforia habitual en nuestra profesión cuando creemos que tenemos un tema exclusivo entre manos. Tras abandonar la autopista tomamos un camino rural, y en el primer tramo me sorprendió la presencia de varios grupos de niños con banderas nacionales y fotos del presidente. Parecía que nos daban la bienvenida, que alguien les había informado de que iba a pasar un convoy hacia Al Haffe. De pronto, mi conductor frenó en seco. «¡Guarda la cámara, que no te vean!» Fadi Barsa conservó la calma al volante de su Citroën C2. Dejó distancia con los vehículos blindados de Naciones Unidas, abrió la ventanilla y encendió la radio. Sonaban canciones patrióticas

a todo volumen. Todo en cuestión de segundos y sin quitarme ojo para que no hiciera tonterías. Frente a nosotros, un pasillo de manifestantes enloquecidos golpeaba con palos y barras de hierro los todoterrenos y los zarandeaba. Fadi comenzó a girar el volante para dar media vuelta, esquivó a unos jóvenes que corrían como posesos hacia los todoterrenos blancos y puso de nuevo el vehículo en dirección a Latakia. Dos encapuchados cerraban el paso con picos en las manos, pero se apartaron ante el pequeño utilitario de color gris. Ellos esperaban a los todoterrenos. Seguí la escena por el retrovisor y pude ver que uno de los Toyota había logrado también girar, pero un vehículo de la seguridad, uno de los coches que nos acababa de ofrecer el gobernador de la provincia como escolta, le frenó para que pudieran seguir zarandeándolo. Avanzaban casi pegados a nosotros cuando sonó la primera ráfaga. Ta ta ta ta ta... ¿Quién disparaba? Se acabó lo de mirar por el retrovisor; clavé la vista al frente y lancé un grito a Fadi, una súplica desde lo más profundo de mi estómago para que se alejara de allí.

Por muchos cursos que uno haga antes de ir a un conflicto, por muchas batallitas que escuche con atención contar a los veteranos del oficio, no hay nadie que enseñe cómo salvarse de una emboscada. Fadi Barsa nunca había asistido a un curso de esos y reaccionó de maravilla. Los planes de emergencia de la todopoderosa ONU tampoco funcionaron y el convoy acabó dividido, cada vehículo por su cuenta. Unos coches se dirigieron a Idlib, otros regresaron a Latakia. Nosotros teníamos un grave problema, ya que nuestro permiso del Ministerio era verbal y se limitaba a seguir al convoy; si nos paraban en algún puesto de control, podíamos vernos en un aprieto. Decidimos regresar al hotel donde habíamos pasado la noche y esperar por si volvían los delegados de la ONU. Al poco rato apareció el primer todoterreno. Uno, dos, tres...; había ocho impactos de bala en la puerta de copiloto de uno de los vehículos. Sus ocupantes salieron y subieron de inmediato a sus habitaciones sin separarse de sus teléfonos. El conductor pasaba el dedo por cada impacto y daba gracias a Dios por la calidad del blindaje. «No fue un intento de intimidación: tiraron a matar», dijo en voz alta, enojado, ante la presencia de decenas de miembros de la seguridad siria que empezaron a ocupar la entrada del hotel. Esos agentes no querían que yo grabara los orificios de bala, y en cambio me pidieron que me fijara «en los

restos de sangre humana de los parachoques». Según los medios sirios, la ONU había atropellado y matado a dos manifestantes en su huida de la emboscada, pero yo no detecté resto alguno de esa sangre que los soldados aseguraban ver.

La emboscada en Latakia fue la gota que colmó la paciencia del organismo internacional, que anunció su intención de poner punto final a la misión de observación. Fue también el último intento de Annan de resolver el conflicto antes de tirar la toalla y abandonar el cargo.

Los recuerdos de los primeros años de la guerra en Siria se agolpan en mi cabeza. Es una cobertura que, como la de Irak, sigue abierta y a la que no veo final. Trabajar en la zona del Gobierno no está bien visto entre algunos colegas, pero, pese a todos los riesgos, el lado gubernamental ha demostrado ser mucho más seguro que el otro, donde los grupos islamistas radicales secuestran y asesinan a los informadores, y la seguridad es lo más importante. Hay que poder vivir para contarlo. El Gobierno sirio tampoco mira con buenos ojos a los extranjeros, y el marcaje por parte de los órganos censores de embajadas y Ministerio sigue vigente, aunque el hecho de no haber entrado en el país de forma ilegal pesa más que el contenido de las informaciones.

Lo que al principio parecía un conflicto interno y civil empezó pronto a adoptar un carácter internacional debido al temor al uso de armas químicas por parte del Gobierno. El portavoz de Exteriores sirio, Yihad Makdesi, abrió la caja de Pandora al responder a una pregunta sobre el tema en una rueda de prensa asegurando que ese tipo de armas se emplearían «únicamente en caso de agresión externa». En septiembre de 2013, el ataque de Estados Unidos contra el régimen parecía inminente, ya que Washington consideró que el ejército había empleado armamento prohibido en Jobar, bastión opositor a las puertas de Damasco, y había matado a mil trescientas personas, según los informes de los servicios de inteligencia estadounidenses. Al Asad cruzaba de esta forma la «línea roja» marcada por Barack Obama al comienzo de la guerra y el castigo parecía garantizado. Faltaba solo concretar la dimensión, la duración y los apoyos finales a la ofensiva.

Recibí el visado cuatro días después del ataque en Jobar. Al llegar me encontré con una capital que vivía bajo el terror al uso de armas químicas. El miedo se había extendido entre la población. Yo no podía ir a Jobar por ser zona opositora, pero el Ministerio me autorizó a visitar el hospital más próximo dentro de la parte gubernamental. Los cazas sobrevolaban a muy baja altura el Hospital Francés del barrio damasceno de Qassa'a. La proximidad de Jobar, a apenas tres kilómetros, hacía que los combates casi se pudieran tocar desde el despacho del director del centro, el doctor Josef Nasralá, pero sobre todo se oían y se olían. «Atendimos a setenta y ocho pacientes que presentaban los mismos síntomas: problemas respiratorios leves y picor en los ojos, que tenían enrojecidos. Es la primera vez que nos pasa algo parecido», me informó este cardiólogo que recibió en 2008 la Orden del Mérito Nacional de Francia, país donde había cursado sus estudios. El tratamiento que se aplicó a los afectados consistió en cortisona, salbutamol y unos minutos de oxígeno. El doctor Nasralá estaba al corriente de las denuncias de Estados Unidos y la oposición, pero confesó no saber la causa de los problemas de los pacientes: «No tenemos pruebas para decir que fueran armas químicas. Yo, y los demás profesionales del centro, creemos que si se estuviera empleando gas sarín en Jobar esas personas no habrían sido dadas de alta en diez minutos. Lo que hay es miedo, y cada vez que perciben un olor extraño muchos vienen directos al hospital».

Ese mismo domingo, los vecinos de la zona enviaron decenas de mensajes de alerta a la cadena Sham FM, canal privado de noticias de radio y televisión, y el tema voló por las redes sociales, lo que provocó que en todo Damasco cobrara fuerza la idea de que se habían usado este tipo de armas. La falta de información en los medios oficiales, en los que el tema era un tabú, contrastaba con la información que se difundió de inmediato en las páginas web del régimen y de la oposición con instrucciones sobre cómo protegerse en caso de ataque químico: compra de máscaras, sellado de puertas y ventanas con silicona, remedios caseros para combatir la toxicidad...

Tenía que alzar la voz cada vez que pasaba un caza. En un momento de la entrevista, el doctor abrió la puerta de su despacho para mostrarme el tejado de un ala del hospital que había sufrido el impacto de dos morteros lanzados por los grupos armados de la oposición unos días antes. Al parecer,

el objetivo era el adyacente cuartel de las Fuerzas Aéreas, pero cayeron en el hospital, y «fue un milagro que no hubiera víctimas», según el director. Qassa'a y la plaza Abassyen eran la frontera que delimitaban la zona controlada por el régimen y la que era territorio de los grupos armados de la oposición, y el Hospital Francés era el centro médico más cercano a esta especie de línea del frente.

La calle donde más se notó el fuerte olor fue la misma en la que se encuentra el hospital. Visité varios comercios, acompañado por un funcionario del Ministerio de Información, para conocer la opinión de los vecinos. Basam Anton, dueño de un restaurante, lo recordaba así: «Noté un olor parecido al del azufre, y la verdad es que costaba respirar. Yo creo que se debió al bombardeo de una fábrica de cerillas por parte del ejército. En dos días desapareció y la vida volvió a ser normal». Maruan al Shaib, empresario que vivió veintitrés años en España y que tiene doble nacionalidad, no percibió nada especial, pese a vivir en la misma zona, si bien le llegaron «rumores de que grupos terroristas [forma que los medios oficiales emplean para referirse a la oposición armada] habían tirado una bomba con esos gases tóxicos en la plaza Abassyen». Al Shaib, padre de tres hijos también con doble nacionalidad, aprovechó la presencia de un reportero español para denunciar que «en la guerra de Irak de 2003, la embajada de España en Damasco repartió máscaras antigás y kits de supervivencia ante la posibilidad de que Sadam Husein empleara esas armas; ahora, en cambio, se han marchado a Líbano y ni siquiera nos llaman para saber cómo estamos».

Según señala Hanadi Nwelati, psiquiatra del hospital Avicena de la ciudad de Adra, situada treinta kilómetros al noreste de Damasco, en plena zona de combate, las consecuencias de dos años de guerra, masacres y ejecuciones de todo tipo grabadas y difundidas por internet son palpables: «Se ha perdido la noción de la realidad y la población se siente víctima de las dos partes. Los sirios vivimos en un ambiente de quiebra emocional y de fatiga al combate». Todas las mañanas tenía que coger un *service* (transporte público con capacidad para una docena de pasajeros) desde la plaza Abassyen para llegar a su puesto de trabajo, y describía así el trayecto: «Destrucción total a ambos lados de la carretera y muertos, muchos muertos tirados y que nadie se atreve a recoger. Esa es la realidad de Siria, no lo que

se vive en el centro de Damasco. Todos somos médicos, pero cuando percibimos olores extraños por el camino también a nosotros nos parece que pueden ser armas químicas, aunque luego se trate de los cadáveres en estado de putrefacción». Nwelati estudió Medicina en Madrid, y cuando le pregunté por las armas prohibidas se mostró rotunda: «La población vive en un estado de terror extremo ante su posible uso, un sentimiento basado en una guerra en la que ya se ha empleado de todo y, por lo tanto, a nadie le resultaría extraño que las usara cualquiera de las partes. No podemos hablar de paranoia porque no se trata de una creencia improbable: es real».

La Casa Blanca intensificó su ofensiva mediática para tratar de ganarse el respaldo de la opinión pública. Obama recibió luz verde del Comité de Relaciones Exteriores de Estados Unidos a un plan de operaciones aéreas por un período de noventa días, aunque sin la presencia de tropas estadounidenses sobre el terreno. Una operación que no contaría con el apoyo del Consejo de Seguridad de la ONU, ya que nunca habría superado el veto de Rusia; por eso Obama quería hacerlo de forma unilateral. Al final no fue necesario votar, y la mediación de Moscú evitó el inicio de los bombardeos contra las fuerzas de Al Asad. Rusia ordenó y Bashar obedeció. El control por parte de Moscú llega hasta el último despacho oficial sirio. En todos ellos, con tono de broma, se llama «ministro de Exteriores» a Serguéi Lavrov, no a Ualid al Mualem. Siria aceptó poner su arsenal químico bajo control de la ONU y eludió así la opción del ataque estadounidense. Después de veintinueve meses de conflicto no había ya duda de que Damasco obedecería todas las órdenes de Vladímir Putin; lo que parecía cada vez menos evidente era que Obama tuviera la misma capacidad de control sobre una oposición armada totalmente fragmentada y en la que el marcado carácter islamista había eclipsado el factor nacionalista y cualquier otra reivindicación inicial. La falta de confianza en el día después al ataque pudo con las ganas de castigar a Al Asad en un episodio propio de la Guerra Fría que dejó muy claro que los sirios pasaban a convertirse en fichas de un tablero en el que las potencias mundiales y regionales dirimían sus diferencias. Sus vidas no importaban a nadie. Rusia empezó a ganar peso, Irán reaccionó y movilizó a la milicia libanesa de Hizbulá; también reclutó combatientes chiíes en Irak y Afganistán y los envió a Siria bajo el mando de la Guardia Revolucionaria.

Un ejército sirio exhausto tomaba aire y podía pensar ya no solo en mantener las posiciones, sino además en avanzar. Al Asad salía reforzado, y la oposición veía claro que los apoyos que tenía su oponente eran mucho más fiables que los suyos.

Todos estos cambios los he vivido desde la misma habitación del hotel Sultan, en la habitación 301. La misma que me dieron en 2007 después de entrevistar a Al Asad, cuando el grupo de periodistas de todo el mundo del que formaba parte salieron del país. Yo me quedé para poder conocer más sitios por mi cuenta. Cambié el lujo del Sham Palace por la sobriedad soviética del Sultan. El desayuno continental por el huevo cocido, quesito de untar, bollo de pan y té que Aziz prepara todas las mañanas, siempre que la situación lo permite.

Llaman a mi puerta.

«¿Cómo está Arzalluz? Una vez vi a Garaikoetxea y ya le advertí que ese jesuita era un lobo con piel de cordero, un verdadero lobo, ¿no te parece?» Isaac Ramadán me saluda así, en perfecto español: me da un abrazo, como si me conociera de toda la vida, y me habla de dos de los políticos vascos más relevantes del posfranquismo. Este empresario sirio de sesenta y cinco años viajó en los años setenta a España para estudiar Medicina. No llegó a acabar los estudios y, tras pasar por Barcelona, Madrid y Gijón, en 1980 recaló en Donostia, donde vivió diez años. Nos sentamos en una de las mesas de la sala de estar y llega el té. Isaac quiere hablar de Euskadi y de los políticos de su tiempo, como Arzalluz o Garaikoetxea, líderes del nacionalismo vasco; yo, de Raqqa. Empieza él y me cuenta cómo a comienzos de marzo los grupos armados de la oposición derribaron la estatua de Hafez al Asad en la plaza central de Raqqa y desde entonces es el Frente Al Nusra quien tiene el control. Él y su sobrino han llegado a la capital después de un viaje de ocho horas en autobús; «estamos vivos de milagro, porque a la entrada de Damasco se ha armado un tiroteo impresionante», comenta.

Isaac se siente débil. Camina ayudado de un bastón y precisa de la asistencia permanente de su esposa o su sobrino. Sufre las secuelas de una diabetes agresiva y debe viajar a Damasco cada cinco meses para recibir tratamiento en el hospital. Después vuelve siempre a Raqqa. «Allí las cosas

han cambiado mucho y apenas hay organización, por eso creo que la gente no tardará en echarse a las calles para pedir la vuelta del Gobierno», vaticina. Acto seguido se interesa de nuevo por Donostia; esta vez pregunta por los mejillones del bar Aitona, un local muy conocido de la parte vieja. No hay diálogo, el encuentro es un monólogo de Isaac, que tiene ganas de desahogarse. Mezcla la frustración que le produce el presente de Siria con las memorias de su pasado en España. Recuerda su negocio de compraventa de oro, un negocio que marchaba bien, pero que traspasó cuando decidió regresar a su país natal debido a su enfermedad y porque quería casarse con una mujer siria elegida por su familia. «Me haría ilusión regresar, salir de Siria, pero no se puede abandonar el país en momentos tan complicados, ¿no te parece? Es ahora cuando nuestra presencia es más necesaria», opina, y explica: «La gente se levantó en 2011 porque estaba harta de la dictadura y soñaba con una democracia, pero en mi ciudad lo que ha ocurrido ha sido que han llegado unas personas que pretenden instaurar un emirato, y eso no funcionará porque los sirios no somos fanáticos». Bebe el té a pequeños sorbos. No llevamos mucho rato en la sala, pero vuelve a fatigarse y su sobrino se acerca para decirle que es mejor que vuelvan a la habitación.

¿Un emirato en Siria? Lo que faltaba para terminar de hundir el levantamiento contra Al Asad. Yo también vuelvo a mi habitación. Cae la noche en Damasco y empieza el ronroneo de los generadores. A veces me gustaría dormirme para despertar al cabo de unas horas y comprobar que todo lo que ha pasado desde el verano de 2011 ha sido solo una pesadilla. Es la misma sensación que me transmiten muchos amigos sirios, de uno y otro lado, sobrepasados por las barbaridades de la guerra y a los que les gustaría dar marcha atrás. Se me cierran los ojos. Y, de repente, buuum. Un mortero impacta en los alrededores del hotel. Los niños gritan y lloran, y se oyen portazos en las habitaciones contiguas. Salgo al pasillo y me acuclillo en la moqueta verde con las manos en la cabeza. La luz se ha ido y la oscuridad hace que todo dé aún más miedo. Las madres corren a alejar a los pequeños de las ventanas porque puede haber un nuevo impacto. De fondo se oye la artillería del ejército desde el monte Casium castigando el extrarradio de la capital, pero eso ya se ha convertido en una sintonía habitual para los sirios, hasta para Al Asad, que debe de oír con nitidez el sonido de la guerra desde

su imponente palacio. El proyectil tiene que caer muy cerca para que la gente se altere de verdad. Lo peor de todo es que uno se acostumbra, y esa distancia entre la vida y la muerte es cada vez más corta. Entonces uno se da cuenta de que la pesadilla no solo es real, sino que además se cuenta entre sus protagonistas.

## REFUGIADOS

### VIAJE DE IDA

*Zaatari (Jordania), abril de 2016*

Mohamed tiene quince días de vida. Es uno de los cinco mil bebés que han nacido en Zaatari, el mayor campo para refugiados sirios y el segundo más grande del mundo; se abrió en julio de 2012 y se encuentra en el norte de Jordania, en pleno desierto. Envuelto en mantas, a presión, como las madres sirias tienen por costumbre hacer con sus recién nacidos, descansa en una colchoneta en la casa prefabricada que su familia ha recibido como donación de Kuwait, que, al igual que los demás países del Golfo, ha entregado casas de este tipo a todas las familias. Las ricas monarquías árabes no abren sus fronteras a los refugiados, pero se limpian la conciencia enviando millones de dólares para ayuda humanitaria. Mohamed es un niño hermoso, de grandes mofletes. Sus hermanas sirven té al recién llegado y le ofrecen el lugar más cómodo para sentarse y charlar. Tienen todo el tiempo del mundo. Las horas duran días en un campo.

«Mohamed es el segundo de nuestros hijos (tenemos seis) que nace en el campo. Salimos de Siria con lo puesto; lo perdimos todo, pero de verdad que si fuera posible volveríamos mañana. Cada día que pasa nos olvidamos un poco más de cómo era nuestra vida allí, y temo que nuestros hijos sean refugiados de por vida», confiesa Yalal Abunabud, antiguo empleado de la compañía nacional de gas siria, que huyó «de las detenciones masivas y los barriles bomba». «El día a día era insoportable», comenta mientras acaricia los mofletes del pequeño. En su nueva casa no faltan la tele y la radio; sigue

las noticias de Siria, sabe que el camino a Europa se ha cerrado después de la llegada de miles de personas durante el verano y que ahora los refugiados que llegan a Grecia son enviados de vuelta a Turquía, algo que considera «un gran error»: «La mayoría de ellos salen directamente de Siria y lo hacen porque buscan seguridad. En los campos la vida es monótona, pero al menos estamos seguros».

Zaatari ha alcanzado los ochenta mil refugiados, pero no seguirá creciendo. Los sirios que huyen ahora de la guerra son derivados a Azraq, un nuevo campo en el que ya hay treinta mil personas y que tiene capacidad para ciento treinta mil. Números, números y más números; al final todos ellos son números en nuestras noticias y en los informes de los organismos internacionales. Se acaban los calificativos para describir la situación de Siria, pero sobran las cifras. Los algo más de cinco kilómetros cuadrados de superficie del campo, vallados y bajo la custodia del ejército jordano, se han convertido en una especie de nueva ciudad de Siria donde sus habitantes tratan de rehacer sus vidas. La sensación que uno tiene también es la de estar en una enorme prisión al aire libre debido a los rígidos controles a los que hay que someterse para entrar y salir. Los refugiados no tienen derecho a trabajar en Jordania y cada vez que quieren salir deben obtener un permiso especial del Ministerio de Interior, un trámite que hace que muchos no salgan nunca. Los periodistas también necesitamos el permiso de las autoridades jordanas, por lo que antes de entrar tenemos que acudir a la comisaría próxima al acceso principal. Solo entonces, después de registrarnos y mostrar un permiso previo que se ha pedido en Amán y que autoriza el uso de cámaras, podemos trabajar.

Puedo entrar en la casa prefabricada de Yalal gracias a la ayuda de Hovig Etyemezian, miembro del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) que se encarga de la administración de Zaatari. Este libanés de origen armenio tiene experiencia en campos de Congo, Mauritania y Libia: un todoterreno de la cooperación. «Cada campo es diferente. Los sirios que están aquí quieren regresar a su país, están muy unidos a su tierra, pero si esto se alarga poco a poco esa opinión irá cambiando y no volverán. Venir al campo es la última opción, porque no es natural vivir aquí.» De los seiscientos treinta y seis mil refugiados sirios que

hay registrados en Jordania, un país con ocho millones de habitantes, ciento veinte mil han optado por vivir en los campos. Son los que menos recursos tienen y no pueden soñar con pagar a las mafias el dinero que cuesta viajar a Europa, según los datos que maneja Naciones Unidas. Aquí deciden probar suerte con los largos trámites legales para conseguir la reubicación familiar en terceros países: una lotería. Mientras tanto esperan en un campo que nació como solución temporal, pero que lleva camino de convertirse en un lugar de larga estancia.

Zaatari está formado por población musulmana suní, el 80 por ciento de la cual procede de la gobernación de Deraa, situada en el sur de Siria y escenario de la chispa del levantamiento contra Bashar al Asad en marzo de 2011. En coche hay apenas una distancia de media hora hasta la frontera, y de allí otro tanto hasta sus hogares, pero esta gente escapó del régimen y ahora ven que el ejército, con la ayuda de Rusia, gana terreno, por lo que no se plantean el regreso. Refugiados a apenas una hora de sus casas.

Yo he cruzado esa frontera decenas de veces. Antes de 2011, el viaje entre Amán, Damasco y Beirut en taxi —unos coches americanos grandes, antiguos, que podían llevar a hasta cinco pasajeros, tres en el asiento trasero y dos en el del copiloto— era un clásico de toda visita a Oriente Medio; ahora, en cambio, uno no puede ni acercarse porque es zona militar. Algo similar debió de ocurrir en su momento en Afganistán, que pasó de ser una etapa clave de la ruta *hippie* hacia la India en los años setenta a considerarse un territorio vetado para el viaje por tierra debido a la falta de seguridad. Cuando se ha conocido la libertad de movimientos, el cierre de las fronteras ahoga y despierta una gran nostalgia. Si esto es así para un viajero que va de paso, ¿qué será para un nativo? Las líneas divisorias entre países se convierten en muros: se corta la comunicación y se corta la vida.

Después de un verano como el de 2015, marcado por la llegada de decenas de miles de refugiados a través de las costas turcas, la mayoría sirios, Europa acaba de cerrar sus puertas a los refugiados tras un pacto con Ankara, que a partir de ahora se compromete a vigilar sus fronteras a cambio de dinero. La noticia se vive dentro de las casas prefabricadas de Zaatari como una tragedia porque todos tienen amigos y familiares en el camino, o ellos mismos sueñan con probar esa vía algún día, cuando ya pierdan la paciencia

y no puedan esperar más por los papeles para salir de forma legal. Casas prefabricadas —se entrega una por cada seis miembros de una familia—, once horas de electricidad, educación y sanidad garantizadas y un número cada vez mayor de pequeños comercios que abren sus puertas en una de las calles del campo, bautizada como «Campos Elíseos», son el consuelo de las familias que optan por quedarse. El campo es más grande que cualquiera de las localidades jordanas de la gobernación de Mafraq, donde se encuentra, pero, por muchas comodidades que tenga, no deja de ser un campo. «Esto no es vida», es la frase que más se repite en él.

La casa de Yalal es solo una de las miles que se ven cuando uno asciende a la parte alta del campo, una leve colina en mitad de la planicie más absoluta. La mirada se pierde en un mar blanco de chapa y plástico. La vida discurre en unas arterias principales sin asfaltar, pero con tiendas de todo tipo. Los sirios hacen honor a su reputación de emprendedores. Camino por los «Campos Elíseos» y me encuentro con Ibrahim al Alí, dueño de un local de comida rápida similar al que regentaba a las afueras de Damasco con el que gana «lo justo para mantener abierto el establecimiento; no se puede ahorrar». Sonríe cuando contesta y nos ofrece unas pizzas. Tiene siete hijos y dos de ellos trabajan en el negocio familiar en lugar de ir a la escuela. Esto lo dice con un hilo de voz: le duele confesarlo, pero no tiene alternativa para poder salir adelante. A su lado, Alrazak Hariri vende fruta. «Antes la gente tenía más dinero, pero se van acabando los ahorros. Nuestra esperanza de vivir llega de Dios, no de Europa, donde no nos quieren», afirma con pena después de preguntarme mi país de origen. España no le suena demasiado, ni a él ni a los demás; allí el sueño se llama «Alemania» y, sobre todo, «Canadá». Alrazak no se queda tranquilo hasta que acepto unos plátanos. Quiero pagarle, pero no acepta mi dinero. Omar Hamadi prueba su nueva máquina para arreglar zapatos, un aparato pesado y ruidoso que es la atracción de la calle. Todos se paran a mirarla, y yo también. Este exmilitar de cuarenta y nueve años descartó la opción de buscar refugio en el extranjero desde el principio porque no tiene medios y, sobre todo, porque tiene dos esposas: «Eso hace que rechacen mis peticiones de visado. Me resigno a seguir aquí; nadie está contento, pero al menos todo está organizado

y hay seguridad». No se puede dar un paso sin que alguien le pare a uno para hablar. Todos quieren contar su historia, enseñar sus negocios y agasajar al recién llegado con lo que tienen.

Las suyas son historias de un éxodo que arrancó cuando las revueltas y protestas contra el Gobierno se transformaron en una guerra abierta que se precipitó con el inicio de los bombardeos de aviación y artillería contra las zonas opositoras; con el paso de los meses, en ellas se consolidó el poder de grupos radicales como el Frente Al Nusra o Estado Islámico. En Zaatari se nota que la gente es conservadora y tradicional. Durante los primeros años de guerra, Turquía, Jordania y Líbano fueron los principales lugares de refugio para los sirios, pero en el verano de 2015 hubo un cambio y, de pronto, miles de personas lograron llegar a Europa, una meta muy complicada y terriblemente cara hasta el momento. Fue solo entonces cuando Bruselas se dio cuenta de verdad de que en Siria había una guerra y tomó cartas en el asunto. La estrategia de las autoridades europeas consistió en levantar un muro invisible por medio de un acuerdo con Turquía, que ya albergaba a más de dos millones de refugiados entre sus fronteras, pero tenía la llave para frenar la salida en masa de los civiles.

A lo largo de mis viajes a Siria desde el inicio de la guerra he ido viendo la evolución de ese movimiento migratorio, a menudo hacia el extranjero, pero también hacia otros lugares del propio país. El mayor cambio lo noté cuando viajé a Damasco en junio de 2015. Aquellos días se veían colas y más colas frente a las casas de cambio. Durante los cinco años anteriores, la economía de guerra había obligado a los vecinos de la capital a esperar horas, en diferentes momentos, para comprar pan, repostar gasolina, adquirir bombonas de gas... De pronto, esperaban por primera vez para cambiar sus libras sirias a dólares, un cambio nada ventajoso, ya que la moneda nacional se había hundido hasta las quinientas libras por dólar, diez veces más que antes de la guerra. En el centro de Damasco, las casas de cambio y las únicas tres oficinas en las que funcionaba el servicio de Western Union, que permitía el envío y la recepción de dinero a distancia, eran los lugares más concurridos. Acompañado por mi inseparable funcionario del régimen, me acerqué a una de las casas de cambio más conocidas de la plaza Marjeh. Después de abrirnos paso a codazos y a empujones, pudimos llegar al

mostrador y pedir una entrevista de cinco minutos al responsable de este establecimiento emblemático. Para mi sorpresa, aceptó, y fue una conversación larga. Se llamaba Nader al Shaar y era un hombretón serio, que hablaba con calma y transmitía la seguridad de quien sabe lo que está diciendo. Nos pidió que pasáramos al otro lado del mostrador; sirvió café, bajó el volumen de la radio y se sinceró mucho más allá de lo que suele ser propio en un sirio frente a una cámara y en presencia de un funcionario del Ministerio de Información. «Quieren dinero en metálico para poder pagar el viaje hasta Europa. Se necesitan entre tres mil quinientos y cuatro mil dólares de media para completar el recorrido. Tenemos mucha demanda y no hay límite por persona, como antes, cuando el Estado permitía sacar como máximo quinientos dólares. Después de mucho tiempo, el Banco Central nos suministra todo lo que pedimos. Los sirios salen con dinero en el bolsillo; los europeos no os tenéis que preocupar. Y los que no lo llevan encima, lo van recibiendo por etapas según avanzan en su ruta», contó Al Shaar. Bebía café turco como quien bebe agua y parecía tener unos labios de titanio, porque se llevaba la taza con el café hirviendo a la boca sin problemas. Me encanta oler ese café y diferenciar las especias que le añaden; después, si es bueno y está bien hecho, hay momentos en los que casi se puede masticar. Pasadas las doce y media del mediodía, Al Shaar cogió su viejo teléfono Nokia, se puso las gafas y llamó al Banco Central para pedir un millón de dólares. En las primeras dos horas y media del día ya había repartido doscientos mil y no le quedaban más. Seguimos con la entrevista, y al poco rato llegaron dos jóvenes, uno armado y el otro con bolsas de plástico en la mano, con el tesoro que pronto acabaría en los bolsillos de las decenas de clientes que esperaban su turno en una larga fila en la popular plaza del centro de la capital. Mil, cuatro mil, catorce mil, cincuenta mil...; cada uno apuntaba la cantidad que quería en un papel donde estaba fotocopiada su tarjeta de identidad, y en cuanto llegaron los dólares empezó el reparto, como si fueran cromos de una colección de fútbol. La gente llevaba maletines o bolsas de basura con auténticos ladrillos de libras para cambiar. Esos ladrillos de billetes de color verde, con el rostro de Hafez al Asad en una de sus caras, forraban las paredes del local.

Al Shaar llevaba ocho años trabajando de forma legal, después de cincuenta dedicado al mercado negro. Su oficina abría de nueve de la mañana a siete de la tarde, y la cola era permanente. Con sesenta y ocho años recién cumplidos, se emocionaba al ver la oficina llena de clientes a los que posiblemente nunca volvería a ver. «Tengo dinero y visado para ir a Estados Unidos y escapar de aquí cuando me dé la gana, pero no me voy. De momento Damasco sigue siendo seguro y este es mi lugar», me confesó casi entre lágrimas. El régimen le encarceló en los ochenta por sus ideas políticas; después fue detenido también en varias ocasiones por irregularidades en sus negocios como cambista pirata... «Pero Siria está por encima de cualquier Gobierno —me dijo agarrándome la mano con fuerza—, por encima de cualquier Gobierno y cualquier persona.»

Salimos de la casa de cambio, y no tuvimos que caminar mucho para ver otra gran cola a las puertas de la de Al Fuad, pero allí la gente no iba a cambiar sus libras: acudían para recibir y, sobre todo, enviar dinero a los familiares que tenían en el extranjero gracias al servicio de Western Union, que operaba de forma indirecta en Damasco a través de oficinas en Amán, lo que conllevaba comisiones adicionales. El responsable, Ibrahim Rajab, daba instrucciones a sus quince empleados. Imposible mantener el orden y la calma. La gente se apelotonaba en la entrada a la espera de la llamada desde el interior de la oficina que indicaba la llegada del turno. «Antes era cuestión de minutos; ahora necesitas casi todo el día», se lamentaba uno de los clientes que aún esperaba en la calle. Fue el único de aquellos ciudadanos que aceptó hablar con un periodista extranjero acompañado de un funcionario del Ministerio de Información y, en este caso, debido a la proximidad de la gobernación de Damasco, rodeado de los guardas de seguridad que protegían la zona y dictaban a gritos a la gente lo que me tenía que contestar en caso de que les hiciera una pregunta. Dentro de la tienda, con más calma e intimidad, Rajab me informó: «La mayor parte de los clientes acuden a enviar dinero a sus seres queridos. La gente sale de Siria con una cantidad suficiente para pagar una parte del viaje, pero según avanzan y cuando llegan al destino final necesitan más para empezar una nueva vida». Alemania y Suecia eran los destinos a los que más dinero se enviaba desde Damasco.

No entendía ese giro repentino en la política de cambio de divisas. El funcionario del Ministerio que me acompañaba también me aseguró que conseguir el pasaporte era menos complicado que antes... Era como si el Gobierno quisiera soltar lastre y abrir las puertas. Siria había quedado dividida en tres grandes zonas de influencia: en el norte, los kurdos; en la capital, la frontera libanesa y la costa mediterránea, el régimen, y en el centro, el norte y el sur, especialmente en las áreas rurales, los grupos armados de la oposición con el Frente Al Nusra, filial de Al Qaeda, y el grupo yihadista Estado Islámico como principales estandartes. La religión había devorado el resto de las reivindicaciones revolucionarias a una velocidad de vértigo, y el terror y la *sharia* eran ahora las únicas banderas. El país estaba roto, pero las comunicaciones se mantenían, y había autobuses que cruzaban a diario las fronteras delimitadas por puestos de control de uno u otro bando. Los sirios habían ido ordenando el caos para adaptarse a los cambios y, pese a la violencia, la vida continuaba. Las zonas bajo control del Gobierno eran las que más seguían pareciéndose a lo que fue Siria hasta 2011. «Familia, casa y trabajo», respondía sin dudarlo un amigo sirio cuando se le cuestionaba por los motivos para seguir en el país y no intentar escapar a Europa. «Cuando fallan esos tres pilares es cuando ya no tiene sentido seguir», añadía. Era un buen amigo que conocí ya en mi primer viaje para entrevistar a Al Asad y que una década después hacía lo posible por sobrevivir, como todos los sirios. El Gobierno mantenía su presencia militar y política en las capitales de provincia, excepto en Idlib y Raqqa, y pagaba a sus funcionarios, aunque vivieran en zonas fuera de su alcance. Damasco estaba blindada por puestos de control, pero todos los días caían proyectiles lanzados desde los barrios opositores del cinturón rural. El ejército respondía con artillería y bombardeos, en algunos de los cuales empleaba los temidos barriles bomba, como denunciaba la oposición.

Además de las colas en las casas de cambio, aquellos días llamaba la atención el florecimiento de tiendas que vendían bolsas de viaje. Mahmoud al Rajin era el dueño de una de estas tiendas. Receloso al comienzo, finalmente habló conmigo a condición de no tocar ningún tema político; «solo profesional», me pidió tras aclararme en voz baja que había pasado una temporada en la cárcel por cambiar dinero ilegalmente. Así se lo prometí, y

Al Rajin me hizo a continuación una exhibición de material: «Dependiendo del tipo de viaje y de si van solos o acompañados, los clientes optan por mochilas o maletones más tradicionales. Los más jóvenes van ligeros y piden modelos impermeables porque se subirán en cualquier embarcación que les pueda llevar a Grecia lo más rápido y barato posible». El producto estrella era una mochila de montaña negra fabricada en Siria que costaba nueve mil libras, entonces unos veinte euros al cambio. Una fortuna para el bolsillo del sirio medio. No pudimos hablar demasiado porque el flujo de clientes era constante, mucha gente joven: los «mochileros» de esta nueva ruta a Europa.

Frente a la tienda de maletas había tres comercios con las persianas bajadas. Se trataba de agencias que hasta hacía unos días vendían los billetes de autobús y barco para el trayecto Damasco-Izmir (Turquía), pasando por el puerto de Trípoli (norte de Líbano). La policía las acababa de cerrar, y los viajes pasaron a organizarse en taxis o coches particulares, pero el flujo de salida era constante. No se hablaba de otra cosa en las calles, y llamaba la atención que no todos los que estaban huyendo se hubieran quedado sin nada. Como extranjero y periodista, mi círculo de conocidos en Damasco nunca ha sido demasiado amplio y estaba formado principalmente por una élite que hablaba inglés, de clase media alta y acostumbrada a viajar al extranjero. Uno de esos conocidos, con el que me encontré en un céntrico café de la capital, me confesó que estaba asombrado porque había perdido «decenas de compañeros de trabajo» en unas pocas semanas. Sacó el móvil y empezó a marcar números para demostrarme que las líneas estaban cortadas. A sus veintidós años se había convertido en el veterano de la plantilla de economistas que trabajaban en un banco privado de Damasco. Un puesto bien remunerado, en un barrio sin problemas de seguridad y por el que antes había una dura competencia. No había nadie en las mesas más próximas, pero Firaz, nombre ficticio, hablaba en voz baja. Llegaron los cafés: puro expreso al estilo europeo. Estábamos en el único lugar de Damasco donde se podía tomar un café de esa calidad. Platos y tazas de diseño, expositores con camisetas de diseño a la venta, mesas antiguas pintadas de distintos colores...; una maravilla de cafetería que había bullido con un ambiente alternativo hasta 2011, pero entonces medio vacío porque la mayoría de los niños pijos habían hecho las maletas. «Emigrar a Europa está de moda; es fácil llegar y

más barato que antes del verano. Todos tenemos ya amigos en Alemania, Holanda, Suecia... Chateamos, hablamos por Skype y nos cuentan maravillas. Aquí no estamos del todo mal, al menos en el centro de Damasco, pero allí parece que todo es mejor, ¿no?», me contó Firaz, que esa misma noche celebraba la cena de despedida de quien consideraba su «mejor amigo». Hijo de un hombre de negocios próximo al régimen, ya tenía todo listo para partir a Líbano, y de allí a Turquía, Grecia... hasta Alemania. Este «mejor amigo» le había avisado antes de su marcha, pero no era lo habitual. La gente se iba y, una vez en destino, muchas veces al cabo de solo una semana, daba las primeras señales de vida.

Firaz había decidido quedarse. «Damasco de momento es seguro, y después de cada guerra siempre hay un *boom* de la economía. Yo quiero estar listo para cuando llegue ese momento porque habrá muchísimo trabajo, ¿no crees?» Me preguntaba mi opinión de forma constante. Nada más estallar la guerra le dije, como al resto de mis conocidos en el país, sobre todo los padres de familia, que se fueran lo antes posible. Pero ante sus planes de futuro y su determinación, esta vez me callé y me limité a asentir. Para mis adentros pensaba que si algún día sufro la desgracia de vivir una guerra en mi país, me largaré a las primeras de cambio a no menos de dos mil kilómetros. «Mi única patria es mi familia», me dijo una vez una madre palestina a la que entrevisté porque su hijo, de doce años, se había convertido en el preso más joven de Israel. Las facciones políticas habían hecho del niño un «mártir» de su causa, pero aquella madre no quería al icono, sólo quería abrazar al pequeño.

Firaz no esgrimía motivos sentimentales, patrióticos ni nacionalistas. Él tenía algo muy importante a su favor, y era que estaba exento del servicio militar obligatorio porque era hijo único. La mili era otro de los motivos para dejar Siria. No había prórrogas y el unto de funcionarios no colaba tan fácilmente como antes. El dinero ya no podía evitar vestir el uniforme y tener que ir al frente. Desde 2011, el ejército no descansaba, y aquellos jóvenes a los que la guerra había sorprendido haciendo el servicio obligatorio seguían en sus puestos. «Han visto una puerta a Occidente y la han abierto para no volver jamás. Les deseo lo mejor, pero ¿es todo tan bueno como dicen?», volvía a preguntarme con nostalgia de los amigos perdidos con los que

siempre se reunía en este mismo café, lleno ahora de sillas vacías. Nadie hablaba ya del presidente, de la llegada de los rusos, de los posibles cambios... Partir a Europa o quedarse en Siria: no había otro tema.

Escuchando a este joven banquero quedaba claro que no todos los que salían lo hacían de lugares como Raqqa, Idlib o Deir Ezzor, bastiones de Estado Islámico y el Frente Al Nusra, ciudades donde estos grupos imponían su visión ultraortodoxa del islam y que sufrían los ataques aéreos del ejército y de la coalición que lideraba Estados Unidos contra el yihadismo. La élite del régimen hacía tiempo que vivía con un pie fuera y otro dentro. Para comprobarlo no había más que acercarse una noche a los barrios selectos de la capital, como Malki, donde se encuentra una de las residencias de los Asad; en ellos apenas se veían luces en los edificios y no había problema para encontrar mesa en los cafés y restaurantes, algo casi imposible antes de la guerra. Esta gente había salido con el pasaporte y el visado en regla, y en avión desde los aeropuertos de Damasco o Beirut rumbo a Europa, Estados Unidos o el Golfo. Tras despedirme de Firaz y prometerle que le llamaría en mi siguiente visita, me acerqué al despacho de Elia Amal, mano derecha del ministro de Reconciliación Nacional, Alí Haidar, alguien que desde que empezó la crisis siempre había sido amable y me atendía en mis viajes. Elia estaba preocupado por el éxodo masivo, y confirmó mis sospechas: «La mayor parte de la gente que va a Europa sale de las zonas bajo control opositor, pero el efecto llamada ha llegado también a las del Gobierno, donde jóvenes preparados y con recursos, pero que no tienen opciones de obtener un visado, se lanzan a la aventura en busca de un futuro mejor». Se trataba de una emigración forzada por la incertidumbre; por el miedo a que la guerra llegara a las calles de Damasco; por la caída libre de la libra, lo que hacía que los salarios que antes eran buenos ya no alcanzaran para llegar a fin de mes, y por el eterno temor a las distintas agencias de seguridad del régimen, que, pese al desgaste de la guerra, seguían muy activas.

¿Dónde se metía toda esta gente? ¿Cómo les recibía Europa? Tras salir de Damasco no podía quitarme esas preguntas de la cabeza. Un mes después, a finales de agosto, recibí una llamada de la redacción: habían llegado unas imágenes increíbles de una pequeña estación de tren en la frontera entre Grecia y Macedonia. Me llamaron al terminar el informativo de la noche, y

seis horas después estaba en el aeropuerto de Tel Aviv embarcando rumbo a Salónica. En las fotografías se veía a miles de personas, la inmensa mayoría sirios, según las agencias de noticias, en un pequeño andén de pueblo a la espera de trenes que les llevaran hacia Serbia. Antes de salir contacté con Nico Valle, veterano periodista del canal de televisión catalán TV3 con el que me he cruzado en mil viajes. Él llevaba ya una semana siguiendo a los refugiados desde Grecia a Serbia, cuando todavía nadie hablaba del tema. Acababa de seguir esas primeras etapas en suelo europeo y me ayudó a preparar la cobertura en tiempo récord.

Aterricé en Salónica y fui en coche hasta la frontera con Macedonia. Para cuando me quise dar cuenta estaba ya en Gevgelija, la primera localidad tras cruzar la frontera de Grecia. Los andenes de la estación que había visto en imágenes un día antes estaban poblados por una especie de marea humana que rodeaba cada tren que llegaba y penetraba por puertas y ventanillas hasta llenarlo del todo. Después de haber sido expulsados de sus países por la guerra, sufrir las mafias y desafiar el mar para cruzar de Turquía a Grecia, su misión era hacerse con un sitio en los viejos vagones roñosos, herencia de la extinta Yugoslavia, en los que tenían que recorrer doscientos veinte kilómetros hasta la frontera serbia. Cuatro horas enlatados, ofreciendo una imagen que evocaba a la de los vagones de la muerte de los campos de exterminio nazis.

Cada día partían cinco trenes, pero no eran suficientes para trasladar a las más de dos mil personas que llegaban a diario a Gevgelija, según el registro de ACNUR. La gente tenía que esperar un día, dos, tres..., pero la desesperación podía con ellos y al final lo intentaban como fuera. La tensión que rodeaba la llegada de cada tren provocaba choques con las fuerzas de seguridad, que recurrían al gas para dispersar a la gente que ocupaba estación y andenes.

Cuando el tren se paraba, las ventanillas se convertían también en puertas; los pasajeros saltaban como si fueran atletas de competición, se abalanzaban sobre el pedazo de chatarra, ancianos y niños competían con jóvenes, sin piedad, sin respeto, sin compasión. Era la ley del más fuerte, y solo él conseguía subir. La primera vez que vi esa escena se me saltaron las lágrimas. No pude evitarlo. Lloraba mientras veía por el visor de la cámara

cómo un bebé lloraba desconsolado, un llanto incesante y desgarrador, mientras su padre apenas conseguía sostenerle en alto, pegado al techo del vagón; con los empujones, el pequeño se golpeaba una y otra vez con las cabezas del resto de los compañeros de viaje. Al final desapareció de mi vista. Imposible ver al bebé en medio de la jauría.

El salvoconducto de la policía de Macedonia podría haberles ahorrado ese viaje horrible. Se trataba de un documento que les autorizaba a cruzar el país legalmente en un plazo de setenta y dos horas, y que después, al llegar a Serbia, se sustituía por uno nuevo que servía para atravesar el país. En teoría, así debía funcionar, pero no funcionaba, y la policía, sobrepasada, era incapaz de expedir todos los salvoconductos necesarios. «En Grecia nos dieron el documento en unos minutos. Aquí tardan días y no llega. Eso sí, si sobornas con cien euros a los agentes, ayuda», apuntaba Ihab, vecino de treinta y cinco años del barrio damasceno de Dumar. Sacaba fotos de la escena con su iPhone y las colgaba en Twitter al instante gracias a la tarjeta de una compañía local que acababa de comprar. Era mucho más fácil comprar una tarjeta SIM que lograr un salvoconducto. «Somos sirios, somos personas, pero nos tratan como animales», aseguraba con lágrimas en los ojos. El 78 por ciento de los que llegaban eran de origen sirio, según ACNUR, y muchos tenían dinero para dormir en hoteles, comer caliente y viajar en taxi, pero la falta del salvoconducto les obligaba a seguir el camino de los demás inmigrantes de origen iraquí, afgano, egipcio, somalí..., con menos recursos.

Gevgelija, un pueblo de unos quince mil habitantes, estaba tomado por los recién llegados, que habían abarrotado el único hotel que tenía, sus cuatro pensiones, los parques y las plazas. La vieja estación no había visto tanto pasajero desde los días de la extinta Yugoslavia, cuando los trenes funcionaban bien. Grigor Arnaudov llevaba un mes colgando el cartel de «Completo» en la puerta de su hostel, el Holiday Han, un pequeño establecimiento de apenas diez habitaciones.

«Esto no es bueno para nadie; es una desgracia, una gran desgracia ver llegar a tanta gente todos los días y tener que decir a muchos que no hay sitio o que no pueden hospedarse porque no se han registrado ante la policía. Tienen dinero, pero si no están en situación legal nos denuncian», aseguraba el propietario con impotencia. Farmacéutico jubilado, después de trabajar

toda la vida en Belgrado regresó a su Gevgelija natal para abrir un hostel que entonces acogía a familias enteras y que mantenía los precios de antes de la crisis de refugiados (veintiséis euros la habitación doble).

El Holiday Han está a unos minutos a pie de la estación. Allí se podía encontrar a gente llegada de todas las ciudades de Siria, desde Alepo hasta Daraa, y desde Latakia hasta Deir Ezzor. Una Siria en miniatura, concentrada en un apeadero de Macedonia, «escapando de Bashar al Asad y del grupo yihadista Estado Islámico. No hay lugar para la vida allí», según denunciaba Mohamed Hadad, ingeniero informático de veinticinco años de Deir Ezzor. «No tengo ni idea de adónde iré. ¿Bélgica o Alemania? ¿Me recomiendas otro sitio? Ahora es mi última preocupación. Vivimos al día y vamos superando obstáculos hasta llegar a una meta; es una prueba de resistencia», reflexionaba en voz alta antes de pedir: «Por favor, cuenta al mundo cómo estamos, cómo nos tratan, que venga la prensa a Macedonia igual que fue a Grecia, a la isla de Kos. Solo cuando salimos en los medios empiezan a tratarnos bien».

Macedonia, país de dos millones de habitantes, asistía por segunda vez en pocos años a la llegada masiva de emigrantes. En 1999 fueron los kosovares quienes llegaron por miles huyendo de la guerra con Serbia, pero la gran diferencia es que muchos de aquellos kosovares llegaron para quedarse, mientras que estos recién llegados estaban solo de paso y tenían mucha prisa por seguir su camino hacia el norte de Europa. La siguiente barrera era la frontera de Serbia, luego Hungría... Una huida constante en la que se jugaban la vida y que con el paso de las semanas se convirtió en una de las grandes historias informativas del año. Gevgelija era solo la primera gran parada de un éxodo que trajo el horror de la guerra hasta el corazón de Europa.

Los trenes terminaban su recorrido en Tavanovce, la última parada de Macedonia. La gente bajaba exhausta y tomaba aire, pero no tenían mucho tiempo: había que seguir. «¿Serbia? ¿Serbia?», preguntaban nada más poner pie un pie en el suelo. Los empleados locales de la empresa de ferrocarriles señalaban una casa que se veía a unos trescientos metros y les despedían diciendo «*Prijatno, prijatno*» («Adiós, adiós»). A falta de un puesto

fronterizo, la casa de Nadezda Tasic, una humilde granja de siete cerdos y dos gallos, se había convertido en una especie de hogar del refugiado improvisado.

«Llegan tan cansados que muchos se tiran a dormir cerca de la casa. Nos piden agua, electricidad para cargar los móviles, ir al servicio..., pero son tantos que no podemos: estamos desbordados», se lamentaba Nadezda, que tras mostrarnos las diferentes partes de la casa nos invitó a pasar. Todo estaba a medio construir, y los migrantes se colaban en el piso superior, aún sin cerrar, y los corrales.

Nadezda era una especie de matrioska (típica muñeca rusa de madera) de carne y hueso. Con ella vivía su hija María, enfermera veinteañera en paro porque se resistía a trabajar por los sesenta euros al mes que le ofrecía el sistema público macedonio. La joven sentía debilidad por las mujeres y los niños.

«Todas las noches tenemos a algún bebé durmiendo en el salón. Les ayudamos a bañarlos y en lo que podemos, pero esto no es un albergue y cada vez vienen más», contaba María mientras repasaba en su móvil las fotos de los últimos días.

«Los vecinos creen que estamos haciendo negocio y que les cobramos por entrar en nuestra parcela, pero es mentira. Somos muy pobres, no tenemos ni lavadora, pero ayudamos con todo lo que podemos», repetía Nadezda para intentar dejar claro su papel en esta historia y acallar las malas lenguas.

La calma en casa de los Tasic duraba lo que tardaban los trenes en seguir llevando gente desde Gevgelija. Sus terrenos se habían convertido en el corredor humano de acceso a Serbia, un paso obligado donde solía desplegarse la policía del país vecino para vigilar a los recién llegados. La conversación acabó en cuanto oímos que llegaba un nuevo tren, y madre e hija salieron disparadas a la puerta para vender botellines de agua, refrescos, galletas y frutos secos a recién llegados como Hamed, que caminaba por el andén con la mirada perdida. Buscaba entre la multitud a dos amigos y vecinos de su ciudad natal, Daraa, en el sur de Siria, con los que quería ir hasta Alemania. La considerada cuna de la revuelta contra Bashar al Asad era un lugar muy castigado por los combates, una ciudad dividida entre las

fuerzas del régimen y de la oposición armada. «No queda una casa sin marcas de la lucha; allí no se puede vivir, y ahora además sufrimos el lanzamiento diario de barriles de explosivos desde los aviones del ejército», relata Hamed.

Su viaje había comenzado en Jordania, país en el que llevaba un año viviendo tras escapar de Siria. Voló a Estambul (trescientos cincuenta euros por el billete) y de allí fue a la costa para saltar a la isla griega de Kos (mil euros por un espacio en un bote para cuarenta pasajeros y un trayecto de menos de tres horas). En Grecia logró el salvoconducto que le permitió atravesar en setenta y dos horas el país de forma legal, cogió un ferri a Atenas (cincuenta y cinco euros) y, tras pasar una noche en un hostel de la capital (veintiséis euros), siguió en autobús hasta la frontera con Macedonia (sesenta euros). Nada más cruzar, se acercó a la comisaría de la estación de Gevgelija para buscar un nuevo salvoconducto, pero, como no pudo conseguirlo, tuvo que subir a uno de los trenes (diez euros) para llegar a Tavanovce.

«En total he gastado más de mil quinientos euros solo en transporte en los primeros diez días de viaje, y ya no llevo mucho más en metálico. Espero a llegar a Belgrado para ir a recoger más dinero a una delegación de Western Union. Todos hacemos lo mismo: viajamos con lo puesto para evitar robos», relataba sin dejar de mirar el resto de los vagones con la esperanza de encontrar a sus compañeros. Hamed se sentía afortunado porque viajaba solo; su familia se había quedado en Jordania.

Algunos optaban por descansar en las casetas prefabricadas dispuestas para ellos en la estación, pero la mayoría seguía adelante, campo a través, más allá de la casa de Nadezda Tasic, la auténtica referencia para saber que uno ya pisaba suelo serbio. Un paso más en su huida a Europa, un país menos que cruzar.

La avalancha de refugiados comenzaba a aparecer en los medios. Allí, en Tavanovce, viendo la invasión humana de la granja de los Tasic, me vinieron a la cabeza los millones desplazados de sus casas por el conflicto en Siria que habían decidido quedarse en el país. Las zonas bajo control del Gobierno estaban superpobladas, y en mi último viaje a Siria antes del verano, además de ver las colas ante las casas de cambio en la capital, también pude acercarme a Jdeidet Artouz (situada a quince kilómetros al sur de la capital), tras obtener el pertinente permiso del Ministerio de

Información. Esa localidad había visto su población multiplicada por diez desde finales de 2012, hasta alcanzar los trescientos mil habitantes. Uno de los colegios había sido reconvertido en centro de acogida; allí conocí a Ahmad Omar Moadamani, que, junto a su mujer y sus cuatro hijos, había convertido un antiguo despacho de dirección en su hogar provisional. Nada más verme entrar, antes de escuchar mis preguntas, pidió a su esposa que preparara un café. Nos sentamos sobre un colchón de espuma.

—Gracias por abrirme las puertas de su casa y compartir este café, son muy amables —dije para romper el hielo ante la atenta mirada de los anfitriones.

—Llevamos cuatro años aquí. Lo que iba a ser una situación temporal se ha vuelto permanente. ¿Qué podemos hacer? No tenemos dinero para alquilar una casa, ni para emigrar a Europa. Aquí nos quedamos hasta que se acabe la guerra —me transmitía este padre de familia de cuarenta y cinco años, que compaginaba la venta ambulante de fruta con el trabajo de voluntario en las milicias progubernamentales para poder subsistir. Un solo sueldo ya no era suficiente.

Los Moadamani eran originarios de Daraya, uno de los primeros lugares que se alzaron en armas contra el Gobierno y donde la respuesta del ejército fue más dura. Abandonaron su casa en cuanto las primeras protestas derivaron en combates abiertos. Se fueron con lo puesto. Mirarles a los ojos servía para poner cara y escucharles para poner voz a los seis millones seiscientos mil desplazados internos provocados por la guerra hasta mediados de 2015. Según datos de Naciones Unidas, Siria había logrado superar a Colombia como el país con más desplazados del mundo.

—¿Quién os ayuda? ¿La ONU? ¿De qué habéis vivido estos años? —pregunté a Ahmad Omar, pero no le dio tiempo a responder.

En el pequeño despacho-hogar de los Moadamani estaban también el funcionario del Ministerio que me acompañaba desde la capital; el alcalde de Jdeidet Artouz, Mohamed Ziad Morabia, y el responsable municipal de los desplazados, Mousa Lutfi, y ellos respondieron.

—¿La ONU? Lo que tiene que hacer Occidente es dejar de apoyar a los grupos terroristas, porque ellos son los que obligan a la gente a huir. En el pueblo tenemos a quince mil familias registradas y la misma situación se

repite en otros puntos bajo control del Gobierno que se convierten en refugio para los civiles que buscan seguridad —apuntó el responsable de los desplazados.

—Es hora de dejarse de cumbres internacionales y cortar de una vez por todas el apoyo a los grupos armados de forma inmediata. El Estado es capaz de cuidar a sus hijos —añadió el alcalde con firmeza, mientras sus acompañantes asentían.

La ayuda a la escuela llegaba desde el Gobierno, Naciones Unidas, Media Luna Roja Siria y otras organizaciones locales de caridad. Allí solo había gente sin recursos; la mayoría eran campesinos. El café en el cuarto de los Moadamani se alargó y después llegó el té. Querían hablar y contar su experiencia personal. Su relato era el de millones de sirios que, de la noche a la mañana, se habían encontrado en la calle. Ciudadanos de a pie acostumbrados a la seguridad de un sistema que se acabó en 2011 para convertirse en una especie de segundo Irak.

—Aunque esté destrozada, volveremos a nuestra casa cuando se decrete el alto el fuego y empezaremos de nuevo; no hay otra solución —repetía Ahmad Omar entre el pitido de la alarma de su reloj, la señal que marcaba el momento de acudir al puesto de control para unirse al resto de los voluntarios encargados de la seguridad de un barrio que, desde hacía cuatro años y empujado por los horrores de la guerra, se había convertido también en suyo.

En aquella escuela de Jdeidet Artouz, como en el andén de Gevgelija, en el camino a Serbia desde Tavanovce o en el campo de refugiados de Zaatari, uno se acostumbra a trabajar rodeado de niños, las grandes víctimas del conflicto. No puedo quitarme de la cabeza su llanto y sus miradas..., ¿qué culpa tienen? En el campo de Zaatari, en abril de 2016, evito hablar de los momentos que he vivido en la ruta de los Balcanes. Salgo de la casa de Yalal Abunabud, en mitad del campo de Zaatari, no sin antes besar en los mofletes al pequeño Mohamed.

La siguiente parada es una escuela. Las calles del campo están llenas de niños con las mochilas verdes donadas por Arabia Saudí a la espalda. Hay unos treinta mil menores en edad escolar, «pero no más de dieciocho mil acuden al colegio de forma regular; los demás tienen que trabajar para ayudar en casa», lamenta Hovig Etyemezian, que añade: «Este es uno de los mayores

retos a los que nos enfrentamos: ellos son el futuro de Siria». A poca distancia del campo base de las agencias de Naciones Unidas se levanta la llamada «escuela alemana», construida recientemente con fondos aportados principalmente por ese país y que se compone de varios bloques prefabricados. Niños y niñas asisten a clase en turnos de mañana y tarde. El lugar está totalmente rodeado de vallas y alambre de espino, el patio es de piedra y dos vigilantes controlan el acceso principal. En las aulas llama la atención la diferencia de edad entre los alumnos. «Muchos niños faltan semanas enteras y cuando regresan los tenemos que poner en clases de un nivel inferior al que les corresponde», me informa Manua Jazala, profesora jordana con treinta años de experiencia en la educación, a la que su Gobierno ha destinado al campo. En lugar del presidente Bashar al Asad, en las paredes hay fotografías del rey Abdalá II. «En las clases no abordamos el tema sirio. Cuanto más relajado está un niño, más receptivo es a aprender, y aunque el estado psicológico general ha mejorado con el paso de los años, todos han pasado por experiencias traumáticas», recuerda Jazala. A la falta de estabilidad en los hogares, en el caso de las niñas hay que sumar que las familias casan a sus hijas a partir de los doce o trece años de edad, lo que las obliga a abandonar la escuela.

Al salir del centro me queda tiempo para una última entrevista. Hovig me acompaña a la casa de Abu Qasem, que tiene cuatro hijos en edad escolar que van al colegio todos los días, un caso difícil de encontrar. El matrimonio se queda en casa con los más pequeños, dos gemelos de un año, y sueña con el día que puedan irse todos juntos a Canadá. Se repite el ritual del colegio para desplazados de Jdeidet Artouz o de la casa de Yalal Abunabud y nada más entrar la mujer pone agua a hervir para ofrecer un té a la visita. No hay entrevista sin té.

—¿Cómo es la vida en el campo? ¿Pensáis ir a Europa? —les pregunto sin muchos preámbulos porque el tiempo vuela y antes de las cinco tengo que salir de Zaatari, como reza mi permiso.

—Europa nos da la espalda cuando más necesitamos una salida, pero en Canadá es diferente: allí necesitan gente cualificada como los sirios y somos bienvenidos. Por eso quiero ir con mi familia; nuestra meta es Canadá — responde con firmeza Abu Qasem, antiguo carpintero que ahora reparte el día

entre su huerto, el cuidado de las gallinas y las visitas a la oficina de ACNUR, donde le informan sobre el estado de su solicitud para realojarse en Canadá.

—¿Y volver a Siria? —planteo tras tomar un largo trago de té.

—Es terrible estar a menos de una hora de mi casa y no poder ir, pero es así, y no hay que darle más vueltas porque nos volveríamos locos. No es momento para regresar a Siria. Al menos hasta que termine la guerra, y entonces no sé si seremos bienvenidos. Hay que pensar en el futuro, y el futuro se llama Canadá. Este es un viaje sin vuelta atrás.

El futuro de los sirios pasa por las decisiones que se tomen en los despachos de Washington, Moscú, Riad o Teherán, las grandes potencias mundiales y regionales que dirimen sus diferencias en el tablero sirio. Despachos situados a miles de kilómetros de estas casetas prefabricadas de Zaatari a los que no llega el calor del té, la incertidumbre de las miradas y la impotencia de las palabras de estos sirios. «Un viaje sin vuelta atrás»; las palabras de Abu Qasem resuenan en mi interior mientras camino hacia el coche, aparcado junto a las oficinas de las agencias de la ONU en el campo. «Cuando uno sale de su casa, en lo más profundo de su ser sabe que es para no volver», me dijo un anciano palestino en el campo de refugiados de Yabalia, el más grande de Gaza. Los palestinos esperan desde 1948 la vuelta a los hogares de los que fueron expulsados por Israel; en el caso de los sirios, el éxodo solo acaba de empezar, pero ya se han dado cuenta de que es un viaje sin retorno.

## EL CALIFATO: IRAK Y SIRIA

### DEL ESTADO ISLÁMICO AL ESTADO DE HUSEIN

*Bartella (Irak), octubre de 2016*

Mohamed para el coche frente a uno de los colegios principales de Bartella. Una pintada de una bandera enorme del grupo yihadista Estado Islámico decora el muro principal. La enseña negra con el círculo blanco en la parte central destaca en el amarillo de la pared y parece un botón que invita a ser pulsado para trasladarse a otro tiempo, a esa época de Mahoma en el siglo VII que el califato quiere revivir mil trescientos años después. Me dispongo a tocar el muro, pero no me atrevo. Bartella, situada a veinte kilómetros al este de Mosul, acaba de ser liberada por las fuerzas especiales de Irak, pero aún no ha empezado el desminado y, como ha ocurrido en otras localidades próximas a la capital del califato, los yihadistas son expertos en sembrar las calles con explosivos improvisados antes de replegarse. Miro a mi alrededor y solo veo destrucción. La guerra es siempre igual, sobre todo en contextos urbanos. No importa el motivo por el que se combata: el resultado final es el mismo. Cuando callan las armas, un silencio fantasmagórico se apodera de las calles y los edificios, con comercios y viviendas reventados, son como flores que se han marchitado después de meses sin agua. Los restos de la vida pasada se mezclan con los escombros. Por motivos de seguridad, no podemos salir de la carretera, del asfalto, y así nos lo han ordenado los soldados en el puesto de control de la entrada, ubicado junto a una de las casas reconvertida en puesto de mando.

Además de pintar su bandera, Estado Islámico también ha renombrado las calles. Son pequeñas placas de color negro que llevan escrito en blanco los nombres de combatientes caídos, como el del «Hermano muyahidín Abu Yihad» o el del «Hermano muyahidín Mohamed». Llevo más de dos años escribiendo y hablando casi a diario del califato, un lugar vetado para la prensa, tanto occidental como local, al que solo he tenido acceso cuando los combatientes del califa se han visto obligados a retirarse. Dos años con unas ganas enormes de pisar estas calles, ver estos carteles e intentar saber más. Igual que ocurrió con los talibanes en el sur de Afganistán, hablamos del califato sin haber estado allí. Recurrimos a la información o a la propaganda de los propios yihadistas, a los informes de los servicios de inteligencia y de organismos como la ONU, o a los testimonios de los civiles que han escapado. Estas son las únicas fuentes de información a las que ahora puedo sumar la experiencia en los lugares liberados en Siria e Irak. Sabemos mucho menos de lo que aparentamos saber.

La bandera negra de la escuela está tachada con espray y a su izquierda los soldados iraquíes han escrito «Husein es el representante de Dios». Queda claro que es obra de la mayoría chií de Irak, que forma la columna vertebral de las fuerzas armadas regulares e irregulares, la que lidera la operación para liberar Mosul. En otra de las paredes próximas se puede leer «El Estado de Husein viene a quedarse para siempre». Toda una declaración de intenciones que llena el futuro de incertidumbre.

El motor de un Humvee rompe el silencio y dejo de tomar notas. Un vehículo de la Golden Division se detiene a nuestro lado, y un soldado muy joven baja y nos pregunta qué hacemos allí. Pantalón negro, camiseta táctica de manga corta, visera negra, zapatillas de montaña y cadena con la imagen del imán Husein al cuello, forma parte del cuerpo antiterrorista del ejército de Irak, el encargado de encabezar los combates contra los yihadistas. Se llama Firaz, es de Bagdad, tiene veinticuatro años y lleva desde los diecisiete en la vida militar, primero como miliciano del Ejército del Mahdi (milicia chií del clérigo Muqtada al Sadr) y ahora como soldado de élite. Nos dice que la calle es peligrosa por las minas y que es mejor que le sigamos porque nos quiere

mostrar una iglesia, un lugar ya asegurado. Antes de la llegada del califato, esta localidad tenía unos treinta mil habitantes y poseía una importante comunidad cristiana, como en otros puntos de la provincia de Nínive.

Mohamed arranca el coche y seguimos al Humvee de la Golden Division. Mi conductor, traductor, intérprete y gran amigo, me recuerda que esta unidad ha pasado de ser investigada por crímenes de guerra de marcado carácter sectario a liderar la batalla contra Estado Islámico. Mohamed está a punto de cumplir los sesenta y en su vida solo ha conocido guerra tras guerra. Su etapa en Madrid y Santander estudiando español en los ochenta ha sido la única tregua de la que ha disfrutado y la recuerda con devoción. Es kakai, otra de las pequeñas sectas que viven en el norte de Irak, y, más que traducir, en la mayoría de las situaciones interpreta, por lo que a veces hay que pedirle que intente limitarse a contarme lo que dicen los entrevistados, sobre todo si son árabes. Tras siglos de convivencia, las minorías étnicas y religiosas sienten aversión por los árabes musulmanes. Lo cierto es que a los hombres de la Golden Division se les alaba en los medios de información y las redes sociales por su sacrificio en la primera línea de combate, y ya nadie recuerda las denuncias por malos tratos y torturas por parte de la minoría suní, que les acusaba de ser una milicia más bajo control directo de la oficina del primer ministro.

No importa hacia dónde se mire: Bartella es una ruina. Aquí se ha combatido calle por calle, casa por casa. La iglesia sigue en pie, pero solo hay que entrar para darse cuenta de los destrozos que ha sufrido. Firaz quiere hacer lo mejor posible su trabajo, o quizá trata de lucirse ante un extranjero, y nos abre paso con su subfusil de asalto. Registra cada habitación antes de dejarnos pasar y señala las marcas de pintura que hay en el suelo y que advierten de la presencia de minas, para que no pisemos en el lugar equivocado. «Esto no es por culpa de los combates: fueron los hombres de Dáesh quienes saquearon y minaron las iglesias», explica el militar, que se refiere a EI por su acrónimo en árabe. «Esto es una guerra hasta la muerte, hasta el final. Vamos a liberar pronto Mosul, pero algo harán de nuevo los suníes, como antes abrieron las puertas a Al Qaeda y luego a Estado Islámico. Por eso nuestra vida es una vida de lucha hasta el final», explica este joven al que ya han herido tres veces en combate y que define al enemigo como «más

peligroso que el de una guerra convencional porque uno no sabe por dónde le va a salir». Muchos de sus compañeros han pasado por academias de Estados Unidos y tienen un buen nivel de inglés, pero otros, como él, no han tenido tiempo de hacerlo, ya que las urgencias desatadas tras el establecimiento del califato en el verano de 2014 obligaron a reclutar efectivos a toda prisa. Las estatuas están decapitadas, y la iglesia, por dentro, calcinada. El cementerio anejo ha sido profanado y de los ejemplares de la Biblia apenas quedan algunas tapas a medio quemar.

Mientras camino por el interior de la iglesia, inmerso en ese silencio tenso que sigue a los combates, recuerdo que el 9 de junio de 2014 estaba en Bagdad durante la increíble caída de Mosul en manos de los seguidores del califa y me doy cuenta de que dos años después soy testigo directo de la descomposición del califato. Flayeh al Mayali, mi intérprete, mi «padre» iraquí y la persona que me presentó a Mohamed para cuando me tocara trabajar algún día en el Kurdistán, llegó como todas las mañanas temprano a los apartamentos Andalus de Bagdad, situados en el barrio de Karrada, y me informó de la situación en Mosul. No se lo podía creer, y yo tampoco.

La minoría suní de Irak mantenía desde finales de 2012 una acampada en Ramadi en señal de protesta por la política sectaria del Gobierno de Bagdad, en manos de la mayoría chií y encabezado por el primer ministro, Nuri al Maliki. Todos los viernes se organizaban manifestaciones, y las reivindicaciones principales eran: libertad para los presos políticos, igualdad en el acceso a cargos públicos y justicia. Tres demandas de una minoría acostumbrada a gobernar el país hasta que la invasión de Estados Unidos acabó con Sadam Husein y con la hegemonía suní. El violento desalojo de la acampada a comienzos de 2014 fue la excusa que aprovechó el entonces llamado Estado Islámico de Irak y el Levante, que más tarde reduciría su nombre a Estado Islámico a secas, para dar un puñetazo en la mesa y lanzar operaciones militares en Ramadi y también en Faluya, principales ciudades de la provincia de Anbar. Las fuerzas de seguridad no pudieron hacer frente a la ofensiva y se retiraron de la zona, dejando un vacío de poder que los yihadistas llenaron de forma inmediata. El siguiente paso del grupo fue

expandir sus operaciones al resto de las provincias donde la población suní era mayoritaria, lugares como Mosul, donde también había protestas semanales contra Bagdad.

Veinticuatro horas después de la toma de Mosul se repetía la escena, pero esta vez Flayeh me informaba de la caída de Tikrit, ciudad natal de Sadam, y de Baiji, sede de la principal refinería del país. Veíamos las imágenes de la televisión iraquí en el comedor de los apartamentos Andalus y no dábamos crédito. Ni nosotros ni el servicio, que se había quedado petrificado mirando a los barbudos con las banderas negras entrando de forma triunfal en las ciudades entre los aplausos de los vecinos. El ejército formado por Estados Unidos a golpe de talonario desde 2003 se había esfumado. En cuarenta y ocho horas, los hombres del califa se hicieron con estos tres nuevos puntos sin resistencia de los militares, que abandonaron a la carrera sus cuarteles dejando al enemigo todo su armamento, incluidos helicópteros y vehículos blindados, y se plantaron a apenas doscientos kilómetros de Bagdad. Ante la inoperancia del Gobierno central, el gran ayatolá Sistani, máxima autoridad chií, emitió una fetua pidiendo a todos los iraquíes que tomaran las armas para frenar esta amenaza. Miles de jóvenes del centro y el sur del país respondieron a su llamada.

Cuando Abu Mohamed al Adnani, portavoz de Estado Islámico en Irak y Siria, proclamó veinte días después de la toma de Mosul el restablecimiento del califato musulmán bajo el mando de Abu Baker Al Bagdadi, pocos tomaron en serio sus palabras. Después llegaría el discurso de la victoria por parte del califa, y la prensa internacional se fijó más en su reloj, un Sekonda, Rolex u Omega, que en el contenido de un mensaje que se propagó con rapidez y caló muy hondo. El grupo yihadista aprovechó al máximo la fragmentación sectaria de Siria e Irak para redibujar el mapa de Oriente Medio y logró además que su mensaje llegara con rapidez a Egipto, Yemen, Túnez, Argelia, Libia, Afganistán, Pakistán y Nigeria. La bandera negra comenzó a ondear en estas *wilayat* («provincias») del califato, donde grupos armados juraron fidelidad al califa Ibrahim y demostraron su lealtad con atentados y asesinatos colectivos e instaurando la interpretación más radical del islam como fuente de legislación local.

La irrupción de EI en la escena de la región relegó de pronto a un segundo plano a los demás grupos islamistas, que vieron cómo entre sus seguidores más jóvenes cobraba fuerza el mensaje radical del califa gracias al servicio moderno y eficaz de difusión en las redes sociales de que disponía. Dáesh, tal y como le llaman en los países árabes, superó pronto en popularidad a Al Qaeda y quiso disputarle el liderazgo de la yihad mundial. Aunque desconocido para la opinión pública mundial, el grupo no era nuevo. Estado Islámico es la evolución de Al Qaeda en Irak, que nació con el objetivo doble de hacer frente a la ocupación de Estados Unidos y plantar cara a las autoridades chiíes que tomaron el control del país a través de las urnas tras el colapso del antiguo régimen. Al grupo se sumaron miles de hombres de las antiguas fuerzas de seguridad del régimen baazista, que fueron disueltas por Paul Bremer, el gobernador nombrado por Washington tras derrocar a Sadam. Ello dio lugar a una mezcla de elementos baazistas e islamistas, un cóctel en el que el factor religioso se impuso finalmente sobre el nacionalista.

Después de años de experiencia en suelo iraquí bajo el mando de líderes como Abu Musab al Zarqawi, en abril de 2013, el grupo anunció que comenzaba a operar también en Siria, pese a la negativa pública del sucesor de Osama Bin Laden al frente de Al Qaeda, Ayman al Zawahiri, que señaló al Frente Al Nusra como su franquicia en suelo sirio. Al Bagdadi desobedeció las órdenes de Al Zawahiri y mantuvo los frentes abiertos en ambos lados de la frontera hasta lograr su sueño de instaurar un califato transfronterizo al conquistar de forma rápida la mitad de Siria y las provincias de mayoría suní de Irak. Así se alejaron definitivamente de la franquicia creada por Bin Laden y apostaron por la suya propia. Una de las prioridades de Estado Islámico, al igual que ocurrió con los talibanes en el Afganistán caótico posterior a la guerra civil, fue combatir la corrupción y dar seguridad a unos ciudadanos que habían pasado de dictaduras férreas a vivir en zonas en disputa entre varios grupos armados. Aplicó mano dura para acabar con estos dos problemas de raíz y consiguió que al comienzo la gente le percibiera como la opción menos mala. El exvicepresidente iraquí Tarek Hashemi llegó a definir

el avance militar insurgente como «revolución de los oprimidos», una muestra más de la enorme brecha entre chiíes y suníes, estos últimos dispuestos a aceptar al califa antes que al Gobierno electo de Bagdad.

Todo el nuevo sistema implantado para regir el día a día de millones de ciudadanos llegó acompañado de medios brutales, como la exhibición pública de asesinatos en plazas y por medio de las redes sociales, lo que poco a poco se volvió en contra de los nuevos legisladores. Una violencia a la que siempre trataban de buscar justificaciones legales a través de fetuas, estirando lo que hiciera falta la interpretación del islam en beneficio propio, sin importar que las voces oficiales del mundo musulmán denunciaran abiertamente que esos actos no tenían nada que ver con la *sharia*. En el nuevo califato, la blasfemia contra el islam merecía la ejecución inmediata, al igual que el espionaje, la apostasía y la sodomía. El vandalismo, el asesinato y el robo podían llevarle a uno a ser crucificado. A los ladrones se les cortaba la mano, el consumo de alcohol y la difamación conllevaban al menos ochenta latigazos, cien y exilio inmediato para cualquier hombre o mujer que mantuviera relaciones sexuales fuera del matrimonio. Lapidación para los adúlteros, hombres o mujeres, y lanzamiento desde los edificios más altos de cada ciudad para los homosexuales. En caso de que el acusado sobreviviera al golpe, se le lapidaba hasta la muerte. Todas estas penas eran documentadas con grabaciones y fotografías que se hacían virales en las redes sociales, aunque no con tanto esmero como las ejecuciones de rehenes extranjeros, una particular manera de aterrorizar a Occidente y sacar músculo ante gobiernos poderosos como el estadounidense o el británico, que tienen la política de no negociar con terroristas. Los asesinatos ante la cámara de los cooperantes David Haines, Alan Henning y Peter Kassig, los periodistas James Foley, Steven Sotloff y Kenji Goto, y el empresario Haruna Yukawa mostraron al mundo de lo que eran capaces los seguidores del califa y movilizaron a los gobiernos para intensificar las operaciones militares contra el califato. Otros periodistas secuestrados como los españoles Javier Espinosa, Marc Marginedas o Ricardo García Vilanova, reporteros cuya gran experiencia en conflictos no les salvó de caer en manos yihadistas, tuvieron la fortuna de salir con vida.

Los mensajes sangrientos a Occidente también llegaron en forma de atentados como el de la playa de Susa, en Túnez, donde el joven Abu Yahia al-Qairawani mató a treinta y nueve turistas, o la operación de yihad urbana en París en noviembre de 2015, en la que hubo ciento treinta muertos. En la capital francesa, la primera explosión tuvo lugar en el acceso del Stade de France de Saint Denis durante el partido entre las selecciones de Francia y Alemania, y cuando todos los servicios de emergencia trataban de ayudar a las víctimas, un segundo comando cometía el ataque orientado a ser el más sangriento en la sala de conciertos Bataclan. Europa abría los ojos ante el terror de unos yihadistas que en Irak y Siria los civiles conocían muy bien desde hacía meses. Las redes se llenaron de mensajes de apoyo, los medios se volcaron en la cobertura y Francia ordenó el bombardeo inmediato de Raqqa, capital del califato en Siria. Cuatro meses después Estado Islámico golpeaba en Bruselas.

A las atrocidades que se cometían en las plazas de cada localidad conquistada había que sumar la estrategia de limpieza sectaria y cultural. Tras proclamar el califato en Mosul, los yihadistas lanzaron un ataque sorpresa contra la ciudad de Sinjar; era el principal feudo de la minoría yazidí, religión preislámica vinculada al zoroastrismo a cuyos seguidores los yihadistas consideran adoradores del diablo. Al menos cinco mil hombres y niños fueron asesinados, y más de siete mil mujeres y niñas, secuestradas para utilizarlas como esclavas sexuales, según los datos de la ONU, que tras investigar los hechos calificó lo ocurrido de «genocidio». Los seguidores del califa aplicaron también de forma implacable el manual empleado por los talibanes, que en 2001 decidieron dinamitar las estatuas gigantes de Buda de Bamyan y arrasar el museo de Kabul. «El Profeta nos ordenó que acabáramos con estatuas y reliquias, y sus seguidores hicieron lo mismo cuando conquistaron países», anunció un hombre de larga barba ante las cámaras antes de empezar con la orgía de destrucción en el museo de Mosul; fue el primer vídeo dedicado a esta especie de «yihad cultural» que difundió el grupo. A rostro descubierto y con toda la calma del mundo, los yihadistas desembalaron obras de arte, fijaron la cámara en los pequeños carteles explicativos para dejar claro el valor histórico de las piezas y arremetieron con toda la saña imaginable contra obras de un valor incalculable. Los

milicianos completaron este primer vídeo con la destrucción a mazazos de dos enormes toros alados de la época asiria que se encontraban en la parte exterior del recinto. Estas imágenes del museo de Mosul fueron las primeras en una campaña que les llevó también a arrasar Nimrud, joya del Imperio asirio fundado en el siglo XIII a. C., y Hatra, ciudad de dos mil años de antigüedad.

En el lado sirio del califato, sus adeptos hicieron saltar todas las alarmas tras la toma de Palmira y Tadmur, la ciudad moderna levantada junto a las ruinas. Incluida dentro de la Lista del Patrimonio Mundial de la Unesco en 1980, la arquitectura grecorromana de este antiguo oasis de la ruta de la seda había permanecido a salvo de la guerra durante cuatro años hasta que los yihadistas lanzaron un ataque sorpresa que el ejército sirio no pudo repeler. Los llamamientos de socorro de la dirección de Antigüedades de Siria a la comunidad internacional no surtieron efecto, y su director, Mamún Abdulkarim, se lamentó por ello: «Esto es la caída de la civilización: los humanos, la sociedad civilizada, han perdido la batalla contra la barbarie. No tengo esperanza». Antes de la retirada, el Gobierno sirio cargó en camiones todas las estatuas y piezas que pudo, pero el gran conjunto de templos y avenidas era imposible de transportar y quedó en manos de los yihadistas.

En su avance en Siria, Estado Islámico no solo conquistó la conocida como «perla del desierto», sino que además llegó hasta Qariatén, ciudad mixta cristiana y musulmana, y estableció con ello la frontera del califato a apenas cien kilómetros de Damasco. Una operación relámpago como las que había llevado a cabo en Irak, que, sumada aquellos días al golpe sufrido en la provincia de Idlib a manos del Frente Al Nusra, sacó a la luz los problemas del ejército sirio y obligó a mover ficha a Rusia, que no tuvo más remedio que entrar de lleno en la guerra para que Bashar al Asad pudiera seguir en el sillón presidencial.

Durante diez meses, el apagón informativo impuesto por los yihadistas se extendió a Palmira y Qariatén. Las únicas imágenes que se difundieron fueron las del anfiteatro romano convertido los primeros días en escenario para asesinar a veinte vecinos a quienes acusaron de colaborar con las autoridades de Damasco. Con el paso de las semanas aplicaron también su agenda de «limpieza cultural» y volaron las tumbas de Mohamed Ben Alí, un

descendiente de la familia del primo del profeta Alí Ben Abi Taleb, y de Nizar Abu Bahaedín, un religioso local; destruyeron la figura del León de Al Lat, de tres metros y medio de alto, quince toneladas de peso y más de dos mil años de antigüedad, y volaron el templo de Bal, erigido en el 32 d. C. en homenaje al dios de la lluvia, el trueno y la fertilidad.

El apoyo militar de Rusia comenzó a dar sus frutos. El Kremlin necesitaba resultados concretos para mostrar al mundo su efectividad en la lucha contra el terror y a finales de marzo de 2016 el ejército sirio liberó Palmira con el apoyo aéreo y terrestre ruso. Los yihadistas perdían una plaza simbólica y el Gobierno sirio facilitó los trámites para que la prensa local y mundial pudiera viajar lo antes posible hasta la «perla del desierto». Para viajar desde Damasco a Palmira se necesitaban los permisos de los ministerios de Información y Defensa. Un oficial del ejército debía coordinar la visita o, directamente, viajar en el propio coche de la prensa, lo que era clave para superar los incontables puestos de control de la ruta. En nuestro vehículo viajó el coronel Samir Ibrahim, que había participado en los combates de la liberación. Su presencia nos facilitó superar con rapidez todos los puestos de control excepto en los que había presencia rusa, donde fue necesario detener el coche y esperar el visto bueno de los mandos rusos para avanzar.

Desde Damasco hay una carretera directa que llega a Palmira tras recorrer doscientos cincuenta kilómetros, pero como algunos tramos estaban fuera del control del ejército había que tomar una ruta alternativa que exigía un rodeo importante. Primero había que llegar a Homs —situada a ciento setenta kilómetros de la capital— y, de allí, hacia el este, se penetraba en el desierto por una ruta fortificada que marcaba la línea divisoria entre el califato y la Siria controlada por el Gobierno. Otros ciento sesenta kilómetros prácticamente en línea recta con parches continuos, huella de los artefactos explosivos improvisados por los yihadistas. Cada pocos kilómetros había puestos de control rodeados de muros de arena, la mayoría con tanques o artillería apuntando en dirección al califato. El movimiento de tropas era constante. Camiones rusos tiraban de grandes cañones en dirección al desierto. Los cazas sobrevolaban la zona a baja altura y dibujaban una sonrisa inmediata en el rostro de los soldados sirios que vigilaban los puestos de

control. El presidente Vladímir Putin había anunciado semanas antes el repliegue de sus tropas, pero la presencia rusa seguía siendo muy importante y los soldados eran los que mejor lo sabían.

Lo primero que llamaba la atención al entrar en Palmira eran las montañas de electrodomésticos, alfombras, sillas, mesas..., todo desparramado en las cunetas de la carretera. Las milicias Águilas del Desierto, que habían acompañado al ejército en la ofensiva, arramblaron con todo lo que pudieron tras la salida de los yihadistas. «Pero el ejército impidió que se lo llevaran, y el Tigre [apodo del general Suheil al Hasán, el más conocido y respetado de las fuerzas armadas sirias] ordenó quemar todo el botín para que nadie se lo llevara», nos informó el coronel Ibrahim al ver nuestra sorpresa. Esta nueva milicia estaba formada fundamentalmente por miembros de la minoría alauí, la misma a la que pertenece el presidente Bashar al Asad, procedentes de la costa del Mediterráneo. Bien pertrechados, mejor que las tropas regulares y con buenos sueldos, se habían convertido en la primera fuerza de choque del Gobierno en los combates contra Estado Islámico.

Las familias habrían tenido una oportunidad de rehacer sus vidas aquí, pero el pillaje no se frenó a tiempo e iba a llevar mucho tiempo devolver la vida al lugar. Vamos directamente a la fortaleza árabe del siglo XVII que domina desde lo alto el oasis. Es lo mismo que había hecho en mis dos visitas anteriores al lugar, entonces como un simple viajero de los miles que llegaban todos los años. Dos jóvenes militares rusos custodiaban el último puesto de control antes de llegar al castillo. Eran rusos, pero su posición tenía una bandera de Siria. La fortaleza «ofrece las mejores vistas», según la guía de viaje Lonely Planet, y así lo entendieron los yihadistas, antes, y los rusos después, y por ello situaron allí sus principales puestos de vigilancia. Tras un breve intercambio de palabras nos permitieron pasar, con la condición de no grabar ni fotografiar a los militares, ni la minibase montada a los pies de la fortaleza. «Treinta minutos. Ni uno más», nos recordaron en un inglés muy tosco señalando el reloj. Poco importaba ir con un oficial sirio: allí mandaba Rusia.

A los pies de la montaña descansan las ruinas grecorromanas, Patrimonio de la Humanidad, y a su lado la ciudad nueva de Tadmor, donde antes de la guerra vivían unas cincuenta mil personas. Los militares rusos vigilaban hasta el último movimiento. Muy serios. La fortaleza presentaba importantes daños en sus muros y la pasarela de acceso estaba destrozada. Camiones y más camiones con las matrículas negras y letras en cirílico del ejército ruso se movían por el desierto, y a las puertas de las ruinas se había levantado un campamento con casas prefabricadas presidido por la bandera tricolor de la federación rusa. Sus blindados controlaban los accesos más importantes a los restos arqueológicos, en los que jóvenes uniformados de verde oscuro, aunque sin ningún tipo de bandera o distintivo en las solapas, trabajaban en el desminado. Las explosiones eran constantes. Minas y más minas levantaban enormes hongos de polvo; no había más que encender la cámara y esperar para poder grabar una explosión perfecta.

Antes de los treinta minutos pactados comenzamos el descenso, pero tras superar el control ruso tuvimos que parar porque habían encontrado una mina. Sin tiempo apenas de saber dónde se hallaba, una gran explosión a apenas doscientos metros nos golpeó con fuerza. Manos a la cabeza, cabeza a las rodillas. El aire deja de llegar a los pulmones, el corazón se acelera, la mirada se nubla y los oídos zumban. Por suerte, fueron solo unos segundos de confusión y pudimos seguir hasta que dimos de bruces con un blindado ruso. El paso a las ruinas estaba cerrado, y un soldado con cara de pocos amigos hacía aspavientos para que diéramos la vuelta. Nos acercamos al puesto de mando del ejército sirio, establecido en una antigua escuela, donde nos dijeron: «Por motivos de seguridad, se prohíbe el paso hasta que los desminadores concluyan su trabajo». Nos tuvimos que conformar con una vista panorámica.

Las minas no solo estaban en las ruinas. En Tadmor los yihadistas habían sembrado las calles con explosivos para impedir el avance del ejército. En el asfalto eran más fáciles de detectar que entre la arena, pero igual de destructivos y peligrosos para los civiles que ansiaban ver cómo estaban sus casas. Era un viaje de ida y vuelta porque, después de diez meses de califato y los duros combates previos a la liberación, allí solo encontraban destrucción y pillaje. Los que tenían medios llegaban en furgonetas, pero la

mayoría lo hacía en autobuses desde Homs, algunos fletados por el Gobierno, otros privados. Paraban en la calle Assad Al Amir y de allí iban a sus casas e intentaban recuperar algo. Poca cosa. Tan poco que lo podían llevar encima y cargarlo en el maletero de un autobús.

Detuvimos el coche cerca de los autobuses y, acompañado por el funcionario del régimen que hacía de traductor, me acerqué a los vecinos con la intención de entrevistarlos. La mayoría preferían callar y declinaban la invitación. Otros sí accedieron: «En cuanto supe que los yihadistas estaban a las puertas de la ciudad me fui con mi familia. No había vuelto hasta hoy», nos dijo emocionado y en un buen inglés Jamal Fahed, antiguo empleado de uno de los hoteles en los que paraban los turistas que iban hasta allí atraídos por los restos arqueológicos. Mientras el mundo se preocupaba por el estado de las ruinas, Mustafá Asad gritaba con rabia: «Lloro por Siria y por los sirios; claro que los templos son importantes, pero la gente también lo es. Todos los días mueren sirios en el mar, a otros les rechazan en Alemania, aquí vivimos entre ruinas... No nos merecemos este castigo. ¡Ayuda, por favor!». Asad, profesor de inglés, se había encontrado su casa reducida a escombros.

Los autobuses partían de vuelta a Homs cargados con los recuerdos de una vida que no volverá, esa vida anterior al año 2011. Tras la salida de los civiles, decenas de cochecitos de bebé y sillas de ruedas quedaron tirados por el suelo a la espera del siguiente convoy. Los yihadistas los habían empleado para mover explosivos cuando ya no podían ir en coche o moto por miedo a los ataques aéreos, y después los usaron sus víctimas para transportar sus últimas pertenencias hasta los autobuses. Al irse la gente volvió un silencio fantasmagórico, solo roto por las detonaciones de las minas. Cada autobús tenía que pasar bajo la gran fortaleza desde la que los soldados rusos controlaban todos los movimientos en un oasis convertido en la línea del frente ante el califato. Nosotros también teníamos que salir, pero faltaba el oficial del ejército que nos acompañaba. Al poco rato le vimos salir de una casa con una pequeña mesa de madera en una mano y una caja con copas de cristal en la otra. No hicimos preguntas. Lo metió todo en el maletero y nos pusimos en marcha, no sin antes pasar de nuevo frente a las ruinas grecorromanas cuyo aspecto, desde el exterior, no era tan precario como

esperábamos después de casi un año bajo el control de los hombres del califa. En el Museo Nacional de Damasco me habían informado de que durante las primeras semanas buscaron y buscaron un tesoro de dos toneladas de oro que creían que el régimen escondía allí, pero cuando se dieron cuenta de que no existía perdieron el interés por el lugar.

Partimos de regreso a Homs y, cuando hubimos atravesado las montañas de electrodomésticos quemados, nos pararon en el puesto de control para comprobar si nos llevábamos algo en el maletero. La presencia del coronel Samir Ibrahim, sin embargo, sirvió para que los soldados nos dejaran pasar sin más preguntas y sin inspeccionar siquiera el maletero. Enfilamos la carretera del desierto, y a medio camino el coronel nos indicó que paráramos porque allí estaba su lugar de trabajo. Salimos a despedirnos, pero nos pidió que le acompañáramos. No cogió ni la mesa ni las copas porque eran un regalo para el conductor, nos dijo. La oficina a la que llamaba «comisaría» era poco más que una caseta de pastores en mitad del desierto y uno de los primeros lugares que los yihadistas habían abandonado ante el avance del ejército. El coronel abrió un armario metálico y empezó a remover cajas y más cajas, de las que cayeron folios con el sello inconfundible del califato, la bandera de fondo negro con letras blancas que rezan, en la parte superior, «No hay más dios que Alá», y en la inferior «Mahoma es el mensajero de Dios».

«Estas son las listas de las infracciones cometidas por los propios yihadistas; aquí están los impuestos que pagan..., y esta es la relación de permisos, de días de vacaciones. Todo está registrado y firmado por una especie de interventor, en este caso de la ciudad de Palmira», nos explicó con detalle el oficial, que leía cuadernos e iba lanzando sobre un camastro lo que consideraba más curioso. Mientras la mayoría de los soldados y paramilitares sirios se entregaban al saqueo, el coronel Ibrahim se dedicó a hurgar en los registros de la comisaría y la escuela de Palmira. Revisó los textos que aprendían los niños y encontró cajas y más cajas con panfletos de propaganda sobre el código de vestimenta correcto, la obligatoriedad de lucir barba y, sobre todo, los beneficios del martirio, una de sus mejores armas en el campo de batalla. Para Estado Islámico, mártir es aquel que «muere por alzar la palabra de Alá, por instaurar la ley de Alá, no el que muere por una nación o

una región». Además, «Alá le perdonará sus pecados, le garantizará un lugar en el paraíso, le bendecirá con la fe, se podrá casar con setenta y dos vírgenes y podrá pedir el perdón para setenta de sus familiares el día del juicio final», según se podía leer en uno de los panfletos. Todo el material estaba impreso a color en una imprenta de Mosul. «Avanzan con el Corán, el fusil, pero también con una maquinaria bien engrasada de propaganda: libros de texto y leyes para poder gobernar de forma efectiva desde el primer minuto», nos refirió este oficial, deseoso de compartir con nosotros este tesoro macabro, una de las huellas de los últimos diez meses de califato en Palmira.

El adoctrinamiento empezaba en las aulas; en los libros de texto abandonados en la escuela —fotocopias a color encuadernadas con espiral— los primeros capítulos se dedicaban siempre al islam, y poco a poco iban entrando en materia. En matemáticas, los niños aprendían a contar con dibujos de balas de Kaláshnikov. Esta arma era también el recurso gráfico que empleaban para llenar cualquier página en la que quedara un espacio en blanco. Fuera cual fuera la asignatura, los libros arrancaban con una introducción en la que se explicaba que el califato era «un oasis fresco en medio de una región invadida por diablos», y que tenía por delante «un enorme trabajo para alejar ideologías como el socialismo o el capitalismo». Le pedí al oficial que me diera las cajas, que me las quería llevar a Damasco para estudiar mejor su contenido, pero solo accedió a entregarme aquellos libros y panfletos que estaban repetidos. Los guardé bajo el asiento del conductor, y mientras me despedía pensaba en cómo sacarlos del país.

Fue un viaje de vuelta largo y llegamos de noche a Damasco. No descansamos mucho porque al día siguiente salimos a primera hora hacia Qariatén, para lo que tuvimos que regresar a Homs y de allí volver a coger una carretera del desierto. Si Palmira era célebre por sus ruinas, Qariatén lo era por albergar a una importante comunidad cristiana. Pasamos por varios pueblos del desierto también liberados de manos de los yihadistas, pero ni detuvimos el coche: solo la presencia de cristianos era un hecho noticiable y lo demás parecía no importar, aunque la destrucción no conoce religiones. Estado Islámico llegó desde Palmira a esta localidad, que tenía dieciocho mil habitantes antes de la guerra y era un ejemplo de convivencia entre musulmanes y cristianos. La cooperación de ciudadanos locales durante el

asalto yihadista fue clave para sorprender al ejército desde dentro y obligar a las tropas del Gobierno a retirarse de un punto estratégico en las comunicaciones entre el norte y el sur del país. Nada más llegar tuvimos que ir directos al puesto de mando del ejército y pedir permiso para poder trabajar. Volvíamos a llevar a un oficial con nosotros y contábamos con los permisos de los ministerios de Información y Defensa, pero no era suficiente. El responsable de la seguridad en Qariatén se alojaba en una mansión reconvertida en una especie de cuartel militar. «Su idea era hacerse fuertes y, desde aquí, seguir dando pasos hasta acercarse a la carretera que une Damasco con Homs para poder cortarla, pero no lo consiguieron», nos adelantó sentado en un sillón de fieltro rojo, junto a una cama de matrimonio. Su despacho era el antiguo dormitorio principal de la casa y a un lado se veía un *jacuzzi* dentro del servicio, al que le faltaba toda una pared.

Tras obtener el permiso de los mandos sirios, la primera visita fue al monasterio de San Elián. La excavadora empleada por los yihadistas para derribar los muros del convento seguía en el mismo lugar en el que había sido abandonada. Frente a ella se alzaban los escombros de un santuario del siglo V que en los últimos años se había convertido en refugio para desplazados por el conflicto sirio. «Amenazaron en varias ocasiones con destrozar el lugar, hasta que un día lo hicieron: primero usaron la excavadora, y después quemaron la iglesia y profanaron las tumbas, incluida la del santo», nos informó el oficial del ejército, que, a diferencia del coronel de la víspera, apenas abría la boca. Los yihadistas intentaron borrar para siempre las huellas cristianas. «Empezaron secuestrando a decenas de cristianos que no tuvieron tiempo de escapar antes de su llegada, entre ellos el padre Jack, el abad del santuario de San Elián; luego fueron casa por casa preguntando por los dueños y, si eran cristianos, la confiscaban», nos dijo Sana Musa, una mujer cristiana casada con un hombre musulmán —una de tantas parejas mixtas en Qariatén— que había vuelto para quedarse, sin importarle la falta de servicios o el posible retorno de los seguidores del califa. Cuando quise grabarla hizo el ademán de ponerse el pañuelo en la cabeza, pero los militares que nos acompañaban le dijeron que no, que era mejor mostrar a una mujer descubierta. Antes del estallido de la revuelta contra el presidente Asad los cristianos representaban entre el 6,5 y el 10 por ciento de la población de

Siria, aunque la cifra varía según la fuente, ya que no existía un censo por religión. Cinco años después uno de cada tres cristianos vivía como desplazado dentro de su país o había emigrado al extranjero por la persecución de los grupos armados radicales. En Qariatén la comunidad era asiria y sus miembros no tardaron en regresar, aunque el caso de Sana Musa era una excepción: la mayoría solo volvían de visita y lo primero que hacían era acercarse a San Elián. Allí les esperaban los escombros, las pintadas de odio de Estado Islámico en las pocas paredes que quedaban en pie y una Biblia chamuscada, el único texto sagrado que logró sobrevivir a la barbarie yihadista. En el vídeo que difundieron tras arrasar el convento, aseguraban haberlo hecho por el bien de los lugareños, para que dejaran de rezar «a un dios que no es dios»...

El olor de San Elián, el sonido rasgado de los cristales y piedras sueltas al caminar sobre el suelo de mármol y esas imágenes del vídeo con los yihadistas arremetiendo con la excavadora contra el santuario me vienen a la cabeza ahora, en Bartella. El escenario es tan parecido que realmente da la impresión de que no hay frontera entre Siria e Irak: el califato ha logrado unir con muerte y destrucción a las minorías de ambos lados. Firaz se tiene que ir porque ya lleva un buen rato haciendo de «guía» del periodista y Mohamed no acaba de fiarse ni del militar; tampoco cree que el lugar sea seguro del todo. «Yo solo estoy tranquilo en las zonas que controlan los *peshmerga* kurdos; de los iraquíes no te puedes fiar», me insiste para que me dé prisa y concluya cuanto antes con el trabajo.

Desde fuera veo que el templo tiene una cruz de madera que los soldados iraquíes han colocado de manera provisional. Las campanas siguen en su sitio, y son también los soldados los que las hacen tañer de vez en cuando. Mohamed tiene que dar la vuelta, una maniobra complicada cuando uno no puede salirse ni un milímetro del asfalto y lo tiene que hacer en un único carril. Es hora de regresar a Erbil, la capital de la Región Autónoma Kurda, donde periodistas de todo el mundo hemos instalado el campamento base para cubrir la ofensiva de Mosul. Cerca del último cruce para abandonar Bartella nos cruzamos con otro vehículo de prensa desde cuya parte trasera, descubierta, varios colegas vestidos a lo Coronel Tapioca nos saludan. Llevan

chalecos antibalas, pero no se han puesto el casco. Mohamed no lo entiende. Él viste un traje marrón y camisa blanca y calza zapatos de punta. Ni él ni yo tenemos chalecos ni cascos en el coche.

—No tengo miedo a la muerte: cuando me tenga que tocar, me tocará —me dice sin perder de vista la carretera—. Mi hijo murió con veintinueve años y eso sí me duele, pero yo ya he hecho lo que tenía que hacer en esta vida. Tú tienes que estar tranquilo: si alguien intenta hacernos daño, yo daré mi vida y les pediré que te dejen ir. Con estos árabes nunca se sabe.

—¿Quién va a querer llevarse a un viejo kakai? —le respondo medio en broma para intentar relajar el ambiente.

El recuerdo de su hijo es muy reciente y atormenta a Mohamed. No hay día que no salga en nuestras conversaciones. Pasamos horas en el coche, sin radio, ni música, solo con recuerdos.

—Tienes razón: nadie pagaría rescate por un kakai, pero por un vasco, en cambio, darían una fortuna. Eso es una pasta gansa, ¿no? —pregunta regocijándose en el uso de esta última expresión coloquial que acaba de incorporar a su oxidado español.

—Mejor no saberlo —respondo, y me toco la cabeza porque no tengo madera cerca. El secuestro y el coche bomba son las dos cosas que más miedo me dan en este trabajo.

Superamos el control iraquí, después el kurdo y a los pocos kilómetros un *peshmerga* nos obliga a detenernos. Hay una fila interminable de vehículos parados, y en un primer momento suponemos que algún pez gordo del Gobierno kurdo va a pasar y han interrumpido el tráfico por seguridad, pero pronto nos damos cuenta de que no es así. Los coches llevan matrícula de Mosul y son civiles que huyen de los combates, pero que deben someterse a un registro antes de pasar. Los hombres permanecen sentados; las mujeres y los niños caminan hasta unos autobuses preparados para llevarles al cercano campo de Jazer. Los kurdos tienen miedo de que se les cuelen yihadistas y desconfían de los que huyen del califato. Estamos parados a la altura de una aldea llamada Skeikh Mir, en la que unos días antes hicimos un reportaje sobre los túneles y las mezquitas convertidas en trincheras por los yihadistas. El pueblo está arrasado. Los civiles dan gracias a Dios y a los *peshmerga*, y echan pestes de los que han sido sus gobernantes en los últimos dos años.

Mohamed traduce. Está serio. Estas familias son kurdas shabakies suníes, otra de las innumerables minorías del norte de Irak, y cuando llegaron los yihadistas les recibieron con los brazos abiertos, todo lo contrario que la rama chií de la misma etnia, que tuvo que escapar para librarse de una muerte segura. «Podemos seguir bombardeando, arrasando sus aldeas y matando a miles de combatientes; podremos incluso liberar Mosul más tarde o más temprano, y Raqqa, en Siria. Ahora nos alaban y abrazan, pero esto se llama “supervivencia”. No podemos matar sus ideas», me dice Mohamed mientras yo trato de tomar notas, hacer fotos con el móvil, grabar el éxodo de civiles y desenredar el cable del micrófono para tener algunos cortes con el logo de la televisión. La maldición de ser un periodista multimedia. Entonces paro un minuto y pienso en lo que me acaba de decir. Tiene razón, toda la razón: no se puede acabar con las ideas a bombazos, no se puede acabar con las ideas a bombazos.

## JERUSALÉN

### ORIENTE MEDIO, EN PEDAZOS

*Jerusalén, 2017*

«¿Quién ha empezado la guerra?», es la pregunta que me formula mi hija de ocho años cada vez que ve discutir a sus compañeros árabes y judíos en el patio del colegio.

No tengo respuesta.

Los niños llegan a Jerusalén, ven, caminan, observan, escuchan y se sorprenden de la cantidad de armas que hay en las calles. «El día que dejen de sorprenderse será el momento en el que deberás plantearte que es hora de irse», me dijeron al poco de llegar, y por eso cada vez que pasamos ante agentes de las distintas fuerzas de seguridad o colonos, a quienes les encanta lucir sus armas en la Ciudad Santa, me fijo en la cara de los niños para ver la reacción. Suspiro cuando se sorprenden. Explicar este conflicto es tan complejo como sencillo es entenderlo cuando uno visita Tierra Santa. El fracaso de los periodistas, el mío el primero, es absoluto, y solo hay una forma de entender lo que es el actual Israel, lo que no es la Autoridad Nacional Palestina y los efectos de la ocupación, de la que en 2017 se cumplen cincuenta años: poner un pie aquí.

Desde que en 1948 Naciones Unidas aprobó la partición de la región de Palestina en dos Estados, uno judío y uno árabe, «todo lo que había que contar ya se ha contado. Hay un conocimiento exhaustivo de la situación; quizá sea el conflicto sobre el que más se ha escrito desde el final de la Segunda Guerra Mundial... Lo que falta es voluntad política para

solucionarlo», opina Mahmoud, dueño de la Educational Bookshop, mientras prepara un capuchino en su librería-cafetería de la calle Saladino. El negocio familiar, que nació como una papelería en los ochenta, se ha transformado poco a poco en la única referencia de libros sobre el conflicto y sobre Oriente Medio de la parte árabe de la ciudad, la que Israel se anexionó tras vencer en la Guerra de los Seis Días en 1967 y la que los palestinos, y la comunidad internacional, consideran la capital de su futuro Estado. La mayoría de los títulos son en inglés, pero también hay secciones en francés, español, árabe o hebreo. El negocio original pertenecía a la familia del célebre escritor e intelectual palestino Edward Said, hasta que el padre de Mahmoud compró la tienda. Lo que empezó como una papelería más pasó pronto a ser una librería, y en los noventa, tras los Acuerdos de Oslo firmados por israelíes y palestinos, que parecían la puerta para la llegada de la paz a Tierra Santa, se produjo el desembarco masivo de expatriados, y decidieron empezar a vender títulos en inglés. Aquí surgió también la idea de abrir un nuevo local que sirviera como centro cultural, con una cafetería y un espacio para charlas y conferencias. Hasta ese momento, los únicos libros en inglés se vendían en tiendas israelíes: «Ofrecían su propia narrativa, sin tener en cuenta la nuestra, por eso era necesario poner en marcha una librería que pudiera contrarrestar ese discurso único», afirma Mahmoud, que dedica el tiempo a la búsqueda de nuevos títulos navegando en la enorme pantalla blanca del último modelo de Mac del mercado. Eso sí, su archivo es mental, no tiene base de datos con los fondos de la librería: todo está en su cabeza. Es un librero a la vieja usanza, pero con un ojo siempre en Amazon.

Las autoridades insisten en ofrecer la imagen de una Jerusalén como «capital indivisible y eterna del pueblo judío», pero la división física que marcó la Línea Verde hasta 1967 se mantiene y separa dos mundos diferentes. La misma ONU que aprobó la creación de Israel calificó la anexión de la parte oriental de la Ciudad Santa de «violación del derecho internacional» en la resolución 478. Los israelíes se hicieron con zonas como la Ciudad Vieja, donde se encuentra la Explanada de las Mezquitas, que los judíos conocen como Monte del Templo, o el Muro de las Lamentaciones y el Santo Sepulcro. Esa conquista militar también incorporó en el censo a la población árabe, que hoy son unos trescientos setenta mil. Desde entonces

viven como «residentes permanentes» en una ciudad que Israel presenta como capital de un Estado del que, sin embargo, apenas el 5 por ciento de ellos son ciudadanos, según los datos de la Oficina Central de Estadísticas israelí. Frente al rechazo de la comunidad internacional, los israelíes aplican desde 1967 su política de hechos consumados y de «israelización», que avanza a golpe de ladrillo con el levantamiento de grandes asentamientos ilegales como Ramot Alon, Pisgat Ze'ev, Gilo, Neve Yaakov, Ramat Shlomo y Talpiot Este, y también con la llegada de colonos al corazón de barrios árabes como Silwan o el distrito musulmán de la Ciudad Vieja, lo que ha equilibrado la balanza demográfica en el este con unos doscientos mil judíos, pero también ha ayudado a que la tensión crezca.

Ya no hay un muro divisorio entre los árabes, musulmanes y cristianos y los judíos, pero la fractura salta a la vista en un simple paseo. Lo primero que llama la atención es la diferencia en los servicios a un lado y al otro. En el lado árabe faltan aceras; hay basura amontonada que, en lugar de recogerse en camiones para llevarla a un vertedero, se quema; es evidente una fuerte presencia paramilitar de «los hombres de verde» (la Policía de Fronteras) y el caos organizado que imponen los árabes a cualquier calle, para lo bueno y para lo malo. La mayor división no es física: es mental, y, aunque lo intente, toda la fuerza de Israel es incapaz de unificar una ciudad con el peso histórico que tiene Jerusalén para los judíos, pero también para los musulmanes y los cristianos. Cuando en octubre de 2016 estalló la que los medios locales bautizaron como la «Intifada de los Cuchillos» o «Intifada de Al Aqsa», el rabino conservador Uri Ayalon, de origen argentino pero que lleva más de media vida en Jerusalén, me aseguró: «Los árabes tienen que seguir cruzando la línea porque muchos de ellos trabajan en el lado israelí, y en este lado les necesitamos porque son la mano de obra que mueve la economía; pero de verdad que es un momento preocupante, sobre todo porque este Gobierno no tiene una solución política, solo piensa en la fuerza, y porque favorece el auge de grupos ultranacionalistas judíos que siembran el odio y el racismo». Esos ultranacionalistas, cada vez más fuertes en la política israelí, exigen un cambio en el *statu quo* que rige la Explanada de las Mezquitas, o Monte del Templo, por el que solo los musulmanes tienen derecho a rezar allí, mientras que los judíos deben hacerlo en el Muro de las Lamentaciones. Ayalon

apostaba en Jerusalén por «un modelo como el del Vaticano: una ciudad Estado para las tres religiones, pero no la capital de uno solo», una llamada al entendimiento muy alejada de la realidad. En esta ocasión, a diferencia de las dos intifadas anteriores, las facciones militares palestinas quedaron al margen desde el primer momento. Sin apenas armas en las calles, los agresores palestinos son sobre todo jóvenes de Jerusalén Este con la tarjeta de identidad israelí, lo que les permite moverse libremente por la ciudad, y que lanzan sus ataques, en la mayoría de los casos, con cuchillos, tijeras o al volante de vehículos. El Estado judío tiene al enemigo dentro de su propia casa, en las entrañas de su «capital eterna e indivisible», y de nada le sirven su enorme maquinaria militar ni el muro de separación con Cisjordania que empezó a levantar en 2002 y que cuando se concluya tendrá una distancia estimada de setecientos veinte kilómetros.

La primera vez que entrevisté al escritor Amos Oz, el autor israelí más internacional, viajé hasta Tel Aviv con su última novela bajo el brazo, *Judas*, y con una pregunta muy clara en mi cuaderno: «En sus libros Jerusalén suele ser el centro de las historias, pero usted ha decidido vivir en Tel Aviv. ¿Cuáles son los motivos?». Sentado entre un mar de libros, en zapatillas de estar por casa y con un tono muy relajado, Oz se tomó su tiempo para responder: «Nací en Jerusalén y pasé allí el tiempo suficiente. Ahora necesito verla desde la distancia. Es una ciudad que atrae a fanáticos cristianos, musulmanes, judíos... Haciendo un símil cinematográfico, Tel Aviv es una película de Fellini y Jerusalén una de Bergman. Pero Jerusalén no es Israel: es otro planeta. Hace seis meses fui por última vez a pasear por la Ciudad Vieja y es un lugar infeliz para todos. Yo no creo en los lugares sagrados, en las piedras... Me indigna la gente capaz de matar por unas piedras. De verdad, no me importaría que se llevaran todos los lugares santos a Escandinavia durante cien años y que después, cuando la gente se relaje, los traigan de vuelta».

Estos planteamientos, además de la condena de la ocupación, le han costado a Oz amenazas y la etiqueta de traidor en Israel, del que afirma: «Ahora no me gusta nada, pero sí me gusta la sociedad israelí porque está viva. Es un país que por un lado me fascina y por otro me enfada, pero nunca podría dejarlo. Aquí no estamos en un choque entre buenos y malos, blanco y

negro, como ocurría en Europa cuando se luchaba contra el fascismo o en Sudáfrica contra el *apartheid*: lo que tenemos aquí es una tragedia porque se enfrentan dos pueblos con derechos. Los palestinos no tienen otro país y los judíos israelíes tampoco. Es una tragedia de verdad, y la única solución es establecer dos Estados, seguir el ejemplo de países como Checoslovaquia. Dividir esta casa en dos apartamentos y vivir como vecinos: no hay otra solución posible. Los fanáticos de ambos lados tratan de convertirlo en un asunto religioso, pero es una cuestión de tierra».

Las paredes de la Educational son un mapa de la evolución del conflicto a lo largo de las últimas décadas. Allí están las obras de Oz, y también la mayoría de los títulos escritos por los periodistas que pasamos por aquí. Todos queremos estar en esta especie de meca literaria del conflicto situada en la Ciudad Santa, una suerte de atalaya en la que, pese a la crisis del sector, se sigue concentrando el mayor número de corresponsales de la región. En la zona noble de la primera planta, por donde más gente pasa, están los libros de autores anglosajones, los más vendidos. En la segunda, alrededor de las mesitas redondas dispuestas para que los clientes se sienten a tomar su café o a navegar por internet, los autores que no escribimos en inglés compartimos espacio, y nuestros libros observan a los recién llegados desde las estanterías. Yo elijo siempre la mesa del fondo a la derecha, me siento mirando hacia la escalera, y coincide que me quedan los libros del periodista y escritor catalán Eugenio García Gascón a mi izquierda. Aquí están a la venta *La cárcel identitaria*, dietario de Jerusalén del año 2008, y *Expediente Bagdad*, la novela escrita a cuatro manos con el también excorresponsal en Jerusalén Joan Cañete. García Gascón es el decano de la prensa española en la Ciudad Santa, a la que llegó en 1992 después de pasar unos años en Damasco para perfeccionar el árabe. Su casa es la casa de todos los periodistas que llegamos aquí. Su mesa es la nuestra, y sus comentarios y observaciones son como una especie de cemento que ayuda a ir construyendo una opinión sólida sobre un conflicto que nadie conoce como él. Cojo uno de los ejemplares de *La cárcel identitaria* y leo: «Si informas de lo que dicen, estás desinformando: se ha de informar de lo que hacen». Hechos y no solo palabras: una de las claves para informar en un país como Israel, cuya estrategia son los hechos consumados.

Cuando falta la inspiración, uno se sienta aquí rodeado de libros y espera que al enfrentarse a la hoja en blanco algo se le pegue a la hora de explicar lo que «ya se ha explicado un millón de veces», como suele decirme Mahmoud levantando la cabeza del Mac cuando le traslado alguna pregunta. Cooperantes, diplomáticos, periodistas, palestinos adinerados...; la fauna que frecuenta esta librería es una pequeña burbuja sin demasiada conexión con la realidad, pero solo hay que salir fuera para darse de nuevo de bruces con ella. Los expatriados vivimos unos años aquí, engordamos el currículum, con un poco de suerte y tiempo escribimos un libro sobre el tema, damos charlas y nos llevamos en la maleta los típicos pósteres de «*Visit Palestine*» para colgarlos en la pared del apartamento de nuestro siguiente destino. También compraremos kufiyas y porcelana o alfombras de Hebrón para recordar nuestra estancia. Los palestinos e israelíes de a pie saben que estamos de paso y están acostumbrados a tratar con gente que dejará el país en tres o cuatro años, lo mismo que sus dirigentes, expertos en la relación con los gobiernos occidentales cuyos plazos son similares, siempre pendientes de las siguientes elecciones. Nosotros nos vamos, ellos se quedan. A veces tengo la misma sensación que tenía en Afganistán al ver los relevos de militares: cada nuevo general que llegaba estaba seguro de que iba a poder ganar la guerra. Los afganos lo sabían y le recitaban al oído la lista de supuestos errores cometidos por su antecesor para que él los corrigiera. El recién llegado tomaba nota y, en muchas ocasiones, daba luz verde a nuevos proyectos (puentes, escuelas, carreteras...) que, con el transcurso de las semanas, quedaba claro que no iban a revertir la situación. El contratista de turno se había llevado unos dólares al bolsillo y solo tenía que esperar unos meses para la llegada del siguiente relevo. Los extranjeros tenían prisa y querían acabar la guerra cuanto antes; también querían colgarse alguna medalla durante su estancia..., mientras que los afganos tenían tiempo y sabían que, más tarde o más temprano, la gallina de los huevos de oro se marcharía.

La persona con la que he quedado hoy está en sus meses finales de misión. Ha pasado los últimos diez años entre Irak, Siria, Emiratos Árabes Unidos y Jerusalén. Habla perfectamente árabe y hebreo y en su tarjeta de visita pone que es «asesor legal» del consulado de Estados Unidos. Nunca le he preguntado su verdadero trabajo; no hace falta, sobre todo en este país,

que está lleno de «asesores». Hablamos de nuestra visión de Oriente Medio. Él tiene muchas horas de despacho y reuniones; yo, muchas de calle. Llega tarde y cargado con periódicos del día, todos con la foto de Donald Trump en portada. Está afónico y pide a Mahmoud un té con miel. Como el resto de los estadounidenses que conozco, parece confuso y alberga muchas dudas sobre el futuro próximo, pero tiene claro que no se puede volver a la era de George W. Bush, marcada por las grandes invasiones de Afganistán (2001) e Irak (2003). Tim, nombre ficticio, me estrecha la mano y me pregunta por la familia, como hace siempre. Nuestros hijos son compañeros de parque. Los columpios y los toboganes nos unieron y, a diferencia de lo que es norma en el oeste de Jerusalén, nunca me preguntó si era judío. Tampoco hacía falta.

Tim habla de Trump y de su nuevo equipo de gobierno. Apenas levanta la mirada del periódico. Lee y habla en voz alta. A la hora de analizar Oriente Medio, sea cual sea el presidente que ocupe la Casa Blanca, tiene una certeza inquebrantable: «Israel es una estrella más de la bandera estadounidense, una estrella muy gorda, la más gorda, por lo que no se le debe tratar como política internacional de Estados Unidos. Es un tema más de la agenda nacional, y uno de los primeros. No se puede entender el actual Oriente Medio si se pierde esto de vista». Las demás mesas están vacías, aunque el tono de voz habría sido el mismo de haber habido más gente. El sol pega en la cristalera de acceso a la tienda, un cristal muy grueso que deja fuera el ruido del tráfico incesante de la calle Saladino, la arteria comercial más importante para los árabes. Este encuentro suena a despedida. Tim se va, cierra su etapa en la región para volcarse de lleno en Europa. Se marcha dolido con el legado que deja atrás, superado por los acontecimientos, decepcionado por la corrupción y las luchas internas entre los palestinos, cansado de la soberbia y la presión de los israelíes, y confuso por la desconexión de su Gobierno de guerras como las de Siria. «*Broken Middle East, broken Middle East, broken Middle East...*», repite mientras deja el periódico en la mesa más cercana y dirige su mirada a las estanterías que nos rodean. Oriente Medio roto, así abandona Tim la región. Mire a donde mire, no ve más que problemas, y sin solución a medio plazo. «Solo el tiempo y el cansancio pueden con las guerras en esta parte del mundo. Cuando estén cansados de matarse, cuando ya no puedan más, callarán las armas», opina este veterano en la región. Echando un

vistazo a los conflictos de la era moderna, en Líbano la guerra civil duró quince años, iraníes e iraquíes pelearon durante ocho, la guerra sectaria en Irak abierta tras la invasión de Estados Unidos ya dura catorce, los sirios empezaron en 2011 y no se ve el final del túnel, como ocurre con los yemeníes...; y de fondo, el conflicto entre israelíes y palestinos, eclipsado por la enorme violencia de las guerras vecinas, pero sin solucionar, con muertos todas las semanas y una ocupación imparable que aleja la solución de los dos Estados y convierte el actual *statu quo* en el mal menor. Nos despedimos al cabo de media hora, con un fuerte abrazo y las fotos de Trump observándonos desde la prensa del día. No tiene mucha pinta de pacificador. Echaré de menos las reflexiones de Tim. Le veo alejarse por la acera y le sigo hasta que se pierde entre los carritos que venden altramuces. No sé si nos volveremos a ver.

El tradicional «divide y vencerás», que goza de un respaldo militar y diplomático sin fisuras por parte de Estados Unidos, es el arma más eficaz que ha encontrado Israel para sobrevivir y convertirse en una especie de oasis de seguridad en la región. Los judíos de hace tres mil años no son los mismos judíos del siglo XXI, que realizan la *aliá*, la inmigración judía a Israel, desde Australia, Francia, Estados Unidos, Polonia, Etiopía..., para reivindicar unos derechos divinos sobre una tierra que, después de tantos años, deben compartir con otros moradores que no son judíos. Así lo explica Avi Shlaim en la introducción de *El muro de hierro*, uno de los libros más vendidos en la Educational. Shlaim recuerda las reacciones que provocaron la publicación en 1896 de *El Estado judío*, la obra de Theodor Herzl que marca el inicio de la historia del movimiento sionista, y la convocatoria del primer Congreso Sionista en Basilea un año más tarde. «Después del Congreso de Basilea los rabinos de Viena decidieron analizar las ideas de Herzl y enviaron a dos representantes a Palestina. La misión de investigación concluyó con un telegrama remitido desde Palestina en el que los rabinos escribieron: “La novia es hermosa, pero está casada con otro hombre”.» Una frase que resumía ya entonces el mismo problema que sigue vigente un siglo más tarde: «La existencia de una población árabe que ya vivía en la tierra en la que los judíos habían puesto su corazón», resume Shlaim. En todos estos años, Israel ha trabajado por levantar un «muro de hierro», idea original de Zeev

Jabotinsky, padre espiritual de la derecha israelí, y una de las estrategias de defensa más importantes ha sido la división del mundo árabe. El Estado judío mantiene acuerdos de paz con dos de sus cuatro países fronterizos: Egipto y Jordania, y ha conseguido debilitar al enemigo interno palestino con la fractura entre Gaza, en manos de Hamás, y Cisjordania, controlada por la Autoridad Nacional Palestina, en manos de Fatah. El mayor enemigo de Hamás es el Gobierno de Ramala, y viceversa. El presidente Mahmud Abás puede abrir una embajada en el Vaticano, pero no es capaz de poner un pie en Gaza. Familias enteras viven divididas por la lucha entre facciones políticas que anteponen sus intereses a la formación de un Estado y que, aunque hablan y hablan de la necesidad de un Gobierno de unidad nacional, no dan los pasos necesarios para formarlo.

Israelíes y palestinos libran el conflicto más longevo, pero no el de mayor intensidad. La invasión de Estados Unidos en 2003 ha dejado un Irak partido entre kurdos, suníes y chiíes, lo mismo que ocurre en la Siria posterior a 2011, donde se podrá reconstruir la destrucción causada por los años de guerra, pero será mucho más complicado recomponer la relación entre sectas y confesiones. Irán se ha erigido en la gran potencia en la sombra y ha extendido su influencia a Bagdad, Damasco, Beirut y Saná, siempre a través del apoyo a los grupos chiíes de cada país, una lección del imán Jomeini que los actuales dirigentes de la república islámica explotan a la perfección. Los iraníes participan en la guerra de forma indirecta: una fórmula más eficaz que el envío de tropas regulares. Arabia Saudí, el guardián de los dos lugares más santos para los musulmanes, Meca y Medina, recela del avance chií y, junto a Catar, no tiene reparo en financiar a cualquier grupo que le sirva para frenar a los iraníes, sin importar de quién se trate o qué ideología promueva. Aparentemente, Israel permanece al margen, pero está en medio de esta guerra regional en la que se posiciona del lado saudí para formar un frente común ante los iraníes y no ha dudado a la hora de atacar objetivos en Siria, según denuncia el Gobierno de Damasco, para acabar con armas que llegan a Hizbulá, y que pueden representar una amenaza para su seguridad. Las autoridades judías ni confirman ni desmienten esta serie de ataques. «No nos gustaba lo que había, pero tampoco nos gusta lo que puede venir después de Al Asad, así que lo que más

nos beneficia es que se sigan matando», reconoció ante la prensa un alto mando militar israelí en los primeros años de la guerra de Siria. Sus deseos se han convertido en realidad. En Egipto y Túnez, las llamadas «primaveras árabes» del año 2011 no han conllevado el cambio democrático soñado y la inestabilidad crece; en Yemen y Libia ha sido aún peor, ya que esas primaveras han abierto las puertas a guerras abiertas que han destrozado ciudades enteras y los muertos se cuentan por miles. Las agendas regionales, políticas y religiosas, son las que mandan, pero Estados Unidos y Rusia toman también parte directa, lo que otorga a los conflictos una dimensión mundial que no se veía desde el final de la Guerra Fría.

Esta especie de todos contra todos tiene lugar en un espacio pequeño. De Jerusalén a Damasco, por ejemplo, hay apenas doscientos kilómetros, igual que a Beirut, pero son viajes imposibles de realizar por tierra y hay que recurrir a los aviones y a cambios de pasaporte para poder hacerlos, ya que Líbano, Siria, Irán y Pakistán no admiten pasaportes con sellos del Estado judío. Los israelíes, sin embargo, aseguran que aceptan «todos los sellos del mundo», aunque llegar al aeropuerto internacional de Ben Gurion con un pasaporte sellado por algunos de estos países es garantía como mínimo de un buen interrogatorio a la entrada. Como periodista y, sobre todo, como viajero, sueño con poder cruzar estas fronteras sin problemas, visitar a amigos de los tiempos de la guerra a uno y otro lado, y encontrar en las estanterías de la Educational Bookshop guías sobre estos nuevos viajes o avisos en su panel de anuncios de taxistas que se ofrezcan para cubrir el trayecto Tel Aviv-Beirut por la costa, o el Jerusalén-Damasco por el Golán. De momento, es ciencia ficción, y aunque se rebusque entre los miles de títulos, no hay uno solo que nos hable de un futuro de paz. «¿Quién ha empezado la guerra?» Esta pregunta se puede extender, desde el patio de la escuela de mi hija en Jerusalén, a toda la región. Mientras unos y otros se acusan de haber lanzado la primera piedra, Oriente Medio se desangra, los muros crecen y todos aquellos que pueden emigran a Europa o a Estados Unidos. Los menos, con papeles; la mayoría, de forma ilegal y sin billete de vuelta. Oriente Medio se parte en pedazos cada vez más pequeños.

## AGRADECIMIENTOS

No puedo mirar un mapa. O si lo hago, tengo que hacerlo con tiempo, porque seguro que no será un simple vistazo. Cada vez que lo hago mi cabeza empieza a volar por ciudades, carreteras, estaciones de tren y autobús, restaurantes, hoteles... Pero sobre todo me vienen a la cabeza nombres. Sin el trabajo, la paciencia y la amistad de gente como Reza Kermanshahi, Flayeh Al Mayali, Muhamed Kaki, Fady Barsa, Fady Marouf, Ali Saeed, Kayed Hammad y Mustafa Welely no habría sido posible este libro. Ellos forman mi otra familia en la región. En la jerga periodística decimos que hacen de *fixer* y su labor es clave, sobre todo en zonas de conflicto o post conflicto. Mucho más que meros traductores o guías, son intérpretes de la situación y los que mejor saben dónde no hay que meterse.

Cuando alguien en esta región me dice que está seguro de algo al cien por cien, desconfío. Oriente Medio es impredecible, siempre sorprende, por eso es importante tener referencias, personas con autoridad moral y profesional que te guíen. Gente como Eugenio García Gascón, un hombre tranquilo y paciente que no me ha fallado nunca, desde la primera vez que puse un pie en Jerusalén.

También tengo una deuda con *Océano África*, de Xavier Aldekoa. Me lo regaló en una escala en la que coincidimos en Estambul y me lo leí en el siguiente vuelo. Del tirón. Nada más cerrarlo pensé que hacía falta un *Océano Oriente Medio*. Xavier me puso en contacto con Ana y Ramon, que han tenido mucha paciencia, y este es el resultado final.

En nuestro trabajo vemos cosas que en una vida normal no se pueden ni imaginar. La realidad es mucho peor que la ficción. Admiro el respeto y la confianza con la que mis padres siempre han aceptado esta forma de vida y me siento afortunado por tener conmigo a mi mujer y a mis hijos. La mejor terapia después de cada cobertura es bajar con los niños al parque, comer un

helado y responder a sus preguntas. No hay respuestas más difíciles que las que me obligan a darles. En el futuro me agradecerán o me echarán en cara haberles cambiado la infancia que les esperaba por esta otra, haberles traído conmigo a este Oriente roto... Solo espero que cuando llegue ese día la herida que supura en la región esté curada. *Inshallah!*

*Oriente Medio, Oriente roto*

Mikel Ayestaran

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Mikel Ayestaran

© Mikel Ayestaran, 2017

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)

[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-9942-622-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

PENINSULA ODISEAS

# Oriente Medio, Oriente roto

## Mikel Ayestaran

Tras las huellas de una herida abierta

